

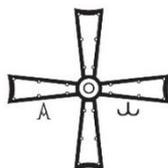
LOS ASTURES

UN PUEBLO CÉLTICO DEL NOROESTE PENINSULAR



ALFONSO FANJUL PERAZA

Instituto
de Estudios
Bercianos
(IEB)





Esta obra es producto de la idea proporcionada por D. Martín Almagro Gorbea (Real Academia de la Historia), Alfredo Mederos (Universidad Autónoma de Madrid) y Luis R. Menéndez Bueyes (Universidad de Salamanca), de realizar un estudio actualizado sobre los astures, una vez concluida mi tesis doctoral, enfocada principalmente al análisis de su antiguo poblamiento en Asturias.

A la colaboración de estos tres académicos, se ha sumado la ayuda puntual pero indispensable, de muchas otras personas, como Miriam Cubas (Universidad de Oviedo), Patricia Argüelles (Universidad de Oviedo), Alberto Álvarez Peña, A. Paredes y Cristobo Milio (Fundación de estudios etnográficos Belenos), Alis Serna Gancedo (Museo de Altamira), Carlos Fernández Rodríguez (Universidad de León), Leticia Tobalina (Universidad de Navarra), Sofía Díaz Rodríguez (Museo Arqueológico de Asturias), José Sastre (Zamora Protohistórica), Enrique Burguet Fuentes (Numismático), María Díaz Herrero, José Antonio Pis Millán (Centro de experimentación pesquera), Susana del Carmen Menéndez (Departamento de geología - Universidad de Oviedo), Rodrigo Álvarez García (Facultad de minas – Universidad de Oviedo), María Ángeles Fernández Casado y Herminio Severiano Nava (Facultad de biología – Universidad de Oviedo), Mercedes Bartolomé (UNED Cantabria), Emilio Muñoz, Alberto Ceballos Hornero, David y toda su familia en Sobrevilla (Teverga, Asturias) Elena González, así como toda la junta directiva del Instituto de Estudios Bercianos.

A todos ellos les dedico esta obra.

INSTITUTO DE ESTUDIOS BERCIANOS - CL, VÍA RÍO OZA, 6. 24402 PONFERRADA, LEÓN.

www.ieb.org.es

ieb@ieb.org.es

987401954

Esta obra ha sido cedida por el autor al Instituto de Estudios Bercianos, editores de la misma.

ISBN. 978-84-15535-44-7

Editado en Ponferrada — 2019.

DL-LE-35-2019

INDICE

1. Prólogo. Mar Palacio Bango. Presidenta del Instituto de Estudios Bercianos.	
2. Introducción. Espacio geográfico e información histórica.	1.
2.1. El territorio astur.	1.
2.1.1. Los límites de <i>Asturia</i>	1.
2.1.2. La orografía del territorio astur.	4.
2.1.3. El clima y el paisaje vegetal.	6.
2.2. Las primeras noticias en torno a los Astures.	9.
2.3. Historia de la arqueología astur.	14.
2.3.1. La percepción ilustrada y erudita (siglos XVIII-XIX).	14.
2.3.2. Los comienzos de la arqueología científica.	16.
2.3.3. La formación de las escuelas del Noroeste. De la guerra civil a finales del siglo XX.	18.
2.3.4. Los Astures y la arqueología de comienzos del siglo XXI.	23.
3. Historia de los Astures.	25.
3.1. El Final de la Edad del Bronce. ¿Primeras jefaturas o comunidades fortificadas?	25.
3.2. Las aristocracias guerreras de la Edad del Hierro astur.	33.
3.3. La <i>Asturia</i> romana.	45.
4. La sociedad astur.	53.
4.1. La organización social.	53.
4.2. Tradiciones descritas por los autores clásicos.	58.
4.3. La alimentación y su cultura material.	64.
4.4. La guerra como cultura.	70.
5. Religión y mentalidad.....	75.
5.1. La religiosidad astur y su panteón.	75.
5.2. Ritualidad.	76.
5.2.1. Ritos de paso.	76.
5.2.2. Ritos fundacionales.	76.
5.2.3. Sacrificios humanos.	77.

5.2.4. Ritos funerarios.	78.
5.2.5. Ritos de fertilidad.	81.
5.3. Los santuarios astures.	82.
5.4. La religión astur a través de la mitología y el folklore.	85.
5.4.1. Pervivencias precristianas en los mitos de la naturaleza.	85.
5.4.2. Elementos precristianos en los ritos funerarios de la <i>Asturia</i> tradicional.	90.
5.4.3. La percepción de los animales como enlaces con el más allá.	91.
5.4.4. El averno astur.	92.
6. El Poblamiento.....	93.
6.1. Los castros astures. ¿Aldeas o centros de poder?	93.
6.1.2 Factores de ubicación geográfica.	101.
6.1.3. El urbanismo castreño.	107.
6.1.4 Las defensas de los castros.	113.
6.1.5. La vivienda.	120.
6.1.6. Otras estructuras de los castros astures.	127.
6.1.6.1. Pozos de abastecimiento de agua.	127.
6.1.6.2. Estructuras industriales de fundición de metal.	128.
6.1.6.3 Hórreos. Diversos tipos de estructuras de almacenamiento en altura.	129.
6.1.6.4. Almacenes cerrados. Posibles Parreiros/palleiros.	132.
6.1.6.5. ¿Hornos para la fabricación de cerveza?.	133.
6.2. Las granjas.....	135.
6.2.1. ¿Donde están nuestras granjas?	135.
6.2.2. Hallazgo y excavación de las Vallinas.	136.
6.2.3. De la granja de la Edad del Hierro al colapso Astur de la unidad 2.3. (Año 15 d.C.).	140.
6.2.4. La progresiva recuperación agrícola. La granja astur-romana.	144.
6.3. El uso de las cuevas.	147.
6.3.1. Mito y realidad de una documentación problemática.	147.
6.3.2. Las cuevas de la Edad del Hierro.	149.
6.3.3. Las cuevas astur-romanas.	152.

6.4. Las brañas y las estaciones ganaderas.	159.
6.5. Los poblados costeros.	166.
6.6. ¿Hubo castros mineros? Breve revisión arqueológica de un debate clásico.	171.
7. La economía y su cultura material.	
7.1. La agricultura.	176.
7.2. La ganadería.	180.
7.2.1. Vacuno.	180.
7.2.2. Ovicápridos (cabras y ovejas).	181.
7.2.3. Suidos (cerdos).	182.
7.2.4. Equino (caballo).	183.
7.2.5. Perros.	183.
7.3. El comercio.	184.
7.4. La pesca y la navegación.	189.
7.5. La minería y metalurgia.	193.
7.6. La recolección vegetal.	200.
7.7. La caza.	202.
8. Conclusiones.	208.
9. Bibliografía.	213.

1. Prólogo.

Uno de los pueblos prerromanos del noroeste peninsular más singulares, juntamente con los cántabros, son sin duda los astures. Un pueblo de origen céltico que fue el último de la Península Ibérica en oponer resistencia a las poderosas legiones del imperio romano y que ha dejado constancia de su existencia no solo a través de textos de escritores greco-latinos (Estrabón, Avieno, Tito Livio, Aneo Floro, Dion Casio, Orosio, Pomponio Mela...), de la epigrafía y de la arqueología, sino también, y hasta tiempos no muy lejanos, de la pervivencia de modos de vida tradicionales, y sobre todo del sentimiento de pertenencia a un mismo ámbito cultural que ha servido para identificar un territorio y a sus gentes. Un territorio delimitado en sus orígenes por los ríos Navia, por occidente, y Sella, por oriente, y que de norte a sur se extiende desde las costas del Cantábrico hasta el Duero.

Son muchos los autores que han dejado excelentes trabajos y tratados sobre este pueblo. Nuevos descubrimientos de restos arqueológicos, especialmente de castros prerromanos o posteriormente romanizados, nuevas líneas de investigación favorecidas por las nuevas tecnologías y, sobre todo, el gran, científico y riguroso trabajo de numerosos arqueólogos, han contribuido, y están contribuyendo, a cambiar muchos de los conceptos tradicionales que se tenían sobre ellos. De ahí la imperante necesidad de un trabajo que ofrezca al lector interesado una nueva visión de lo que fue el mundo de los astures a la vista de todas las importantes novedades aportadas en las dos últimas décadas.

Y este es la importancia del presente libro: *Los astures. Un pueblo céltico del noroeste peninsular*, de Alfonso Fanjul Peraza. Una obra excelente que nos acerca con rigor –no en vano responde en parte al desarrollo de su tesis doctoral– al mundo astur. Un trabajo que no solo aborda el estudio del espacio geográfico, su historia, organización social y religiosa; que se adentra en el análisis interesante del tipo de poblamiento en castros, granjas y cuevas, y en la cultura material a través de su economía y religiosidad; que pone en valor el papel desempeñado por los castros no solo como hábitat o lugar apto para la defensa sino también como verdaderos centros de poder. Castros que, a través de los restos arqueológicos que nos han llegado, ponen de manifiesto la rica cultura material que disfrutaron sus moradores, desterrando para siempre el tan manido barbarismo que tan gratuitamente se ha aplicado durante siglos a los pueblos prerromanos en general y a los astures, en particular. En fin, un estudio que expone con rigor científico y que como no podía ser de otra manera, se acompaña de abundante documentación gráfica (planos, fotografías, dibujos y mapas).

No es tarea fácil llevar a cabo un trabajo como el realizado por Alfonso Fanjul sobre un pueblo de la Edad del Hierro que se desarrolla en un espacio tan amplio, con territorios tan alejados unos de otros, dominados en su tiempo por estructuras sociales jerarquizadas y que presentan distintos tipos de economía; no es nada sencillo sintetizar los numerosos trabajos de investigación que se han publicado sobre los astures especialmente desde finales del siglo XX hasta la actualidad y no es una labor asequible compaginar lo anterior con un arduo trabajo de campo, por todo ello el agradecimiento al autor en nombre propio, del equipo directivo y de la Asociación que presido, en primer lugar, por su extraordinario trabajo, y, en segundo, por brindar su publicación al Instituto de Estudios Bercianos, que desarrolla su actividad cultural en uno de los territorios, el Bierzo, donde los astures han tenido tanta significación histórica. Una tierra, la berciana, que fue la última de las que conforman la Península Ibérica en ser conquista por Roma; una tierra que muestra orgullosa al mundo la mayor mina aurífera del imperio romano, una tierra, cuyos habitantes, al igual que hace dos mil años sus antepasados se negaron a ser conquistados por Roma y se defendieron heroicamente en la gran batalla del Monte Medulio, hoy siguen luchando por su dignidad y por la defensa de su patrimonio, de su futuro y la de sus hijos.

MAR PALACIO BANGO

Presidenta del Instituto de Estudio Bercianos

2.1. El territorio astur.

2.1.1. Los límites de Asturia.

Siguiendo las fuentes clásicas sabemos que los astures habitaron en la zona norte de la península ibérica durante la antigüedad a ambos lados de la Cordillera Cantábrica.

Las tierras astures comprendían buena parte de Asturias, la mayor parte de León, un sector de Zamora, el extremo oriental de Orense, Lugo, así como el Noreste de Portugal. Estrabón (III, 13-14) es el primer historiador en enmarcar el territorio astur entre el Duero y el Cantábrico, a continuación de galaicos y antes de los cántabros. Pero para la mayor parte de los autores, el límite oriental de los astures estaría en el río Sella, si tenemos en cuenta los datos aportados por Estrabón (III, 4, 20): "*A través de los astyres fluye el río Melsos; un poco más lejos está la ciudad de Noiga, y después más lejos, un abra del océano que señala la separación entre los astyres y los Kántabroi*".

Mela (III, 13-15) coincide en este punto al señalar que "*Desde el río que llaman Salia las costas comienzan a retroceder gradualmente (...) los cántabros y los vándulos ocupan esta región*". A este respecto, algunos investigadores sin embargo llevan esa frontera a la vecina sierra del Suevo, pues a sus pies se han hallado algunas referencias epigráficas de cántabros orgenomescos (Diego Santos, 1985, 82).

Peralta (2000, 26) señala un par de elementos geográficos de frontera interesantes en el paisaje actual del Suevo como son el Fito y Cofiño, a los que añade la pervivencia dialectal en parte de la orilla occidental del Sella de la h- en sustitución de la f- inicial. La línea que va desde la sierra costera del Suevo hacia el Sur, en pleno valle del Sella, sería por lo tanto un difuso área fronterizo de los astures con los cántabros, pero solo a partir de un momento avanzado de la época romana.

En este sentido el espacio cántabro-astur parece evolucionar, empezando originariamente por el Sella, que comienza por ser la barrera geográfica natural entre ambos pueblos, y parece trasladarse siglos más tarde unos kilómetros más al Occidente. Más al Sur el territorio Astur englobaría el municipio de Infiesto, quedando Ponga seguramente dividido entre la *Asturia* y la antigua Cantabria, hasta el Puerto de Tarna, entendiéndolo a día de hoy, que el Alto Sella es en ambas vertientes un territorio Salaeno, y por lo tanto cántabro (Santos Yanguas 1992). A partir de este punto es donde entraríamos en la provincia de León, donde vuelve a existir una discusión en torno a otro posible avance occidental del límite con los cántabros. Por un lado la epigrafía vadiniense se extiende hacia el occidente, llegando hasta la localidad de Cármenes, traspasando la frontera natural de los Astures, el río Esla. Por otra parte, el origen de este río se encuentra precisamente en torno a una de las áreas vadinienses reconocidas, como es el valle de Riaño. Esta contradicción entre los hallazgos epigráficos y las fronteras naturales (Peralta 2000, 26), nos llevan a plantear de nuevo, como defiende Santos Yanguas (1992, 421) para este sector, que a partir de época romana se está produciendo una flexibilidad territorial, o más bien una movilidad poblacional, donde ciudadanos de tribus cántabras se asientan al occidente y zonas bajas de su territorio, dejando constancia de su presencia mediante la epigrafía, lo que lleva a discutir hoy en día el valor de las fronteras naturales reconocidas entre cántabros y astures en su límite oriental. En este sentido, la Asturia enmarcaría buena parte del territorio leonés empezando por el Esla, si bien a partir de la conquista, si tenemos en cuenta de nuevo la existencia de epigrafía vadiniense, localidades con toponimia de frontera, caso de Cofiñal, así como un nuevo límite dialectal entre la f- y la h- inicial cántabra (González Echegaray 1997, 18), se limitaría al Río Porma y a un sector del Alto Esla.



Figura 2. Castro costero de la Punta el Castiello de Podes (Gozón, Asturias). Los castros costeros astures suelen ubicarse en las inmediaciones de pequeños puertos naturales, aprovechando a la vez las defensas naturales de los cabos marítimos.

El río Porma parece ser el límite entre ambos pueblos. Toda la ribera izquierda del Esla, desde un punto aproximado en torno a Gradefes, en el propio Alto-Esla, hasta su confluencia con el Duero, constituiría el límite sur-oriental de las tierras astures, el cual abarcó todo el Esla desde sus orígenes antes de la conquista romana.

Respecto al límite occidental, la opción del río Navia propuesta por Plinio (*N. H.* IV, 111): "*La región de los astures, el lugar fortificado de Noega, en la Península los Pésicos, y a continuación, el convento lucense a partir del río Navia-Albión*", parece la más acertada. El río Navia por lo tanto se reconoce también como un

área fronteriza entre las tribus del posterior convento lucense como los Albiones, y los Pésicos, una de las tribus astures que ocuparían todo el sector centro-occidental de la actual Asturias, y que mantendría su identidad de grupo hasta el final del mundo romano (Maya 1989, 23).

A partir del Navia hacia Galicia, se encontrarían diversas tribus galaicas, caso de albiones, cibarcos y egobarros (Plinio IV, 20, 111), que ocuparían toda la margen izquierda del valle, con especial concentración del hábitat en su desembocadura, si tenemos en cuenta la denominación de Navia Albión que Ptolomeo incluye en sus tablas (11, 6, 4).

En su descenso, dejando las tierras de Ibias y Degaña en la *Asturia*, el límite continuaría por toda la margen oriental del Navia hasta sus fuentes, en el sector más occidental de la provincia de Lugo. La comarca del Caurel así como el margen derecha del Alto Sil, se incluye en el territorio astur, al igual que el extremo occidental de la actual provincia de Orense, a partir del cual, *Asturia* limita mediante la sierra de la Culebra (Zamora) con los *Callaici Bracari* del mapa de Estrabón.



Figura 3. El Castro de Valle de Mansilla (León), en las llanuras del Duero.

En este extremo Sur de los astures, toda la comarca de Aliste queda inmersa en ese margen occidental del Astura (Esla), donde no existe un límite natural definido que pueda constituir el extremo Sur-occidental de la *Asturia*. Hemos de acudir a las fuentes epigráficas de la tribu astur de los zoelas (Roldán Hervás 1970/71, 239), así como a paralelos etnográficos, especialmente en lo que se refiere a la existencia de lengua asturiano-Mirandesa, para señalar este extremo de Portugal, entre el río Duero y el río Sabor primero, y su afluente el Manzanas después (Roldán Hervás 1970/71, 195), como una región incluida en la *Asturia* histórica, y que limita al Oeste con los *Callaici Bracari*.

2.1.2. La orografía del territorio astur.

La costa astur partiendo del valle del Navia en su zona occidental es agreste, pero dispone de pequeños fondeaderos aproximadamente cada

diez kilómetros, así como varios puertos naturales de mayor envergadura que explican su valor actual como epicentros de población, caso de Avilés, Gijón, Luarca, o la Isla (Colunga), éste último reconocido como puerto desde al menos la época romana (Adán y Cid 1998). Los estuarios naturales navegables son escasos pero también debieron de tener un papel primordial en las comunicaciones marítimas de la época. La desembocadura del Nalón, la propia ría del Navia, las rías de Avilés, Villaviciosa, o Aboño en Gijón, a los pies del castro de la Campa Torres, disponen de condiciones naturales que permiten su uso como puerto, a la vez que su entorno es muy rico en fauna, como demuestran los concheros del castro de la Campa (Maya y Cuesta 2001).

Al hablar de rías y estuarios navegables debemos tener en cuenta que la geografía actual de algunos de ellos no se corresponde con la orografía antigua, de tal forma que la ría de Aboño en Gijón pese a su fama como espacio de caza y pesca de ribera en el siglo XV hoy ha desaparecido por completo, mientras que la ría de Avilés, era navegable durante 16 kilómetros tierra adentro.

Fuera de la costa, el territorio occidental asturiano correspondiente a la antigua *Asturia*, se encuentra entre el valle del Navia y el Nalón, formado por sierras altas, pero en su mayoría poco agrestes, lo que ha facilitado la existencia de amplias vías de comunicación desde la Prehistoria (Graña 1983) entre los valles del Narcea y las comarcas de Allande y Valdés, todas ellas comunicando con la costa en pocos kilómetros. Esta comarca limita al Sur con la cordillera, mucho más intransitable salvo en varios puertos de montaña como Ventana, Somiedo o Leitariegos.

El territorio central de la *Asturia transmontana*, que asignamos tradicionalmente a los astures luggones, dispone sin embargo de altitudes más reducidas en sus valles montañosos. En este sentido entre el Nalón y el Sella se extiende un valle que denominamos Nora-Piloña, que se corresponde con las zonas llanas de mayor envergadura de Asturias, en las comarcas de Llanera, Siero y Nava, en cuyo epicentro se creará después la *mansio* vial y centro administrativo romano de Lucus Asturum (Lugo de Llanera). Al igual que en el sector paésico occidental, al Sur la cordillera se vuelve un territorio mucho más agreste, y los puertos de montaña de Pajares, San Isidro, Ventaniella y Tarna, permiten el contacto con las llanuras de León, mientras que otro de los puertos, el de la Carisa, junto a la Mesa forman la base natural de las posteriores vías de comunicación en época romana entre Asturias y León (Argüelles Álvarez 2011; González Álvarez 2011). La *Asturia transmontana* más oriental difiere poco de la central salvo en la escasez de llanuras. En este sector la confluencia del Sella, el Piloña y los valles de montaña de Ponga, forman un relieve más agreste pero de escasa altitud, si lo comparamos con los vecinos valles cántabros del

alto Sella en pleno contacto con los Picos de Europa.

Parte de ese paisaje sería compartido por los astures de la actual provincia de León en torno a Riaño y el alto Esla, dentro de un paisaje dominado por valles profundos de caliza. Según se desciende el Esla hacia el Sur, la montaña deja paso a las amplias llanuras que ocupan buena parte de la provincia de León.

Esta meseta constituye el extremo Noroeste de la cuenca sedimentaria que ocupa el interior de la península ibérica. En su sector Oeste, dentro de un paisaje de cuarcitas, granitos y pizarras se forman los valles de Astorga, La Bañeza y Benavente, todos con un paisaje muy similar donde la amplia red hidrográfica que desciende de la cordillera en dirección al Duero, ha formado unos surcos hidrográficos delimitados por colinas suaves que corren paralelos a los ríos por toda la cuenca Norte del Duero, en cuyos espacios altos, y aquellos cerros entre valles, se suelen ubicar los poblados fortificados astures de esta región.

En el sector más occidental comienza la comarca del Bierzo, otro gran valle delimitado por sierras altas del macizo Galaico Leonés con alturas superiores a los 2000 metros, donde se encuentran al Oeste las tierras del Alto Navia ocupadas por los astures más occidentales, así como las sierras del Caurel y del Bollo, que descienden desde el macizo hacia el Sur, abrazando el alto Sil en la actual provincia de Orense. Esta comarca es de gran variabilidad en las altitudes, con 500 metros en el valle del Lor, a los más de 1643 del Pico Formigueiros, lo que forma a la vez un paisaje agreste que conserva en la actualidad la mayor reserva botánica y faunística de la Galicia interior.



Figura 4. En primer plano el yacimiento de la Cabeza del castro en Palacios del Sil (León).

El Caurel y el Bollo se unen más al Sur en la provincia de Zamora con la sierra de la Culebra y Tras os Montes, dos comarcas de relieve suave entre España y Portugal formadas por paisajes de pino, brezal y pastos, que enmarcan valles muy abiertos hacia el Duero al Este, o al Manzanas en su vertiente Portuguesa, que se dirige hacia el Duero por el Suroeste. Los valles fluviales de este sector forman un conjunto peculiar denominados como los Arribes del Duero, y caracterizados por fuertes escalonamientos de la orografía, lo que a su vez, conforma cerros con una gran protección natural de sus vertientes, en los que se establecieron muchos de los poblados fortificados astures de la zona. Las altas paredes de granito de la cuenca del Duero, enmarcando amplios valles llanos, continúa siendo el paisaje característico del límite Suroccidental de los astures, dentro de la comarca de Miranda Do Douro hasta el río Sabor.

2.1.3. El clima y el paisaje vegetal.

Los análisis cada vez más numerosos de polen en distintos castros astures, las turberas, y otros elementos vinculados al medioambiente protohistórico del Norte Peninsular nos han ayudado a disponer de una buena imagen de como era el paisaje y el clima en el que vivieron los astures. Siguiendo el esquema establecido por J. Martínez Torres (2003b, 54), se puede establecer la siguiente evolución del registro climático en el Norte Peninsular.

Durante la Edad del Bronce asistimos a un enfriamiento del clima respecto a las fases anteriores, el cual comienza a darse entre los siglos XIII-IX a.C. y con una pausa entre el siglo X y el IX a.C., regresa con fuerza a partir del siglo VIII a.C. Este enfriamiento supone un descenso de 2 C° de temperatura respecto al clima actual, con inviernos más largos, mucha más lluvia y en general una mayor humedad. El aumento de precipitaciones supone un encharcamiento de las zonas llanas, así como algunos cambios en el curso de ríos y arroyos, que ven multiplicado su cauce. El descenso en 200

metros del límite de nieves, así como la mayor prolongación de las mismas, no solo debió modificar muchos patrones de explotación económica vinculadas a cultivos de cereal de alta montaña, sino también debió suponer ciertos cambios en las pautas de poblamiento.

El comienzo de la primera Edad del Hierro entre el siglo VIII a.C., y el VI a.C. supone en cambio, un progresivo aumento de la temperatura que acerca el clima en apenas 0'5 C° a nuestras temperaturas actuales.

A finales de la primera Edad del Hierro en torno al siglo IV a.C., regresan las bajas temperaturas y la humedad que dio comienzo a la Edad del Hierro.

Es dos siglos más tarde cuando después de una cierta estabilización, se produce un progresivo calentamiento en las condiciones climáticas. Podemos asegurar por lo tanto que en los momentos finales de la Edad del Hierro (siglo II a.C.), y hasta el final del mundo romano (siglo IV d.C.), el clima del territorio astur es cálido y seco. Esta estabilidad climática explica también el auge de la economía rural astur, donde los inviernos más cortos, y la posibilidad de una explotación intensiva de las tierras de alta montaña, son la base de una mayor potencia económica de las poblaciones que habitaron la antigua *Asturia*.

Hemos de resaltar que estas condiciones climáticas son óptimas para el cultivo de cereal tanto en las llanuras de la *Asturia augustana*, como ocurre con la escanda en las terrazas de alta montaña asturiana (Fanjul *et alii* 2017). Este modelo de clima deja un paisaje vegetal de coníferas, abedules y hayas en las zonas más altas, a las que seguirían los bosques de roble en las laderas medias y bajas, en compañía de numerosas especies adaptables a niveles de humedad y temperatura similares al cantábrico actual, caso de los castaños, avellanos, diferentes

especies arbustivas y todo un elenco de especies propias de pastos de calidad, teniendo en cuenta la irrigación natural por las frecuentes lluvias, pero también el progresivo calentamiento de las temperaturas durante la Edad del Hierro.

Un fenómeno variable dependiendo del análisis de polen al que nos refiramos, pero que se observa en todos los casos estudiados es el de la deforestación humana.

La potente deforestación que se observa en yacimientos como la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001) en la Edad del Bronce, había sido explicada hasta el momento como un producto de la progresiva explotación rural de antiguos espacios de bosque. El fuerte enfriamiento que se produce en esta etapa, y sin minusvalorar la afirmación anterior, puede explicar también dicha deforestación, en la mayor necesidad de combustible vegetal en el entorno inmediato de los poblados.

De Norte a Sur del territorio astur, observamos en la **Campa Torres de Gijón (Asturias)** (Maya y Cuesta 2001, 32), como a partir de potentes incendios en el siglo XI a.C., se forma un paisaje abierto de pastos, arbustos y algunas encinas, que son comunes en algunos puntos de la costa cantábrica, las cuales van aumentando respecto a los últimos robles supervivientes al incendio del XI a.C. Esta progresiva deforestación durante la Edad del Hierro, va en paralelo a un aumento de los cultivos de cereal. En la **granja de las Vallinas (Teverga, Asturias)** en los valles de montaña asturiana, los momentos entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, muestran un paisaje muy domesticado con casi un 70 % de terrenos abiertos, con cultivos de cereales y pastos, que convive con bosques de robles, avellanos, castaños, y algunos pinos.



Figura 5. Castro astur de S. Joao en la comarca de Miranda do Douro (Portugal).

La etapa astur-romana inicial (año 15 d.C.), supone un brusco abandono de las laderas cultivadas y de pastos, sin cambios en los tipos vegetales aparecidos anteriormente, mientras que en la fase astur-romana final (siglos III-IV d.C.), se produce una progresiva intensificación de la explotación humana del medio, a cuyos cultivos de cereal tradicionales, se le suman las leguminosas (Fanjul *et alii* 2015).

Ya en la Maragatería, los datos del **castro de la Magdalena (Castrillo de los Polvazares, León)**, también llamado castro de la Mesa, muestra un entorno mayoritario boscoso que perdura durante toda la Edad del Hierro, con un repunte del mismo en el momento de contacto, al igual que ocurre en la granja de las Vallinas (Teverga), producto en nuestra opinión, del conflicto militar,

y el consiguiente abandono de antiguas tierras de pasto/cultivos. A esta ruptura brusca del poblamiento astur, le sucede un descenso progresivo del bosque a partir de la ocupación astur-romana, hasta niveles de bosque mínimos a final de esta misma etapa entre los siglos IV-V d.C. (Muñoz Villarejo *et alii* 2014, 44).

En el **Norte de Portugal** mayoritariamente fuera del territorio astur, los datos procedentes del Bajo Miño, muestran una potente deforestación desde la Edad del Bronce, con grandes campos de pastos intercalados con cultivos de cereal, habas y leguminosas. Este paisaje abierto con escaso bosque perdura durante toda la Edad del Hierro (Aira y Ramil 1995).

Los datos de castros vecinos al territorio astur como el de Palheiros y Castroeiro muestran también desde la Edad del Bronce una degradación evidente en el suelo, producto de potentes actividades de deforestación, que suponen un cambio progresivo de especies.

Durante la Edad del Hierro la desertificación continúa, con espacios más abiertos en paralelo a una mayor variedad de productos cultivados, y a un descenso de productos de caza y recolección. Entre los cultivos destacan los cerealísticos, siempre dominados por el trigo, a los que se suman la cebada y el mijo en menor medida. En paralelo a estos productos tendría una gran importancia la faba (Sanches *et alii* 2007, 197).

Finalmente en el territorio astur suroriental disponemos de los resultados del estudio palinológico de **la Corona / El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora)** (Burjacs 2013, 443), que muestran un paisaje semiabierto de la Corona antes de construirse el yacimiento, con un 50 % de bosque. Entre los siglos VII y V a.C. ese bosque desciende hasta el 30 % con amplios campos de cultivo de cereales que predominan sobre el paisaje de pasto, muy minoritario en esta época. A partir del siglo IV a. C. La densidad de bosque sigue reduciéndose hasta el 20% con un descenso del Pino y un aumento del roble, lo que según el autor estaría relacionado con un aumento progresivo de la ganadería sobre la agricultura. En época romana, pese a la potente presencia de campos de cereales, vuelve a aumentar el pino y el sotobosque, lo que el autor pone en relación con el mayor aprovechamiento del brezo como especie para leña.

En líneas generales se observa un paisaje semiabierto en los territorios astures del Sur, y mucho más cerrado en los entornos montañosos atlánticos, que es profundamente deforestado desde la Edad del Bronce, en busca de campos de cultivo y de pastos. Los momentos más avanzados de la Edad del Hierro suponen un clímax de la deforestación, seguramente debido a la cada vez mayor importancia de la ganadería sobre la agricultura. Los años de conflicto con Roma significan un abandono generalizado del

paisaje astur, con un crecimiento de los bosques y matorrales en los viejos campos de cultivo y pastos, produciéndose de nuevo, a partir de la conquista y estabilización del territorio por Roma, un crecimiento lento y progresivo del paisaje domesticado.

2.2. Las primeras noticias en torno a los astures.

Los textos literarios greco-latinos, la epigrafía, en la que incluiríamos también los textos hallados en pactos de hospitalidad, así como la arqueología, son las fuentes de estudio en las que nos basamos a la hora de reconstruir la historia y el modo de vida de los antiguos astures. En el caso de las fuentes literarias estamos ante un corpus de textos abundante, si lo comparamos con otros pueblos peninsulares, aunque en muchos casos se trata de referencias breves enmarcadas en obras de amplia descripción geográfica o histórica, caso de la *Ora marítima* de Avieno, o incluso repetidas por otros autores, sobre todo en lo referente a las guerras contra Roma (Roldán 1970/71). En cuanto a las fuentes epigráficas, pese a su extraordinario valor, hemos de tener siempre en cuenta su excepcionalidad social, al hacer referencia a personajes que no representan la situación de la mayoría del pueblo astur. Por otra parte la movilidad de estos documentos, así como las dudas cronológicas que despiertan algunos de los textos en estudio, exigen tomar con mucha precaución las conclusiones a las que se llega a través de su análisis.



Figura 6. El *Iuga Asturum* (cordillera cantábrica), es una de las referencias geográficas del Norte Peninsular que destacan los autores greco-latinos, en concreto ya Estrabón en el siglo I a.C. habla de dos cordilleras que discurren por el Norte (*Strab.* III. 4, 10).

Volviendo a las fuentes literarias la primera noticia escrita sobre los astures la encontramos en torno al año 80 a.C. (Schulten 1943, 56), y se refiere a los caballos asturcones, famosos en todo el imperio ya antes de la conquista romana de *Asturia*: "*Asturconi locus ante ostium suum detur*". (Retórica ad Herennium 4, 50, 63)

En el mismo siglo I a.C., encontramos ya descripciones más amplias de los astures de la mano de Estrabón (64-24 a.C.), quien deja un compendio de noticias sobre su ubicación geográfica y costumbres, enmarcados junto a otros pueblos del Norte Peninsular cuando explica sus tradiciones sociales:

"Todos los montañeses son sobrios, beben agua, duermen en tierra y dejan sus cabellos largos y

suelos según la costumbre de las mujeres aunque cuando combaten se ciñen la frente con una banda". (*Strab.* 3, 3, 7).

Este autor griego, el más contemporáneo al mundo astur previo a la conquista, nunca estuvo en la Península Ibérica, pese a ser reconocido mundialmente por sus viajes y descripciones personales del imperio romano. Sus referencias para la Península Ibérica son tomadas de otras fuentes como Posidonio, mientras que otras no han llegado hasta nosotros.

Gracias a su rechazo a los planteamientos tradicionales de las obras geográficas del momento, más centradas en datos cartográficos y astronómicos, Estrabón desarrolla un conjunto de descripciones más centradas desde el punto de vista literario, la vida, costumbres y localización geográfica de los diferentes pueblos del imperio. Tan solo treinta de sus manuscritos, algunos de ellos muy fragmentados, han llegado hasta nosotros, debido a las múltiples copias que se realizaron de su obra en el período bizantino (Roldán 1970-1971).

En los últimos años del siglo I a.C., Tito Livio se convierte en la fuente principal para autores

posteriores, en lo que respecta a las campañas de Augusto en el Norte Peninsular, al seguir posiblemente la propia autobiografía del emperador "*De vita sua*" (Schulten 1943, 96).

Pomponio Mela, autor hispano del cambio de Era, es el siguiente en dejarnos valiosa información sobre los astures a través de su "*De Chorographia*". También denominada "*De situ Orbis*" (los lugares del mundo), describe en tres volúmenes buena parte del imperio romano del momento que vive, donde Europa, África y Asia se encuentran rodeadas por un océano desconocido, que también baña las tierras astures a las que sitúa con mayor nitidez que Estrabón: "*Después la tierra en toda su longitud se vuelve hacia el norte, desde el cabo Céltico al Escítico. Su costa entera es casi recta hasta territorio de los cántabros, a no ser donde hay golfos y cabos de poca consideración. En ella se encuentran en primer lugar los ártabros, pueblos todavía célticos, a continuación los astures...*". (Mela 3, 13-14).

Sus descripciones geográficas, pese a algunos errores técnicos respecto a la localización exacta de poblaciones antiguas, tuvieron un gran eco en el Renacimiento Europeo al representar los primeros datos de las islas africanas atlánticas. Un poco más tarde, pero dentro del siglo I d.C. en el que desarrolla su obra Mela, encontramos los trabajos de Plinio, un científico, escritor, militar y naturalista latino, más extensos en la descripción no solo geográfica, sino también en lo que se refiere a la división política de los astures: "*Con ellos (los cántabros), se enlazan los veintidós pueblos astures, divididos en Augustanos y Transmontanos, con Astúrica, una gran ciudad. Entre ellos están los gigurros, péxicos, lancienses y Zoelas. El número de toda la muchedumbre llega a las 240.000 personas libres*". (Plin. n. h. 3, 28).

Su historia natural tiene artículos referentes no solo a la geografía, sino a aspectos vinculados a la medicina, la fauna, o los minerales, recreando el mundo natural de forma más literaria que científica, lo que le lleva a la descripción de un conjunto de seres mitológicos, cuya búsqueda tendrá mucho éxito en la época de la conquista americana.

Entre el siglo I y II d.C., el historiador romano de origen africano Lucio Aneo Floro, amigo personal del emperador Adriano y residente durante años en Tarraco, escribe el "*Compendio de la historia romana*", una obra glorificadora de Roma a través de sus conquistas, entre las que destacan las guerras contra cántabros y astures, convirtiéndose este trabajo en una de las dos fuentes principales a la hora de estudiar las campañas de Augusto en el Norte Peninsular. "*Por el occidente estaba ya casi pacificada toda Hispania, fuera de la región pegada a los últimos peñascos del Pirineo que baña el océano por la parte de acá. Aquí se movían dos pueblos muy poderosos, los cántabros y los astures...por este tiempo los astures habían descendido con un gran ejército de sus nevados montes...*" (Flor. II, XXXIII 46, 54-60).

Durante el siguiente siglo, el II d.C., disponemos de las referencias geográficas de Ptolomeo, escritor y astrónomo griego de Alejandría, en cuya obra "*Geographia*", describe el mundo de una forma cartográfica en la que emplea un sistema de coordenadas basadas en la latitud y longitud. Pese a los graves errores en las distancias de algunas regiones descritas, su obra constituirá una referencia mundial durante siglos para la realización de mapas del mundo antiguo.



Figura 7. El río Esla. El *Astura* de las fuentes clásicas, constituía el límite Oriental de la mayor parte del territorio astur.

Respecto a los astures aporta un listado completo de *mansios* viales, ciudades, así como de las principales tribus y sus capitales:

"Al oriente de estos se encuentra Asturia y en ella las siguientes ciudades:

<i>Lucus Asturum</i>	11°	45°
<i>Labernis</i>	11°	44° 30'
<i>Interamnium</i>	10° 15'	44° 20'
<i>Argenteola</i>	9° 20'	43° 45'
<i>Lanciati</i>	9° 20'	43° 30'
<i>Maliaca</i>	10° 20'	44°
<i>Gigia</i>	11° 30'	43° 45'
<i>Bergidum Flavium</i>	8° 30'	44° 10'
<i>Interamnium Flavium</i>	9°	44°
<i>Legio VII Gemina</i>	9°	43° 30'

De los brigaecinos,

Brigaecium 10° 44° 50'

De los bedunienses,

Baedunia 9° 50' 44° 25'

De los Orniacos,

Intercatia 11° 10' 44° 15'

De los lungones,

Paelontium 11° 40' 44° 50'

De los saelinios,

Nardinium 10° 20' 43° 45'

De los superatios,

Petavonium 9° 30' 43° 40'

De los amacos,

Asturica Augusta 9° 30' 44°

De los tibueros,

Nemetobriga 7° 30' 43° 45'

Delos gigurros,

Forum Gigurrorum 8° 43° 45'

(Ptol. II, 6, 28, 37).

Entre los siglos II y III d.C., otro autor oriental, Dion Casio, desarrolla la "*Historia de Roma*", fundamental junto a la obra de Floro, para conocer el relato de las guerras astures. Dion Casio fue prócónsul del imperio en distintas regiones asiáticas y africanas, retirándose de la política en el año 235. Su *Historia de Roma* abarca 900 años de historia, recopilados en 83 libros algunos de los cuales se han conservado en su integridad.



Figura 8. Asturcones en las sierras del Occidente asturiano (Kruger 1927, 180). La fama del caballo astur en el imperio constituye la primera referencia a este pueblo en las fuentes grecolatinas.

Por este motivo se convierte junto a Herodiano en el historiador más importante de esta época, aunque en su obra se observa a veces demasiada subjetividad procedente de su cargo político, en particular a la hora de juzgar de forma crítica determinados estamentos y personajes del imperio.

Schulten (1943, 92), considera a Dion Casio la fuente principal para el estudio de las guerras cantabro-astures por varios aspectos. En primer lugar por su relación cronológica de los hechos, año por año, siguiendo la costumbre de los historiadores republicanos. Por otra parte abarca toda la guerra, apartándose de la fuente de Livio, al que también toman como referencia otros historiadores como Orosio y Floro, con lo que disponemos de información relativa desde el

primer año de guerra en el 29 a.C., hasta el último, el 19 a.C. Orosio y Floro sin embargo tan solo dan noticias referentes a los años 26, 25, 22 y 19 a.C. y su relación de los sucesos bélicos es casi idéntica. Por contexto cronológico el último de los grandes autores de referencias en torno a los astures es Paulo Orosio, nacido en el Noroeste Peninsular a finales del siglo IV d.C. Figura cultural imprescindible en el Bajo-imperio romano, Orosio tiene contacto personal en oriente con autores como Agustín de Hipona.

Su "*Historia adversus paganus*", es un referente obligado a la hora de estudiar la visión del mundo en los momentos finales del dominio romano del Mediterráneo, con referencias también a la historia previa, entre la que se encuentra el conflicto entre astures y romanos (García y Bellido 1961): "*En el año 762 de la fundación de Roma durante el consulado de Augusto César por 6ª vez y de M. Agrippa por 2ª vez, el César pensando que poca cosa sería lo llevado a cabo en Hispania durante 200 años, si permitía que los cántabros y astures, pueblos de Hispania muy poderosos, hicieran uso de sus propias leyes, abrió las puertas del templo de*

Jano y el mismo con su ejército vino a Hispania" (Oros. adv. VI, 21, 1-3, 9-11).

A partir de Orosio nos encontramos con autores que hacen referencias menores a los astures, basados muchas veces en los relatos de los autores previos: "*Los cántabros y astures, confiados en el atrincheramiento que les ofrecen sus montes, se refuerzan por resistir, pero son totalmente abatidos y reunidos en una provincia*" (Iord. Rom. 212).

2.3. Historia de la arqueología astur.

Es difícil comprimir en un capítulo la historia de la arqueología castreña de las siete regiones actuales que componían la antigua *Asturia*. En primer lugar por la extensión del tema, mientras que por otra parte cada región ha tenido un desarrollo científico diferente, al estar dirigido cada una por instituciones sin conexión entre sí, sean departamentos universitarios, diputaciones, o consejerías de Cultura y Patrimonio. Esto nos lleva a construir una historia general de la Edad del Hierro, donde al menos queden citados los principales movimientos teóricos y proyectos.

En líneas generales hasta la guerra civil la arqueología del antiguo territorio astur es desarrollada por eruditos locales, con mayor o menor formación académica, cuyas aportaciones son sin embargo trascendentales, tanto por la importancia de algunos de los hallazgos, como por el contexto teórico en el que estos primeros arqueólogos enmarcan esa realidad arqueológica.

La constante referencia a las fuentes clásicas, así como la búsqueda incesante de paralelos arqueológicos con la Europa céltica son una constante en las primeras excavaciones castreñas.

La guerra civil no supone un lapso académico en nuestra materia, sino más bien una transformación de las líneas de investigación, las

cuales a partir de ese momento disponen de una conexión institucional mucho más definida, a través de una organización estatal de la arqueología. Esa regeneración afecta sobremanera a las universidades, desde las cuales comienzan a desarrollarse los grandes trabajos de catalogación del patrimonio castreño, así como algunas de las excavaciones.

La presencia del profesor F. Jordá en la Universidad de Salamanca y Asturias, impulsa la creación de nuevas escuelas de arqueología a partir de los años 1960-1970, que a la vez suponen un aluvión de nuevos datos tanto en el marco teórico, con investigaciones del paisaje, como en la apertura de nuevas excavaciones, enmarcadas esta vez en grandes proyectos de financiación anual.

Ese impulso, más leve quizás en Zamora, y en las comarcas portuguesas nororientales, tiene un importante refuerzo a finales del siglo XX a través de la arqueología de emergencia, que supondrá la excavación intensiva de importantes yacimientos astures. La crisis de la construcción en el año 2008 supone una paralización drástica de este tipo de proyectos, así como de aquellos dependientes de financiación pública, al verse afectadas también por falta de financiación las instituciones regionales.

A partir del siglo XXI y como consecuencia de la crisis anterior, se inicia una nueva línea de excavaciones basada en la puesta en valor de determinados yacimientos, como medio de revitalización de comarcas periféricas, necesitadas de impulso turístico, especialmente en el norte de León.

2.3.1. La percepción Ilustrada y erudita (siglos XVIII-XIX).

La arqueología castreña se inició en Asturias a finales del siglo XVIII, con la excavación en la Campa Torres (Gijón) por parte de los ilustrados Jovellanos, Abad de Villoria, y el arquitecto Manuel Reguera, de una estructura que se relacionó con las

Aras Sextianas (Jovellanos 1804). En la misma época, y con la colaboración de Jovellanos, se realizaron durante 20 años un extenso primer estudio de catalogación de restos arqueológicos, para elaborar el Diccionario Geográfico-Histórico de Martínez Marina (Pérez Campoamor 2000 y Rasilla y Ruibal 2000). En total se descubrieron varias decenas de yacimientos arqueológicos, entre los que encontramos, fortificaciones castreñas, estructuras romanas y restos medievales. La repetición de las referencias arqueológicas de Martínez Marina, así como la inclusión de algunos escasos yacimientos inéditos, casi siempre obtenidos dentro de un marco local (Fernández y Fernández 1898), van a caracterizar una segunda época de la investigación castreña durante todo el siglo XIX. La desamortización de Mendizabal supuso un espectacular aumento de los bienes histórico-artísticos que pasaron a formar parte del estado. Se hizo necesario un control de los mismos para evitar su deterioro, con lo que se crearon diversas instituciones en manos de la erudición regional, destinadas por primera vez a la catalogación y estudio del patrimonio histórico artístico de las diferentes regiones (Rasilla 2003).



Figura 9. Lápida de la Campa Torres descubierta en las excavaciones de Jovellanos a comienzos del siglo XIX (Maya y Cuesta 2001, 25).

En Asturias, siguiendo esta pauta, se creó el 2 de abril de 1844 la Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo, con tres secciones destinadas al control de bibliotecas y archivos, escultura y pintura, y arqueología y arquitectura (Perez-Campoamor 1997, 250). La comisión provincial estaba formada por eruditos, mayoritariamente procedentes de la burguesía, y que aportaron investigaciones con sus propios fondos y colecciones privadas, que pasan a formar parte del museo provincial (Frasinelli, Soto Cortes, Aurelio de Llano...), y publicaciones monográficas con abundantes datos de investigación arqueológica, caso del catálogo razonado de los objetos arqueológicos de Fermin Canella y Ciriaco Vigil en 1871. Estas comisiones provinciales, dependientes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, siguieron sus directrices en el esfuerzo de crear catálogos monumentales provinciales, con la intención de realizar una estadística monumental de España (1873-1874), con lo que asistimos a una revitalización de las ideas ilustradas de construir un catálogo nacional del patrimonio histórico.

En el caso asturiano, estamos ante el liderazgo de unos eruditos, que antes del siglo XIX estaban constituidos por aristocracia y clero. No sabemos hasta que punto, y pese a los cambios sociales y de mentalidad política del siglo XIX, en una región como Asturias se aportó algún cambio en lo arqueológico. Asturias es una región rural, donde el papel dirigente de esa aristocracia ilustrada había recaído en manos de un grupo social que, pese a residir en la ciudad, sigue teniendo un ámbito de poder y control social eminentemente rural.

La labor investigadora de la comisión provincial comenzó con fuerza a finales del siglo XIX, impulsando excavaciones de diferentes épocas y yacimientos, repartidos por toda la región.

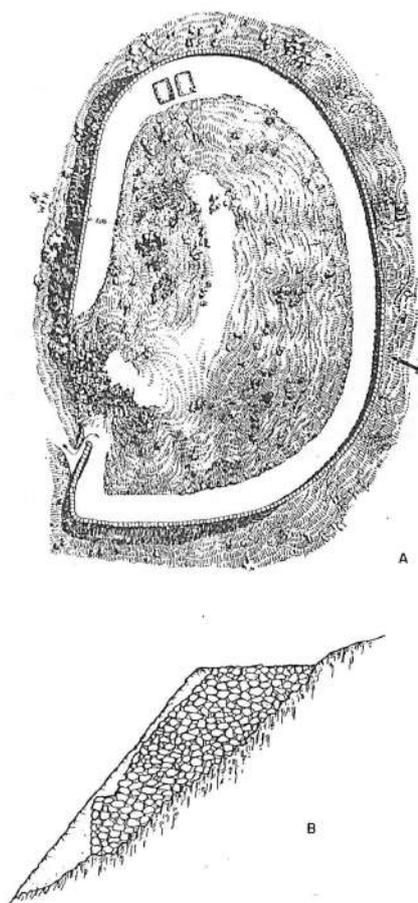


Figura 10. Planta y perfil de la muralla del castro de Caravia (De Llano 1919).

En 1878, dicha comisión financió las excavaciones del castro de Coaña, que será el segundo castro excavado en Asturias después de la Campa Torres en el siglo XVIII.

Flórez, el director de la intervención, no siguió una identificación del castro con un posible poblado castreño, sino que continúa la tradición ilustrada establecida por Martínez Marina, de vincular las fortificaciones protohistóricas con castillos romanos y medievales. El investigador buscaba los restos de un castillo, siguiendo la tradición local de denominar Castelón al recinto fortificado de Coaña.

Sirve sin embargo esta primera excavación arqueológica, para abrir, de forma indirecta, el

comienzo de la arqueología castreña, pues si bien la Campa Torres había constituido la primera intervención, esta se había centrado en unos restos romanos de la planicie interior, y en una discusión también vinculada a la romanización, sobre la existencia, o no, de las *Aras Sextianas*.

Flórez se enfrentó a un castro sin saberlo, y las cabañas circulares, los materiales domésticos, los molinos y la sauna castreña rompieron sus suposiciones sobre la existencia en el Castelón de un campamento romano o de un castillo medieval. Se acumulan datos, materiales, algunos dibujos, reflexiones personales, pero curiosamente la percepción histórica de esos yacimientos antes y después de la intervención sigue siendo la misma.

En el Noreste de Portugal el interés arqueológico comienza con fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, dependiente al igual que en España, de iniciativas puramente personales por parte de las élites intelectuales de la zona, caso del militar Albino Pereira Lopo.

El interés por la génesis nacional vinculada al mundo castreño impulsa las investigaciones de Martens Sarmiento en los castros más al Norte del país, y las noticias arqueológicas de las comarcas de Miranda, Torre de Moncorvo y Bragança van teniendo su eco principalmente en la revista *O arqueólogo Português*. La llegada de la república a comienzos del siglo XX impulsa el nacionalismo de la mano de la ciencia positivista que en nuestra zona de estudio supone la primera catalogación arqueológica de la región por parte del Abad de Abascal (Luis *et alii*, 2013: 63).

2.3.2. Los comienzos de la arqueología científica.

El verano de 1917 supuso el comienzo de una auténtica arqueología castreña en Asturias. Aurelio de Llano (1919), uno de los eruditos que formaba parte de esa incipiente generación de arqueólogos asturianos, realizó una intervención arqueológica que acababa con el método de excavación

decimonónico, mediante una documentación mucho más intensiva de los restos estudiados, estableciendo unas interpretaciones históricas rigurosas y de gran calidad, si tenemos en cuenta el contexto de esta investigación.

La novedad de las excavaciones de Caravia va por lo tanto, más allá de que su director se centrara en un yacimiento castreño prerromano y de interpretarlo como tal. En primer lugar, hemos de destacar que un siglo después, la calidad documental de su intervención es alabada por los arqueólogos actuales. De la misma forma, y mediante la comparación material con las publicaciones existentes en Europa sobre la Edad del Hierro, de Llano es capaz de aproximarse muy acertadamente a la cronología del emplazamiento y establecer una relación cronocultural que confirma por primera vez la existencia de una población astur, anterior a la invasión romana, e incluso diferente a las "invasiones indoeuropeas" (Villar 2004). La presencia de materiales relacionados con la economía agrícola llevaron a de Llano (1928, 115-116) a plantear: "*Las herramientas agrícolas que encontré en mis excavaciones, demuestran el florecimiento de la agricultura en Asturias antes de la influencia romana (...) Asturias, en los tiempos remotos se hallaba dentro del área de la civilización de los pueblos adelantados; había llegado hasta aquí, es de suponer que con bastante retraso, la cultura de Hallstat y de la Tène; 300 años antes de Jesucristo estaba en pleno dominio del hierro y conocía la aleación de los metales*".

Las excavaciones posteriores confirmaron los principales hallazgos de Aurelio de Llano, añadiendo nuevos materiales al registro de Caravia, así como una primera descripción estratigráfica donde se detallan varios niveles de ocupación diferenciados, pero todos ellos dentro de la Segunda Edad del Hierro (Adán 1998).

En el antiguo territorio astur de la actual Galicia, en el extremo occidental de Lugo y Orense, las investigaciones arqueológicas comienzan a desarrollarse a partir de los años 20, dentro de una clara mediatización del concepto ideología-cultura donde lo astur queda fuera del debate pese a ser una realidad histórica y etnográfica. Entre 1920 y 1936 el incipiente nacionalismo gallego, sienta las bases a través del discurso celtista de lo que sería una interpretación *sui generis* de la realidad arqueológica castreña (Zarzalejos 1991).

En paralelo a las noticias arqueológicas publicadas desde el Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense, o el Boletín de la Real Academia Gallega, desde finales del siglo XIX, se le suma la importante labor arqueológica de López Cuevillas y el seminario de estudios galegos creado en 1923. En 1927 comienza la catalogación por fases de los castros de la Provincia de Orense desde el seminario de estudios galegos. En dichas catalogaciones destaca el método de clasificación y descripción de los yacimientos, así como el intento de establecer unas tipologías de castros según su ubicación y dimensiones.

En la *Asturia cismontana*, el siglo XIX implica algunas pequeñas aportaciones arqueológicas en lo que tiene que ver con la Edad del Hierro, todas sin grandes excavaciones, que continúan en los primeros años del XX, en paralelo a la progresiva catalogación de yacimientos comarcales tanto en la provincia de Zamora (Gómez Moreno 1927) como en el antiguo territorio astur del actual Portugal (Alves 1934).



Figura 11. García y Bellido con I. Chacón en Coaña (García-Bellido 2002, 43).

2.3.3. La formación de las escuelas del Noroeste. De la guerra civil a finales del siglo XX.

Nada más terminar la Guerra Civil, en 1940, A. García-Bellido de la mano de Uría Riu, excava en el castro de Coaña, confirmando lo que las excavaciones del P. Flórez habían dejado al descubierto sin una definición teórica reconocida. El objetivo científico consiste en demostrar la posible vinculación del castro de Coaña con esas poblaciones célticas peninsulares que estaban siendo estudiadas en la Meseta.

La presencia del profesor F. Jordá en Asturias en los años 50, supone el comienzo de un debate en la arqueología regional, que marcó la investigación castreña asturiana durante el resto del siglo XX, entre posturas que defendían la pervivencia de lo prerromano, y los que

apostaban por la romanización total de la cultura castreña.

La presencia de Jordá supone el comienzo de una línea historiográfica donde se discute lo celta, que es llevado a extremos en lo que se refiere a la vinculación del concepto de civilización con el proceso de romanización que habría sucedido en Asturias. La reexcavación de Coaña, el comienzo de las investigaciones en San Chuis, así como en otros yacimientos emblemáticos del valle del Navia, cuya interpretación se mueve siempre acorde a las hipótesis romanistas del profesor F. Jordá, es la prueba evidente de que la arqueología de esta época supone el comienzo del debate étnico-cultural, pero no un monopolio del mismo. En una serie de trabajos (Jordá Cerdá 1983), que tienen como base su propia experiencia arqueológica en diferentes yacimientos castreños del occidente asturiano, F. Jordá enuncia la existencia de tres áreas culturales diferentes en época prerromana para el territorio de la actual Asturias.

A partir de aquí, el citado investigador enunciará una interesante teoría, según la cual, tras las guerras de conquista del Norte, la población debió de resultar

prácticamente diezmada, siendo sustituida en gran medida por elementos celtas venidos durante la guerra formando parte de las tropas auxiliares romanas, propugnando de esta manera una celtización tardía que denomina como *celtorromanización* (Jordá Cerdá 1983, 29-30).

Resumiendo las propuestas del profesor Jordá, tenemos que la base sobre la que surgió la cultura castreña es la de unos pueblos con raíces autóctonas en el Bronce Final, sobre los que en algún momento, probablemente relacionado con los intercambios comerciales de este período, se produjo una primitiva indoeuropeización, detectable en el substrato lingüístico. Los argumentos sobre los que se apoya esta teoría de la tardía celtización se refieren a la tradición constructiva de muros circulares en las casas castreñas, la inexistencia de necrópolis de incineración, la muy tardía introducción del sistema defensivo de *pedras hincadas* (ya en época romana), la introducción en época romana del panteón indoeuropeo, así como la originalidad de algunos elementos tales como las denominadas *cámaras castreñas* o las *pedras con cazoletas* (Jordá Cerdá 1984, 7-9).

Surge, por lo tanto, en el periodo franquista, un choque de percepciones culturales, que si bien no tienen un enfrentamiento directo en estos años, marcaran la intensidad de unos debates mucho más agrios y radicales, en el panorama científico asturiano a partir de los años ochenta.

De esta forma, si F. Jordá tiene una continuidad directa a través de las hipótesis del profesor Carrocera y el proyecto del valle del Navia hasta fechas recientes, en el caso de la línea de investigación atlantista, el relevo de García y Bellido es tomado, sin conexión directa, por J.M. González y posteriormente por el profesor J.L. Maya. Si bien Maya es alumno del profesor González, no surge de esa vinculación, a diferencia del Navia, un grupo de trabajo que

continúe sin excepción las hipótesis de su creador, sino que nos encontramos con investigadores que apoyan una perspectiva más atlantista desde una percepción personal, apoyada por una abundante relación bibliográfica de Hispania y la Europa céltica.

José Manuel González es el gran propulsor junto a Jordá de la arqueología castreña en Asturias entre los años 50 y 70, aunque a diferencia de Jordá sigue una perspectiva claramente filológica, basada en la documentación clásica, y aportando en la parte arqueológica un potente catálogo de castros asturianos, que ha sido la base del inventario arqueológico de Asturias (González 1976).

En Galicia en 1936 el seminario es desmantelado pero la actividad científica no disminuye y la arqueología gallega dispone de un nuevo impulso de la mano de Cuevillas y una nueva generación de discípulos. En 1944 se crea el instituto de estudios gallegos "Padre Sarmiento" dependiente del CSIC, en paralelo a nuevas actividades científicas desde el museo de Orense. Se desarrollan así investigaciones diversas en yacimientos, o en cultura material, caso de los verracos estudiados por Taboada (1946; 1948) en el extremo meridional de la provincia de Orense.

Se retoman en 1950 las excavaciones en lugares clásicos como Cibrán de Las (Chamoso 1954), así como continúa la realización de las cartas arqueológicas como la de Verín (Taboada 1955).

El mismo autor prosigue con sus investigaciones en la comarca de los antiguos Bíbalos, planteando las vinculaciones de la cultura castreña galaica y la meseta a través de diferentes elementos como las piedras hincadas o la existencia de Verracos (Taboada 1959/61).

Esta década coincide con un aluvión de nuevas excavaciones en castros galaicos como Castromao, Muradella, o Cabanca (Zarzalejos 1991).

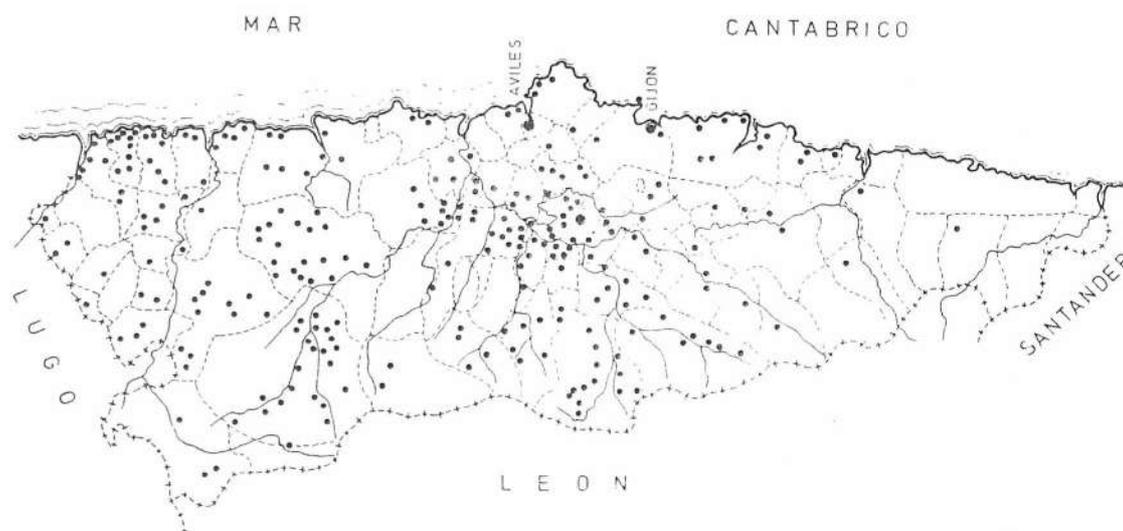


Figura 12. Mapa de castros asturianos según J.M. González (1976).

A partir de esta década el Instituto de Estudios Galegos crea una sección de prehistoria y arqueología, que supone un nuevo impulso a través de una nueva generación de investigadores cuyos trabajos duran hasta finales del siglo XX. Desde la perspectiva teórica en cambio, no se producen muchas variaciones, y la tesis céltica de López Cuevillas es reinterpretada por el mismo autor en busca de las aportaciones autóctonas a la posible invasión Europea, (López Cuevillas 1954, 13).

En 1970 a la creación del Boletín Auriense desde el museo provincial y la re-excavación de castros ya conocidos en la bibliografía regional, se le suman nuevas intervenciones como la de Coto do Mosteiro (Otero Grandal 1986), y el abandono casi definitivo de las interpretaciones celtistas de Cuevillas en la búsqueda de nuevas líneas interpretativas del fenómeno castreño (Zarzalejos 1991, 207). En paralelo, los trabajos de prospección en el área del Caurel, suponen un registro muy detallado del patrimonio castreño

del área astur de la actual Galicia (Luzón *et alii* 1980).

En la provincia de León, pese a los trabajos puntuales de nuevos hallazgos materiales o pequeñas excavaciones como las realizadas por Morán (1956-1961) en Villacid y Adrados, la mayor parte de nuestros conocimientos actuales sobre los castros de la región surgen a partir de las investigaciones de C. Domergue (1970) en las zonas de minería aurífera del Bierzo. A partir de su trabajo, y coincidiendo con las sucesivas exploraciones comarcales y la redacción de la carta arqueológica de León (Mañanes 1981, 1988 y 1990), se suceden las excavaciones en los castros en torno a las Médulas y el valle de la Cabrera por el equipo de Sánchez Palencia (1983), así como se produce el relanzamiento de las investigaciones en Lancia (Celis *et alii* 2007).

En Zamora, la segunda mitad del siglo XX supone la construcción de un inventario fiable de yacimientos arqueológicos (Bragado 1994), de la mano de Sevillano Carbajal (1978), Martín Vallas y Delibes (1975/82), y de Esparza Arroyo (1986).

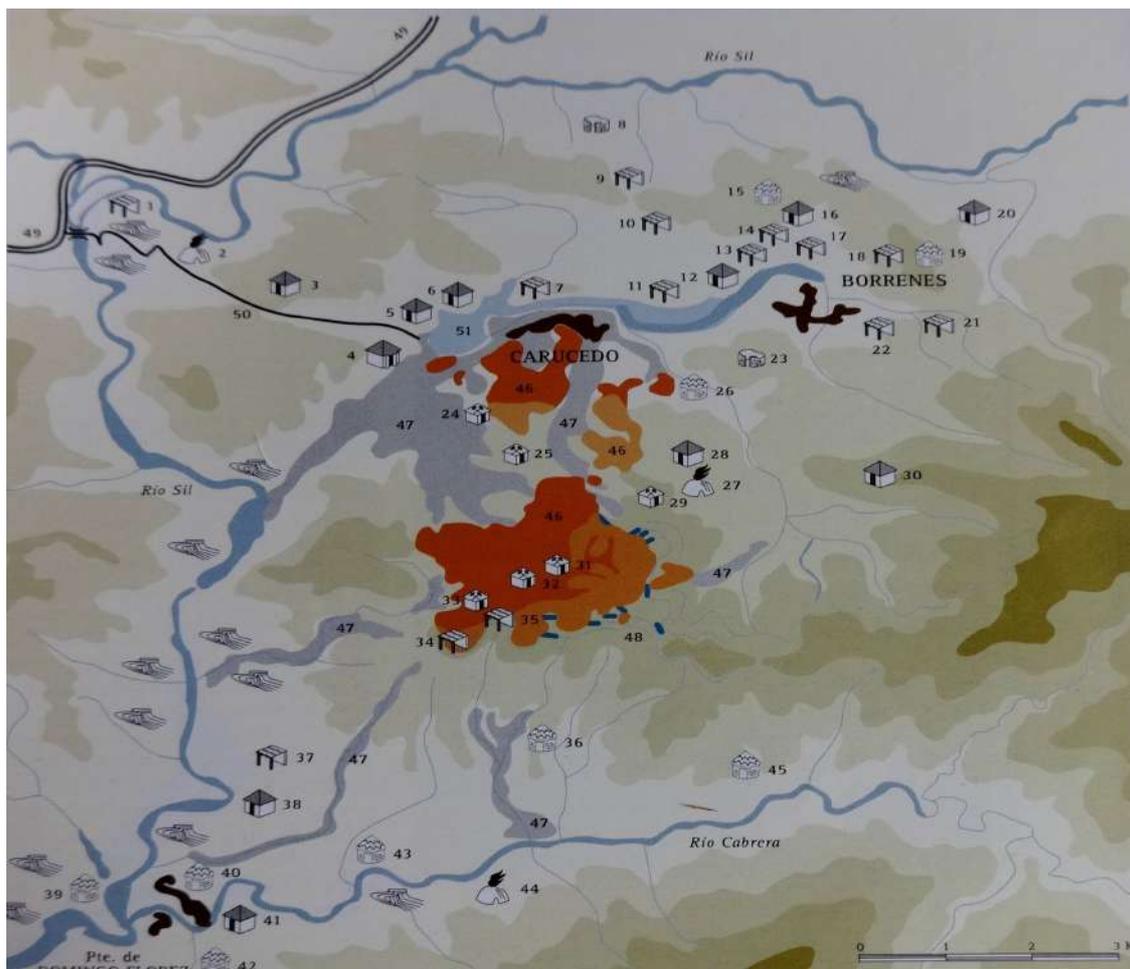


Fig 13. Poblamiento antiguo en torno a la zona minera de las Médulas (León) (Perea y Sánchez Palencia 1995, 95). Las investigaciones en las Médulas (León) del equipo de Sánchez-Palencia a partir de los años 80 del siglo XX suponen, una revolución en el panorama arqueológico astur por la cantidad de yacimientos en estudio dentro de un mismo proyecto.

Este último autor, centrado en el mundo castreño aporta no solo diversas excavaciones en castros de la provincia, sino también aborda durante años toda la problemática referente a la vinculación entre etnicidad astur y cultura material de la Edad del Hierro en el valle del Duero (Esparza 1983, 1983/84, 1986, 2001, 2003, 2011). El último cuarto del siglo XX supone una "Edad de Oro" de la investigación arqueológica castreña, con una

multiplicación de excavaciones y la publicación de nuevos datos, todo ello impulsado en parte por agrios debates culturales (Camino 2000, Maya y Cuesta 2001).

En paralelo a las investigaciones arqueológicas, desde los años 80 del siglo XX ven la luz un conjunto de obras colectivas, que sientan las bases teóricas de lo que van a ser los debates actuales en torno a las poblaciones castreñas. Los trabajos publicados en Portugalia, Congreso de Arqueología del Noroeste, Lancia I, arqueología castreña, suponen un avance considerable en el apartado teórico que acompaña a numerosos proyectos por todo el Noroeste.

En Asturias, la gran aportación científica por parte de cuatro grandes proyectos, que se desarrollaron al mismo tiempo en diferentes zonas de Asturias (Campa Torres, Villaviciosa, Llagú y Valle del

Navia), significa también la aparición de fuertes debates entre sus investigadores en lo que respecta al contexto cronológico, cultural y material de los yacimientos en estudio (Cuesta *et alii* 1996). Desde 1982, y durante veinte años, se suceden las excavaciones en la Campa Torres de Gijón, dentro del proyecto arqueológico Gijón, mientras en paralelo toma forma el proyecto arqueológico del Navia de la mano de Elías Carrocera (1995). Las excavaciones dirigidas por J. L. Maya rompen ese marco teórico propuesto por Jordá y suponen el comienzo de un extenso debate que culminará con el cierre de sus excavaciones arqueológicas veinte años después: *“Pasar de un poblado de época romana y de una supuesta muralla posterior al cambio de Era, al descubrimiento de una Edad del Hierro con un mínimo de cinco siglos de evolución previa y responsable de sistemas defensivos tan complejos como los encontrados, rompió completamente los esquemas establecidos”* (Maya y Cuesta 2001, 11).

En el año 1987 comienzan las excavaciones en los castros de Villaviciosa.

Su director, Jorge Camino Mayor (1997), pretendía analizar la evolución cronológica y la interrelación de los diversos poblados fortificados dentro de un ámbito micro-espacial privilegiado por sus recursos, como es la ría de Villaviciosa. En paralelo, la excavación de emergencia en el castro de Llagú supone la mayor intervención arqueológica en un castro de la *Asturia Transmontana*, descubriendo un poblado de la Segunda Edad del Hierro, que una vez destruido durante la conquista romana, es reocupado muy posiblemente con fines militares (Adán Álvarez 2001; Berrocal *et alii* 2002).

Figura 14. Vista aérea de la excavación intensiva del desaparecido castro de Llagú (Latores, Oviedo). (Berrocal *et alii* 2002).





Figura 15. Vista aérea del poblado de Crestelos (Pereira *et alii* 2014, 279). La amplia ocupación de algunos castros desde el Bronce Final se debe, en ocasiones, a las facilidades orográficas de los asentamientos a la hora de ampliar de forma consecutiva su espacio urbano, ocupando como en este caso, lugares en llanura fuera de la fortificación.

2.3.4. Los Astures y la arqueología de comienzos del siglo XXI.

La finalización de los trabajos en la Campa Torres y Llagú (Berrocal *et ali* 2002), y la falta de continuidad de las excavaciones en el oriente asturiano, hizo que el único referente a nivel de información científica a partir de ese momento, se diese en las novedades interpretativas realizadas en el valle del Navia, desde una perspectiva diferente a la escuela que había originado buena parte de esas intervenciones. En paralelo a los trabajos del occidente de Asturias (Villa y Menéndez 2009), en el resto de la región se dan a conocer castros de la primera Edad del

Hierro sin uso doméstico a través de las excavaciones del Picu la Fórca (Camino *et alii* 2008), se discute el mapa castreño de Asturias (Fanjul 2005) y se aportan nuevos datos en el sector de Teverga (Fanjul *et alii* 2009), que pretenden demostrar la complejidad cultural de las sociedades castreñas en las zonas de montaña, hasta ahora consideradas como espacios de población marginal. En Galicia si bien los castros astures de Lugo y Orense habían formado parte de la actividad de las prospecciones que se desarrollaban en ambas provincias desde comienzos del siglo XX, con especial intensidad en el Caurel a partir de las investigaciones de Luzón y el equipo de Sánchez Palencia (1980), tendremos que esperar a finales de este siglo y comienzos del siglo XXI, para encontrarnos con excavaciones científicas intensivas, caso del Castro da Torre en el Caurel (Álvarez Núñez 1993) y el de Santa María de Cervantes (López González *et alii* 2010). La cercanía al Bierzo y la fuerza académica de las teorías "mineras" en relación al poblamiento castreño establecidas por Sánchez Palencia y su equipo en los años 90 (Sánchez Palencia *et alii*

2002), hacen que la interpretación de ambos yacimientos se de en una clave económica abandonando los postulados más étnico-culturales que predominaron en el resto de Galicia.

En la *Asturia Cismontana* el impacto de la arqueología de emergencia en los últimos años del siglo XX supone un importante aumento de las excavaciones en lugares como Valencia Don Juan, Castillo de Ponferrada, Sacaajos y el castro de la Magdalena (Celis y Muñoz 2015), así como en diversos yacimientos de Zamora, a los que se suman excavaciones intensivas en yacimientos astures del actual territorio portugués, caso del castro de Castelhino (Cilhades, Felgar). En la actualidad, coincidiendo con las políticas arqueológicas desarrolladas desde los primeros años del siglo XXI, pero especialmente después de la crisis económica del año 2008, que conllevó una drástica reducción de las excavaciones arqueológicas de emergencia, la continuidad de las investigaciones se relaciona con proyectos más orientados a la puesta en valor turística de los yacimientos, caso de las excavaciones en la Peña del Castro de la Ercina (Muñoz *et alii* 2015), o La Muela y la Zamora en Villablino (Rubio y Quintana 2015), o Arrabalde (Zamora), añadiéndose en paralelo importantes yacimientos al inventario regional (Vidal Encinas 2013; 2014).

La arqueología en el territorio astur en definitiva ha recorrido un largo proceso de transformación desde las noticias de eruditos de los siglos XVIII y XIX, pasando por las primeras excavaciones y proyectos de envergadura del siglo XX. En la actualidad, la disminución de esos grandes proyectos se ve suplida por un aumento considerable de los trabajos arqueológicos de emergencia, con las carencias propias de esta disciplina en cuanto a falta de publicación de resultados.

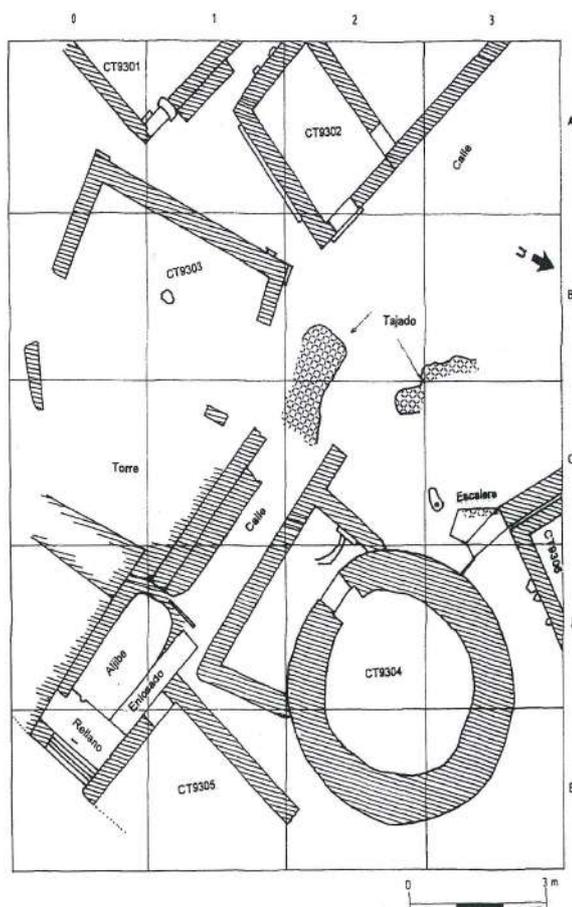


Figura 16. Planta del sector excavado en el castro da Torre (Sobredo, Lugo) en la antigua Asturia occidental (Álvarez Núñez 1993, 21).

3. Historia de los Astures.

3.1. El Final de la Edad del Bronce. ¿Primeras jefaturas o comunidades fortificadas?

Más allá de la problemática cultural que implica una época tan extensa como ésta, de la que parte la formación de los pueblos prerromanos peninsulares, el primer debate arqueológico se ha formado en su definición cronológica. Hasta el momento, los investigadores hemos aceptado el siglo VIII a.C. como el límite temporal que separa la Edad del Bronce de la posterior Edad del Hierro. Sin embargo desde el punto de vista arqueológico, la escasez de cambios materiales, especialmente en los metálicos, así como otros relativos al hábitat impide por ejemplo en el Norte de Portugal definir un límite tan concreto hasta los siglos V-IV a.C. (Martins 1993/94). Existen casos similares en el valle del Duero, donde muchos de los elementos culturales del Bronce Final, se transmiten de forma masiva en los yacimientos arqueológicos del Hierro Inicial (Álvarez Sanchís 1999, 68-70). Admitido el contexto cronológico general europeo para el final de la Edad del Bronce entre los siglos XII-VIII a.C., y siendo los siglos IX-VIII a.C., cuando se origina el poblamiento fortificado en el territorio astur, nos hemos planteado la importancia de intentar observar las características de estos primeros castros, respecto a otros similares, pero que ya surgen dentro de la Edad del Hierro inicial.

Pese a que los datos del Bronce Final en el Noroeste respecto a cuestiones tan básicas como el poblamiento, la economía y la cultura material son todavía escasos, podemos ver una serie de pautas sociales sobre el paisaje, que reflejan la existencia de hábitats no fortificados en terraza, tanto junto a los principales valles fluviales del centro de la

región, como en las sierras más altas (Marín 2011, 74). En contra de lo que se ha mantenido hasta ahora, la presencia de estos hábitats en las zonas más elevadas de la cordillera, no responden a una economía exclusivamente ganadera (Blas Cortina 1983). Los hallazgos de molinos en el Mayéu de Busián (Camino y Estrada 2012), o el de la Estella, en las zonas más altas de Ibias (Asturias) (Fanjul 2015), reflejan una actividad mixta, donde la ganadería seguramente tendría una importancia predominante, pero no sería una actividad exclusiva (Salzman 2002, 245). En paralelo, la incipiente actividad metalúrgica se desarrolla incluso en los hábitats en cueva, mediante pequeños hornos en cubeta como ocurre en Arangas, en el Oriente asturiano (Arias y Ontañón 1999, 77-78). Los cambios tecnológicos, y la intensificación de las actividades ganaderas y agrícolas suponen un paisaje más explotado, con cada vez más espacios abiertos (Martins 1998, 77), y donde determinados elementos naturales cobran una dimensión simbólica dentro de un paisaje religioso (Bradley 2000).



Figura 17. Molino barquiforme de la estella (Ibias, Asturias).

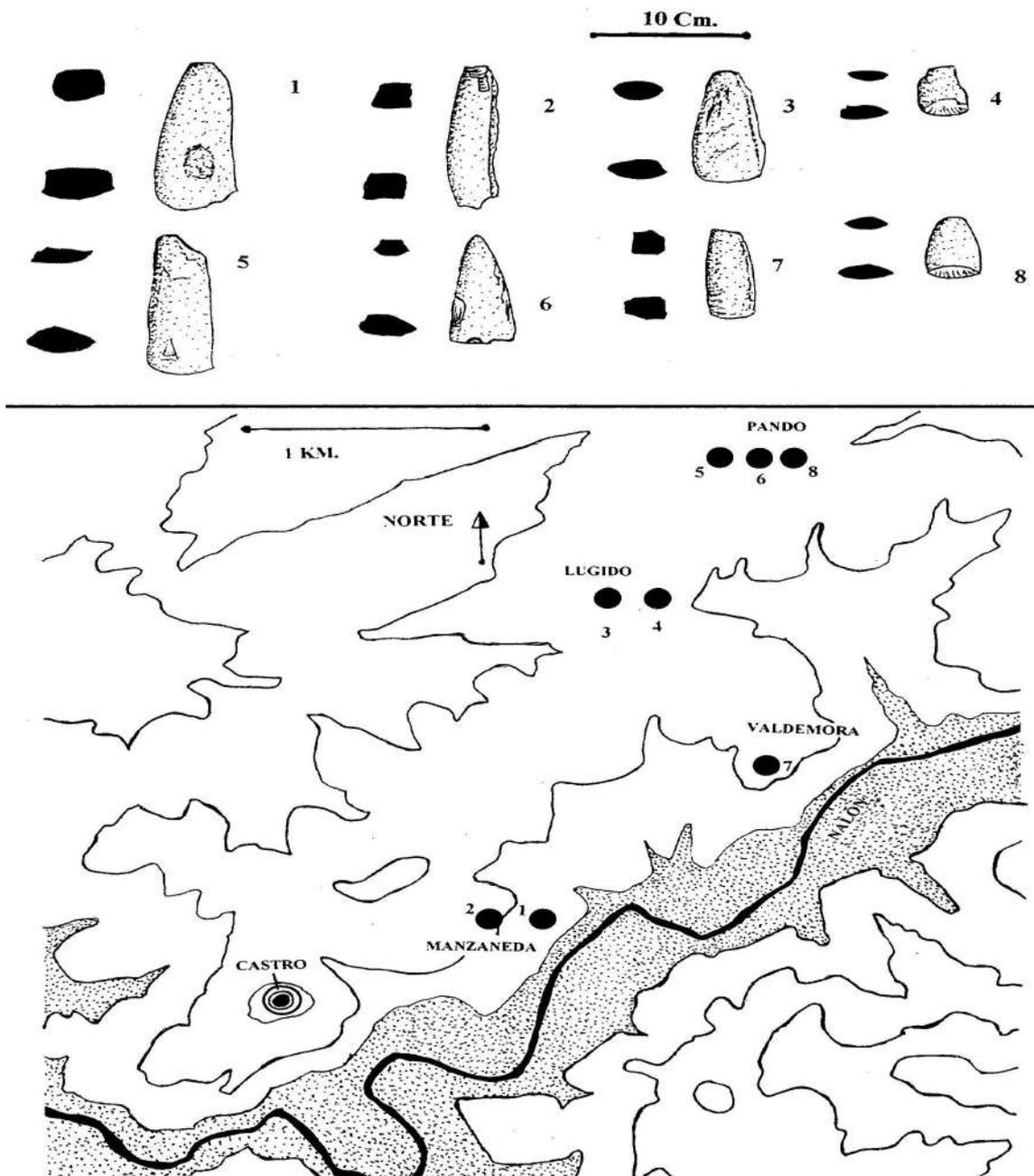


Figura 18. Hachas pulimentadas en el entorno del Picu la Corona (Ribera de Arriba, Asturias).

Es ahora, entre los siglos XIII-VIII a.C., cuando los testimonios del comercio atlántico se vuelven más frecuentes y variados, y muy especialmente a partir del siglo IX a.C. (Fernández Manzano 1986), encontrando una serie de materiales metálicos –espadas pistiliformes, puntas de lanza “tipo Vènat” y calderos de bronce- que nos

permiten incluir al Norte y al Noroeste peninsular dentro de las *corrientes atlánticas*, a lo que hay que añadir una serie de objetos de factura ibérica (hachas de talón y dos anillas, hachas unificiales, fibulas de doble resorte), distribuidas a lo largo de la fachada atlántica europea, claro testimonio de la reciprocidad de esas relaciones (Delibes y Fernández 1983; Ruiz-Gálvez 1986; Rovira 1993 y Argente 1994). Los datos del clima y del medio procedentes de Galicia y el Norte de Portugal reflejan una potente deforestación en un paisaje cada vez más húmedo, debido a las lluvias que ocupan buena parte del año,

lo que a su vez supone la creación de zonas encharcadas y turberas en terrenos llanos (González Ruibal 2006/07, 80). Ese enfriamiento brusco del clima en el Bronce Final se observa también en el resto del Norte Peninsular (Martínez Torres 2003b, 54), lo que en paralelo al aumento de las actividades agrícolas y ganaderas, condujo al paisaje a adoptar espacios abiertos producto de la deforestación.

¿Que es lo que explica la génesis de estas fortificaciones? La mayoría de los autores que han tratado este tema se enfrentan al panorama arqueológico rechazando que haya otros paisajes no fortificados en convivencia con los castros, lo que les lleva, en nuestra opinión, a algunas posiciones teóricas muy arriesgadas. En toda Europa en la Edad del Bronce existen granjas, brañas o estaciones ganaderas e incluso pequeñas aldeas ajenas al fenómeno fortificado en altura que representan los castros.

Maya (1989, 32) vincula la fortificación de algunas aldeas con una sociedad compleja que hace del castro no solo el hábitat principal, sino también su referente identitario, lo que aparece reflejado posteriormente en las estelas de época astur-romana. Más recientemente González-Ruibal (2006/07, 93) resalta el simbolismo de los primeros espacios fortificados en las ocupaciones "en alto", respecto al poblamiento castreño posterior, y su vinculación a espacios con una especial significación desde los inicios del Neolítico. Finalmente Marín (2011, 249), defiende la fortificación como un producto de la vinculación territorial entre un grupo social y el paisaje que les rodea, respecto a otros grupos vecinos.

Partiendo de una base contraria a la mayoría de autores, ya que defendemos la convivencia de los castros con un poblamiento no fortificado (Fanjul 2013), planteamos que el encastillamiento es una reacción de identidad ante "sus paisajes" por

parte de grupos jerarquizados, que consiguen así limitar socialmente, los espacios de decisión y poder al resto de la sociedad que reside fuera de la fortificación.

La génesis del poblamiento fortificado en el Noroeste tiene su epicentro en las zonas más al Sur del territorio astur, en las regiones del Medio Duero que transcurren hoy entre España y Portugal. Dos yacimientos calcolíticos, Fraga dos Corvos y Palheiros, ambos en el límite fronterizo entre astures y los galaicos del Norte de Portugal, nos aportan la primera visión de como son estos "primeros castros" antes de los castros.

En el caso de Fraga dos Corvos (Macedo de Cavaleiros, Portugal) (Luís 2013), estamos ante la cima rocosa de una colina, donde en un primer momento de su ocupación, los habitantes del comienzo de la Edad del Bronce establecen un conjunto de cabañas aprovechando al máximo los resaltes naturales del terreno rocoso.

El poblado es definido como un conjunto de cabañas de hoyos de poste, sin estructuras de piedra, combinadas con fosas que hacen de silos o bien, son los propios fondos de otros modelos de cabañas, y donde solo se construye un muro irregular, para impedir la inundación de la zona de hábitat (Luís *et alii* 2012).

Este primer "castro" dispone sin embargo de aspectos que se van a perpetuar durante toda la Edad del Hierro, como es la presencia de una ganadería mixta (bovino y ovicáprido) de cierta importancia, escasa caza, y agricultura cerealista, combinada con actividades metalúrgicas dentro del propio poblado. Entre los aspectos materiales llama la atención la vinculación con la Meseta española de algunos elementos cerámicos, dentro de un conservadurismo material que va a perdurar también durante la siguiente Edad del Hierro (Levy Reprezas 2013).

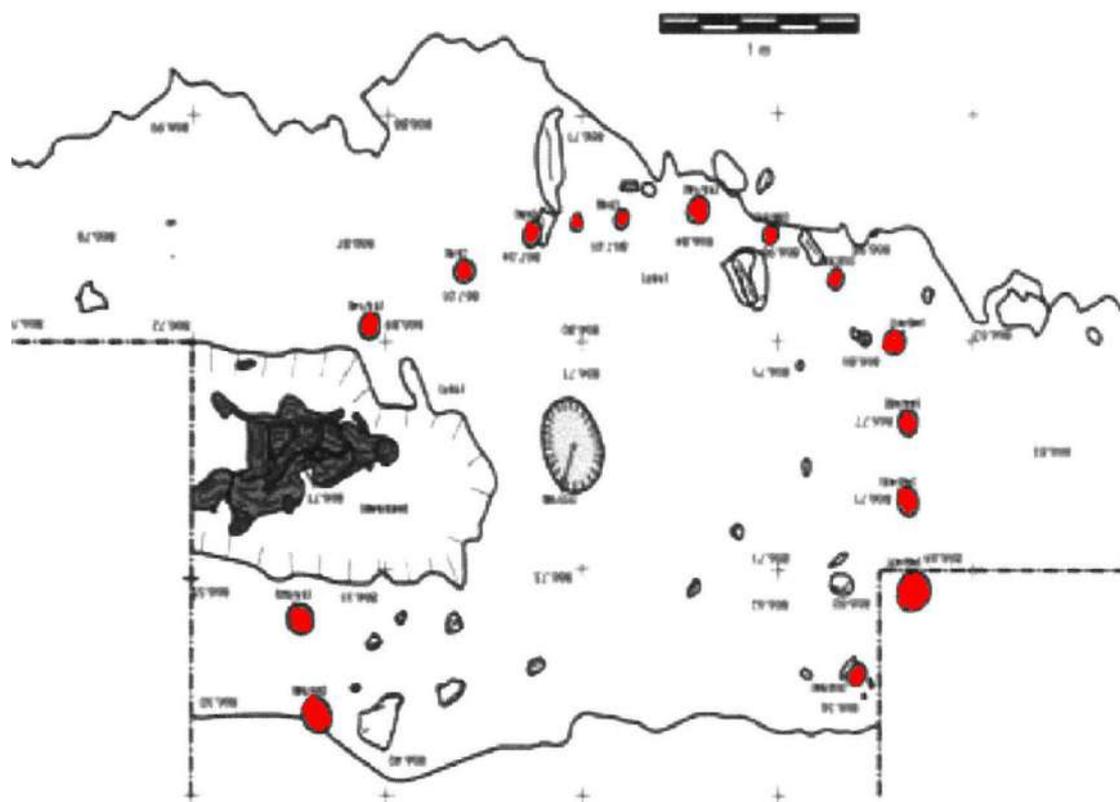


Figura 19. Líneas de hoyos de poste que muestran los restos de una cabaña calcolítica ovalada en el interior del castro de Fraga dos Corvos (Luís *et alii* 2012, 43).

Palheiros, situado más al Sur, pero también en la comarca de confluencia de las tierras astures y lusitanas, representa un modelo similar a Fraga dos Corvos, aunque con una ocupación y uso mucho más intensivo. El poblado calcolítico se establece en las terrazas naturales de una colina rocosa, aprovechando algunos de los resaltes para la ubicación de cabañas orgánicas muy difícilmente documentables en la excavación, y que apenas dejan unas huellas visibles de postes, y algunas manchas en el terreno.

El interés principal de este yacimiento proviene de su arquitectura defensiva, una de las más antiguas en el contexto de nuestro estudio, y

cuyos usos parecen cambiar constantemente mediante destrucciones, reformas, y reutilizaciones, durante todo el período Calcolítico y la Edad del Bronce.

Las tres líneas de muralla que cierran aquellos puntos de la colina donde no existe una suficiente defensa natural, son abandonadas y recrecidas en diferentes etapas, adquiriendo una mayor estabilidad durante la Edad del Hierro, momento en que la acrópolis usada como hábitat en los primeros momentos del poblado queda sin uso doméstico, y la trama urbana se desarrolla en el interior de la segunda línea de murallas (Sanches 2008).

En paralelo a estos primeros "castros rocosos" del Oriente portugués, en la Meseta leonesa surgen el castro de Sacaojos y Gusendos de los Oteros, con un aprovechamiento de la orografía distinta a los casos antes citados, pues estamos ante colinas en llanura, aunque con algunos aspectos similares en lo que respecta al hábitat interno y la vivienda.



Figura 20. Reconstrucción idealizada del castro de Palheiros en una de sus primeras fases de ocupación en la Edad del Bronce (Sanches 2008, 18).

Sacaojos (Santiago de la Valduerna, León) ubicado sobre una meseta de base rocosa, aparece como una aldea amplia formada por varias decenas de cabañas de estructuras orgánicas, cuyas únicas huellas arqueológicas las componen un conjunto de fosas y hoyos de poste rellenos de material de la Edad del Bronce, sobre las que se asienta un poblado de la Primera Edad del Hierro, cuyos hoyos de poste dejan ver de forma más definida un conjunto de 8 cabañas dentro de un espacio ya fortificado por una línea de muralla. La aldea inicial de la Edad del Bronce sin embargo parece ser abierta, sin murallas, pese a ese aprovechamiento de la defensa natural que proporciona el alto de la colina donde se ubica.

Las cabañas muestran estructuras circulares, junto a las que podría haber añadido otras estructuras no destinadas al hábitat, sino a espacios artesanales o de almacenamiento, todo ello sobre unas fosas que en muchos casos, están directamente vinculadas al uso de hogueras, bien con fines industriales cerámicos, o bien como simples lares de las viviendas en las que están situadas (Misiego Tejeda *et alii* 1999).

En estos mismos siglos, en el extremo occidental de la *Asturia Transmontana*, en el valle del Navia, surge el poblado fortificado del Chao Samartín, encuadrable al igual que Palheiros en un territorio ajeno a la posterior Asturia, pero que nos sirve de ejemplo, por su inmediatez geográfica a nuestro contexto de estudio, del tipo de castros que surgen en esta época.



Figura 21. Muralla del Picu la Forca (Grado, Asturias) (Camino *et alii* 2008).

En el Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) su fundación nos lleva a los siglos XII-VIII a.C. en función de unas dataciones radiocarbónicas (Villa Valdés 2002, 108), momento en que aparece un poblado ya fortificado, mediante un complejo defensivo situado en el recinto más superior de la colina, donde posteriormente se ubicará un gran castro de la Edad del Hierro. Este conjunto se componía de una fuerte empalizada de madera que se reforzaba mediante una torre, y de una línea de muralla fabricada a hueso mediante grandes bloques de cuarcita, precedida de un foso bastante grande excavado en pizarra. En el recinto delimitado por estas fortificaciones se ha localizado una gran cabaña de planta rectangular y esquinas redondeadas fechada en torno a la primera mitad del siglo VIII a.C. que ha proporcionado diversos materiales, así como restos relacionados con actividades metalúrgicas del cobre. Los materiales

cerámicos denotan gran tosquedad, con producciones lisas elaboradas a mano. A este mismo período corresponde un hacha de talón y anillas y un fragmento correspondiente al talón de otra, que fueron localizadas fuera del recinto superior. Según parece esta ocupación arcaica se extendería también fuera de ese recinto, tal y como señalan algunas dataciones realizadas bajo cabañas de la Edad del Hierro. Igualmente, es este yacimiento del occidente asturiano el que nos ofrece el primer dato sobre posibles prácticas rituales en ámbitos castreños del NO, puesto que su excavación muestra el hallazgo de una pequeña cista revestida de pizarra que contenía una calota perteneciente al parecer a una mujer, y cuya cronología podría situarse en las cercanías del siglo VIII a.C. Esta temprana organización del espacio de los castros es general en el ámbito de estudio constatándose materiales aislados, sobre todo metálicos, en numerosos castros astures que apuntan a cronologías de ocupación en el Bronce Final.

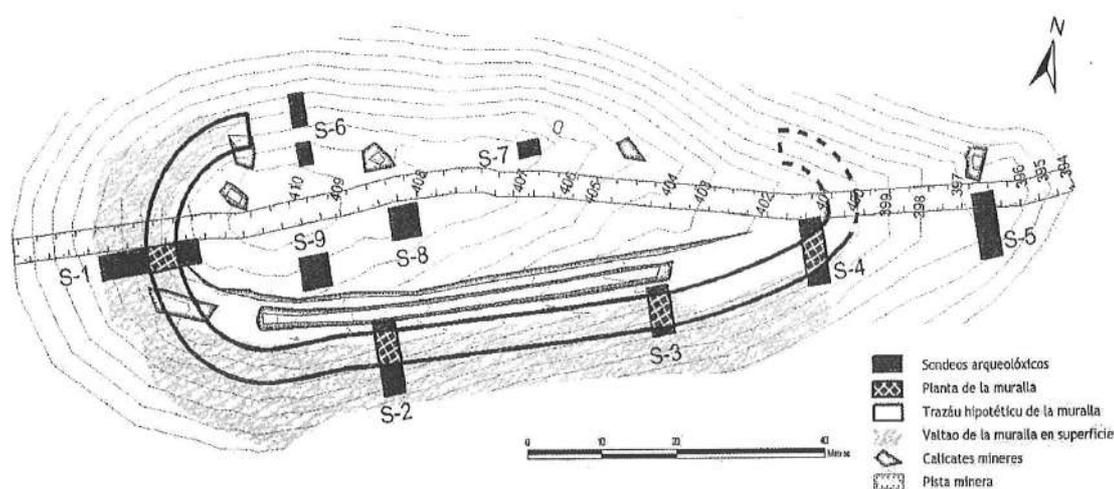


Figura 22. Planta castro del Picu de la Forca (Grado, Asturias) (Camino, Estrada y Viniegra 2008, 23).

En la vertiente leonesa se trata de cerros que resaltan en las vertientes de amplios valles fluviales, como el castro de Gusendos de los Oteros, con unas dimensiones amplias de 175 metros de largo, y 80 metros de anchura, cuya superficie en forma de meseta, es óptima para la ubicación de una aldea, en la que se mezclan actividades domésticas e industriales (Blas Cortina 1984/85).

En el mismo contexto de los siglos IX-VIII a.C. de Gusendos, pero con una interpretación peculiar, se sitúa el castro asturiano del Picu la Forca (Grado), ubicado en un promontorio en ladera a 409 m. de altitud, sobre el valle que asciende desde Grado al puerto de montaña de la Cabruñana.

Si seguimos las descripciones del estudio realizado en el año 2008 (Camino *et alii* 2008, 22), estaríamos ante un poblado fortificado del siglo VIII a.C. sin uso, que ellos califican de "inacabado", al no percibir estructuras internas de hábitat.

Las defensas parten de la vaguada natural que separa la Pica de la sierra del Pedrorriu, sin que se observen alteraciones artificiales, para complementar su función defensiva. Una vez pasada esta vaguada se accede a la colina del castro, defendida únicamente por un gran anillo amurallado de piedra que cubre sus vertientes Oriental, Sur y Oeste. En la vertiente Norte no se han hallado restos de muralla, quizás condicionados por la verticalidad de la misma, que la hacía poco necesaria en ese sector. La muralla descubierta es de 4 m. de ancho, y los materiales arqueológicos asociados a la misma son casi inexistentes, lo que lleva a los investigadores a plantear que estamos ante un castro de uso puntual, o que simplemente nunca llegó a ser utilizado como poblado fortificado. En paralelo a estos yacimientos con excavaciones extensas, existe un grupo de castros extendidos por toda la antigua *Asturia* cuyas excavaciones no aportan tantos datos como los yacimientos anteriores, pero sí certifican un primer uso como poblados fortificados en este período del Bronce Final. Comenzando en la costa astur, el castro de la Corolla de Arbás (Villaviciosa, Asturias), se ubica sobre un promontorio en corona a 142 m., situado en la parte alta del valle de Puelles, en la vía principal de comunicación entre Villaviciosa y las llanuras interiores del centro de la región. Las referencias de materiales que sobre este

yacimiento ha dado a conocer Camino (1996, 34), nos trasladan a claros momentos entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro.

Situación predominante sobre un promontorio rocoso también la encontramos en el Castiello de la Collada (Siero, Asturias), Larón (Cangas del Narcea, Asturias) (Maya 1989), o el castro (Barco de Valdeorras, Orense) (en estudio por Santiago Ferrer), todos con registros materiales claramente adscritos al Bronce Final, mientras que otros poblados siguen un desarrollo más en extensión sobre mesetas llanas, sobre todo en el valle del Duero, caso de la Magdalena (Castrillo de los Polvazares, León) (Muñoz *et alii* 2014), donde las excavaciones han permitido descubrir al menos varios hoyos de poste y silos, correspondientes a una primera ocupación del yacimiento.



Figura 23. Picu Castiello de la Collada (Siero, Asturias).

En definitiva, pese al claro origen del fenómeno de las fortificaciones desde el período Calcolítico, al menos en el entorno del valle del Duero, hemos de adoptar los siglos IX-VIII a.C. como el momento en el que realmente surge el fenómeno castreño en el Noroeste Peninsular.

Estas primeras aldeas fortificadas buscan claramente no sólo una optimización de la defensa natural, eligiendo por primera vez las cimas de las colinas para su ubicación, sino que también añaden un factor fundamental a la hora de su interpretación social, su altitud/visibilidad desde el territorio circundante. Estamos ante lugares altos, respecto a la media de altitud de los castros de la Edad del Hierro, lo que les permite situarse en espacios no sólo óptimos para la explotación de la ganadería y la agricultura estacional, sino también les convierte en un referente de las vías naturales de comunicación, situándose muchos de ellos en puertos de montaña, caso del Picu la Forca, o el Picu Castiello de la Collada (Asturias). Esa altitud, no es solo un factor defensivo ni producto de una estrategia económica, sobre espacios en altura, la visibilidad es también un elemento simbólico, muestra del poder social sobre el paisaje, siguiendo las pautas incluso de la mentalidad ritual de la época, respecto a la elección de los paisajes sagrados (González Ruibal 2006/07).

La búsqueda de esos lugares altos y el aprovechamiento de unas mínimas defensas naturales, lleva parejo la ubicación preferente en colinas rocosas, cuya orografía, no solo permite realzar la defensa del poblado, sino que también se aprovecha como marco ideal para las endeblas viviendas orgánicas de ramas de madera y barro, que constituyen la primera casa castreña. Este modelo de hábitat, difícilmente perceptible incluso en aquellos soportes de tierra donde los postes pueden dejar huellas, es casi imposible detectar en aquellos otros castros donde toda la base orográfica es roca viva, lo que lleva a algunos autores a plantear su carácter inacabado o inhabitado, caso del Picu la Forca (Grado, Asturias) (Camino, Estrada y Viniegra 2008, 22).

El modelo urbano y habitacional de estos primeros castros es similar a los poblados de la misma época que no se encuentran fortificados, dentro de lo que se ha llamado la cultura de campos de silos. Las

defensas o bien están formadas por empalizadas de madera, rellenas de tierra, o en algunos casos ya se constituyen con murallas de piedra. Las viviendas y otras estructuras internas del poblado carecen de una base arquitectónica estable, y forman un urbanismo orgánico de cabañas de postes, ramas y paredes de barro, cuya documentación arqueológica posterior es realmente complicada. Por otra parte, los materiales arqueológicos indican que no estamos ante espacios domésticos, sino que las actividades industriales suelen estar presentes dentro de la fortificación en casi todos los casos (González Ruibal 2006/07).

Los castros astures de la Edad del Bronce constituyen claramente unos primeros espacios sociales limitados, muestra de una jerarquización muy exclusiva, bien por su excepcionalidad en el territorio circundante respecto a hábitats no fortificados vecinos, o bien por su simbolismo del poder al estar situados en alturas dominantes. Esta realidad sin embargo es diversa en el tipo de asentamientos, lo que puede mostrar que en algunos casos no solo estamos ante una aldeas fortificadas, sino también ante espacios donde se combina el centro de poder, con un espacio ritual limitado, lo que podría explicar la escasa urbanización o las escasas dimensiones de algunos "primeros castros" del Noroeste.

3.2. Las aristocracias guerreras de la Edad del Hierro astur.

Si bien no existen apenas cambios perceptibles en la cultura material de los castros de la llamada Primera Edad del Hierro, respecto a aquellos yacimientos de la etapa anterior, es evidente que ahora sí, el castro no se muestra como un elemento excepcional, sino que se convierte en una realidad social en paisajes donde antes la fortificación era a veces muy escasa, y en otras puramente simbólica. Pese a que algunos investigadores explican este auge entre otras razones, como un fenómeno paralelo a la "desaparición" de otras estructuras de poblamiento abiertas, y teniendo en cuenta que es cierta la escasez de las mismas (González Ruibal 2006/07, 166), seguimos planteando una coexistencia de poblamiento abierto y castros. Quizás ese paisaje no fortificado más difícil de documentar no adquiriese tanto la forma de aldeas, sino más bien estuvo compuesto por pequeñas granjas. La cada vez mayor ampliación del espacio urbano en los nuevos castros, dejan ver una flexibilidad social en el acceso a la aristocracia con poder de decisión, respecto a una población seguramente dependiente de estos, que reside fuera de los espacios amurallados. Esa flexibilidad social cada vez mayor, dentro de un paso de las "primeras jefaturas" de la Edad del Bronce, a las aristocracias guerreras de la Edad del Hierro (González Ruibal 2006/07), es lo que explica la multiplicación de poblados fortificados en esta época también en el territorio astur.

Otros aspectos que favorecen un profundo cambio social en el Norte Peninsular hay que buscarlos en factores que habíamos tratado anteriormente. En este sentido el clima de la Edad del Hierro evoluciona hacia un ambiente más cálido, lo que favorece la economía agrícola así como las

posibilidades de explotación intensiva de espacios periféricos mediante la ganadería.

Los cambios económicos y sociales, son por tanto los responsables de los cambios en el paisaje fortificado. Donde antes existía un poblado en alto, casi siempre aprovechando un espacio rocoso que resaltaba su papel simbólico y su defensa natural, el grupo se ve obligado a buscar ahora castros amplios si quiere aumentar un espacio urbano que antes era reducido, a la vez que el simbolismo ya no solo depende de la altura, sino también de la cercanía a las zonas más ricas de los diferentes valles, o de la ostentación de sus defensas.

Pese a esta innovación en el paisaje que suponen los castros de la Edad del Hierro, este cambio no se produce de forma brusca, y se puede observar una cierta continuidad del hábitat en muchos lugares del siglo VIII a.C. hasta los siglos VI-V a.C., caso del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) (Villa 2002), el Picu la Forca (Grado, Asturias) (Camino *et alii* 2008), Sacaojos (Santiago de Valduerna, León) (Misiengo *et alii* 1999), o Gusendos de los Oteros (León) (Blas 1984/85), en paralelo al surgimiento de nuevos castros vecinos en ese mismo territorio.

Esos nuevos poblados fortificados son en general más amplios, capaces de albergar una concentración mayor de población, surgiendo tipologías de castros que perduran por sus dimensiones, ubicación y defensas, hasta la llegada de Roma. Surgen así los primeros lugares centrales en forma de castros como la Magdalena, Villacelama, la Peña del castro de la Ercina, en León (Celis y Muñoz 2015), los castros de la Ría de Villaviciosa en Asturias (Camino 1997), o Crestelos en Portugal (Pereira *et alii* 2014). La supervivencia a este cambio de algunos castros del Bronce Final como el Chao o la Forca, debe explicarse entonces no solo como un mantenimiento social del mismo centro de

poder local, sino porque se trata de espacios amplios, o capaces de ampliarse, y permitir una multiplicación de estructuras domésticas en su interior durante la nueva etapa. En el el Picu la Forca (Camino *et alii* 2008) se mantiene la muralla anterior pues abarca un espacio extenso, mientras que en el Chao se construye una segunda línea amurallada exterior, que permite multiplicar la densidad del espacio urbano interno (Villa 2002).

Pervivan desde el Bronce Final, o se construyan ahora por vez primera, estos primeros castros de la Edad del Hierro mantienen algunos aspectos de las tradiciones urbanas previas, como pueden ser las arquitecturas orgánicas, visibles a través de hoyos de poste y silos, a la vez que incorporan con fuerza, en el caso del valle del Duero, las influencias domésticas de la cultura de Soto de Medinilla, usando como materia básica en la construcción de defensas y viviendas, los bloques y rellenos de adobe (Celis y Muñoz 2015).

Entre los ejemplos más destacados de esa influencia se encuentra el castro de Sacaojos (Misiengo *et alii* 1999), donde el paso del siglo VIII al VII a.C., supone la incorporación progresiva al castro de estructuras de muros de adobe, que van sustituyendo a las cabañas orgánicas de postes y tapial. Esta primera arquitectura estable, convive con otros elementos de almacenamiento, a los que se suma de forma muy clara una muralla de tapial y adobes entre grandes postes de madera, y que delimita el poblado.

En Crestelos (Pereira *et alii* 2014) en cambio, un poblado de nueva creación y ajeno por su localización geográfica a las influencias soteñas, estos primeros momentos de la Edad del Hierro suponen un uso escaso del castro, dentro de un poblamiento en abierto en torno a la fortificación siguiendo una tradición en el poblamiento propia del Bronce Final.



Figura 24. Vista del castro de Camoca (Villaviciosa, Asturias).

La construcción del foso principal del castro implica el aprovechamiento de la piedra para construir unas primeras viviendas estables, en convivencia con otras orgánicas y de tapial, al igual que en el valle del Duero.

El siglo VII a.C. supone de forma clara el comienzo de nuevos asentamientos en paralelo a otros que perviven desde el Bronce Final. En este contexto surge la ocupación de Camoca y el Olivar (Villaviciosa, Asturias) (Camino 1997). En el caso de Camoca tenemos dos cabañas que están en uso en paralelo al momento de construcción de la muralla. La fortificación cuenta con una serie de taludes y aterrazamientos, a los que se suma esa defensa lineal, mediante un paramento tosco y relleno de ripio con una anchura de unos 4 metros. Las viviendas de este siglo en Asturias siguen el

modelo orgánico del Bronce Final al igual que las plantas ovaladas típicas de esa fase, incorporando una leve base de piedra, como ocurre en momentos más cercanos al siglo V en el yacimiento de Sacaajos, lo que lleva a plantear que las bases de piedra domésticas de esta Edad de Hierro inicial en zonas ajenas al Duero, son anteriores respecto a las que se construyen en el Duero, seguramente por carecer de esa potente dependencia de los ladrillos de adobe (Misiego *et alii* 1999). Es importante la colección de elementos orgánicos y materiales que muestran una potente economía agrícola en Camoca, con semillas de escanda, avena y guisante, junto a una hoz de hierro, a la que se suma la recolección de bellotas y una ganadería variada, con ovicápridos, bovino y caballo (Camino 1997). Con menos datos que en Camoca podemos decir que el vecino castro del Olivar, más cercano a la línea de costa, es muy similar al de Camoca, produciéndose un potente aterrazamiento previo a la construcción de las viviendas, junto a una línea de muralla formada por bloques irregulares y un foso exterior.



Figura 25. Reconstrucción idealizada del poblado de la Corona/ El Pesadero (Zamora), durante la Edad del Hierro (Misiego *et alii* 2013, 395).

Las viviendas de este yacimiento parecen seguir unas pautas más orgánicas y endebles que Camoca, habiéndose atestiguado manchas de arcillas procedentes de las paredes, pero sin bases de piedra (Camino Mayor, 1999, 158).

Con aspectos arquitectónicos y defensivos muy similares tenemos alguno de los primeros castros astures del Bierzo, caso de la Zamora (Laciana, León), que ya aparece habitado en el siglo VII a.C., pero con viviendas circulares exclusivamente vegetales de las que quedan algunos hoyos de poste y silos interiores, y un repertorio material muy escaso de cerámicas sin decoración, cuya tradición cultural continuará hasta el siglo II a.C. (Rubio y Quintana 2015, 101). Esta primera organización semi-urbana castreña también se observa en La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Lampreana, Zamora), donde en el siglo VII ya aparece una extensa aldea que llega a abarcar las 10 hectáreas

si incluimos en el yacimiento aquellos sectores que tuvieron un uso puntual (Misiego *et alii* 2013).

Al igual que en el Castillo de Camoca la aldea surge antes que las defensas, y muestra una organización de unidades de ocupación que tienden al aislamiento urbano respecto a sus vecinos, levantando incluso pequeñas tapias de adobe entre las viviendas. Junto a los espacios domésticos se alternan un poco separadas otras estructuras destinadas al almacenamiento, hornos y espacios para animales. Uno de los aspectos más interesantes de este primer poblado de la Corona es el hallazgo de unos muros circulares con ladrillos de adobe que los autores consideran altares, y que podrían interpretarse bien como bases cónicas de amplias mesas, siguiendo esa línea ritual, o bien como la base de hórreos de tipo celeiro/cabazos de cesto. En estas primeras viviendas castreñas ya se ha adoptado de forma absoluta la forma circular, con zócalos de piedra en algunos casos, y decoración interior, mediante el encalado blanco de las paredes y rojo para los bancos corridos.



Figura 26. Vista del castro de Moriyón (Villaviciosa, Asturias).

Los castros astures siguen entre los siglos VI y V a.C. unas pautas urbanas y domésticas muy similares a los de comienzos de la Edad del Hierro. En general el número de yacimientos sigue ascendiendo de forma progresiva, a la vez que esos espacios fortificados son cada vez mayores. Surgen grandes poblados como Llagú (Oviedo, Asturias) (Berrocal *et alii* 2002), el Castillo de San Martín (Soto del Barco, Asturias), o el Pico del Castro de Moriyón, coincidiendo con el abandono progresivo de su poblado vecino, Camoca (Villaviciosa, Asturias) (Camino 1997).

En el aspecto doméstico en algunos emplazamientos persiste la tradición de viviendas orgánicas con hoyos de poste, caso del nivel fundacional de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001), mientras que en otros como Camoca (Villaviciosa, Asturias) continúa el uso de cabañas con zócalos de piedra, dentro de una progresiva asimilación de viviendas con

muros completos de piedras que algunos autores ya ven en esta etapa en castros como San Chuis (Allande, Asturias) (Marín 2011).

A diferencia del siglo VII a.C., a partir de los siglos VI-V a.C., los nuevos castros incorporan líneas de muralla, que como ocurre en el castro de la Cigadueña (Villadiegua de la Ribera, Zamora) (Romero Perona *et alii* 2014), o en la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2002), se apoyan en un zócalo de piedra. Existen sin embargo todavía algunos casos excepcionales en la frontera astur, como el castro galaico de Castelinho en el valle del Sabor (Portugal), donde el primer poblado de esta época se defiende mediante un sistema de tres fosos paralelos pero sin muralla. El interior del mismo muestra un uso muy puntual, y las únicas estructuras documentadas se relacionan con espacios de almacenaje en arcilla y ramas (Santos *et alii* 2012).

El incendio que pone fin a la primera fase de ocupación de Palheiros durante la Edad del Hierro (Sanches 2008), los cambios drásticos del paisaje en la Ría de Villaviciosa (Villaviciosa), mediante el abandono de Camoca y el surgimiento de Moriyón (Camino 1997), el nacimiento de grandes poblados

como los citados anteriormente por toda la geografía astur, llevan a plantear que entre los siglos VI-V a.C., no estamos solo ante una multiplicación del poblamiento fortificado, sino también ante una cierta crisis de los centros de poder previos, incapaces por sus dimensiones de asumir procesos de ampliación urbana. Los nuevos centros asumen en su origen la fortificación como un elemento más de su poder en el territorio, y las nuevas ubicaciones no se relacionan exclusivamente con lo simbólico, sino también con cierta cercanía a los grandes espacios de mayor interés agrícola en esas tierras. En la costa astur encontramos sin embargo una combinación de factores, simbólicos, al ubicarse los poblados en alturas muy dominantes, pero también con una doble perspectiva económica, anexa a puertos naturales que permiten el intercambio comercial, así como a tierras de gran calidad agrícola (Camino 1996 y 1997a).

Los siglos IV-II a.C. son el momento del auge de los grandes *oppida* o capitales tribales producto de las ampliaciones de la etapa anterior, o bien por nueva creación, coincidiendo con el momento a partir del cual se reconoce la formación de los grupos étnicos citados por los clásicos. En el caso de León, el número de poblados pasa de 60 a 80 (Celis y Muñoz 2015, 55).

Esas transformaciones en los poblados ya existentes suponen en algunos casos el cierre de defensas previas como ocurre en el poblado galaico de Castelhino (Santos 2014), fronterizo con el territorio astur, o en Valencia Don Juan, definidas como un "*desbordamiento urbano del núcleo antiguo*" (Celis y Muñoz 2015, 56).

En paralelo a las transformaciones de los poblados se produce un aumento de la exaltación simbólica del poder de esos centros, a través de la monumentalización de las defensas.

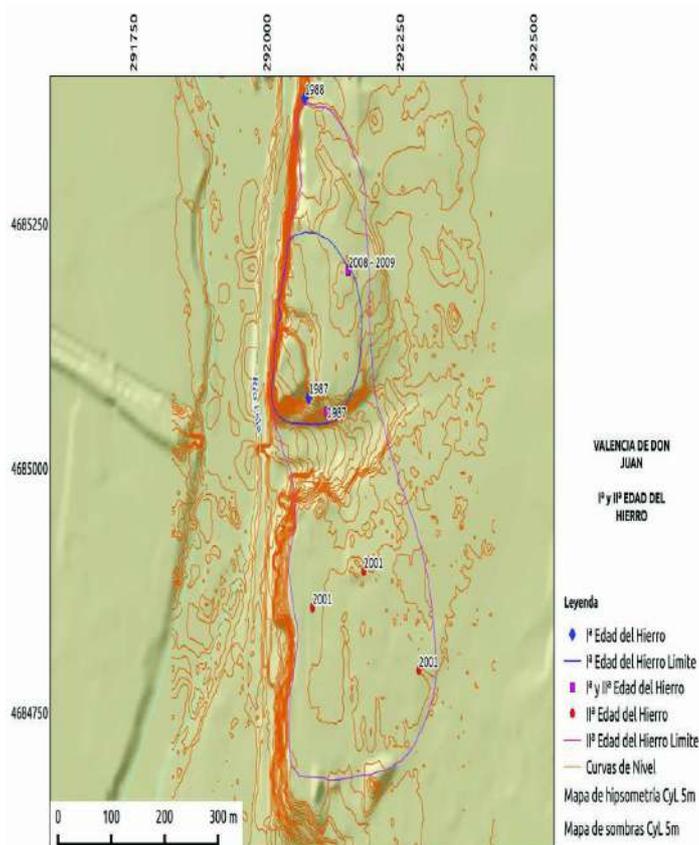


Figura 27. Ampliación evolutiva del *Oppida* de Valencia Don Juan (Célis y Muñoz 2015, 11).

Esto conlleva desde momentos tempranos del siglo IV a.C. la propagación de las murallas de módulos, cuya perfección constructiva permite su reaprovechamiento hasta tiempos medievales como ocurre en el castro de Tremao de Carballo (Cangas del Narcea, Asturias) (Fanjul *et alii* 2005), y cuyo origen concreto se remonta a finales del siglo V a.C., si tenemos en cuenta las nuevas cronologías del castro de la Zamora (Laciana, León) (Quintana y Rubio 2015).

El siglo IV a.C. se presenta como un momento de cambios acelerados, dentro de la lenta evolución de la Edad del Hierro en el Norte Peninsular, a partir de la cual los nuevos castros parecen absorber a otros castros más reducidos (González Ruibal 2006/07, 310) dentro del fenómeno de los *oppida*, o grandes capitales castreñas.

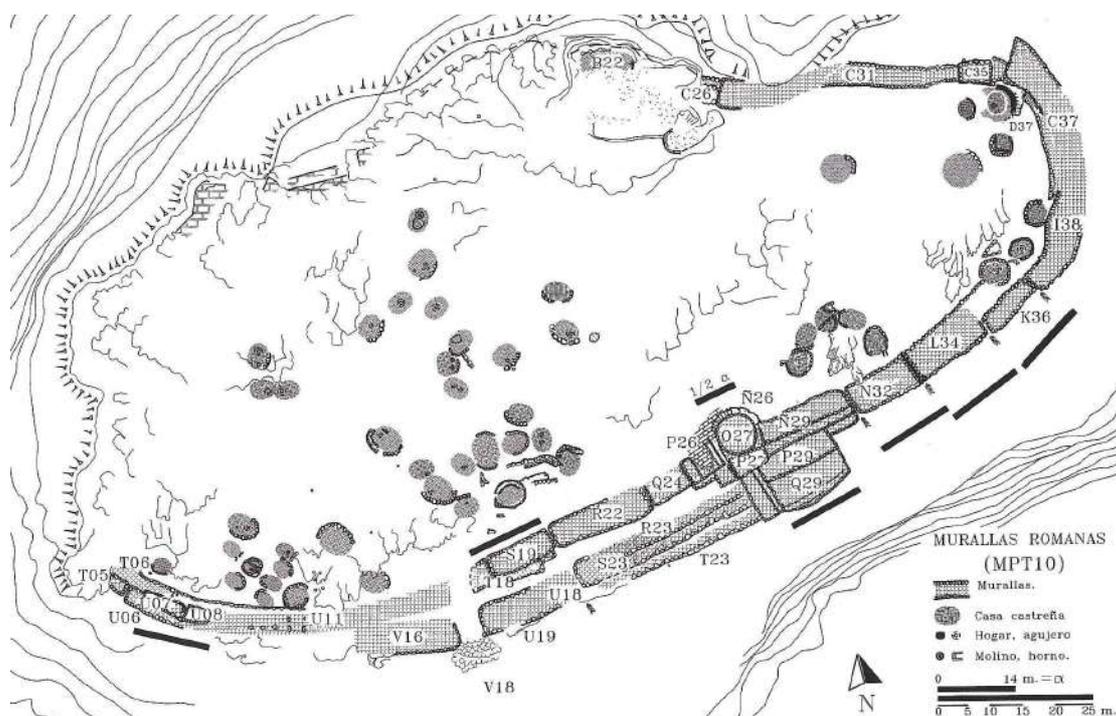


Figura 28. Planta del castro de Llagú donde se señalan los añadidos defensivos de época romana (Berrocal *et alii* 2002, 319).

En paralelo se observa una regionalización evidente en aspectos como la vivienda o la cultura material, que antes eran compartidos por los diferentes pueblos del Noroeste.

Uno de los yacimientos más destacados para esta etapa lo constituye el castro de Llagú (Oviedo, Asturias) (Berrocal *et alii* 2002). En este momento el yacimiento surge delimitado con una línea de muralla de bloques calizos, un foso y varios terraplenes, dentro de una política constructiva de preparación del terreno también observado en las zonas defensivas del castro de la Peña del castro (La Ercina, León) (Muñoz *et alii* 2015).

En su interior las cabañas eran todavía de material completamente perecedero y pese a la escasez de materiales domésticos, los investigadores observan una cierta correlación con las decoraciones cerámicas proto-vacceas de la Meseta Norte (Berrocal *et alii* 2002, 319).

El apogeo constructivo de la Segunda Edad del Hierro se observa también en la costa astur con numerosas reformas en la Campa Torres, especialmente en su fortificación, con el levantamiento del paseo de ronda, muralla de módulos y escaleras de acceso, a las que se añade una trama urbana que empieza a ser perceptible mediante cabañas circulares con paredes de arcilla y entramado vegetal. Entre los hallazgos materiales destacan elementos importados que se generalizan en los castros asturianos en este período. El fragmento de cerámica griega de barniz negro con decoraciones de roleos y flores pintadas en blanco, las cerámicas ibéricas pintadas y a torno (Maya y Cuesta 2001, 154 y 155) también halladas en la Campa, o un posible cuchillo hallado en Llagú, de dorso acodado similar a los conocidos en el Levante ibérico en el siglo V a.C., y con expansión por las necrópolis celtibéricas a lo largo del siglo IV (Berrocal 2002, 192), son algunos ejemplos de ese incremento de los contactos mediterráneos en la costa astur. Estos materiales se incrementan en todo el Noroeste a partir del siglo III a.C., con la presencia de ánforas púnicas en castros costeros (Naveiro López 1991, 24-27), a los que se suman en el caso astur

nuevas piezas de barniz negro en la Campa Torres (Maya y Cuesta 1995, 73-75), o piezas metálicas como las fibulas de bucle halladas en el valle del Navia (Maya 1987/88, 95).

La distribución de *kalathoi* pese a ser un elemento muy tardío en la historia del poblado, a finales de la Edad del Hierro, por el ámbito de dispersión de este tipo de producciones, se efectuó principalmente por vía marítima, y su difusión va ligada a su funcionalidad de contenedor de un producto alimenticio, argumento avalado precisamente por los ejemplares asturianos, de cuyo análisis se desprende que contenían restos de miel y frutos (Maya y Cuesta 2001). Tanto estos contactos como los atestiguados en las fases más antiguas del poblado, y las necesarias interrelaciones entre las comunidades castreñas nos hablan de la existencia de unas elites dirigentes que practicarían un tipo de abastecimiento de tipo “intercambio *inter gentes*”, es decir, “una relación entre comunidades y órganos rectores, que bien podría establecerse mediante las tradicionales alianzas selladas a través de matrimonios, entre miembros de las respectivas minorías dirigentes, intercambios de bienes de prestigio y la institución del banquete”. (Menéndez Bueyes 2001; Maya y Cuesta 2002, 260).

El aumento de los intercambios comerciales no solo atañe a productos mediterráneos y la presencia de fibulas de torrecilla y de caballito en numerosos castros astures (Maya 1987/88) prueban la fuerte conexión con el mundo celtibérico, pese a que la presencia de su principal fósil director, la cerámica pintada, sigue siendo un elemento presente, pero muy minoritario cuando no excepcional en nuestros yacimientos, incluyendo aquellos limítrofes al Duero, como en los castros zamoranos, los castros astures del Noreste de Portugal y los del Bierzo (Esparza 1986).

La reorganización urbana de estos siglos, entre el II y I a.C., lleva a destinar antiguos fosos a usos industriales en Crestelos (Pereira *et alii* 2014), con la construcción de 35 hornos en el interior de la vieja estructura defensiva, así como a implantar zonas de *horrea* y almacenamiento en antiguos espacios destinados a viviendas (Sastre 2013, 85). La expansión de este poblado en la Segunda Edad del Hierro llega a sus máximos urbanos expandiéndose por la llanura extramuros de la corona fortificada.

En Asturias la expansión máxima del castro de Caravia, de espacio intramuros muy reducido en paralelo a la muralla (Adán *et alii* 1994), así como los cambios en el paisaje castreño de Teverga, donde el abandono de la Cogollina parece ir en paralelo al origen de un castro mayor en el mismo valle, como es la Garba (Fanjul *et alii* 2007), atestiguan que las transformaciones urbanas y la creación de nuevos poblados son continuos durante toda la Segunda Edad del Hierro. A esta expansión urbana que conjuga la monumentalidad de las defensas, dentro de una etapa de crecimiento económico y comercial entre los siglos IV-II a.C., le sucede una etapa de cambios arquitectónicos entre los siglos II-I a.C. que esta vez no tienen que ver con la ostentación de los centros de poder, sino que están en relación directa con la función militar, incrementando las obras defensivas debido a la inestabilidad producida en el Norte Peninsular por la expansión romana.

En el año 175 a.C., la importante ciudad de Calagurris cae ante Roma, mientras que entre el 155 y el 137 se genera un área de conflicto al Sur de *Asturia*, con las campañas contra los lusitanos y los *galaeci bracari*, vecinos de los astures *zoelae*. La inmediatez de estos acontecimientos al territorio astur, así como la caída de Numancia en el año 133 a.C., explican esa preparación defensiva de muchos castros astures.

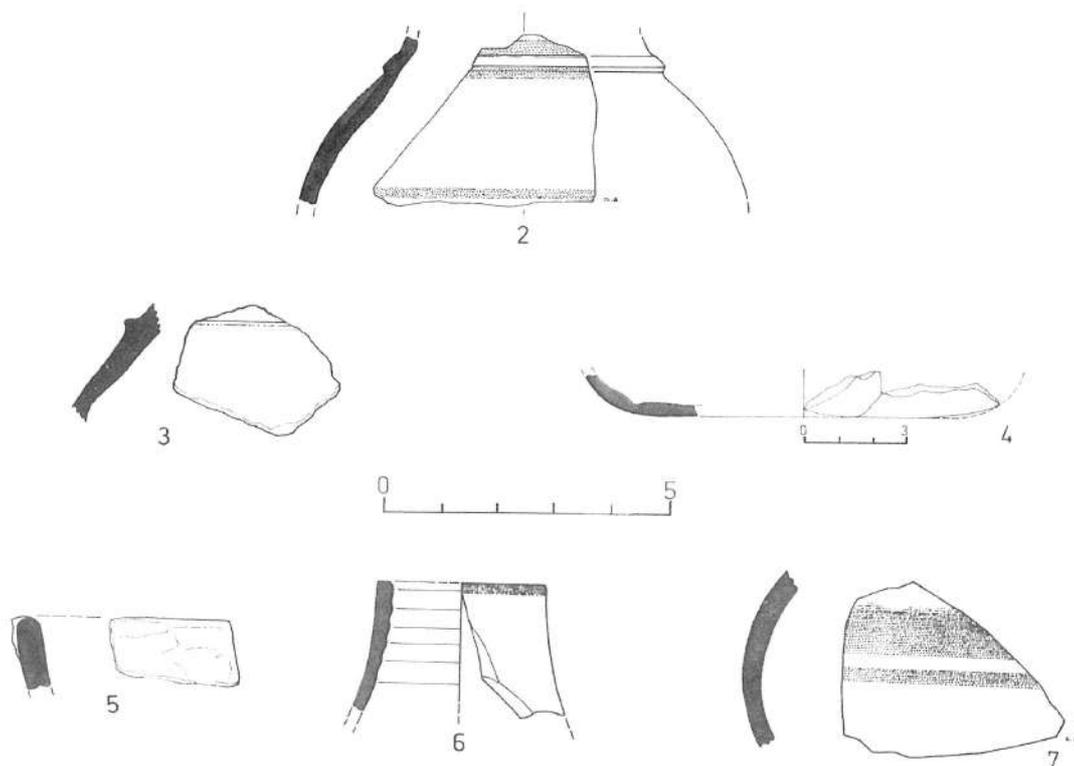


Figura 29. Materiales importados procedentes del mediterráneo en los niveles prerromanos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 156).

Desde esta fecha, los cántabros y astures asumen su condición de frontera con un mundo en expansión, al que ya conocen y con el que tendrán que convivir como vecinos durante 100 años, hasta el inicio oficial de las guerras astur-cántabras. La campaña de César en la *Gallaecia* en el año 61 a.C., no es más que un movimiento final para el que las castros astures, ya se encuentran preparados desde varias décadas, como se observa en las labores de re-fortificación de los castros astures del Noreste de Portugal (Sastre 2013).

Desde el siglo II a.C., continúan los replanteamientos habitacionales en la Campa Torres con nuevas cabañas circulares, acompañados de una potente colección material cerámica y metálica donde siguen apareciendo elementos importados del mediterráneo en forma de *Kalathos* ibérico o cerámica campaniense

(Maya y Cuesta, 1995, 95). El incremento de la metalurgia se observa también en San Chuis, Llagú y en los vecinos castros del Navia (Menéndez Bueyes 2001). A partir del III a.C., y con especial vitalidad en el siglo II a.C., el castro de Llagú presenta una trama urbana definida por cabañas circulares con zócalo de piedra, acompañados por una defensa en forma de muralla de módulos (Berrocal *et alii* 2002), que en esta fase final del mundo prerromano se levanta también en Moriyón, en paralelo al mantenimiento de cabañas ovaladas pero con zócalo de piedra (Camino Mayor, 1996, 131).

La economía agropecuaria castreña conoce entre los siglos II-I a.C. su momento de mayor intensidad, si tenemos en cuenta los datos procedentes de los castros de la Ría de Villaviciosa, donde se han documentado gran abundancia de cereales (escanda, cebada, avena, mijo o panizo), complementados por leguminosas, habas (*vicia faba minor*), guisantes, *cruciferae* (nabo/berza), y lino, junto a bellotas de roble, además de documentarse huesos de cerezas (Camino Mayor, 1996, 33 y 35).

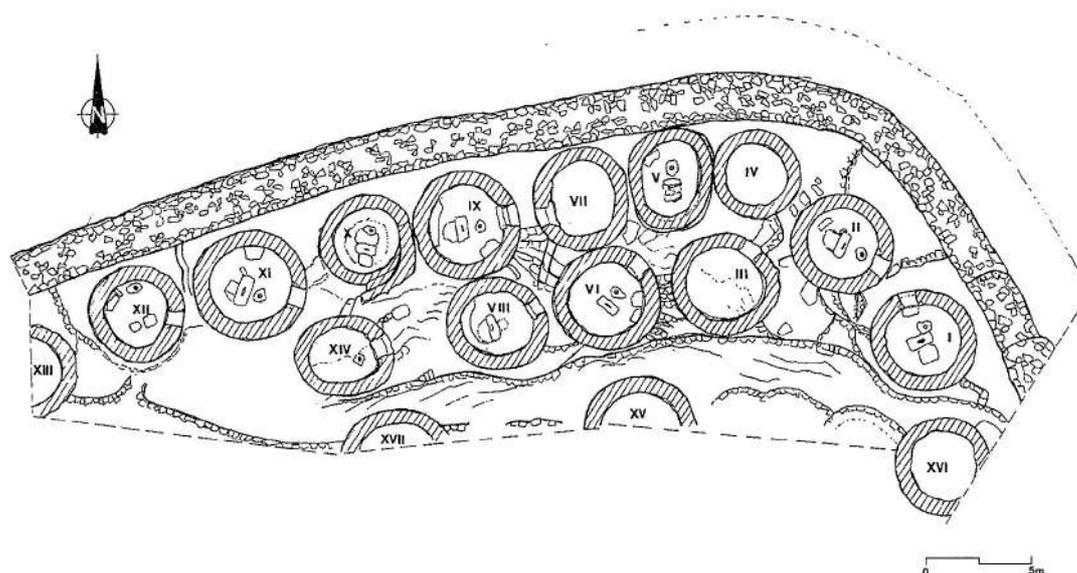


Figura 30. Planta del castro del Chano de Peranzanes (Celis 2002, 193).

Entre los castros leoneses de esta misma época conocemos el importante desarrollo urbano del Chano de Peranzanes (León) (Celis 2002), cuya construcción de los fosos siguiendo técnicas mineras, aparece en múltiples castros del Noroeste. En su interior dispone de un conjunto de viviendas circulares completamente de piedra, donde se observan con toda nitidez espacios para los hogares, sujeciones de postes, bancos corridos, dentro de un esquema de unidades de ocupación donde cada vivienda suele disponer de un par de estructuras destinadas a otros usos, pero con las mismas características arquitectónicas que éstas. Los análisis del Chano muestran una potente economía ganadera donde las edades de sacrificio de ovicápridos plantean un uso secundario de ese ganado ajeno a la producción cárnica, mientras que se repiten los marcos de explotación biológica de otros castros con una mayoría de bóvido, al que le sigue la cabaña ovicáprida y finalmente los suidos.

Los datos del Chano podrían relacionarse con los de sus vecinos castros de la Corona del Cerco de

Borrenes y el castrelín de S. Juan de Paluezas (Sánchez Palencia *et alii* 1990). En el Castrelín se combinan ya entre los siglos III y I a.C., estructuras cuadradas y circulares, y sus residuos muestran una potente industria metalúrgica. En el caso del Cerco de Borrenes estamos ante un castro extraño, donde pese a la abundancia de cerámica y objetos metálicos sus investigadores deducen una corta ocupación, asumiendo que las escasas cabañas documentadas pertenecían a los constructores de un castro con fines defensivos a la invasión, que jamás llega a utilizarse como hábitat.

En otros castros bercianos como la Zamora y la Muela en el valle de Laciana se observan varias situaciones de gran interés. Por un lado la absorción del poblamiento castreño previo de la Zamora, habitado desde el siglo VII a.C., por el vecino castro de la Muela, donde pese a su simbolismo geográfico, es abandonado en favor de una mayor capacidad defensiva en la Muela, y donde las cabañas ya disponen de zócalos de piedra. Por otra parte muestran una incorporación muy tardía, en torno al siglo II a.C., de las decoraciones típicas de los castros del Noroeste, habiéndose mantenido la tradición previa de las cerámicas lisas (Rubio y Quintana 2015).

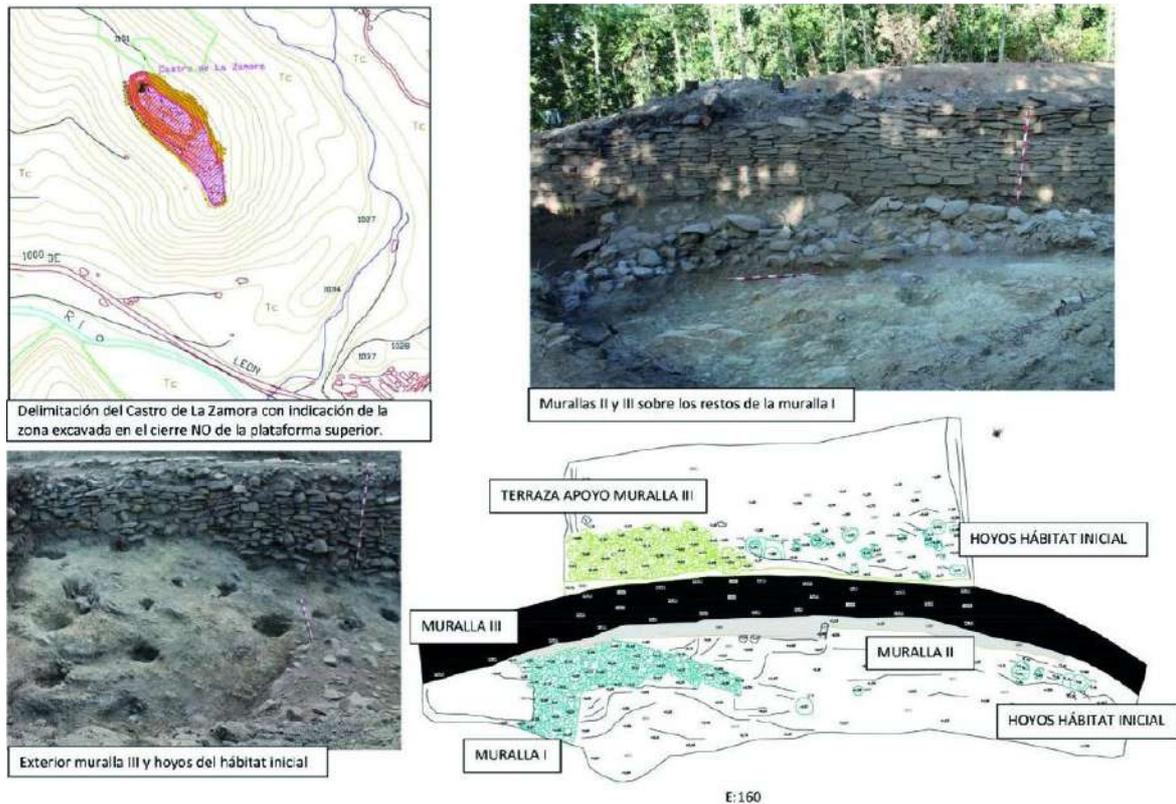


Figura 31. Estructuras defensivas del castro de la Zamora (León) (Rubio y Quintana 2015, 99) donde se observa con claridad como la última muralla de módulos se superpone a otra anterior de peor construcción.

El mismo fenómeno de reorganización del territorio con procesos tanto de absorción de centros de poder, como de jerarquización entre diversos castros de una misma comarca, así como la búsqueda de nuevos castros con mejor capacidad urbana y defensiva es lo que parece explicar el abandono de emplazamientos antiguos como la Muela en el Bierzo, o Cigadueña (Villadiegua de la Ribera) (Romero Perona *et alii* 2014), proceso que sucede con la misma intensidad en todo el Noroeste, afectando a castros vecinos al territorio astur en el Norte de Portugal, y que tenían una gran actividad económica e importancia antes del siglo II a.C., como el castro galaico fronterizo de Castelinho

(Santos 2014) o Palheiros (Sanches 2008), y que son abandonados a partir de ese siglo en base a la creación de nuevos castros en su entorno.

En este contexto de oppidización al Sur de la *Asturia* se convierte en ciudad el castro de Las Labradas (Arrabalde, Zamora) (Misiego *et alii* 2014), a partir de la ampliación consecutiva del castro original de la Edad del Bronce mediante dos líneas de muralla que abarcan una superficie interior de 23 hectáreas.

Los escasos datos conocidos de su urbanismo muestran viviendas cuadrangulares y numerosos acondicionamientos de la base rocosa del castro para aprovechar recursos hídricos. En el vecino castro de la Corona/El Posadero el espacio urbanizado llega a su máxima extensión, reconociéndose calles longitudinales paralelas en dirección E-O, con cabañas también rectangulares, al igual que en Las Labradas, a las que se asocian espacios industriales y de almacenamiento (Misiego *et alii* 2013).

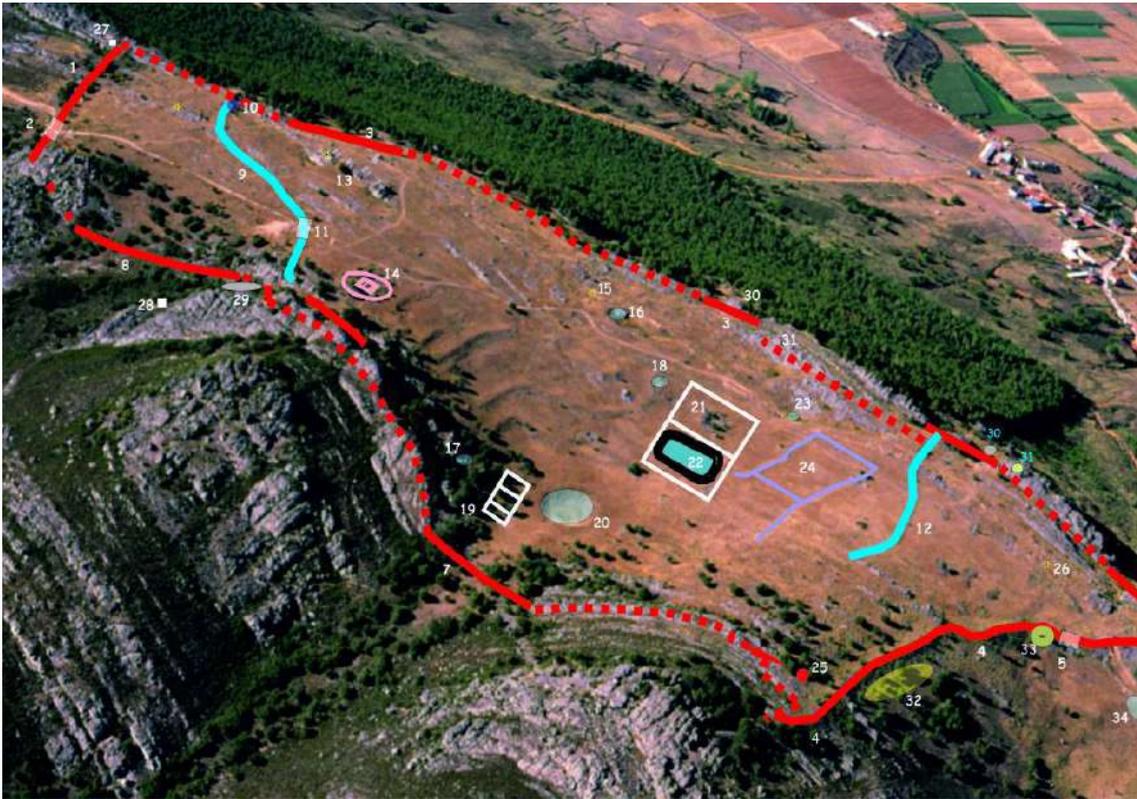


Figura 32. Planta del *oppida* de las Labradas (Arrabalde, Zamora) (Misiego et alii 2015, 481). La Segunda Edad del Hierro supone el auge de las grandes capitales tribales, formando espacios semi-urbanos a partir de la absorción de otros centros de poder previos y de menor tamaño.

En definitiva a finales de la Edad del Hierro nos encontramos el auge de la cultura astur a través de un paisaje muy domesticado, con una creciente importancia de la ganadería bovina en la cabaña ganadera, lo que intensificó la presión sobre el espacio forestal, y con una agricultura variada, con predominio de las explotaciones cerealistas.

El poblamiento se establece principalmente en torno a unos grandes *oppida* y castros de mayor tamaño, de los que dependen otros centros de poder, así como otras unidades de población no fortificadas, a modo de granjas y aldeas. Los cambios del poblamiento, cada vez más intensos desde el siglo IV a.C., parecen acelerarse a partir

del siglo II a.C., producto de los mismos procesos de absorción y expansión social de las aristocracias guerreras, o bien por una política de "*defensa preventiva*" de los centros de poder ante unas fronteras cada vez más amenazadas por la expansión romana, lo que exige cambios de ubicación de esos centros, en busca de orografías más aptas para la construcción de nuevas y mejores defensas artificiales.

La cultura material ya es más definida en lo regional, lo que permite observar cierta afinidad entre áreas geográficas, así como ofrece unas pautas de etnicidad diferenciales entre Galaicos, astures y otras culturas del Duero, todo ello dentro de una cierta permeabilidad exterior a fenómenos culturales externos como la celtiberización, o el comercio mediterráneo, manteniendo una cierta resistencia a la "globalización prerromana" interior en el Noroeste, que se da en aspectos materiales como la cerámica, los tipos de vivienda, o diversos materiales metálicos.



Figura 33. Vista parcial del castro leonés de la Peña de la Ercina (Muñoz *et alii* 2015), con sucesivas ocupaciones desde comienzos de la Edad del Hierro hasta la conquista romana.

Fruto de esa permeabilidad a las influencias exteriores en algunos aspectos, así como al gusto de la tradición previa, en otros, podemos asegurar que ni la arquitectura doméstica, ni la cultura material es homogénea en todo el territorio astur, pero a la vez, observada en conjunto y desde una perspectiva comparativa, si es claramente diferente al mundo galaico con el que comparte fronteras al Oeste, y con la cultura Celtibérica expandida en sus límites orientales. Los astures durante la Edad del Hierro, especialmente a partir de los siglos IV-II a.C., quedan reflejados de forma cultural y arqueológica, como una clara franja intermedia entre el Noroeste Galaico y el Noreste cántabro-celtibero.

3.3. La *Asturia* romana.

Tradicionalmente se ha asumido la romanización de *Asturia* como un proceso inmediato y uniforme a partir de la guerra de conquista del territorio astur. La realidad arqueológica nos muestra un desmantelamiento casi total, de la mayor parte de los centros de poder astures. Las referencias grecolatinas a episodios de rebelión, así como la tardía implantación de las villas en el Norte del territorio astur, como la actual Asturias, parecen apuntar la existencia de diferencias en la implantación del poder romano basadas quizás en una inestabilidad política local prolongada.

La realidad es que la mayoría de estas villas/*mansio* viales (Fernández y Morillo 1994 y 1999) parecen haber tardado un siglo en establecerse en los nuevos territorios desde el final de la guerra de conquista, lo que se explica claramente en base a la inestabilidad política y social de los territorios conquistados. Durante ese siglo previo, los establecimientos militares, tanto en antiguos castros (Jordá *et alii*

2014) como a través de pequeñas *turris* de control vial (Fanjul *et alii* 2005), constituyeron las únicas estructuras del poder romano, centralizando su organización nada menos que en dos campamentos militares *Astúrica* (Astorga) y *Legio* (León), donde la sobre-fortificación de sus instalaciones durante todo el siglo I d.C., son prueba evidente de la necesidad de revisar el momento inicial de la post-conquista.

Los cántabros y astures constituyen la última pieza por conquistar de Hispania, y gracias a la resistencia impuesta por los celtíberos, que retrasan el avance romano al cantábrico, así como el lapsus interno que suponen las guerras sertorianas, los dos pueblos no solo tienen casi un siglo para prepararse para la comedia romana re-fortificando sus centros de poder, multiplicando la ingeniería defensiva de sus principales poblaciones, e incluso posiblemente, trasladando a parte de las mismas a lugares más seguros de la *Asturia* desde el Sur (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985), sino que también les hizo disponer de un amplio conocimiento de las técnicas militares, la cultura y la política romana antes de que comenzara el conflicto (Peralta 2000).

Más que en su capacidad militar, la inestabilidad posterior que ofrecen los territorios astures conquistados al nuevo poder invasor, quizás ha de entenderse en base a una posible presión fiscal que los conquistadores imponen en la *Asturia* recién conquistada, en paralelo a una política de pactos locales como lo demuestra el denominado “edicto del Bierzo” (Sánchez-Palencia y Mangas 2000).

Desde el momento de su finalización, las guerras astur-cántabras fueron objeto de abundantes referencias entre los historiadores. Entre ellos destacaron Tito Livio, Floro, Dión Casio y Orosio, tanto por la extensión de los datos proporcionados, como por la posible cercanía a

otras fuentes documentales que no han llegado hasta nosotros (González Echeagaray 1999). Entre el 36 y el 31 a.C. se desarrollaron una serie de enfrentamientos en el Norte Peninsular, como posible antesala a las guerras astur-cántabras.

En el 29 a.C., una rebelión de los Vacceos, posiblemente ayudados por cántabros y astures, supone el inicio de las guerras astur-cántabras. Un año más tarde, Augusto abre las puertas del templo de Jano en Roma y marcha hacia la Península (Schulten 1943).

Tenemos pocas noticias de los sucesos de los años 28 y 27 a.C., más allá de los nombres de los generales romanos. Esta parquedad de datos posiblemente sea debido a que sus expediciones bélicas fueron una exploración o tanteo del territorio enemigo para una campaña de mayor categoría, como la desarrollada al año siguiente. Esta campaña se desarrolla principalmente en Cantabria, con la toma de enclaves del norte de Palencia y una campaña de montaña que parece culminar con una primera derrota de los cántabros (Peralta 2000).

En los últimos días del invierno del año 25 a.C., los astures intentaron sorprender al ejército romano en el sector más occidental del conflicto, junto a su capital de Lancia, para algunos investigadores situada en la localidad de Arrabalde (Santos Yanguas 2004; Vicente 2008/09) y para otros en Villasabariego (Celis *et alii* 2007). La toma de la ciudad y otras localidades vecinas por parte de Carisio, parece que acabó con el conflicto en el sector sur del territorio astur. Antes de regresar a Roma en el año 24 a.C., y cerrar las puertas del templo de Jano.



Figura 34. Campamento de la Carisa (Camino *et alii* 2007, 86).

En el año 22 a.C., se produjo una rebelión generalizada en el territorio astur-cántabro contra la opresión del gobernador Carisio. Una guerra de montaña dirigida por el general Cayo Furnio, consiguió la victoria con la toma del mítico Monte Medulio y varios enfrentamientos cruciales contra los astures. Entre los años 21 y 20 a.C. asistimos a una cierta paz, pero un año más tarde, la llegada de varios esclavos cántabros fugados del dominio romano supuso el inicio de una nueva rebelión general y una posterior represión general sobre la población en la que no se hacen prisioneros. A partir de este momento se consideran acabadas las campañas militares de conquista (Vicente 2008-09).

Si tenemos en cuenta los hallazgos arqueológicos desde una relectura de los niveles del momento de contacto de los diferentes yacimientos astures, se observa una cierta diversidad de situaciones, dentro del marco común que representa el

desmantelamiento casi absoluto de las estructuras de poder de la Edad del Hierro.

Comenzando por el Sur de la *Asturia*, el poblado de la Corona/El Posadero que llevaba casi 800 años de poblamiento y crecimiento ininterrumpido es desmantelado de forma no violenta coincidiendo con los años de la invasión, desapareciendo como entidad de población ya que su reocupación posterior se debe a una pequeña industria alfarera romana (Misiego *et alii*). La presión que el mundo romano ejerce desde el Sur en estas poblaciones más vulnerables en el llano, puede ser la explicación del crecimiento de muchos de los castros del Norte de Zamora y Noreste de Portugal, dentro de una dinámica de re-fortificación de aldeas, en previsión del avance romano. En la mayoría de los castros de la zona o vecinos, como el Castelo dos Mouros (Pereira y Gonçalves 2015) se produce un hiato ocupacional o abandono. Un trabajo de revisión destacable del impacto territorial de la romanización en esta región lo constituyen los estudios de Tereso (2008), que de forma clara muestra el radical abandono de los castros astures del Noreste de Portugal.

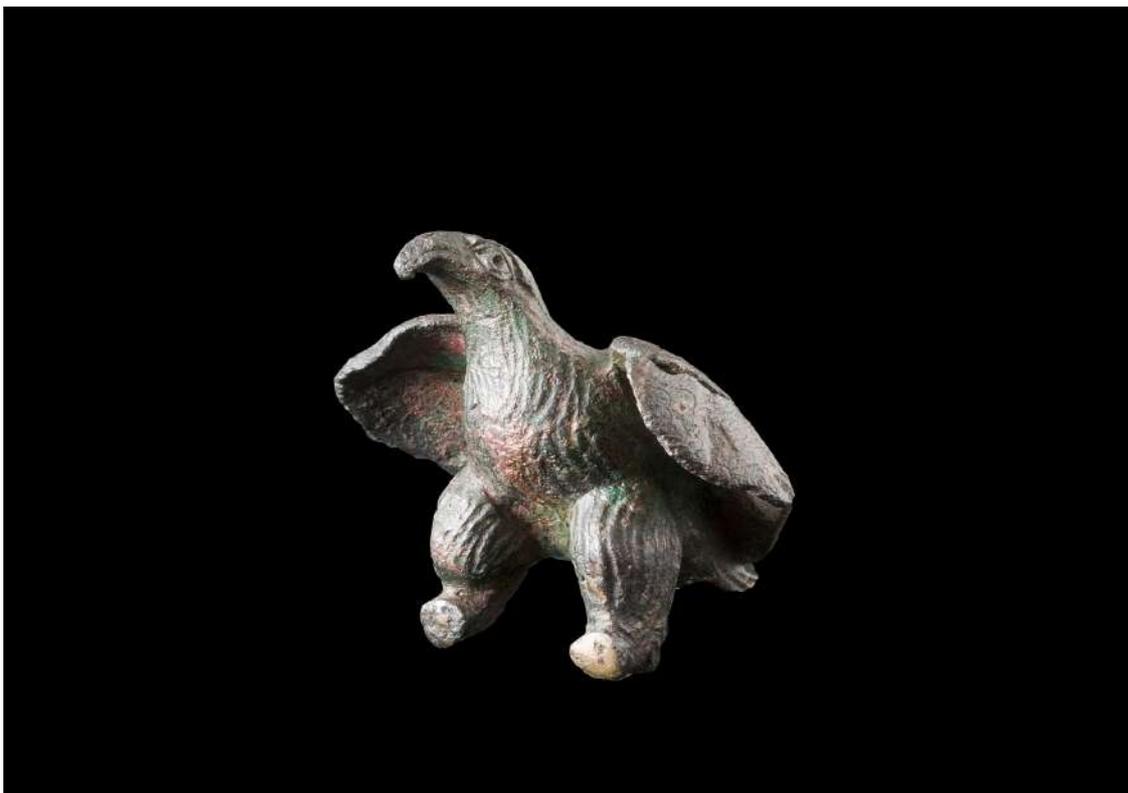


Figura 35. Águila de estandarte militar romano de Monte Cido (Orense). Museo Arqueológico Provincial de Orense.

En ese sentido se muestran excepciones de continuidad, donde parece darse una concentración de la función administrativa con su correspondiente guarnición militar, si tenemos en cuenta hallazgos epigráficos como el del castro de San Joao (Salgado 2015). A partir de ese desmantelamiento en el Sur de la *Asturia* surgirán numerosas aldeas, a veces con cierta capacidad en el uso de defensas naturales, al haberse construido sobre colinas, pero que no aparecen de forma clara hasta la segunda mitad del siglo I d.C., y muchas veces especializadas en explotaciones mineras como la aldea romana del Picón (Zamora) (Sánchez Palencia *et alii* 2010).

Más al Norte, en la actual provincia de León y el Oriente de Galicia, se observan procesos similares aunque con un mayor número de registros de destrucciones del poblado en

momentos de la conquista, que se acrecientan según avanzamos hacia la zona más Norteña. En esta línea, el castro de la Muela en Laciana (Rubio y Quintana 2015), así como el de la Ercina (Muñoz *et alii* 2015) son incendiados y años más tarde ocupados en época astur-romanas.

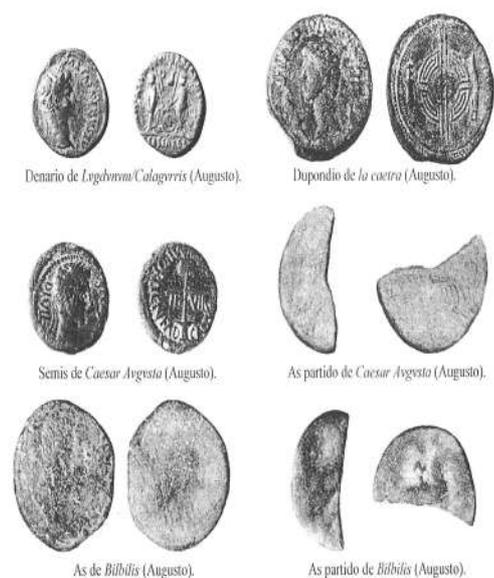


Figura 36. Monedas romanas halladas en Zamora, algunas partidas, de claro origen militar en relación a las guerras astures. (Vicente 2008/09, 35).

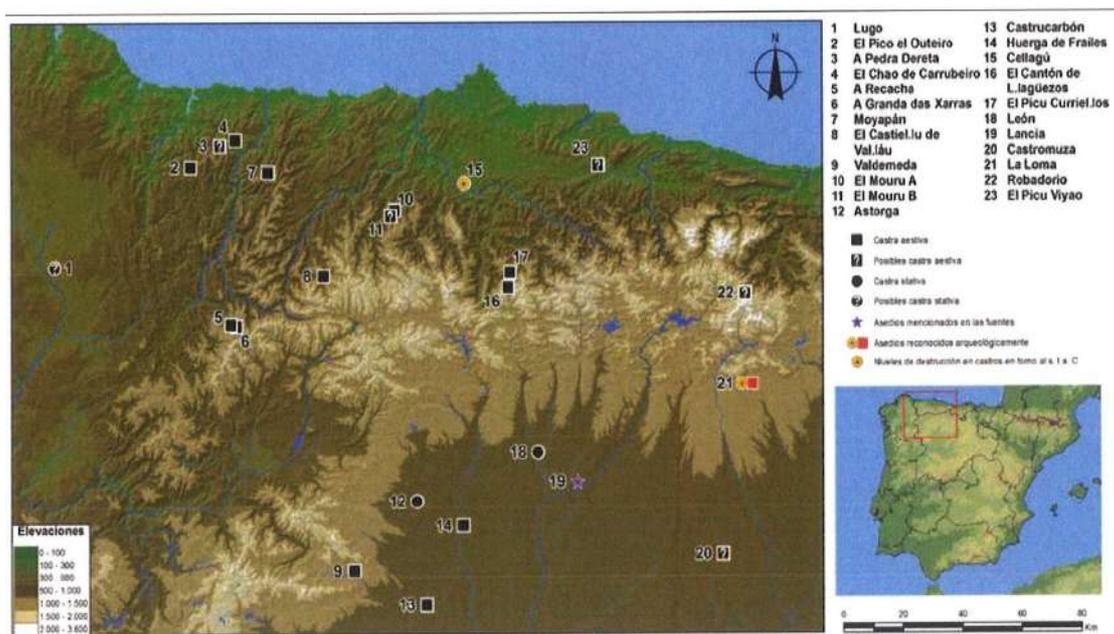


Figura 37. Campamentos romanos localizados hasta el momento en el Noroeste (Álvarez González 2013, 177).

Un proceso similar se observa en Corporales, con el incendio y los abandonos de castros del entorno, en detrimento de nuevos poblados, más pequeños, con una funcionalidad militar en algunos casos, y como centros de administración en otros, caso de grandes poblados como el de Santa María de Cervantes, fundado a partir de mediados del siglo I d.C. (López *et alii* 2010).

Respecto al impacto de la conquista romana en los castros asturianos, hasta hace poco se mantenía una visión de cierta continuidad habitacional. En nuestra opinión, pese a la continuidad del poblamiento en muchos lugares, los hiatos estratigráficos vinculados a las guerras astures parecen visibles en Moriyón (Camino 1997), la Garba (Fanjul 2011b) donde el poblado romano posterior es una aldea que nada tiene que ver con el castro, o Llagü (Berrocal *et alii* 2002), con un claro nivel de incendio.

El cambio total del poblamiento en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), y el nivel de

incendio que hemos observado en el *oppida* costero del Castiello de Podes, coincidiendo con el mismo momento de cambio a la romanidad, son otros ejemplos a los que de momento no se suman los castros del valle del Navia, para los que se ha defendido históricamente el papel de ejemplos de romanidad, y cuyos niveles estratigráficos publicados muy parcialmente, o inéditos en la mayoría de los cortes, no nos permiten adentrarnos a fondo en los sucesos de la parte occidental asturiana. Pese a ello, se citan elementos militares en esos castros que parecen demostrar unos asentamientos temporales de las tropas encargadas de la invasión de Asturias (Villa 2005). En nuestra opinión, salvo para el sector más occidental, queda claro la segura existencia de unos hiatos habitacionales, bien por abandono o destrucción de los poblados, que coinciden con la conquista romana en el sector central y oriental de Asturias. Los recintos campamentales recientemente descubiertos en la Carisa (Camino *et alii* 2002) y el resto de la región (Menéndez Blanco *et alii* 2011) son una muestra de esa presencia militar.



Figura 38. Nivel de incendio del castro de Llagú según el informe de excavaciones inédito de la UTE Unioveinte (2004) en el que se observa un posible resto de estandarte en hierro.

Sobre el proceso de asimilación de la nueva organización política y cultural que constituye Roma en el territorio conquistado, y que definimos como "romanización", se ha convertido en un concepto en permanente debate desde los orígenes de la Historia académica, dentro de presupuestos teóricos poco flexibles tanto en la exaltación de la romanidad, como en la negación de la misma. Intentando resumir algunos de los conceptos más tratados podemos apuntar las siguientes reflexiones básicas en torno a este proceso.

En primer lugar estamos ante un proceso de desmantelamiento total de las estructuras de poblamiento, poder y economías previas, a partir de la cual Roma busca un control de vastos fondos auríferos, explotados mayoritariamente

mediante el pacto y la imposición fiscal, por la propia población astur. Las rebeliones astures, constatables en fechas tan tardías como el año 60 d.C. (CIL XI 395=ILS, 2648), son las responsables de ese carácter lento del proceso, cuyas estructuras estables no militares de administración del territorio no aparecen con claridad hasta finalizada esta inestabilidad. Este mismo clima de inseguridad es el responsable de la presencia permanente de dos legiones la *X gemina* y la *VI Victrix* en territorio astur.

El verdadero proceso de romanización se va produciendo mediante la unión de diversos factores. Por un lado las ventajas del contacto y del conocimiento con los nuevos gestores de la *Asturia*, el regreso de las unidades astures incorporadas en el ejército romano, la presencia de avances culturales como la escritura en la administración del territorio (Domínguez-Solera 2012-2013), y con especial intensidad, el contacto con esas tropas romanas acantonadas en el territorio, cuya permanencia desemboca en la mezcla con la población local (Pitillas 2007).

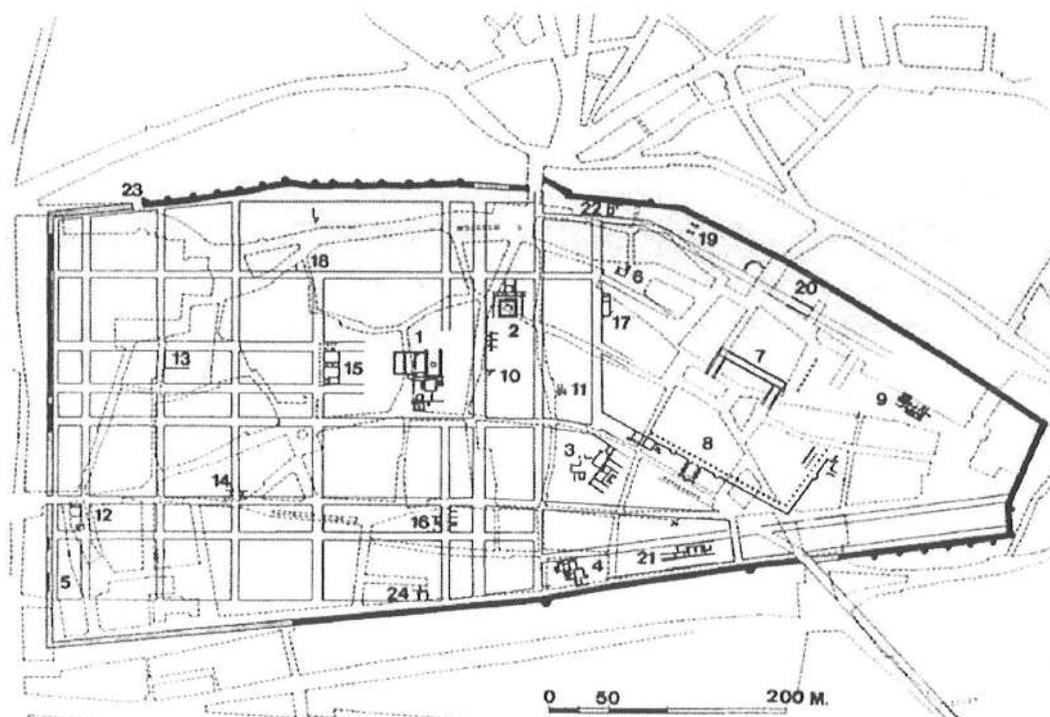


Figura 39. Plano de Astúrica (Astorga, León) (García y Vidal 1996, 916).

La asimilación de una nueva *Asturia* romana por parte de la población local, podría encajar según todos estos factores a partir del último cuarto del siglo I d.C., manteniéndose en el mundo rural numerosos aspectos de organización política y cosmovisión cultural previos, al no existir aquí, a diferencia de otras regiones de Hispania una emigración de colonos rurales itálicos (Blázquez 1989).

La continuidad de los castros en el Noroeste es desigual, y si en la *Gallaecia* existe un importante número de asentamientos que perviven a la romanización (Alcalde López 2015), en la *Asturia* únicamente se encuentra dicha continuidad en lugares que parecen haber servido de centros administrativos bajo la nueva ordenación política del territorio, lo que demuestra un tratamiento diferente del poblamiento en ambas regiones. La desintegración de esos centros políticos locales astur-romanos, ante un posible mayor reparto de

tierras (Santos Yanguas 1984) y sobre, todo una mayor intensidad del poblamiento rural a través de la unidad campesina familiar, explica la decadencia de esos últimos castros, convertidos en centros administrativos-comerciales astur-romanos, en paralelo a un mayor auge de los centros urbanos.

A partir de finales del siglo II d.C., por lo tanto, ya no podemos hablar de hábitat castreño, por lo que entendemos que debemos de considerar los restos encontrados posteriormente más como reocupaciones temporales. La pervivencia de estos modelos de hábitat no parece perdurar más allá del siglo III d.C., salvo casos excepcionales, sin que su ocupación se mantenga a lo largo de la tardoantigüedad, y sin que podamos establecer si su declive se relaciona o no con la generalización de las villas u otro tipo de poblamiento de época romana (Pérez Losada 2000). Por otra parte, el fenómeno de la reutilización de yacimientos castreños no es exclusivo del Norte y Noroeste, puesto que también se aprecia en diversas áreas peninsulares, con una cierta entidad en Murcia, y en general en diversas zonas de la Meseta Norte, siendo bien conocidos los casos de Soria, Salamanca o Zamora (Menéndez Bueyes 2001, 194-198).

La capital de toda esa organización administrativa y política romana se encontraba en *Astúrica* (Astorga, León), ciudad situada en un cruce estratégico de vías que unen la Meseta con el Noroeste, y citada desde el siglo I d.C. como capital de los Ámacos, momento en que sobre la ciudad se establece un campamento militar, que va evolucionando hacia una configuración urbana (Sevillano Fuertes 2001; 2013). El gran aumento de las intervenciones arqueológicas desde los años 80 del siglo XX nos ha permitido conocer no solo la configuración general de la ciudad, sino también muchos de sus monumentos principales. La categoría excepcional de algunos de ellos como el Foro, refuerza el papel de capitalidad que tuvo esta urbe en el territorio astur. Fortificada por una potente muralla la ciudad se distribuía siguiendo un sistema de ordenación urbana ortogonal, con una amplia red de cloacas que atravesaban el subsuelo de las diferentes calles pavimentadas de una anchura entre los cuatro y los siete metros. En la zona más alta de la ciudad se levantaba el foro, regido por una estancia considerada el *aedes augusti* para el culto imperial. A esta estructura se le suman otras menos importantes socialmente pero también espectaculares en lo arquitectónico como la *ergástula*, las termas, y *domus* urbanas de grandes dimensiones decoradas con mosaicos (García y Vidal 1996). La otra ciudad de la región astur es *Legio* (León), pero considerada como un establecimiento militar por la pervivencia urbana durante siglos de las instalaciones e infraestructura de la *Legio VI Victrix* que la fundó. En torno a la misma una población conocida como *ab legionem* acabó configurando la posterior ciudad de León. Las continuas excavaciones urbanas al igual que en Astorga, nos permiten disponer a día de hoy de una visión bastante completa del esquema urbano principal del campamento (González y Vidal

2005). A partir de época tardorromana se construye una nueva muralla y la ciudad mantiene su guarnición militar hasta el siglo V d.C.

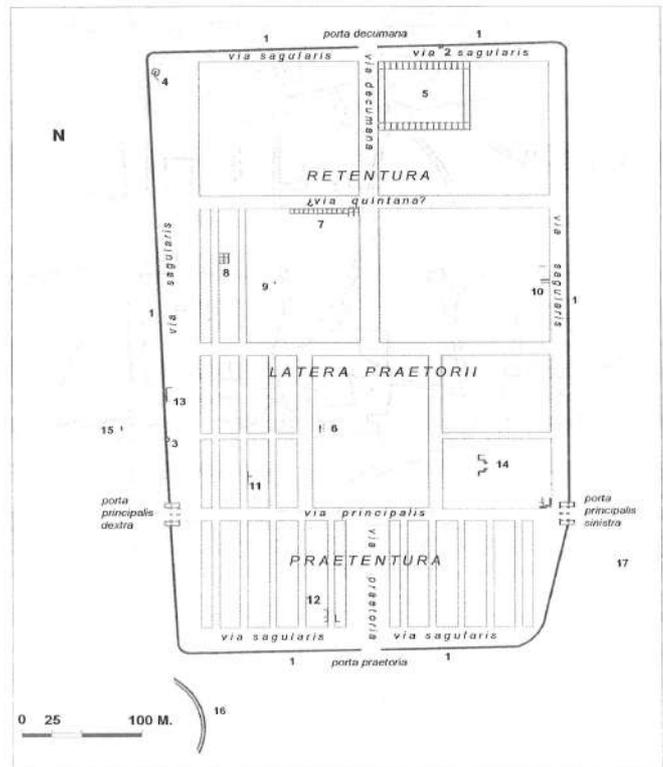


Figura 40. Mapa del campamento romano de Legio VII (León) según V. García Marcos. (Morillo 2002, 91).

Con menores dimensiones y sin planteamiento urbano ortogonal alguno, durante varias décadas se ha pretendido incluir la ciudad de Gijón como un espacio urbano más, que conectaría la Meseta con la costa cantábrica. La falta de esas características urbanas, así como la falta de información respecto a otros elementos menores relativos a la vida doméstica propia de una ciudad romana, han llevado a poner en duda esa asignación (Ríos y García de Castro 2013). Las hipótesis actuales rebajan esa categoría del Gijón romano a un importante enclave comercial, con estructuras internas que recuerdan más a una importante villa marítima amurallada, y que posiblemente se habría convertido en centro administrativo a finales del mundo romano. En

paralelo a estas dudas, y debido a la falta de excavaciones, desconocemos la evolución histórica y estructural de otros centros urbanos de la época como *Brigaecio* (Martino 2004 y 2015), o *Lucus asturum*, lo que refuerza aún más la categoría de capital y segunda ciudad en importancia de *Astúrica* y *Legio* respectivamente.

4. La sociedad astur.

"En esta casa el invierno se hacía muy largo... Pasábamos las tardes alrededor del fuego y los hombres solo hablaban de dos cosas, de la caza, y de la guerra".

Entrevista a V.F. (79 años) Coaña,
Asturias. 2006.

Los datos relativos a la sociedad astur parten de tres fuentes, literarias, epigráficas y arqueológicas. En el caso de las fuentes literarias, las escuetas referencias se centran en aspectos etnográficos que llamaron la atención de los historiadores clásicos por sus diferencias con las culturas mediterráneas, dentro del énfasis descriptivo de un cierto barbarismo respecto a su visión del mundo. Pese a su escasez, en ellas se desprenden aspectos de gran interés como la importancia del orden jerárquico en la comensalidad, *"Comen sentados en bancos contruidos contra el muro y se sientan en orden a la edad y la dignidad"* (Strb. III, 3, 7). En el caso de las fuentes arqueológicas la cultura material y el urbanismo han basado durante décadas, un debate todavía vivo en torno a la existencia o no, de jerarquías sociales.

4.1. La organización social.

Finalmente las fuentes epigráficas, todas ellas de época romana, son quizás las que más datos nos han aportado respecto a un orden social gentilicio no uniforme, con ciertas variantes y flexibilidad interna dependiendo de los territorios (González Rodríguez 1986, 1995 y 1997). La estructura se basa en la unión de varias familias con una vinculación entre sí, bien de tipo territorial, político o simplemente de parentesco, dependiendo del espacio geográfico al que nos refiramos dentro de la *Asturia*.



Figura 41. Orfebrería astur procedente de Cangas de Onís (Perea 1995, 80).

En este sentido los astures más occidentales estarían vinculados socialmente a su *castella* (Pereira Menaut 1998), o centro de poder tribal, al igual que la sociedad galaica, mientras que en la Meseta los genitivos en plural nos conducen a unos vínculos más familiares, y al Norte de la Cordillera, de tipo político, dentro de un sistema de *gentes* (González Rodríguez 1995).

Las relaciones de parentesco y de origen territorial marcan la identidad del individuo tal como nos muestra la epigrafía, donde ambos aspectos conviven de forma complementaria, con etnónimos como *asturius*, *asturus*, *cantaber* o *vetto*.

En definitiva en base a la misma estructura de las lápidas astures se asumen dos fórmulas organizativas, las basadas en gens o gentilidades, expresadas en genitivos en plural *-cum*, o en latín *-orum*, al que se le añade el término *ex gente*, asociados a un modelo de parentesco (González Rodríguez 1995, 67 y 1997), y las

formuladas con el término *castellum* o *castella*, muchas veces representadas por un C invertida, y más vinculadas a la territorialidad del individuo (Diego Santos 1985 y Santos Yanguas 1984).

Respecto a la existencia de jerarquías dentro de la sociedad astur, durante los años ochenta se propagó en nuestra historiografía una visión materialista de las sociedades prerromanas (Sánchez-Palencia, Sastre y Orejas 2002, Becares 2010, Marín 2011), defendiendo el mito comunitario basado, de forma directa, en la visión de barbarismo de los pueblos del norte que acuñaron los clásicos, frente al concepto de civilización mediterránea.

El grupo tribal contra el que luchó Roma debía, por descalificación cultural, pertenecer a un estadio inferior de desarrollo social respecto a la nueva sociedad clásica, pese a los modelos sociales planteados en el resto de Europa (Woolf 2002). Los pueblos del norte, debido a un supuesto aislamiento en las montañas, se presentaban como un caso único en la Europa occidental de la Edad del Hierro.

En nuestra opinión, fuera de acepciones políticas, apostamos por una serie de datos arqueológicos y documentales que nos permiten advertir claramente la existencia de una sociedad jerarquizada, frente al

mito comunitario. En primer lugar, por simple estadística, el mapa de poblados castreños, que damos como muy completo, nos muestra un territorio que estuvo formado por muy pocos poblados ocupados al mismo tiempo, lo que refuerza nuestra percepción del castro como centro de poder, y a la vez, exige admitir la existencia de una población más amplia que no reside en dichos poblados, que aparece ya reflejada en el registro arqueológico en forma de pequeñas granjas como las Vallinas (Fanjul *et alii* 2017). Esta diferencia entre una población que reside en el centro de poder protegido, respecto a otra que reside en el exterior, dedicada de forma más intensiva a la explotación del territorio, sin gozar de la protección y cercanía al espacio de poder del castro, nos está definiendo una jerarquización social necesaria.

Por otra parte, la existencia de grandes poblados fortificados astures, a modo de pequeñas ciudades, supone admitir una jerarquización territorial entre diferentes centros de poder y poblamiento (Fitchl 2000), que serían difícilmente admisibles en una sociedad no jerarquizada y de estructuras de poblamiento autónomas, como plantea el discurso materialista. En un grado menor de análisis, en lo que respecta al urbanismo castreño, planteamos la dificultad de sostener el concepto de "caos urbanístico" en la planificación de los poblados fortificados del Noroeste. No existe en ningún grupo humano, en su organización urbana en espacios privilegiados, como constituyen los poblados fortificados, la posibilidad de acotar por cuenta propia, y sin la autorización de los responsables del grupo, un trozo de espacio destinado a su unidad familiar. De la misma forma, las diferencias de calidad evidentes, entre diferentes espacios constructivos, muchos de ellos más proclives, por su situación en pendiente, a la inundación o al viento (Fanjul

2011), hacen que la construcción de la vivienda castreña haya tenido, a la fuerza, que depender de la decisión de una jefatura o autoridad del grupo.

El caos del diseño urbanístico habría supuesto, indudablemente, un caos social insostenible, ya que existen áreas preferentes de construcción sobre otras de menor calidad en nuestros castros. Debió existir por lo tanto, una jerarquía que regula el establecimiento doméstico, o al menos una jerarquía, que establece el orden de ocupación dentro del espacio urbano. Otro aspecto que demuestra la inexistencia de una igualdad social dentro del mundo castreño es la diferencia en los ajuares domésticos. Pese a que el registro de los hallazgos arqueológicos en el interior de las cabañas no se ha realizado con la calidad deseada en todos los casos, no hay duda de que los hallazgos difieren entre unos espacios familiares y otros.

El descubrimiento de muchas piezas de orfebrería de gran calidad, pese a que no puedan atribuirse en muchos casos a un espacio domestico concreto, nos permiten sin embargo, descartar que sean elementos propios de espacios comunitarios. Estamos ante unas piezas de gran valor económico, que tanto en época prerromana como astur-romana forman parte del ajuar personal de unos individuos, que se diferencian de otros que no lo tienen, como seguramente es la mayoría de la población. La presencia de estos materiales de lujo, asociados a espacios domésticos, es señal ineludible de una riqueza personal minoritaria dentro del grupo y, por lo tanto, de unas diferencias económicas entre sus miembros, que refuerzan la idea de una jerarquía social desde tiempos anteriores a la Edad del Hierro (Mederos y Harrison 2006, Ruíz Gálvez 1998 y 1998). Finalmente, consideramos que la propia epigrafía y las referencias de los autores clásicos son bastante elocuentes, en lo que se refiere a la existencia de una aristocracia y de unas jefaturas, entre los pueblos del Norte en época prerromana.

	Torques	Caldero	Escudo	Pers. con espada/puñal	Pers. con torques	Pers. con espada/puñal	Pers. con espada/puñal y escudo
Cariño	x		x?				
C. de Moreira	x	x		x			
IVDJ	x	x		x	x	x	
Lalín	x	x					
MAN I		x					
MAN II	x	x					
Punta Atalaia	x	x?					
Vilela	x	x					XXXX

Tabla 1. Representaciones de piezas en elementos votivos en el Noroeste (Llinares García 2016, 75)

La falta de esa jerarquía hubiese conllevado una particularidad social en Europa occidental que, sin duda, no hubiese pasado desapercibida para dichos autores. Pese a que las generalidades bajo las que se describen las tradiciones norteñas en esa documentación han ayudado a la concepción de una visión tribal preindustrial comunitaria, las alusiones directas a jefaturas, así como la gradación social que se observa en la epigrafía astur-romana como la estela de *princeps albionum* hallada en Vegadeo (Maya 1989), refuerzan una vez mas la idea de una sociedad jerarquizada en la cultura castreña (Fanjul 2013a). En la Edad del Hierro, hacia los siglos VI-IV a.C., se produce un aumento en fabricación de joyas, con una finalidad concreta que posiblemente, al igual que las armas, esté ligada al prestigio social. Las joyas que se han documentado en Asturias son principalmente torques, destacando el del Tesoro de Soto de Cortés en Cangas de Onís, el de Astorga y el de Valentín. Además, se han hallado diademas como

la de Ribadeo, brazaletes como el encontrado en el Prado de los Llanos de Miguel (Candamo) y arracadas como la de Berducedo. Se aprecia que los torques, las diademas y los brazaletes son de un tamaño bastante más grande que las arracadas, lo que parece evidenciar que eran piezas de orfebrería destinadas a un uso masculino, siendo posiblemente joyas que se emplearían en días concretos con un uso ceremonial, mientras que las arracadas, de tamaño inferior, serían joyas vestidas por las mujeres. Esto también nos evidencia un empleo de la orfebrería como símbolo de prestigio social (García Vuelta 2017).

La fabricación de muchas de ellas en oro nos evidencia además una cierta explotación de las minas de oro o al menos del mineral depositado en los ríos. Así, la existencia de estas ricas piezas supone la existencia de individuos con mayores riquezas que los demás, como se puede apreciar por ejemplo en el caso los dos tesoros hallados en el castro de Arrabalde en Zamora (Martín y Delibes 1975b; Salinas de Frías 2006, 178). A partir del siglo IV a.C. parece que se produce un cambio en la organización económica y social de los astures y es cuando más datos arqueológicos tenemos.



Figura 42. Diadema de Moñes (Piloña, Asturias), Museo Arqueológico Nacional.

Además, si bien para siglos anteriores se discute un cierto predominio femenino, a partir del siglo V a.C., la figura masculina podría cobrar un papel más importante en muchos de los grupos astures (Lomas Salmonte 1989, 69; Rodríguez 1997). Algunas de las piezas de orfebrería tienen además un contenido ritual y religioso, si tenemos en cuenta por ejemplo, que el torques aparece en casi todas las representaciones de bronce votivos del Noroeste, junto al símbolo del caldero. En menor medida aparecen representaciones de armas (Linares 2016, 75).

Los torques van unidos también a la figura del guerrero si tenemos en cuenta las figuras de piedra de guerreros galaicos, y su posesión pudo ser el símbolo social de pertenencia a la aristocracia guerrera castreña (Alonso Burgos 2015). En el caso del ámbito astur el mejor ejemplo lo constituye la diadema de Moñes (Piloña, Asturias), un caso excepcional donde se refleja según Marco (1994, 329): "*La apoteosis guerrera a través precisamente del tránsito acuático hacia el más allá*". A esa clara

connotación de jerarquía social, se le suman otras de tipo cultural evidentes, apareciendo como un elemento imprescindible también en el simbolismo votivo galaico, y convirtiéndose en un elemento amortizable, que aparece depositado de forma intencional en lugares simbólico-religiosos cerca de fuentes, ríos o grandes rocas (Armada y García Vuelta 2006).

Respecto a las referencias a las tribus y sus capitales en época astur-romana la principal enumeración la encontramos en Ptolomeo (II, 6, 28, 37), estando por definir con exactitud a día de hoy la ubicación de las capitales de algunos de los grupos, así como precisar su extensión territorial. Este autor cita las siguientes tribus, a las que habría que sumar otras de gran importancia por las dimensiones de sus comarcas, como los paesicos, zoelas y lancienses, citados posteriormente por otros autores como Plinio (NH. III, 28 y IV): Bedunienses. Localizados en torno a Santa María del Páramo (León), su capital *Bedunia* parece localizarse en el castro de San Martín de Torres, en plena vía XXVI de *Astúrica a Caesar Augusta*.

Orniacos - Con capital en *Intercatia*. Localizados en el valle del río Duerna, afluente del Órbigo, en torno a la zona de la Bañeza (León), llamado en la Edad Media Ornia.

Los *luggones* con capital en *Paelontium*, distribuidos en todo el sector central de la actual Asturias, con especial importancia en su extremo oriental, como el valle de Infiesto o al Norte el valle de Villaviciosa. Planteamos su capital en Beloncio, no solo por la similitud toponímica sino por la espléndida ubicación geográfica de dicha parroquia dominando buena parte del valle.

Saelinos, con capital en *Nardirium*. Tribu ubicada en torno al Puerto de Pajares al Sur de Asturias.

Superatios. Ubicados en el Norte de Zamora, su capital parece corresponderse con el campamento militar romano de Rosinos de Vidriales, si bien el oppida de las Labradas, en Arrabalde, fue la principal población de la zona antes de la llegada de los romanos.

Amacos. Tribu en torno a Astorga que tendría, según las fuentes, capital en la misma Astúrica. El origen prerromano de la ciudad no está claro si bien varios hallazgos materiales podrían apuntar la existencia de una población previa a la ciudad romana (Luengo 1999).

Tiburi. Localizados en el extremo más Occidental de la Asturia, en torno a Pobra de Trives, en Orense, en torno a la cual tendrían su capital, *Nemetobriga*.

Gigurros. Tribu que ocupaba la comarca de O Barco de Valdeorras en Orense, así como parte del extremo Occidental del Bierzo. Su capital estaría al menos para la época romana en *Forum Gigurrorum*, localizada en las cercanías de A Rúa.

Brigaecinos. El pueblo astur más en contacto con las vecinas culturas vacceas con capital en

Brigaecium, junto a la actual Benavente (Martino 2015). Aliados de los romanos contra los cántabros, les ayudan también contra los astures al avisarles de su ofensiva contra los campamentos romanos durante la conquista de *Asturia*.

Paesici. Ocupaban todo el centro-occidente asturiano, desde las riberas del Nalón hasta el valle del Navia, límite con los galaicos, y tenían su capital en Flavionavia, en la actual Pravia. Su pervivencia histórica sobrevive a la romanización y llega hasta la Alta Edad Media, donde aparecen como bando en conflicto con la corte visigoda. El valle del Narcea sería el eje geográfico y poblacional de la mayor parte de la tribu, que posiblemente se extendería a parte del Norte de León.

Zoelas: Habitaban parte de la provincia de Zamora así como de Braganza y Tras Os Montes en Portugal, teniendo su capital en las cercanías de la propia Braganza, limitando al Occidente con los galaicos bracarenses.

Lancienses: A orillas del Esla ocuparían el límite Oriental de los astures con los Vacceos, teniendo a la ciudad de Lancia como capital. Las excavaciones allí desarrolladas (Celis *et alii* 2007) muestran un claro poblamiento previo a las estructuras romanas, mientras que las dimensiones del espacio arqueológico muestran una auténtica ciudad u *oppida*.

4.3. Tradiciones descritas por los autores clásicos.

Conocemos a través de Estrabón (3,3,7-8) la tradición de la covada entre los astures, por la cual el padre del recién nacido se metía en la cama y sustituía a la madre en las primeras horas con este, mientras la mujer pasaba a un segundo plano y volvía las tareas domésticas con total normalidad: "...es cosa común entre ellos la valentía, no solo en

los hombres sino también entre las mujeres. Estas cultivan la tierra. Apenas han dado a luz, ceden el lecho a sus maridos y los cuidan. Con frecuencia paren en plena labor, y lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente de un arroyo, envolviéndolo luego".



Figura 43. Mujeres maragatas a comienzos del siglo XX con traje tradicional. Castrillo de los Polvazares blogspot.com.

El padre Flórez en Época Moderna y posteriormente diversos autores, han tratado la pervivencia de la covada en las montañas astur-leonesas (Rodríguez Díaz 1981, 57), y más concretamente en la maragatería, comarca leonesa de Astorga, siendo la mejor síntesis del tema la realizada por el antropólogo Francisco Javier Rodríguez Pérez (2008), en cuyo trabajo

nos basamos para construir una imagen no solo relativa a esta práctica, sino también a lo que concierne a las relaciones matrimoniales, pues consideramos que algunos aspectos de las mismas pueden haberse mantenido al igual que la covada, fósiles desde las raíces astures de la Maragatería.

Hemos de resaltar que tales tradiciones ya no perviven y desde mediados del siglo XX no se conoce la continuidad de la tradición en la zona, y todos los parabienes después del parto recaen sobre la mujer, quien guarda reposo y recibe a familiares y amigos con regalos en forma de dulces (Rodríguez Pérez 2008).

La tradición parece que era compartida por pueblos muy diversos de la Europa prehistórica, siendo citada por Apolonio de Rodas en el siglo III a.C. entre los Tibarenos, en la orilla oriental del Mar Negro: "*Allí cuando las mujeres dan a luz a sus hijos, son los maridos quienes gimen echados en la cama con la cabeza vendada. Ellas en cambio los cuidan con alimentos y les preparan los lavatorios del parto*" (Rodas 1987), observada también en la Córcega del siglo I a.C. por Diodoro de Sicilia, pero mantenida a través de los siglos tanto en las regiones norteñas de España, como en diversas regiones del Norte de Europa. Fuera de

estos ámbitos, aparece documentada también en la provincia de Albacete, donde el hombre no solo se acuesta con el recién nacido, sino que le pone su camisa y quema en una hoguera la placenta. El simbolismo es doble, por un lado el varón acepta a la criatura como suya, pero por otra parte reivindica en extremo su participación en la creación de la misma. Si esta tradición cultural se ha mantenido en algunos pueblos, caso de los maragatos, no es por un aislamiento poblacional de los mismos, sino más bien por una endogamia social, que al igual que en el caso de los vaqueiros, permite la fosilización durante siglos, de prácticas que eran comunes a más pueblos en otras épocas.



Figura 44. En la sociedad rural tradicional el Noroeste, buena parte de las actividades económicas recaían sobre las mujeres. Foto de F. Krüger en el Bierzo 1927.

En el caso de los maragatos la pervivencia de las tradiciones proviene, como explica Rodríguez Pérez (2008). "*Se consideran una casta aparte en el mundo. Tan apegados a sus leyes morales que se niegan a adoptar ninguna norma ajena, buena o mala*", lo que a la vez nos permite destacar aspectos ancestrales en el trato marital astur. Las relaciones entre hombre y mujer en esa comarca eran respetuosas pero distantes, asumidas como parte de un ciclo de reproducción y soporte mutuo del clan familiar, ajenas a cualquier romanticismo: "*Si no saben sonreír a su esposa ni compadecerla, tampoco saben engañarla ni pervertirla. No la tratan ni bien ni mal, porque apenas la tratan. La toman para crear una familia, la sostienen con arreglo a su posición, y la reciedumbre de estas naturalezas descarga ciegamente todo el peso de su brusquedad, sobre*

la pasiva condición de la mujer" (Espina 1989, 254).

La ancianidad se respetaba, y posiblemente era un distintivo de importancia social, que se conseguía también por las propiedades, ganado, el valor o la inteligencia (Lomas 1989, 98), dentro de una sociedad patrilineal, donde como señala Estrabón para el caso de los cántabros, pudo haber casos de un mayor poder matrilineal: "*pero otras, quizá poco civilizadas, no son sin embargo salvajes, como el hecho de que entre los cántabros los maridos entreguen dotes a sus mujeres, que sean las hijas las que queden como herederas y que los hermanos sean entregados por ellas a sus esposas; porque poseen una especie de ginecocracia, y esto no es del todo civilizado*" (Strab. III, 4, 18).

Pese a esta referencia concreta, la epigrafía de época astur-romana, e interpretaciones recientes (Salinas de Frías 2006, 176), tienden a matizar este concepto, asumiendo la existencia de una sociedad también matrilineal, donde las mujeres cumplen un papel muy importante en las decisiones de la familia, y como propietarias de la dote, a pesar de tener un papel diario relegado a la actividad agrícola y la economía doméstica.



Figura 45. Cortejo nupcial tradicional a caballo en Fastías (Tineo, Asturias) (años 40 del siglo XX, con el traslado de la novia a la casa de la familia del novio. Asociación amigos del concejo de Tineo).

En este contexto quizás el dato más interesante entre las diferencias sociales de la Iberia Atlántica y el mundo romano apuntadas por Estrabón es cuando se refiere a que se “*se casan igual que los griegos*”. La breve referencia nos conduce, teniendo en cuenta las diferencias estructurales entre los ritos nupciales griegos y romanos (Marcos 2006), a plantear una estructura ritual bastante definida, donde la base del matrimonio la constituyen hombres que se casaban en edades más avanzadas que sus esposas, en torno a la edad de 30 años, respecto a unas mujeres con apenas 14 o 15.

El matrimonio constituiría un acuerdo familiar donde el interés económico estaría por encima de las relaciones personales de la pareja, y donde la dote, garantizaría la seguridad económica de la mujer y sus padres. Las fechas elegidas entre los

griegos para los ritos nupciales se situaban en pleno invierno, en torno a Enero o Febrero, por ser estos meses los de menor trabajo agrícola y por lo tanto los de mayor tiempo libre.

Pero donde con más énfasis podemos resaltar la cita de Estrabón es en lo referente a la estructura de las bodas, si tenemos en cuenta la amplia diferencia entre los ritos griegos y romanos. Los griegos dividían el rito del matrimonio en tres días festivos. En el primero la novia celebraba su paso a la nueva vida mediante un baño a modo de purificación, a la que seguía un banquete junto a sus amigas en casa de sus padres. En esa celebración era donde el novio conocía a su prometida. La siguiente fase de la boda consistía en un traslado procesional de la novia a casa de su futuro marido, y finalmente se procedería a un último banquete en esa nueva casa, donde también participarían los amigos del novio (Marcos 2006). Esta estructura incluiría otros elementos destacados como el permiso paterno, o acuerdo de los padres de la novia para el matrimonio, así como la entrega de la dote nupcial.



Figura 46. Danza de palos tradicional del Noreste de Portugal (Platodeampudia@blogspot.com).

En este sentido la diferencia de estructura nupcial respecto al rito romano nos conduce a una ritualidad clánica, más destinada al grupo familiar y a sus vecinos, que a un aspecto más personal y privado, como el que se produce en el ámbito cultural romano.

En el ámbito de la justicia suponemos que ésta estaba administrada por uno o varios notables, posiblemente vinculados dentro del concepto de respeto que nos ha transmitido Estrabón "por ancianidad o dignidad", impartiendo unas leyes estrictas en cuanto al crimen dentro del grupo: "A los condenados a muerte los despeñan y a los parricidas los apedrean fuera de los montes y de los ríos" (Strab. III, 3, 3, 7-8). Estas condenas a muerte tenían un paso precedente, como es el trasladar al condenado a un lugar apartado, no sabemos si como forma de expulsión simbólica (Churruca 2009).

Sin necesidad del castigo o la imposición, la resolución de conflictos internos debía tener también uno o varios árbitros. En el caso de las disputas entre clanes diferentes, sobre todo en cuanto a la demarcación territorial, la resolución

de las mismas no tuvo porqué ser siempre violenta y en la tradición oral del Noroeste, y así dentro de unas claras diferencias geográficas y cronológicas encontramos con formas de pacto idénticas a las de la tradición céltica irlandesa como el uso de peleas de toros para dirimir los límites de los pastos y propiedades (Tenreiro 2015): "*Sea dicho, que tan lejos como ella (la vaca) paste hoy, allí donde se pare, quedará la frontera entre nosotros dos*" (Bethada Náem n'Erénn, I); con su historia análoga en Asturias: "*Entós hubiera un pleitu muy grande entre Prubaza ya Yernes por pastu, entós decidieron que dos toros se enfrentaran y decidieran ya desllidaran asina los pastos*" (Álvarez Peña 2002). "*Mientras beben bailan al son de la flauta y trompeta en corros y también dando saltos y agachándose*". (Strab. 3,3,7-8).

En la actualidad no existe ninguna danza en el antiguo territorio astur que podamos asociar por su similitud con las referencias de Estrabón, siendo las genuflexiones un elemento típico en alguna de las danzas cántabras como la de las lanzas de Ruiloba en Cantabria. Existen sin embargo otros elementos de indudable origen precristiano como las danzas de palos astur-leonesas o los paloteiros del Noreste portugués, que tienen el arraigo y el simbolismo suficiente como para apostar por una cronología muy antigua.



Figura 47. Hombres vestidos con las capas tradicionales en la comarca de Aliste (Zamora) en 1960. Foto de Rafael Sanz Lobato.

Su extensión por buena parte del Norte peninsular les añade un posible carácter céltico, mientras que algunos autores han querido ver en el traje de algunos danzantes como el de Almaraz del Duero, elementos propios del mundo militar romano (Mourinho 1993, 465), que gracias a su inclusión en las festividades cristianas, han conseguido sobrevivir en el tiempo. En el actual territorio astur estas celebraciones suceden en ciclos agrícolas como a finales de agosto y septiembre, con una procesión de jóvenes danzantes que portando símbolos vinculados a la fertilidad, guerrear siguiendo el ritmo de la música, mientras que el oficiante porta los símbolos de la localidad, representados en la comarca Mirandesa por la "capa de honras", una antigua vestimenta de los pastores de la zona (Tiza 2012, 389). El rito de agradecimiento por las buenas cosechas, representado por los mozos del pueblo, culminaba en una danza, la "*Ihaço da*

bicha" donde hombres y mujeres jóvenes, en líneas separadas, acababan cayendo de lado, simbolizando la muerte de la bicha o serpiente. Curiosamente, la misma danza con igual estructuras y calendario se realiza en la otra vertiente astur de la frontera española, en localidades del Norte y Oeste de Zamora, lo que resalta el carácter ancestral astur de la misma (Tiza 2012). "*Todos visten de negro por lo general con ponchos, con los que también duermen en sus lechos de paja...las mujeres van en vestidos y ropas con adornos de colores*". (Strab. 3,3,7-8). El poncho era un tipo de capote usual entre las tribus celtas que describe Estrabón (4,4,3), incluso en el Norte de Italia (Churruca 2008, 818), formado por un capote cerrado con abertura central para introducir la cabeza, y que hacía también de manta por las noches. Su color parece venir indudablemente del típico color negro de la lana procedente de las *oveyas xaldas* asturinas, una raza céltica atlántica que ha sobrevivido en algunas comarcas de Asturias y desaparecido en otras zonas de la antigua *Asturia*, caso de la Churra berciana.

La fama de la lana astur aparece reflejada en el edicto de Diocleciano *De pretis rerum* 25, y si bien sabemos de la existencia de estos ponchos, el resto

de la vestimenta no debía de ser muy diferente al resto de los pueblos hispanos.



Figura 48. Poncho céltico utilizado en la Galia, muy similar al usado por los astures según Estrabón. Exvoto en bronce del museo de Orleans.

4.3. La alimentación y la cerámica.

"Las dos terceras partes del año los montañeses viven de bellotas de encina que dejan secar, machacan y luego muelen y hacen pan, de forma que se conserva por largo tiempo. Toman también cerveza pero les escasea el vino, y el poco que hay lo consumen rápidamente banqueteadando con parientes. En lugar de aceite usan mantequilla" (Strab. 3,3,7).

Las referencias de Estrabón a la alimentación de los pueblos del Norte han sido interpretadas como una escasez de cereales, que ahora, gracias a los datos arqueológicos debe ponerse en duda. Al igual que en el mundo romano, el consumo de pan fresco diario, constituía una rareza por su precio, y el pan consumido mayoritariamente era en forma de tortas que perduraban durante días.

La escala de proporciones de productos agrícolas encontrados en los castros del Noroeste, demuestra esa economía agrícola, con una mayoría de trigo, en diversas variedades, sobre todo escanda, a la que siguen en menor medida la cebada, la avena y el mijo, las leguminosas como fabas y guisantes, y finalmente los frutos secos, en forma de bellotas y nueces (Ramil 1993; Figueiral 2008, 79; Tereso 2012). La presencia de bellotas, pese a ser una especie minoritaria dentro de los productos alimenticios astures, es también constante en todos los yacimientos, lo que refuerza la idea de su importancia en la dieta, sin que ello suponga una pobreza de la agricultura.

El pan realizado con harina de bellota, al que se le solían sumar otras harinas de cereal, fue un pan muy común en la Prehistoria Hispana que perduró durante siglos hasta la Época Contemporánea, si bien su consumo a partir de la Antigüedad se fue restringiendo a épocas de escasez de cereal, y a dulces.



Figura 49. Fragmento de borde de una olla decorada de la Edad del Hierro, procedente de la cueva de Las Torres (Ribadesella, Asturias). Cortesía de M. Bartolomé, E. Muñóz, y S. Ceballos. Uno de los problemas que tiene este producto es que la mayor parte de las bellotas no se corresponden con especies dulces, y por lo tanto son poco agradables al paladar. Para conseguir eliminar parte de ese sabor amargo, producido por su alto contenido en taninos y glucósidos, se utilizaban diversas técnicas y se lavaban, secaban, tostaban, se mezclaban con arcilla, se tostaban con cenizas y arcilla, o se hervían. Su consumo en la primera mitad del siglo XX en muchas zonas de España, nos permite saber a través de la tradición oral (García Gómez *et alii* 2013), que la forma de hacer pan de bellota era primero secándolas, y después hirviendo las bellotas sin que llegasen a cocerse, para después ser molidas, fórmula básica que seguramente siguieron los pueblos del Norte, cuando no mezclaban la harina de bellota con las harinas de cereal, que puede ser la otra hipótesis sobre la producción del pan astur.

El método de cocción seguramente fue idéntico al que se ha conservado en las montañas de Lena (Concepción 2013), dejando junto al fuego del lar las tortas de pan hasta que se cocían.

Respecto al *zythos* o tipo de cerveza citado por Estrabón (3, 3, 7), desconocemos si se trata de una cerveza de cebada o escanda, o bien un tipo de bebida fermentada producto de frutas como las peras. Los análisis de recipientes protohistóricos del valle de Ambrona (Soria) demuestran una cierta variedad de productos alcohólicos fermentados entre las poblaciones del Norte ya en la Edad del Bronce inicial, entre los que destacan la cerveza de escanda, así como la perada, o sidra de pera (Rojo Guerra *et alii* 2008). Otros análisis en el Noroeste, refuerzan la idea también de una cierta variedad de productos cocinados, no solo alcohólicos, frente a la tradicional idea de simplicidad de la dieta castreña, así como de la importancia de su ritualidad (Armada y Vilaça 2016). En el caso de varios yacimientos de la Edad del Bronce en Galicia se han hallado restos de cerveza, productos lácteos y un guiso a base de carne con nabiza o col (Prieto 2011).

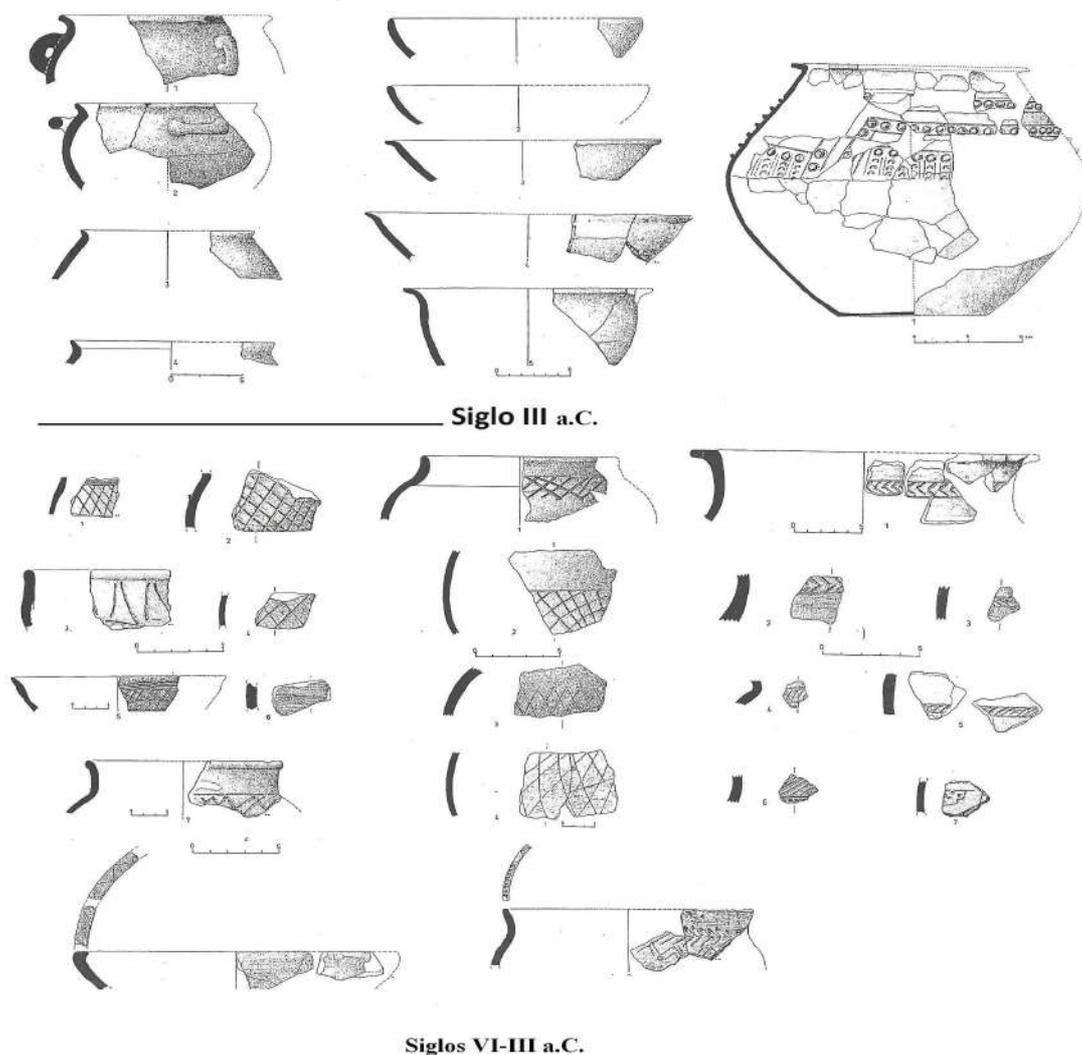


Figura 50. Evolución de piezas de la Campa Torres a partir de la obra de J.L. Maya y F. Cuesta (2001).

El vino aparece como un producto minoritario, posiblemente de lujo, y su presencia en analíticas de la Edad del Hierro del Norte Peninsular aparece de forma muy residual, hasta el punto de que en la necrópolis vaccea de las Ruedas, del siglo IV a.C., está vinculado también por su importancia a algunas de las ofrendas funerarias marcando una posible influencia mediterránea (Sanz *et alii* 2010).

Respecto a la vajilla astur para el preparado, conservación y uso de esos alimentos, se había planteado una superioridad de las piezas en

madera sobre las cerámicas, quizás por la imagen arcaizante de los grupos astures antes de la romanización. Si bien esta presencia de piezas en madera es indudable, sobre todo en forma de cuencos-platos y vasos, las colecciones recuperadas en los castros astures demuestran una variada vajilla prerromana especializada en las piezas de cocción y almacenamiento, caso de ollas y grandes tinajas. El estudio del repertorio cerámico y su evolución no es muy uniforme si tenemos en cuenta las diferencias regionales.

En Asturias hasta los años noventa del siglo XX el análisis de la cerámica castreña asturiana se mostraba como un aspecto muy problemático de la documentación castreña por la falta de estratigrafías, así como por la falta de materiales en contexto

seguro. Pese a estos vacíos, el trabajo de Maya (1988-89) supone el comienzo de un análisis profundo y comparativo de las colecciones asturianas, formando la base necesaria para el espectacular aumento de documentación material, que tuvo lugar a partir de los años noventa con la excavación de la Campa Torres.

En León las investigaciones de Sánchez Palencia y su equipo en los castros bercianos, supusieron una potente fuente de información respecto al resto de la región de la que seguimos sin tener una secuencia material completa, mientras que en Zamora y el Noreste portugués, salvo los estudios realizados por Esparza apenas conocemos corpus cerámicos publicados. Caso aparte supone la región astur del Oriente de Galicia donde esa falta de información es endémica a casi todos los ámbitos de la Edad del Hierro. Estas circunstancias hacen que de momento presentemos unas pautas de evolución cerámica exclusivas de los castros astures de la actual Asturias, considerando que de forma parcial su esquema puede ser trasladado a buena parte de la región histórica.

Las cerámicas astures del período inicial del mundo castreño son por sus decoraciones diferentes a las del sector cántabro y galaico, y curiosamente similares, con la adopción temprana de la retícula bruñida, a las de algunos castros zamoranos y leoneses (Esparza 1986), siendo la cerámica un factor más a la hora de apostar por una mínima homogeneidad material en el cantábrico centro-occidental durante la Edad del Hierro.

Pese a los intentos de definir diferentes áreas cerámicas dentro del territorio astur (Marín 2011), existe una cierta conexión decorativa entre castros tan distantes como Coaña, San Chuis y la Campa Torres, caso de la presencia de estampilladas en SSS y triángulos, que de momento no permiten definir espacios de

producción locales, sino más bien áreas donde ciertas decoraciones aparecen en mayor medida que en otras.

Para la fase más inicial de la Edad del Hierro contamos apenas con los castros de Villaviciosa, una pequeña colección estudiada procedente de San Chuis, y con la colección completa de la Campa Torres (Marín 2011; Maya y Cuesta 2001). Las piezas de San Chuis provienen del relleno de un agujero de poste de una cabaña circular fechada a comienzos de la Edad del Hierro. Se trata de cuatro bordes y dos bases, en los cuales se puede observar el uso de unas formas en S para los bordes exvasados, típicas de esta fase. Las piezas apenas tienen un acabado final, más allá de un espatulado muy básico y no disponen de decoración (Marín y Jordá Pardo 2007).

La falta de decoración, la tosquedad del material y la mala cocción parecen ser las características cerámicas de esta fase en un momento de cambio entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. En cambio, las formas de las cerámicas con sus bordes exvasados y sus perfiles en S son ya las típicas de la cerámica castreña y perdurarán hasta la romanización.

La colección conocida de la Campa Torres (Gijón) (Maya y Cuesta 2001), Camoca (Villaviciosa) y el Campón (Villaviciosa) (Camino 1997), nos muestra el paso siguiente, donde no estamos ante piezas de tradición de la Edad del Bronce, ni de transición, sino ante unos primeros ejemplos claros de cerámicas castreñas tempranas.

En la Campa Torres nos encontramos con piezas de acabado más cuidado, mediante el típico espatulado, al que se añade el bruñido, un elemento decorativo común en las cerámicas astures desde la costa asturiana hasta la provincia de Zamora (Esparza 1986).

Los bordes son rectos y exvasados de labios tanto planos, como redondos, y a los que siguen cuerpos en S para las ollas, cuya cocción es mixta y la

decoración, todavía minoritaria en la vajilla astur, es mediante incisiones a punzón, o en espiga y espina de pescado. Se observan de forma puntual en esta fase las retículas bruñidas y las impresiones mediante pezones, elementos que parecen aumentar en número durante la Segunda Edad del Hierro. En el caso de los castros de Villaviciosa las formas son similares, con ollas globulares y perfiles en S, todavía con apariencia bastante tosca y cocción mixta. Las decoraciones son similares a la Campa, en el caso de las incisiones en forma de espiga y algunos bruñidos, a las que se suman, como novedad local, la incisión de pequeños círculos. Para la siguiente fase de la Edad del Hierro, volvemos a tener como referencia las colecciones procedentes de la Campa Torres, castros de Villaviciosa, y San Chuis, a las que se suman las del Castro de Llagú y algunos elementos procedentes de Larón, Garba Y cogollina (Marín 2011). En el caso del valle del Navia partimos de la necesidad de revisar piezas prerromanas identificadas a veces como comunes romanas, (Carrocera 1995a).

En el mismo sentido, en Asturias sólo conocemos las analíticas de pastas de cuatro castros, la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), Llagú (Berrocal *et alii* 2002), la Cogollina y la Garba (Fanjul 2011b), con lo que es difícil definir elementos de la cadena operativa y establecer comparaciones, más allá de advertir una combinación de la elección de arcillas locales del entorno del castro y la tradición tecnológica comarcal en la selección de desgrasantes, caso de las cerámicas analizadas en los castros de Teverga (Fanjul 2011b).

Pese a ello, sabemos que la Segunda Edad del Hierro supone una serie de cambios en la mejora de la calidad cerámica castreña, con una producción manual que sigue sin hacer uso del torno. Se observa igualmente un mayor cuidado de las pastas, eliminando los desgrasantes de gran

tamaño de la etapa anterior. La presencia de piezas más finas, y la mayor altura de las paredes de otras, extensamente decoradas, nos permiten defender la idea de un mayor control del proceso de cocción, que nada tiene que ver con las producciones toscas de la Primera Edad del Hierro. Por un lado, se está produciendo una selección de arcillas, incluso un cribado de las mismas, mientras que en paralelo se ha cambiado la técnica de cocción, mediante un sistema de horno que de momento desconocemos. Ambas novedades tecnológicas suponen la aparición de unas cerámicas de gran calidad estética y material.

En el aspecto decorativo, también se produce una evolución notable con la incorporación de nuevos motivos, entre los que se incluyen elementos atlánticos comunes a los pueblos del norte, caso del estampillado, pero manteniendo la tradición local, al contrario que en los castros gallegos, donde es en el hombro de las piezas el lugar en el que se concentra esa decoración. En esta etapa las decoraciones pasan a ser continuas, preferentemente enmarcadas por líneas horizontales, donde a modo de bandas se introduce la decoración incisa, bruñida, estampillada, o haciendo un uso combinado de las diferentes técnicas en la misma pieza. La aparición del estampillado como técnica decorativa es un fenómeno atlántico, si tenemos en cuenta los paralelos entre piezas cantábricas y de la costa de Bretaña para unos momentos similares (Wheeler *et alii* 1957), y que podemos definir como un fenómeno decorativo "marítimo", en el sentido de que se difunde con motivos comunes entre castros marítimos a cierta distancia, pero que no se traslada a las producciones de castros de interior, mucho más cercanos a esos emplazamientos costeros, tal como ha demostrado González-Ruibal (2006/07, 280-283). Otro elemento atlántico son los motivos en SSS (Marín 2011), que mediante frisos corridos en unos casos, y entrelazados en otros, aparecen no sólo en la decoración cerámica, sino también en

otros elementos de la escultura castreña en piedra por todo el noroeste ibérico, pese a las dudas de la asignación cronológica de algunos de esos relieves.

La cerámica astur de la Edad del Hierro busca piezas globulares y ovoides en el caso de las grandes ollas, algunas de las cuales, por sus dimensiones, parecen haber servido de contenedores de almacenamiento y no como piezas de la vajilla de uso doméstico.

Otras piezas con bordes perforados a modo de orejetas en cambio, están diseñadas para colgarse sobre el llar y calentar el producto que guardan, sin contacto directo con las brasas del fuego. La variación de temas decorativos y su combinación es enorme, y tal como apuntábamos al comienzo, la presencia de decoraciones idénticas en castros muy distantes, permiten hablar no sólo de un contacto fluido entre las tribus castreñas, sino también impiden identificar espacios de producción exclusiva.

A las incisiones y el bruñido de la primera etapa de la Edad del Hierro, se le suma el estampillado y la combinación de todos los tipos decorativos posibles en una sola pieza, complicando los intentos de adscripción cultural de las diferentes decoraciones asturianas. Junto a estas típicas decoraciones castreñas, se le suma un grupo poco conocido pero que aparece en varios castros costeros como los de Villaviciosa, caso de las piezas pintadas. Su presencia en un fragmento de la Punta el Castiello de Podes, nos hace plantear una imitación astur de cerámicas de bandas rojas procedentes del espacio celtibérico de la meseta, o del intercambio puntual con productos ibéricos del sur mediterráneo. La misma variedad la observamos en la tipología de bordes, los cuales conviven al mismo tiempo en los mismos yacimientos. Desechamos la idea de que las cerámicas conocidas como de "clavos", que parecen imitar a calderos con remaches

metálicos, y que son muy abundantes en el noroeste castreño, sean importaciones galaicas. La cerámica astur es producto de una industria local, abierta a la adopción de modelos decorativos foráneos, pero en la que no se aprecian importaciones, más allá de algunos productos mediterráneos.

La romanización supone una serie de cambios profundos en la vajilla local, combinando un aumento espectacular de las importaciones con la imitación local de nuevos modelos, que irán sustituyendo a las producciones artesanales previas. Estamos en el paso de la producción artesanal a la industrial, donde los cambios tecnológicos y la necesidad del mercado inter-regional, transformó desde dentro a la vajilla castreña. En este sentido, se ha discutido mucho sobre si la denominada cerámica común romana, que aparece en nuestros castros, es una importación o se trata de una producción local. En nuestra opinión, su presencia masiva en los niveles astur-romanos de algunos castros como el Chao Samartín (Menéndez y Benítez 2002), hace difícil pensar que se trate de importaciones y más bien entendemos que se trata de una imitación local a productos importados que gozan de buena aceptación, donde se copian tipologías antes no existentes, y que inicialmente aparecen como importaciones. Por lo tanto, seguimos planteando que estamos ante piezas astur-romanas, salvo en el caso claro de las importaciones de *sigillatas*, paredes finas o vasos con engobe rojo. Una las características de las producciones de este período astur-romano es la rapidez con la que se importan y copian los modelos foráneos. Esas copias locales adaptan igualmente los aspectos técnicos como el torno rápido y el horno bicameral, lo que supone la imposibilidad de seguir manteniendo los repertorios incisos que se hacían en la segunda Edad del Hierro. La búsqueda de un éxito comercial dentro una producción que ya podemos denominar como industrial, hace posible algo que antes no se acababa de concretar entre las producciones prerromanas,

como es la presencia de un mayor número de piezas decoradas en la vajilla doméstica, así como la aparición de un mayor número de tipos cerámicos, que sin duda están en relación con un cambio en el procesado y consumo de los alimentos. Aparecen elementos como los platos, las fuentes, las jarras, las fuentes con tapadera, y se multiplica el número de productos con asas, dándole un toque más práctico y diverso a la cultura cerámica astur. En definitiva, el mercado industrial basado en la producción mediante hornos bicamerales aportó a la vajilla castreña un elenco de tipos que ésta era incapaz de producir desde la perspectiva artesanal, permitiendo a la vez la multiplicación de piezas decoradas. Esta innovación impulsada desde fuera, es en nuestra opinión una adaptación e imitación local, con lo que las denominadas cerámicas de "tradición indígena", o "comunes romanas" son la continuidad, tecnológicamente mejorada y ampliada, de una industria autóctona astur-romana.

4.4. La guerra como cultura.

La cultura social de las tribus astures, al igual que las del resto del Norte Peninsular en la Edad del Hierro era la guerra. Esto no significa la existencia de un ambiente de conflicto permanente, sino que la guerra es uno de los medios de enriquecimiento y ascenso social del individuo, y todo lo que rodea a las acciones militares tenían un eco muy importante en el folklore y los mitos de las diferentes tribus. Las armas tuvieron por lo tanto un papel vital en el simbolismo de los pueblos de Norte, donde aparecen no solo como elementos militares, sino también como símbolo de poder social, asociado muchas veces en las representaciones artísticas a una simbología religiosa (Llinares 2016).

El análisis arqueológico del escaso armamento astur conocido, como forma de entender la

sociedad astur es una tarea compleja, en primer lugar por esa escasez de hallazgos, en parte condicionada por la falta de localización de las necrópolis, que en el vecino valle del Duero están acompañadas de un potente corpus armamentístico. Por otra parte, la influencia cada vez mayor de una perspectiva socio-económica de la cultura material protohistórica europea, ha llevado a analizar esas armas desde un plano meramente funcional dentro de las actividades cotidianas del grupo, proceso impulsado por una academia europea de posguerra influenciada por valores pacifistas como apunta Kristiansen (1999, 175), y que se ha apartado del verdadero valor simbólico y funcional de las armas, como es la guerra (González García 2016, 24).

Las armas astures debieron ser muy similares al resto de pueblos del Norte como los cántabros y especialmente los galaicos. Como elemento defensivo nos encontramos con la caetra, pequeño escudo de cuero de forma cóncava con un umbo central metálico, y con apliques que adornaban la estructura exterior con formas radiales, que eran golpeadas antes del combate provocando un gran estruendo ante el enemigo, y que Silo Itálico calificaba de "*caetrae sonoras*". Entre las armas arrojadas habría una mayoría de dardos cortos, si bien la caballería pudo servirse también de la *lancea*, puntas de lanza alargadas del tipo de las halladas en Monte Bernorio (Peralta 2000). Las principales armas en el combate estaban constituidas por las dagas de doble filo y los puñales cortos afalcatados, si tenemos en cuenta las referencias de los historiadores romanos. Las monedas relativas a la conquista del Noroeste representan dagas cortas biglobulares, junto a la falcata, pero los hallazgos arqueológicos son masivamente representados por los cuchillos cortos afalcatados, un tipo de arma, que puede contraponerse al cuchillo recto de antenas característico del área galaica, y cuya distribución geográfica muestra claramente las diferencias materiales y territoriales entre astures y galaicos.



Figura 51. Armas tradicionales astures representadas en una moneda romana (Foto Terrae Antiquae).

Finalmente es necesario citar las hachas dobles o *bipenne* que aparecen también representadas en las monedas de Carisio, y pese a que carecemos de hallazgos materiales que prueben su uso entre los astures, su presencia en la iconografía y los textos romanos, referidos a la conquista de Cantabria (Peralta 2000, 195), quizás pueden trasladarse al ámbito astur, al igual que algunos ejemplos excepcionales de cascos.

La cercanía de la romanización y la revolución comercial que se desarrolla en los momentos previos a la conquista romana de *Asturia*, acelera de forma radical los procesos de militarización de una sociedad de por sí guerrera. Se eleva la altura de las fortificaciones de algunos castros como Crestelos (Sastre 2013), se añaden nuevos fosos, y posiblemente se adaptasen nuevos elementos materiales o tácticos en las dinámicas de lucha tribal, si tenemos en cuenta que cuando se produce el choque militar con Roma, los astures llevan casi un siglo conociendo a su enemigo, su superioridad táctica y su espléndida capacidad

logística en el campo de batalla. El mundo astur solo puede ofrecer tres tipos de respuesta a la penetración romana.

La resistencia a ultranza en sus principales ciudades como lugares simbólicos del poder del grupo que no pueden abandonarse en manos de un invasor, unas tácticas a campo abierto basadas en la sorpresa, y una política de resistencia territorial de baja intensidad definida por la lucha de guerrillas. De unas campañas militares previas a la lucha con Roma, centradas en el robo, el pillaje, pero también la lucha individual como medio de exaltación del honor personal dentro del grupo (González Ruibal 2006/07, 110), la cercanía de la frontera romana tuvo que suponer un cierto cambio en la mentalidad guerrera astur, conducida por primera vez a desarrollar una guerra de supervivencia. La base previa a ese cambio es un modelo de lucha tribal, dentro de una sociedad guerrera donde el principal símbolo material lo constituyen la tenencia de armas, y donde la monumentalización de sus centros de poder, no se da en edificios públicos, a diferencia de las sociedades mediterráneas, sino precisamente en un símbolo también militar como son las murallas y los fosos del poblado. La exaltación del sentido guerrero de la sociedad castreña se observa en la divinización e idealización de las élites

mediante la construcción de estatuas de guerreros de piedra que se localizan en el Sur de la *Gallaecia*, dentro de una problemática adscripción cronológica de muchas de esas estatuas (Almagro y Lorrio 1989, 418; González García 2016).



Figura 52. Fragmento de umbo de caetra hallado en las laderas del castro de la Garba por Enrique Burguet Fuentes.

La posible importancia social de la heroización del guerrero a través de sus hazañas bélicas, tuvo un impacto directo sobre la mitología astur donde cristianizados bajo nombres como Santiago o Pelayo, perviven numerosos mitos de héroes guerreros, encargados de la protección del pueblo, bien contra seres mitológicos, o bien contra invasores (Fernande 2012). El tránsito del joven al grupo de guerreros seguramente llevaba consigo un tipo de iniciación, a modo de rito de paso, por el cual no solo podría destacar entre los miembros del grupo, sino también entrar a formar parte de esa aristocracia tribal por meritos de guerra y de obtención de riquezas. Diodoro (V, 34, 6), cita una costumbre entre los jóvenes de Iberia, que parece encajar en ese rito de paso donde el joven abandonaba el grupo familiar para formar parte de un grupo guerrero al servicio de la tribu:



Figura 53. Lucha tradicional astur leonesa representada en un canecillo del monasterio románico de San Miguel de Escalada (León).

"Existe una costumbre muy típica entre los iberos, y en especial entre los lusitanos, que consiste en que cuando los jóvenes alcanzan el esplendor de su fuerza física, aquellos de entre ellos más pobres en bienes terrenales pero destacados por su vigor corporal y osadía, se reúnen, pertrechados exclusivamente con su valor y sus armas, en las zonas más seguras de los montes, donde forman bandas de un tamaño considerable y recorren Iberia acumulando riquezas mediante el pillaje". Estos grupos de jóvenes guerreros pueden emparentarse con las cofradías de guerreros profesionales, otro ámbito del mundo guerrero tribal prerromano, y que tiene su analogía en las *männerbund* germánicas o las *fianna* de Irlanda.

Existen paralelos en el mundo hispánico de estas cofradías en lo arqueológico (Peralta 1990; González García 2007, 46), pero cuyas huellas han perdurado en lo etnográfico. Así la estructura de algunos de las mascaradas de invierno que representan la protección de los campos y el final del frío, sobre todo en Cantabria, siguen un esquema social asociado a los jóvenes armados del pueblo, quienes estarían encargados de combatir la oscuridad del invierno.

Para muchos autores el sincretismo animal en estos ritos es fundamental, y la figura de la bestia salvaje adquiere una importancia simbólica emparentada a través de sus virtudes con la hazaña del guerrero. Un ejemplo significativo de ese simbolismo lo encontramos en la figura del lobo, utilizada por esas cofradías germánicas (Peralta 1990), pero también por parte de la mitología guerrera ibérica (González y Chapa 1993). Su importancia en el Noroeste viene determinada por las analogías y pervivencias antropológicas del viejo mito ibérico representado en el vaso de Alcudia (Elche). En ese recipiente cerámico aparece un joven que cuchillo en mano, agarra por la lengua a un lobo, dejando de lado su lanza, en una muestra de lucha cuerpo a cuerpo con el animal. Esta muestra de valor mitológica, tiene su paralelo en el folklore de las montañas asturianas donde se suceden las leyendas de mozos que matan a la bestia, representada a veces por lobos, pero también por osos, agarrándolos por la lengua y que regresan al pueblo con el trofeo animal lo que les convierte en héroes locales: "*Contaben quín home de Llaiñes matara una lloba que se y fuera a é, y l'home que la garrara pelu llingua y la metiera nun pozo d'agua y la alfogara. Después baxó al pueblu con ella al llombu y voólu una muyer que preguntó-y: ¿que traes ehí? y contesto-y él: traigo la muerte*" (Álvarez Peña 2005, 143).

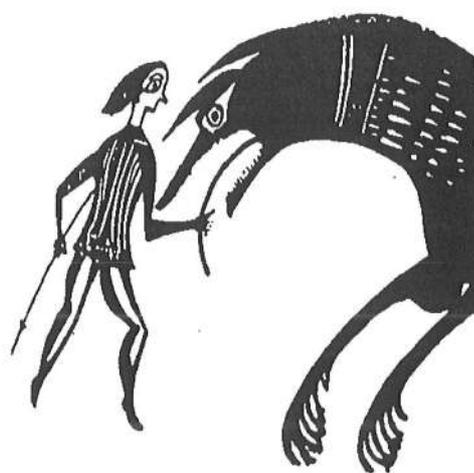


Figura 54. Representación de la caza del lobo agarrando su lengua en un recipiente cerámico ibérico de la Alcudia (González y Chapa 1993, 173), mito aún presente en el folklore asturiano.



Figura 55. Secuencia excepcional en el ámbito astur de grabados de la Edad del Hierro en el castro Colorao de Cuevas (Astorga) (Royo y Campos 2017). Nuestra reinterpretación de los mismos observa una figura de guerrero principal (1), sobre otra yacente (2), que da paso en un nivel inferior a un grupo de figuras guerreras y masculinas (3), y otro de figuras desarmadas posiblemente femeninas. Esta muy posible

representación de un duelo o sacrificio, mantiene un orden jerárquico de los personajes, todo ello dentro de la mitificación que supone representar en piedra el resultado final de esa historia heroica.

5. Religión y mentalidad.

5.1. La religiosidad astur y su panteón.

Son muchos los problemas a la hora de abordar un estudio tan complejo como el de la religión y las creencias astures. La escasez de fuentes arqueológicas en comparación con otros ámbitos culturales de la Península como el celtibérico, a la que se suma la parquedad de los datos literarios, y la diversidad de los testimonios epigráficos, dejan poco margen al investigador para tratar el mundo sagrado astur. Podría ayudar en parte el contexto cultural céltico europeo en el que se incluye a los pueblos del Norte Peninsular antes de la llegada de Roma, pero la extrema diversidad de costumbres, creencias y ritos dentro del propio mundo céltico, no nos permite aventurarnos demasiado en comparaciones con modelos religiosos vecinos.

Las fuentes arqueológicas son de las más escasas, teniendo en cuenta la escasez y parcialidad de las excavaciones en poblados astures, así como la nula tendencia entre los astures a la representación de lo sagrado, más allá de casos excepcionales como la diadema de Moñes (García Vuelta 2017). Por otra parte la epigrafía constituye un documento romanizado, y aunque se plasma en el deidades astures prerromanas, su adscripción social limitada como forma de representación, la mayor parte de las veces relativa a dedicatorias funerarias, no nos permite utilizarla para generalizar los modelos y deidades de culto en el territorio astur, mientras que la falta de representaciones artísticas del fenómeno religioso, una de las características del mundo cultural astur, nos deja sin una base fundamental para su estudio. Finalmente muchos de los ritos conocidos, como la importancia de la comensalidad, las iniciaciones guerreras, o

incluso las ejecuciones, entrarían más bien en el ámbito de lo social, ajenos a una ritualidad estrictamente religiosa.

Pese a que las referencias epigráficas religiosas astures son todas de época romana se advierte desde el primer momento un gran número de divinidades respecto a otras zonas de la Península, así como una flexibilidad social a la hora de añadir otras nuevas dentro del panteón, producto de su introducción en la esfera religiosa de origen puramente romano.

Tal como nos relata Estrabón entre las deidades astures destacaba un dios innominado con la misma significación guerrera que el Ares griego. Pastor Muñoz (1981, 19) asume por la cantidad de estelas astures dedicadas a Cossus, que este es el Ares al que se refiere Estrabón. Referencias romanizadas de dioses de gran importancia en el panteón romano como Júpiter o Marte, aparecen también con nombres indígenas caso de Candamius, Candiedo, Ladicus (Júpiter), o Tilenus y Gradivus (Marte) (Olivares 2000).

Pero es a partir de ese dios principal, donde se abriría un potente elenco de dioses locales como *Aernus*, dios de la zona Zoela que aparece en el castro de Avelhas (Braganza), *Aegiamuniaegus* (Viana del Bollo, Orense), *Camenius*, *Coleiegus*, *Caulecus*, *Cavodonnaegus* (Bierzo, León), *Evedutonium* *Barciaecus* (Naraval, Asturias), *Nimmedus* *Seddiagus* (Ujo, Asturias) o Mandica (Ponferrada, León) (Olivares 2002).

Otros dioses de la epigrafía astur tendrían una especial vinculación a la orografía como las montañas en el caso de *Caraedudius*, o los ríos, siempre de carácter femenino y con una gran similitud a la diosa romana protectora Fortuna, caso de *Nabiae*, *Deganta* (Bierzo, León), *Bandua* (Braganza, Portugal), *Navia* (Puebla de Tribes, Orense) o *Reveana Baraecus* (Rubiás, Orense). Existían también dioses protectores de los ganados como *Dulovius Tabaliaenus* (Villaviciosa, Asturias), y dioses con una vinculación guerrera como *Bodus*,

Cossuenidoiedius, *Cossuesegidiaecus* (Bierzo, León), *Cosiovus Ascannus* (Villablino, León), y *Vacocaburius* (Astorga), así como de los caminos como *Mentoviacus* (Zamora), cuya importancia queda reforzada con la masiva presencia posterior en el Noroeste de lápidas votivas a los Lares viales en honor a los espíritus de los caminos, respecto al resto de la Península Ibérica (Blázquez 1970, Muñoz 1981, Mangas 2015 y Olivares 2000 y 2002).

5.2. Ritualidad.

5.2.1. Ritos de paso.

En todos los grupos humanos el paso a un determinado estadio social, bien por la edad, o bien por el cumplimiento de determinados méritos, está representado por un ciclo ritual, que se daba también entre los grupos protohistóricos de la Península Ibérica.

El primero de ellos debió de constituir la aceptación del individuo dentro del grupo a partir de su nacimiento. Hasta ahora se había apostado tradicionalmente por interpretar los restos de neonatos y fetos enterrados dentro de las cabañas, caso de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001), o el Posadero (Misiego *et alii* 2013), en el ámbito astur, al igual que aparece en toda la Prehistoria Ibérica, como un símbolo de la no aceptación del niño dentro del grupo, por la edad prematura de su muerte. En la actualidad creemos que el enfoque debe ser más complejo, si tenemos en cuenta que los restos de este tipo de enterramientos hallados son muy escasos respecto al alto índice de mortalidad prematura que debió existir en las sociedades protohistóricas. En nuestra opinión debemos interpretar esos restos como algo excepcional, y no como una norma ritual, y que pueden entenderse desde una superstición concreta, como el haber muerto en fechas determinadas, dentro

de la complejidad mental de estas sociedades. Su ubicación cerca del hogar de la vivienda, caso de la Corona / El Posadero (Misiego *et alii* 2013, 225) supone de por sí una aceptación dentro del núcleo familiar, y los parecidos con los depósitos fundacionales en forma de corderos sacrificados, y enterrados también dentro de las viviendas del mismo poblado, quizás nos están indicando una muerte provocada de esos neonatos, lo que podría explicar también la excepcionalidad de las inhumaciones infantiles en cuanto a su escaso número.

5.2.2. Ritos fundacionales.

En casi todas las culturas europeas de la Edad del Hierro, la fundación de un poblado conllevaba una serie de ritos de protección en lo que sería después el acceso al mismo o sus límites defensivos, como los fosos, puertas, o murallas (Alfayé 2007). La duda en este sentido es, si aparte de pertenecer a posibles ritos fundacionales en los poblados del Norte Peninsular, algunos de los restos humanos o animales que se hallan en los límites del poblado puedan corresponder más bien a la creación de un elemento/símbolo protector permanente, o incluso a una ofrenda temporal por unas circunstancias adversas, o incluso festivas del grupo, más que a un rito fundacional en los orígenes del hábitat. La ubicación del cráneo de mujer del Chao Samartín (Villa y Cabo 2003), junto a los accesos al poblado nos lleva a pensar más en esa construcción artificial de un símbolo protector, más que en un rito fundacional, cuyos restos deberían hallarse bajo la línea de muralla, o como ocurre en los castros del Atlántico Europeo, en los fosos. En el caso de la mandíbula de mujer hallada en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), ésta apareció sin un contexto arqueológico muy definido, en la zona de hábitat cerca de la muralla, lo que no nos permite hablar con claridad de rito fundacional.

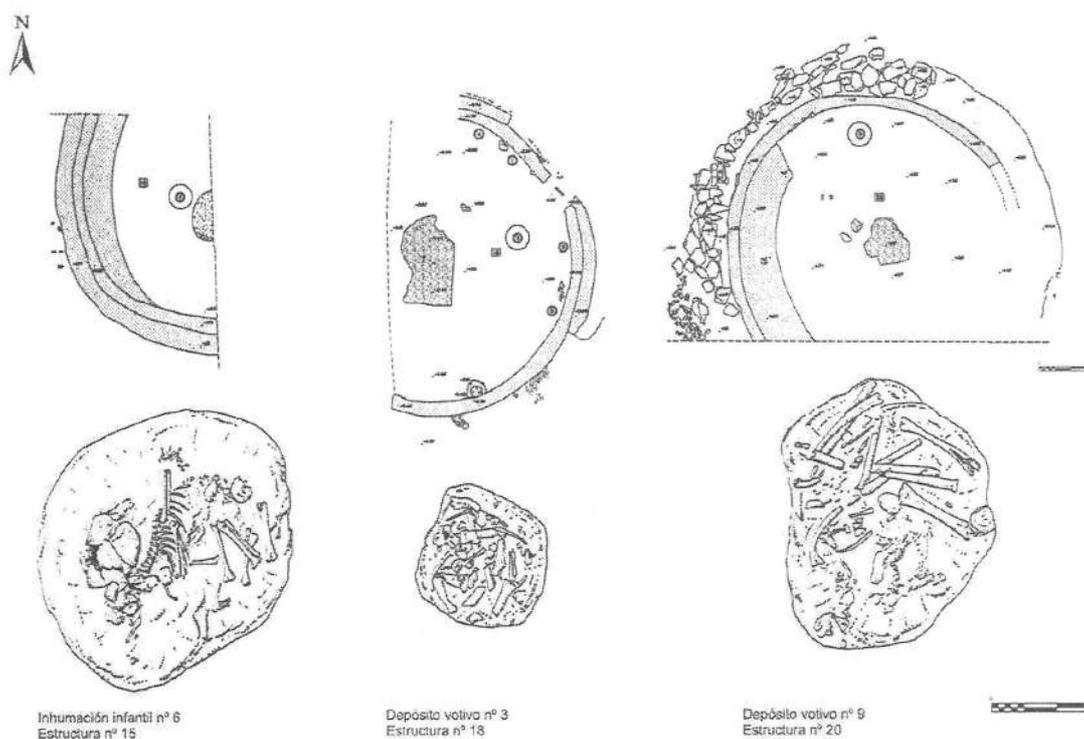


Figura 56. Enterramientos de neonatos y depósitos votivos en cabañas de la Primera Edad del Hierro en el poblado de la Corona / el Pesadero (Benavente, Zamora) (Misiego *et alii* 2013, 225).

La existencia de símbolos protectores a la entrada del poblado es más clara en algunos castros galaicos, donde las estatuas de piedra de guerreros, o las cabezas talladas en piedra, se concentraban en las murallas y la puerta de acceso a la zona de hábitat (Alfayé 2007).

Por otra parte, estos ritos fundacionales no deben de ser exclusivamente cruentos, y quizás podríamos incluir entre ellos la creación de depósitos con ofrendas en la fortificación de entrada a los castros del Noroeste. En el caso del castro de Álava en Salas o Larón, ambos en Asturias, se han encontrado depósitos de hachas de bronce a la entrada del poblado (Maya y Blas 1983), mientras que en los castros gallegos, la

mayor parte de hallazgos de torques se sitúan también en el exterior de los castros, muy cerca de la entrada o la muralla (Llinares 2016).

Lo que si es indudable gracias a los hallazgos del Posadero (Misiego *et alii* 2013), es la existencia también de ritos fundacionales en algunas de las cabañas mediante el sacrificio de corderos recién nacidos. Hasta 15 cabañas tienen un pequeño enterramiento de unos 30 cm de profundidad con restos de corderos, cuya ubicación no parece buscar una cercanía a ninguna estructura concreta de la cabaña y suelen ocupar un sector intermedio, entre las paredes y el hogar central. Esta práctica ritual esta muy en conexión con las culturas de la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero, y desconocemos hasta que punto pudo estar generalizada en el resto del territorio astur, teniendo en cuenta que el yacimiento de la Corona viene a ser un lugar periférico dentro de la antigua *Asturia*.

5.2.3. Sacrificios humanos.

El historiador romano Plinio en el 97 a.C., siguiendo la tradición helenística a la hora de describir la *ferocia céltica* (Marco 1999), nos detalla la

existencia de sacrificios humanos y canibalismo en la Europa no romanizada (Plin. *Nat. Id.*, 30, 30). Estrabón concreta la existencia de sacrificios de prisioneros de guerra entre los pueblos del Norte Peninsular: "*Los montañeses sacrifican machos cabríos a Ares y también cautivos y caballos; suelen hacer hecatombes de cada especie de víctima al uso griego, y por decirlo al modo de Píndaro: inmolan todo un centenar*" (Strab. III, 3, 7).

Las evidencias arqueológicas, pese a pertenecer a diferentes áreas culturales en la Edad del Hierro, y todas ellas en Asturias, podrían mostrar la posible presencia de estos sacrificios en el Noroeste Ibérico. En los tres casos conocidos, la sima de Fuentenegro (Llanes) (Barroso *et alii* 2007), la mandíbula de la Campa Torres (Gijón) (Maya y Cuesta 2001) y el cráneo parcialmente conservado del Chao Samartín (Grandas de Salime) (Villa y Cabo 2003), nos hallamos ante restos de mujeres jóvenes, que pese a la falta de huellas de sacrificio, hemos de entender al menos como restos de enterramientos especiales, si nos planteamos que la incineración es la forma de enterramiento mayoritaria entre los astures de la Edad del Hierro. Algunos aspectos extraordinarios que acompañan a esos restos como la cista de piedra en la que se hallaba el cráneo del Chao, o los materiales que acompañaban a la mujer de Fuentenegro, aumentan ese carácter especial y simbólico de esas inhumaciones.

5.2.4. Ritos funerarios.

Las formas de enterramiento, o más bien la casi nula presencia de enterramientos detectados entre los astures, al igual que en el resto de pueblos "castreños" del Noroeste se configura como uno de nuestros grandes debates arqueológicos.

Partimos de una base clara, los astures se incineran al igual que el resto de los pueblos Ibéricos de la Edad del Hierro, lo que explica la falta de referencias especiales al respecto en las fuentes grecolatinas. Las diferencias estructurales entre las ricas necrópolis ibéricas y celtibéricas, respecto a unas casi desconocidas necrópolis del Noroeste, son la base principal del debate, en el que también juegan un papel importante las carencias de investigaciones concretas en el entorno exterior de los castros, donde con toda seguridad se hallan sus cementerios, al igual que en el resto de la Europa céltica. Es decir, la totalidad de las investigaciones castreñas, salvo algunos casos excepcionales relativos a obras de infraestructuras y arqueología de emergencia, se han centrado en el interior de los poblados, con lo que la posibilidad de hallar esos cementerios exteriores se reduce al mínimo.

Si además tenemos en cuenta la potente capa vegetal de la mayor parte del Noroeste Ibérico, que impide las prospecciones de superficie, o la falta de seguimientos intensivos de grandes obras de infraestructuras actuales en Asturias, es comprensible la falta de datos para un debate de sobra superado en otros ámbitos culturales. En el caso de Asturias, el impacto de esa ausencia de seguimientos intensivos de obras ha convertido a esta región en la única de Europa occidental donde no se encuentran ni campos de silos protohistóricos, ni siquiera despoblados medievales, lo que refuerza más aún nuestra opinión de que la falta de hallazgos de necrópolis astures parten de las deficiencias de la investigación.

Existen en el Noroeste diversos hallazgos relativos a la Edad del Hierro donde claramente estamos ante evidencias funerarias. En Cameixa (Orense) se ha encontrado lo que a todas luces parece una urna cineraria en el interior de una fosa a 1 metro de profundidad (Parcero 1997).



Figura 57. Fachizas de Burbia en el Bierzo (Foto Santiago Castelao), donde los maderos ardiendo recorren los campos antes de la primavera siguiendo un rito tradicional para proteger las futuras cosechas.

En los campos de fosas de Meirás, San Millán de Xironda o Lago, dentro del ámbito galaico, deben ser puestos en relación con auténticas necrópolis (González Ruibal 2006), todavía escasas en el número de hallazgos. Para la época romana en cambio, conocemos necrópolis más claras en su registro funerario, situadas en el entorno inmediato de ciudades como Braga, Lugo y Astorga (Vilaseco 1999), que definen más aún la incineración como la forma ritual por excelencia, antes y durante buena parte de la época romana en nuestra zona en estudio, salvo algunos casos excepcionales.

Existen también noticias de hallazgos, posiblemente de carácter funerario, en el interior de las viviendas, normalmente compuestos de una pequeña cista de lajas en cuyo interior habría

cenizas producto de la incineración, caso de Coaña (García y Bellido 1942a), aunque éstos siempre han sido un poco difusos y excepcionales en cuanto al número de emplazamientos donde se detectan, caso del castro de Meirás en la Coruña. En este yacimiento se describe la presencia de una necrópolis urbana con restos humanos y cerámica fragmentada, en el interior de pequeños hoyos excavados en la roca (García y Bellido 2002). En cuanto a las necrópolis exteriores, esta claro que carecen de la monumentalidad de las necrópolis marcadas con estelas del valle del Duero, y de su riqueza material, pero lo que es evidente por encima de cualquier otro factor es que no se han buscado, apostando al igual que otros autores como Vilaseco (1999), por la necesidad de unas excavaciones destinadas en exclusiva a su búsqueda partiendo de una definición de factores de localización en el entorno de un castro determinado, como son sobre todo los caminos de acceso al poblado, en cuyas inmediaciones se situaría su cementerio.

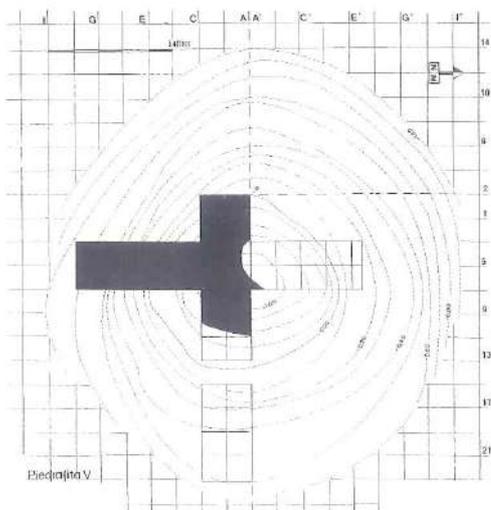


Figura 58. Planta del túmulo Piedrafita V (Blas Cortina 2006, 49). En este yacimiento se observa primero un anillo pétreo de bloques de mediano tamaño, en cuyo interior, se guardaba una potentísima capa de cenizas de 0,60 m. producto de una incineración. Sobre esta capa se erigía un túmulo de un metro y 40 cm. de altura, formado por tierra y algunas piedras pequeñas. La fecha proporcionada por el carbono 14 se corresponde con el Bronce Final, mientras que los análisis de polen confirman la cercanía entre el túmulo y actividades agrícolas intensivas en su entorno.

Apunta este mismo autor otro aspecto muy significativo apenas tratado por la historiografía céltica Peninsular, como es el posible uso continuado de muchas necrópolis tumulares, en base a hallazgos del ámbito galaico, que podemos trasladar completamente al caso astur. Al igual que en Galicia algunas de las necrópolis tumulares como las ubicadas en Argul o Tineo (Álvarez y Fanjul 2012), han sido el lugar del hallazgo de torques de la Edad del Hierro, mientras que existe un modelo claro de tumulo epimegalítico que aporta ya de forma clara cronologías del Bronce Final y la Edad del Hierro. Es el caso del grupo de túmulos no

megalíticos, en cuanto a que carecen de estructura interior, y son de un tamaño muy inferior al grupo de túmulos iniciales del Neolítico, también sin estructura pero que alcanzan más de 20 m. de longitud.

Es un grupo de difícil adscripción donde sus reducidas dimensiones en diámetro, con un máximo de 15 metros, y su escasa altura, siempre debajo el metro y medio, marcan unas pautas tardías dentro del fenómeno, más en consonancia con el mundo de las cistas de la Edad del Bronce. Uno de los pocos ejemplos excavados de este tipo de túmulo es Piedrafita V, excavado en Las Regueras en 1980 por Blas Cortina (2006). La excepcionalidad de estos hallazgos en túmulos, así como su monumentalidad, respecto a unas necrópolis castreñas que asumimos muy poco destacables en el paisaje nos llevan a plantear que más bien estamos ante casos muy particulares, o más bien ante un culto a los antepasados, en el caso de algunos de los depósitos de orfebrería hallados en el interior de necrópolis megalíticas, más que en una práctica funeraria generalizada. En otros casos como el de los castros astures más próximos a los principales afluentes del Duero y sus llanuras contiguas, habríamos de plantearnos hasta que punto algunos de los cenizales, interpretados hasta ahora como basureros, son realmente lugares de depósito de residuos quemados y cenizas, y no necrópolis sin apenas ajuares.

De la misma forma, algunos autores plantearon la posibilidad de que la falta de necrópolis en el Noroeste tuviera relación con el desechar las cenizas de los muertos en los ríos (Jordá 1984). En todo caso, e independientemente de su evidente menor riqueza estructural y material, en nuestra opinión es la falta de excavaciones exteriores en los poblados a la que nos referíamos anteriormente, la principal causa de la falta de hallazgos de necrópolis astures.

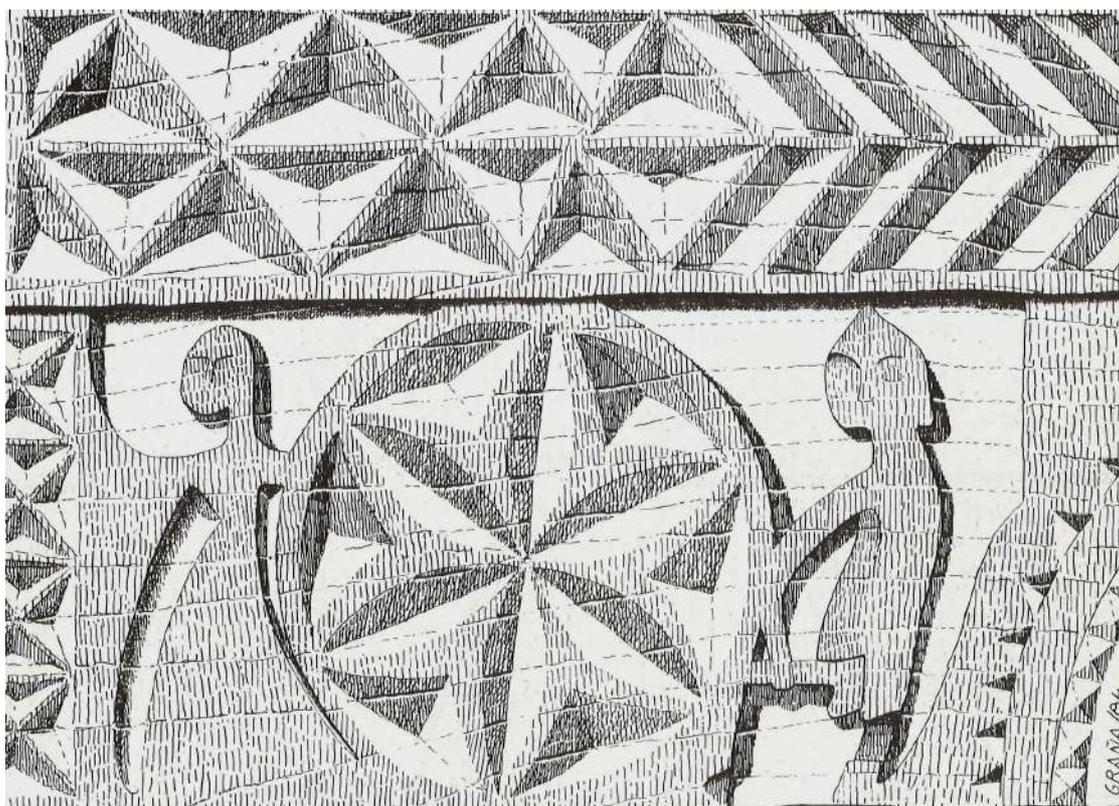


Figura 58. Decoración con símbolos referentes a la fertilidad en un hórreo asturiano del siglo XVI (Graña y López 1987, 288).

5.2.5. Ritos de fertilidad.

Otros ritos de los que tenemos noticias por las pervivencias etnográficas están relacionados con la fertilidad. Algunas de las mascaradas de invierno astures conllevan elementos propios de la fertilidad en el campo, al igual que ocurre en otras festividades cristianizadas a lo largo del año (Tiza 2012), pero en paralelo encontramos ritos menores, utilizando el simbolismo de determinados elementos agrícolas como el hórreo, o materiales de piedra como el Moyón de la Corralá en Aller (Asturias). En este caso los ritos eran realizados por mujeres que se frotaban contra el Moyón, cuya forma de menhir de un metro y medio de alto, propiciaba el embarazo según las creencias locales (Blas y Rodríguez 1976).

Estas tradiciones apenas tienen paralelos en la cultura material obtenida en los castros, y si bien están más generalizados los hallazgos de grandes faliformes de piedra por la región, tan solo podemos concretar la cronología prerromana de uno de ellos, el de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001), de muy pequeñas dimensiones respecto a las piezas romanas. La fuerte presencia de ritos de este tipo asociados también a determinadas fuentes, ha dejado su impronta incluso en el arte de los hórreos de tradición románica, también llamados de estilo Villaviciosa (Graña y López 1987). En la Asturias tradicional, y más concretamente en el Alto Nalón, existían creencias para propiciar la fertilidad de las vacas y hacer que pariesen hembras, dándolas de comer castañas "senaliegas", o el fruto único que desprende el erizo de algunas castañas (Cuadernos inéditos de campo de A. Álvarez Peña).

5.3. Los santuarios astures.

La presencia de recintos internos de evidente uso social-religioso está constatado en unos cuantos castros del Noroeste, que pese a pertenecer a un ámbito cultural Galaico, donde el urbanismo aparece de forma más desarrollada sin los lapsus de poblamiento fortificado astur, nos permiten hablar de forma clara de santuarios.

El edificio construido en la intersección de las vías urbanas de Sanfins, con restos de aras y de esculturas de guerreros, el recinto que rodea las piletas excavadas en la roca en el castro de Veiga (Orense), con estructuras similares en el castro de Coto de Amoreira y Novás (La Coruña), son algunos ejemplos de que existen dentro de los poblados fortificados estructuras de uso religioso, donde en los últimos casos citados, plataformas rocosas naturales servirían de base para la celebración del ritual (Linares García 2016). En este contexto se situarían las numerosas piletas documentadas en ámbitos no solo galaicos sino del Noreste de Portugal y de las culturas del Duero Occidental como los vettones. Se trata de plataformas, con escalones y algunos agujeros de poste excavados en la roca, que conducen hacia un grupo de piletas en el espacio superior de la estructura. Sabemos por las inscripciones de Pía de Mougás y Mogueira (Orense), que están en uso en época romana, mientras que los del territorio vacceo demuestran su origen antes de la invasión (Álvarez Sanchís 1999).

En el caso concreto de los castros astures excavados hasta el momento no podemos concretar estructuras que claramente hayan servido como espacios rituales, si bien no dudamos de que hayan existido, teniendo en cuenta su presencia en el entorno, así como la similitud de ritos y creencias con los pueblos vecinos.

Un caso dudoso, pero señalado como posible espacio ritual lo constituye la vivienda más

extensa excavada hasta el momento en el barrio bajo de la Corona del Castro de la Ercina (Muñoz *et alii* 2015). Sus investigadores proponen un uso social/ritual de este espacio en base a las grandes dimensiones de la cabaña, la diferente y curiosa coloración conseguida a través de la combinación de bloques de piedra de diferentes colores en sus muros, así como a partir de objetos de especial valor como la reja de arado hallada en su interior.

Otros elementos rituales discutibles desde nuestro punto de vista, pero muy significativos en cuanto a los hallazgos materiales que los rodean, son las estructuras en altura construidas en adobe en el yacimiento del Posadero (Zamora) (Misiengo *et alii* 2013).

Sus descubridores, en base a las claras diferencias estructurales de estas construcciones radiales con las viviendas y talleres, plantean un uso cultural de las mismas, siendo definidas como altares.

Todos ellos miden una media de 240-280 cm de largo, presentando una tipología casi idéntica, anexa a las viviendas y en algún caso concreto con una pequeña estancia adosada. En nuestra opinión los altares del Posadero deberían interpretarse como bases de celeiros/hórreos construidos en adobe, pues las denominadas ofrendas, constituidas por restos de fauna y cerámica no son significativas ni en número ni en orden de deposición, quedando la mayoría de estas estructuras sin ofrenda alguna. Solo hay un caso especial, el número 10, donde anexo a estas construcciones circulares aparece una pequeña estancia cuadrangular donde se encuentra un asta de ciervo. La escasez de los restos de ofrenda, su posible deposición secundaria en una fase del poblado donde los desechos cubren las zonas de paso y los huecos de estructuras sin uso, nos llevan a dudar de su carácter religioso.

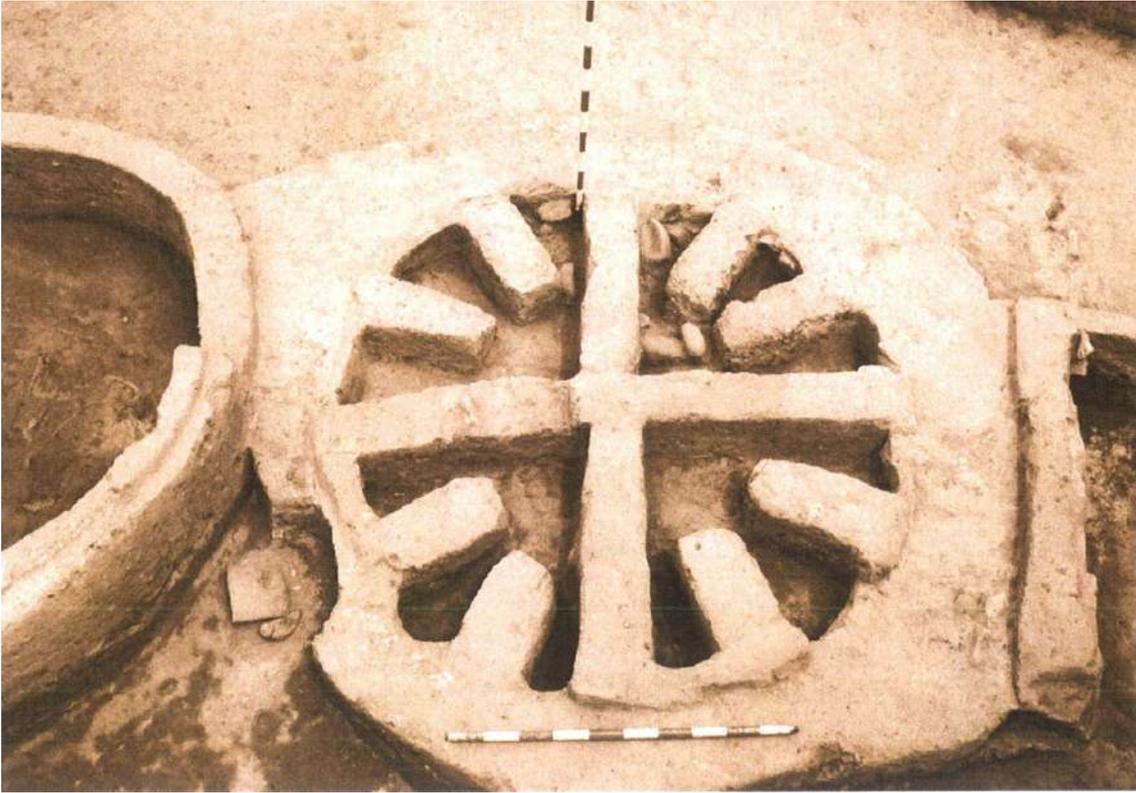


Figura 59. Posible estructura cultural de la Primera Edad del Hierro en el yacimiento de la Corona el Posadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013, 220).

Figura 60. Vista del posible santuario astur-romano del Collau (Riosa, Asturias). Sus escasas dimensiones ya advierten que no se trata de un castro.



¿Existen los grandes santuarios astures? cuando hablamos de grandes santuarios nos referimos a emplazamientos, que pudiendo estar fortificados como limitación del espacio religioso más que como una función defensiva, tenían una función estrictamente ritual. Ya desde la Edad del Bronce el carácter simbólico en zonas muy altas de algunos recintos fortificados del Noroeste, ha llevado a plantear esta función estrictamente religiosa de algunos castros. En el caso astur, y a la espera de conocer más datos de los castros extrañamente ubicados en zonas de gran altura, estudiados recientemente en la sierra de la Culebra o en la Cabrera, podemos determinar al menos un caso extraño, posiblemente vinculado, al igual que el castro de Monte do Facho en Galicia (Koch 2005; Suárez Otero 2015), a un castro-santuario de época romana, que al igual que en su paralelo gallego, concentra varias lápidas aunque con un sentido recordatorio/funerario y no estrictamente votivo. Se trata del castro del castro del Picu Castiello del Collao en Riosa (Asturias) (Fanjul y Menéndez 2004), un espléndido observatorio de muy pequeñas dimensiones, unos 40 x 40 m., y que domina a todo el valle de Riosa desde su posición privilegiada en las laderas del Monte Aramo. Interpretado por nosotros y el resto de investigadores hasta ahora como un castro más, sus ínfimas dimensiones podrían hacernos asumir que se trataba más bien de una torre, pero todo el entorno, modificado por una vivienda muestra claramente una base rocosa sin los típicos derrumbes en masa que cubren las antiguas torres asturianas. Por otro lado no se halla vinculado a vía de comunicación alguna, destacando en la ubicación ese simbolismo que adquiere su visibilidad desde todos los puntos del valle, y su espectacular ubicación de espaldas a las paredes del Aramo. Las lápidas aparecidas en su superficie mientras se construía la vivienda que

ocupa la mitad del recinto circular (Fanjul y Menéndez 2004, 106), son una prueba de la dificultad de interpretar este yacimiento como poblado.

El otro gran santuario también al menos desde época romana pero con una indudable vinculación simbólica a lugares de culto religioso previo es Santa María de Lugás en Villaviciosa (Asturias). En el corazón del territorio de los antiguos *luggones*, como todavía indica el topónimo de Lugás, se alza una colina amesetada de unos 150 metros de largo en cuyo centro se construyó una importante iglesia románica. Esta colina y su iglesia constituyeron el principal epicentro religioso de Asturias, hasta que la devoción y el impulso de las peregrinaciones a Covadonga, traslada allí el primer lugar de culto en la región. Bajo los restos de la iglesia románica se han hallado desde el siglo XVIII diversas lápidas romanas, de carácter funerario, y los ritos arcaicos descritos en el lugar, como el dar vueltas en torno a la iglesia junto al ganado de cada familia, refuerzan su posible papel de santuario precristiano.

Otros elementos menores los encontramos en los bloques decorados con entrelazos que aparecen en Llagú y en diferentes posibles castros del valle de Piloña, todos en Asturias, y que podrían indicar la existencia de un lugar sagrado. El evidente paralelismo con otras estelas similares del ámbito Galaico-Bracarense (González Ruibal 2006, 539), induce a pensar en ese carácter religioso, si bien la pieza de Llagú no aparece en relación a elementos de tipo ritual o santuario definidos (Berrocal *et alii* 2002). En el caso del yacimiento de Argandenes (Piloña, Asturias) hay que poner en duda su adscripción castreña, pero pese a las dudas cronológicas o funcionales, el emplazamiento y la calidad artística de las piezas parecen indicar la existencia de un posible santuario o monumento cuyo uso de momento desconocemos (Benavente y Álvarez Peña 2009).



Figura 61. Bloque de piedra decorado de Argandenes (Piloña, Asturias) (Paredes *et alii* 2014, 32).

En todo caso los elementos naturales juegan un papel fundamental en la identificación de emplazamientos a modo de santuarios, sobre todo en aquellos donde haya pervivido no solo una mitología, sino incluso restos de cristianización posterior en forma de capillas e iglesias. En esa misma tradición suntuaria podríamos incluir incluso algunos espacios sagrados rupestres, en cuyas representaciones artísticas se observan elementos peculiares, ajenos a las típicas representaciones de la Edad del Bronce, y perfectamente encuadrables en la Edad del Hierro, como las ruedas (González Ruibal 2006, 550), con analogías en el ámbito astur en el dolmen del Español en Langreo. Otro tanto puede decirse de muchos de los depósitos de materiales metálicos aparecidos en las cercanías de fuentes y ríos, cuyo sentido cultural parece indudable (Marín 2011), y nos conduce a plantear una diversidad de situaciones de culto dentro de una falta generalizada de estructuras monumentales

para la realización de ritos religiosos dentro del ámbito astur.

5.4. La religión astur a través de la mitología y el folklore.

5.4.1. Pervivencias precristianas en los mitos de la naturaleza.

La tradición oral astur-leonesa hace especial hincapié en la existencia de un gran mito femenino asociado al cielo, responsable de muchos de los fenómenos atmosféricos, y que algunos autores (Carrín 2008) correlacionan acertadamente con la *Brighite* de la mitología céltica Atlántica en base a sus paralelismos formales, y a la extraordinaria coincidencia en las fechas de celebración en el calendario vinculados al mito.

En este sentido en Asturias el arco iris se denomina el "*Arcu la Vieya*" y se dice que "*Cuando llueve y fai sol, canta la vieya en Peña Mayor*", dando nombre a innumerables montes como "*Monte o Picu la vieya*", y haciendo que los pastores de Piloña al ver las primeras nieves preguntasen al cielo: "*¿que traes vieya?*" (cuadernos inéditos de Álvarez Peña; Carrín 2008), mientras que la llegada de la niebla es

interpretada en algunas zonas como el humo que produce la vieya en alguna cueva cada vez que está cociendo el pan (Carrín 2008, 125). A veces este personaje se observa como las tres mujeres, definidas con el tiempo como "*bruxas*" en la tradición oral, y con unos paralelos Atlánticos si recordamos la figura de las tres madres galoromanas. En los romances leoneses todavía se las recuerda descendiendo del cielo y con un carácter sagrado:

*"...Vio venir una borrasca
y en la borrasca venían
tres hermosísimas damas,
una de verde venía
y las dos de azul estaban
buenos días zagaleja,
bienvenida Madre Santa".
(Berrueta 1971, 250).*

Ambas visiones del mismo fenómeno fueron ampliamente cristianizadas convirtiéndose en la Virgen María, no solo dentro de la mitología, sino mediante la construcción de capillas e iglesias en los lugares donde antiguamente se veneraba a la "vieya".

Otra de las características de estas viejas, aparte de su adscripción celeste a los cambios atmosféricos, y de poder aparecer en forma de triada femenina, es la particularidad de su vinculación con la rueca y el huso dentro de la mitología y la toponimia. Mediante el movimiento de la rueca la vieya va moviendo el calendario, a la vez que transporta grandes bloques de monumentos megalíticos sobre su cabeza, en otros casos altares, o piedras con una especial significación en el folklore local (Carrín 2008, 23). Se trata de un mito invernal, cuyo día culmen es el 1 y 2 de Febrero coincidiendo con Santa Brígida, cuando según la tradición oral Atlántica Europea, el día que hace en esa fecha

predice la extensión o el final del invierno, mientras que su extensa difusión geográfica (Rohlf 1979, 81), nos indica claramente estamos ante un mito prehistórico.

La importancia del mito de las tres matronas (o viejas) es tan influyente en el calendario céltico, que todavía hoy aparecen representadas en las festividades de invierno que anuncian en el Noroeste el final de esta estación: "*Los aguinaldos eran una costumbre que se practicaba durante las Navidades, normalmente en Año Nuevo o el día de Reyes...entre todos estos enmascarados había tres personajes femeninos marchando juntos en formación: la aguilandera, la cardona, y la cenicera*" (Carrín 2008, 39).



Figura 62. El invierno representado en el carnaval tradicional asturiano a través de la figura de la vieya.



Figura 63. Carochos de Riofrío de Aliste (Zamora) (Foto Diario de Valladolid, Ical).

"En la comarca de los Oteros, los mozos recorrían los pueblos en la mañana del 1 de Febrero pidiendo casa por casa una especie de aguinaldo; el jefe iba disfrazado de Brígida, esto es vestido como una mujer vieja con una rueca y un huso y haciendo como que hilaba...si el vecino requerido contribuía con algo la comitiva de mozos decía: que Santa Brígida te preñe los Varcillares (viñas)". (Bartolomé 2004, 5; Carrín 2008, 41).

La vertiente negativa de la atmósfera esta en cambio representado por un genio volador maléfico, el nuberu, también de avanzada edad, y que conduce las tormentas.

En el folklore astur-leonés, el ruido, el repicar de las campanas de la iglesia, los ramos de laurel bendecido en las puertas y tejados, son diversos métodos para alejarlo de los campos y que no arruine las cosechas. La importancia del ruido de campanas explica la presencia de los cencerros

en casi todos los carnavales de invierno europeos. Finalmente entre los mitos de la naturaleza hay que destacar la pervivencia en las montañas asturianas de invocaciones a la luna nueva en busca de beneficios en la salud, como parte indudable de unos cultos previos no muy conocidos, pero que han dejado un rastro impactante en la tradición oral astur como esta invocación en Villayón (Asturias):

"Dios te bendiga, llúa nova, que nun morda can nin culobra, nin me dola dente ni mola, nin m'entre ningún mal de Fora". (Castro y González 1984, 63-64; Suárez López 2016, 71).

Otros elementos muy importantes entre los mitos precristianos astures de la naturaleza son los relativos al agua, como las fuentes, pozos, y ríos, así como los árboles. En el caso de los mitos acuáticos están totalmente representados por las xanas, ninfas que pueden habitar también los bosques y las cuevas, pero cuyo elemento vital suele estar adscrito a las fuentes y ríos (Olivares 2002).

Aparecen representadas casi siempre en forma de mujer joven, a través de la cual se pueden obtener beneficios económicos y salud, pero también se puede caer en desgracia si no se las respeta.



Figura 64. Roble con exvotos y ofrendas en el Alto Navia (Lugo) (Fanjul 1999).

La vinculación a los mitos prerromanos es directa, con infinidad de lápidas romanas sobre todo en el área galaica con referencias a la diosa *Nabia*, que sigue dando nombre a diversos ríos asturianos como Naviego o Navia. (En algunos casos la tradición oral las representa como mujeres portando un niño, y que se aparecen a caballo, cuyas huellas explican en la mentalidad popular muchas de las insculturas y petroglifos del Noroeste.

Deva representa otro teónimo importante en la geografía astur, asociado además con el río del santuario de Covadonga y con amplios paralelos en la Divona de los ríos galos, quien concede la salud mediante el uso de sus aguas (Carrín 2008). Otro elemento importante lo constituyen los árboles con dos especies predilectas en su

asociación con los santuarios, el tejo y el roble. En el caso del tejo su ubicación permanente junto a casi todas las iglesias y capillas asturianas, así como las cualidades de su veneno, longevidad y resistencia al clima lo convierten en un símbolo precristiano, mientras que el roble representa en la Europa céltica el árbol sagrado por naturaleza, cuyas reminiscencias también aparecen en el folklore asturiano, especialmente en uso en el caso del roble albar (Suárez López 2016, 661):

*"Pasando con estos ramitos
de carbayo albar
la culebra va a reventar
y la vaca va a sanar"*

Un tema aparte e inacabable, por la cantidad de ejemplos, consistiría el culto a las piedras y montes cuya pervivencia bien como cultos cristianizados, o bien como parte de elementos todavía semi-paganos es permanente en casi toda la actual geografía astur. Estos cultos pétreos tienen variantes secundarias

dentro del curanderismo, donde las piedras, tienen un uso importantísimo a la hora de sanar distintos males, bien por provenir de piedras mayores supuestamente sagradas, o bien por sus características geológicas o morfológicas, como la piedra del rayo, producto de hachas pulimentadas protohistóricas o las piedras usadas para curar picaduras de serpientes.



Figura 65. En el siglo I d.C., Plinio el Viejo cita en su *historia Naturalis* unas piedras producidas por huevos de serpiente en la Galia y que son beneficiosas para curar sus picaduras. En Asturias hasta hace poco ha pervivido el uso ancestral de piedras como ésta, denominada aquí “Piedra la culiebra” (casa da Llomba en Illano – noticia de Álvarez Peña), para curar también las picaduras de serpiente demostrando la extensa tradición de algunos elementos precristianos entre la mentalidad y el curandersimo tradicional del Noroeste.

La importancia de los montes y determinadas piedras como santuarios en tiempos pasados, ha permitido su fosilización cultural en tiempos cristianos, con emplazamientos sagrados con una

devoción suficiente como para protagonizar procesiones masivas de peregrinos en determinados momentos al año. Un ejemplo destacable y que nos lleva a la importancia del mito solar, vinculado al antiguo Lug, cristianizado bajo la forma de Santiago Apóstol, lo constituye el Monsacro, monte a las afueras de Oviedo donde cada en torno a la festividad del apóstol, los romeros subían hasta la capilla medieval de su cumbre a recoger cardos que

les sirven de protección el resto del año. En las noches se encendían hogueras y al igual que los grandes muñecos de madera que los celtas galos quemaban llenos de prisioneros, en el Monsacro antiguamente se construía el Tararu, un gigante de madera que se quemaba adornado con oros elementos que ardían con facilidad (Musquera 2000, 52).



Figura 66. Roca cristianizada en el valle del Navia (Asturias).

5.4.2. Elementos precristianos en los ritos funerarios de la Asturia tradicional.

De forma generalizada la muerte es un fenómeno que afecta a la comunidad tradicional con mucha intensidad. Las viejas rencillas entre familias desaparecen por unos días, el pueblo se moviliza ante el suceso y comienzan a realizarse una serie de ritos específicos del momento, que en el caso del mundo rural en el norte de España, y en especial de la montaña astur-leonesa, son de especial interés, por la excepcional pervivencia de elementos precristianos. Algunos de estos aspectos más significativos se corresponden con la mitología, más que con los ritos, donde los animales siguen haciendo de conexión entre los vivos y el más allá. Entre los aspectos puramente rituales destacan los banquetes funerarios, en los que se incluía el sacrificio de carneros, práctica vigente hasta comienzos del siglo XX (Castañón 1982), y que aparece representada no solo en las evidencias arqueológicas de las necrópolis celtibéricas (Barril y Salve 1999-2000), sino también en la documentación. Esta práctica continuó desde la Prehistoria en Europa y el concilio II de Tours en el año 567, se lamenta de que los fieles después de las misas acudan a los cementerios a ofrecer libaciones y alimentos a los muertos, lo que sucedía generalmente a horas nocturnas (Oronzo 1995).

En la Asturia tradicional quedan numerosos testimonios de dicha práctica, cuya función consiste en agradar y homenajear con una gran cantidad de comida y bebida al alma del fallecido: "...Cada uno del pueblo trae una taza y la cuchara , por no buscar tantos cacharros...Se hace sopa y arroz , y cocido y filetes , y bizcochos , y tarta....¡potes grandísimos! Que se mataban ovejas y carneiros...tantísima carne...y a pan y a vino, un

banquete de verdad...Daba de comer a todo el pueblo, esa era la misa que ellos hacían..." (Cátedra 1998, 333).

Estos banquetes de despedida quizás escondían el miedo al retorno del alma del fallecido, si tenemos en cuenta que entre los vaqueiros asturianos: "*El banquete fúnebre se celebra siempre, porque sino, creen que vuelven los muertos a pedir que se haga un segundo entierro*" (Cátedra 1998, 334).

La muerte aparece como un aspecto muy cercano en la vida diaria de la cultura tradicional astur-leonesa y su precedente, la enfermedad, convertía a la víctima en un enlace con el más allá por su tardanza en morir, de la misma forma que el fallecimiento consecutivo de familiares en una casa se interpreta como que los fallecidos tiran de los vivos para llevárselos consigo al más allá (Castañón 1982).

Otro aspecto destacado por los concilios de época altomedieval como un elemento cultural precristiano que se ha mantenido hasta el siglo XX ha sido el relativo a las luminarias o encendido de luces, bien sobre las tumbas de los difuntos, o bien en las casas a modo de invocación el día de todos los santos. La fuerza de esta creencia en la montaña asturiana lleva por ejemplo a que en algunos lugares "*no se acuesta mucha gente en su cama, dejándola para que puedan descansar en ella las almas de los parientes que aquella noche vendrán a visitarla...*" de la misma forma que "*...Se encienden lamparillas que se echan en grandes cazuelas de aceite y están ardiendo toda la noche. Cada lamparilla se echa por el alma de una persona cuyo nombre se dice en alta voz al encenderla*" (Arivau 1886, 85). Esas mismas lámparas y velas adoptaban formas humanas mediante su colocación en el interior de calabazas que eran puestas junto a la ventana, a la vez que en algunas localidades se dejaban calderos de agua junto a la casa porque se creía que los difuntos pasaban por allí a beber esa noche de todos los santos (Álvarez Peña 1996).

En otro orden estaría la importancia de los aparecidos en el folklore de la *Asturia* tradicional, donde destaca la variedad de formas en las que se creía que podían aparecer las almas de los ancestros a los vivos, convirtiendo en sagrados elementos de lo doméstico tan cotidianos como las puertas y ventanas de la casa, donde descansarían algunas almas de la familia y no convenía cerrar con fuerza para no hacerles daño (Álvarez Peña 1996).

Los motivos de ese regreso al contacto con los vivos en la mentalidad popular, se debían a muchas causas, como no haber pagado un dinero en vida, el haber cambiado los límites de los terrenos, pedir que se les enterrara convenientemente, buscando algo que se les perdió en vida, o incluso para impedir el mal casamiento de alguno de sus descendientes.

5.4.3. La percepción de los animales como enlaces con el más allá.

Entre los pueblos del Norte ha existido y existe, una fuerte creencia en el rol desempeñado por los animales, como elementos transmisores de noticias del más allá, auténticos enlaces entre lo humano y lo sagrado, cuyo papel no se restringe a los animales domésticos más en contacto diario con su propietario, sino que se extiende a otros salvajes de especial simbolismo. Esta función mágica del mundo animal asumida con fuerza todavía hoy en muchos lugares de la antigua *Asturia* tiene un momento especial en el caso de la muerte, donde se pensaba que los animales en algunos casos avisaban de su próxima llegada a la familia de la víctima, o bien después de esta los espíritus adquirirían formas animales para presentarse a los vivos.

En el caso de los avisos previos a la muerte, las aves tienen un papel especial, y así cuando se posan durante varios días en el tejado de una vivienda, cuando emiten sonidos frente a ella

durante varias noches consecutivas, o si son de mal agüero, caso de las urracas y entran hasta el interior de la vivienda, se considera presagio de muerte segura. En el caso de los presagios funestos, los animales de la casa, en especial los perros y las vacas también aparecen en el folklore astur como anunciadores de la fatalidad en la casa, cuando se comportan de forma anormal y nerviosa: "...y las vacas con un espanto, forman un lío en la cuadra...Las vacas lo saben, eso lo aseguro yo."(Cátedra 1998, 363).

Igualmente aunque de forma excepcional la muerte puede anunciarse mediante animales salvajes que acuden de forma extraña al entorno de la casa del futuro fallecido durante varios días, caso de las cervatillas, animal mitificado desde la antigüedad como un transmisor de lo sagrado a los humanos, y en menor medida el zorro, del cual se cree que avisa de la muerte a los habitantes de una casa al chillar y correr en torno a ella (Cátedra 1998, 364).

Por otra parte, se creía que el espíritu de los fallecidos solía aparecerse en forma de perros, gallinas ajenas a la propiedad de la casa o de los vecinos, piara de cerdos (Arivau 1886) que aparecen y desaparecen, o cuervos (Cátedra 1998).

Como símbolo contrapuesto a la muerte aparece siempre el ciervo, no solo en el folklore, sino también en las lápidas vadinienses donde guía al más allá al caballo sobre el que se escribe el nombre del difunto. Su invocación, con amplios paralelismos en el folklore del Norte de Europa, sirve entre los vaqueiros asturianos para combatir las picaduras de serpientes: "*La culebrona maldita y la cervatina bendita fueron a una pueste, la que primero se calzara, la que primero se vestía, la que primero el sou cornetín, nel sou pico tocaran. Ya la cervatina primero se calzóu, primero se vistio, primero el sou cornetín nel sou picu tocóu...*" (Suárez Lopez 2007, 2).



Figura 67. Lápida vadiniense donde el alma del difunto, representado por un caballo con su nombre, sigue al ciervo que le guía al más allá. Museo arqueológico de Asturias. Foto Astur Paredes (Sevilla 1995, 32).

5.4.4. El averno astur.

La serpiente es vista, quizás siguiendo las connotaciones de maldad cristianas, como un ser del inframundo, capaz no solo de guardar los tesoros ajenos a los mortales, sino también de representar el alma de difuntos condenados por sus malas acciones en vida (Carrín 2015).

En el folklore astur-leonés, el abismo subterráneo es el lugar donde habitan los animales venenosos que pueden acarrear la perdición del mundo, y que exigen un sacrificio de animales y mujeres jóvenes. Esta creencia es quizás una pervivencia directa de las ofrendas en simas y cuevas cantábricas, de la misma forma que el hallazgo de collares y joyas en fuentes se ha interpretado en nuestra tradición oral como los restos de pastoras perdidas o caídas a pozos en las

montañas: "Estaban a la orilla del pozo la Coh.ita una pastora, un toro y una vaca y apareció pel a boca l'pozu un cuelebre y que decía: toru, toratu, echame a la boca acá, la moza, la vaca y el xatu. Y que cayeren al pozu...años después en el Valle la H.uyente, h.ué a beber el padre de la moza y según estaba bebiendo viénosei un coral (del collar de la pastora) a la boca" (Álvarez Peña 1997, 24).

El submundo astur al igual que en el mundo céltico europeo, pero también ampliable a las culturas nórdicas y eslavas (Carrín 2015) es un lugar subterráneo o subacuático, dependiendo del mito, poblado de reptiles expulsadas allí por un héroe, santo, o símbolo animal-solar como el ciervo, que reencarna la victoria de la vida y lo sagrado sobre lo maligno.

Esa serpiente vuelve a la tierra para devorar los cadáveres de los pecadores, y llevarse las almas de las personas de mala vida, tal como aparece en el folklore asturiano: "Se decía que la serpiente entraba a la iglesia de Celón para devorar los cuerpos de los monjes allí enterrados pero un día un peregrino que iba a Santiago lo mató con su lanza" (Álvarez Peña 2003, 127), al igual que en el folklore irlandés: "En cierta ocasión se descubrió

que las tumbas del cementerio de Cullen estaban siendo profanadas por un saqueador desconocido, una vigilancia descubrió que era una anguila que venía de noche desde el río. La mató la gente del pueblo"; "En la costa de Liscannor el monstruo era un oll-phéist (anguila), que llegó del mar y se alimentaba de los cadáveres en el cementerio junto al mar", (Macneill 1962, 283). Mientras que en Francia se conoce la historia de San Marcelo, quien se encarga de matar a una serpiente que acude a devorar cada noche el cadáver de una mujer de mala vida (Lecouteux 1999, 82) (Carrín 2015). El más allá es subterráneo o subacuático, y esa concepción no es siempre maligna, caso del hábitat de serpientes, sino que en algunos lugares es donde habitan otro tipo de genios que pueden tener una carga positiva, caso de los xanas y moros, el lugar de encuentro donde contactar con las almas de los difuntos, o el lugar donde dejar ofrendas y exvotos para pedir favores al más allá (Fanjul 2011b).

6. El Poblamiento.

6.1. Los castros astures. ¿Aldeas o centros de poder?

El concepto de castro permanece unido en nuestra historiografía a una definición que va más allá del espacio arqueológico, y que siempre se ha vinculado a una referencia cultural o social en constante discusión. Apenas nos hemos apartado de las definiciones básicas de poblado fortificado, siguiendo la relación militar establecida en la arqueología castreña desde finales del siglo XVIII. Esta situación nos ha llevado a evitar la discusión del concepto hasta los años noventa, donde la orientación de la propia definición de castro pretendió plantear una línea de trabajo muy diferente a las definiciones clásicas. Esa perspectiva rupturista, defendida en Asturias por diversos autores (Carrocera 1995; Ríos y García de Castro 1998) quienes, siguiendo una línea historiográfica propia de la escuela de Sánchez-Palencia en el Bierzo (Sánchez-Palencia y Fernández Posse 1985; Sánchez-Palencia, Sastre y Orejas 2002), intentan su aplicación en nuestra región. El castro se entiende entonces como "*Un asentamiento colectivo, que previamente a su excavación, se manifiesta en el paisaje a través de una situación en un emplazamiento que, normalmente destaca topográficamente del entorno inmediato, y en el que se aprecian huellas de un notable aparato defensivo*" (Ríos y García de Castro 1998, 20). Establecida esta definición, los autores pasan a separar el concepto arqueológico de poblado fortificado de cualquier adscripción cultural, respaldándose en las teorías de Gordon Childe (1958), y las dificultades para interpretar desde la ciencia arqueológica aspectos sociales del pasado en estudio (Daniel 1981).



Figura 69. Castiechu de Sorribas en Lena.

Esta separación de conceptos les permite una interpretación directa de los castros asturianos en su paisaje, fuera de un contexto cultural, que sin embargo les hace caer en las apreciaciones materialistas, y por consiguiente también culturales, que la escuela de Sánchez-Palencia ha aplicado a los castros astures de León. La aplicación del concepto de castro como átomo poblacional en el paisaje, y su total paridad con el concepto de aldea actual, hace que interpreten los espacios fortificados asturianos bajo unas premisas de “colectividad” prehistórica, que indudablemente tienen un fuerte contenido sociocultural, minusvalorado respecto a la organización urbana posterior de época romana. La aplicación de estas premisas parte de la negación de la existencia de *oppida* en el territorio astur, basándose en la comparación directa de la escala de dimensiones que suelen definir al *oppida* centro-europeo. Esta falta de grandes ciudades supondría un respaldo a la definición de castro como unidad autónoma en su paisaje inmediato, y por lo tanto, una prueba de la inexistencia de jerarquías en el paisaje castreño.



Figura 68. Al interpretar los grandes poblados fortificados como comunidades autónomas, aquellos de menor tamaño por "razones comparativas" debían cumplir una función secundaria, para los que se buscó una especialización minera, una hipótesis que se ha intentado trasladar incluso, a aquellas zonas de la región sin yacimientos mineros. En la imagen, La Pica de Villas en Candamo.

La búsqueda de ese lugar central ha sido una obsesión en la arqueología castreña hispana de las últimas décadas del siglo XX, cuando España descubre la arqueología del paisaje.

A las dificultades de localizar un espacio central que jerarquice el territorio castreño, se le une el propio

error de partida que supone establecer como poblamiento único, el fortificado, buscando una capital de castros, y no una capital de la población, que en la mayoría de los casos no reside en castros.

Aparte de la ya mencionada comparación de dimensiones de castros, como forma de conocer si tenemos *oppida* en el Noroeste, se unió también el análisis de la intervisibilidad, planteando la necesidad de que el lugar central debía, obligatoriamente, ser visible desde el resto del territorio que controla. Esta premisa supuso unos resultados más geográficos que históricos, en el sentido de que aquellos lugares a mayor altura, disponían de mayor visibilidad y, por lo tanto, se planteó que esos lugares debían de haber jugado en su día un papel como poblados centrales. Los resultados, validos para una segunda Edad del Hierro, donde el poblamiento busca una ubicación destacada en el paisaje, serían discutibles para muchos casos del Noroeste, donde esos grandes espacios a modo de *oppida* están ya ocupados desde la Edad del Bronce, caso del Chao Samartín.

La imposibilidad de localizar con claridad ese lugar central ayudó a plantear la inexistencia de una jerarquización del paisaje, y a entender, por lo tanto, cada poblado fortificado como un elemento autónomo. De la misma forma, al suponer que no existe dicha jerarquización, se diseñó un retrato social comunitario, donde debíamos suponer una autosuficiencia económica de subsistencia: “*Los criterios locacionales prerromanos están determinados por formas de organización de la producción marcadas por la autosuficiencia y la ausencia de practicas económicas tendentes a la acumulación de excedentes*” (Sastre 2001, 40).

El panorama económico que se nos plantea no puede ser más básico, y a la vez más contradictorio, cuando se reconoce la existencia

de una base económica agrícola para estos grupos, muy variado en producción y con una avanzada complejidad estructural.

Igualmente, se resalta el carácter doméstico de la producción ganadera, sin incluir los datos de edad de sacrificio de la abundante cabaña de vacuno de muchos castros como la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, la Cogollina (Fanjul 2007a, 2011; Fanjul *et alii* 2007 y 2009), que demostrarían totalmente lo contrario. Los habitantes de los castros tienen excedentes, base de una economía ganadera, que a su vez demuestra la necesidad de que existan otros tipos de poblamiento no fortificado, ya que muy pocos castros astures disponen de espacios intramuros suficientes para guardar grandes rebaños.

Siguiendo esta línea historiográfica, estaríamos, por lo tanto, ante grupos no jerarquizados, comunitarios, con una base económica de autosuficiencia, sobre territorios controlados físicamente por esa comunidad desde el poblado en el que residen, y donde el individualismo solo estaría presente en el caótico urbanismo castreño, bajo unidades familiares cuya diferenciación social tan solo variaría en base a la posesión de un mayor numero de elementos de riqueza, posiblemente en forma de ganado. La escuela materialista, con una indudable fuerza teórica en los años ochenta en todo el Noroeste, basa buena parte de sus análisis teóricos en el paisaje, en concebir los castros como únicas estructuras de poblamiento en el territorio astur. A partir de esta interpretación, se plantea una supuesta atomización del paisaje mediante un sistema de aldeas autónomas, que no encajan en nuestra realidad arqueológica.

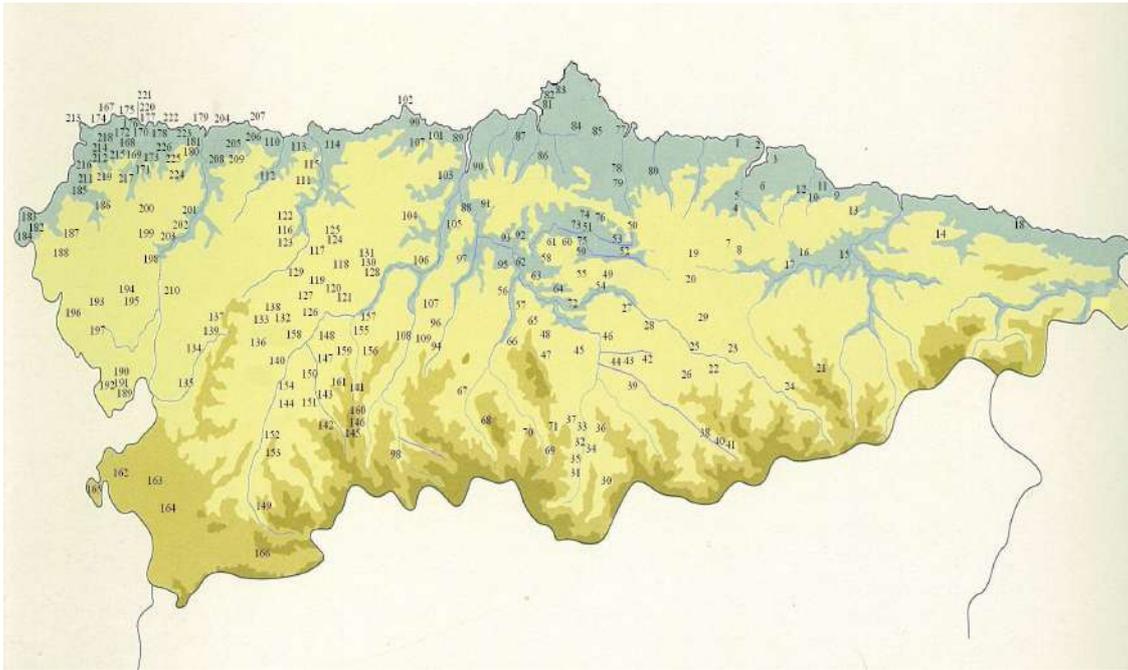


Figura 70. Mapa de los castros asturianos (Fanjul 2015) donde se puede observar los grandes vacíos comarcales de poblamiento fortificado.

Tomando como base la revisión exhaustiva del espacio astur transmuntano, es decir, al correspondiente al actual Principado de Asturias podemos advertir una serie de circunstancias que nos llevan a plantear otras hipótesis:

1- Nuestra última revisión individual de todos los castros asturianos demuestra, que apenas tenemos 200 auténticos castros en Asturias, la mayoría de ellos, de unas dimensiones bastante reducidas. Si tenemos en cuenta que muchos de esos poblados son la continuidad de otros ya abandonados, es decir, que no están ocupados esos doscientos poblados a la vez, posiblemente llegaríamos a la conclusión de que en determinados siglos, apenas 50 de esos castros están ocupados al mismo tiempo en toda la región. ¿Realmente sólo había una población en toda Asturias correspondiente a 50 aldeas? (o menos). Desde el punto de vista demográfico es sencillamente inasumible.

2- Existen amplias zonas del territorio asturiano, tanto en los valles de montaña del oriente, como en amplias zonas del valle Piguena-Somiedo en la zona central, donde no existen apenas poblados fortificados, lo que nos indica que la población vive en otro tipo de estructuras no fortificadas. La demostración de esta realidad es muy sencilla, disponemos de una serie de hallazgos materiales de indudable adscripción a la Edad del Hierro como las fibulas de Tiraña y Tene (Maya 1989), así como la reciente granja de las Vallinas (Fanjul 2017), que parecen demostrar la existencia de esas otras realidades de poblamiento inferiores respecto al castro, siempre difíciles de advertir en una región que no considera necesaria los seguimientos intensivos de obras de construcción. La presencia de estas aldeas y granjas no fortificadas supone que no podamos seguir entendiendo el castro como la única aldea en el paisaje de la Edad del Hierro astur. Fuera de la discusión puramente conceptual del castro, es indudable que la propia diferencia social de poder residir dentro del único poblado fortificado que domina ese territorio en muchos kilómetros a la redonda, es ya un factor de desigualdad social,

respecto a una población que reside en el exterior de esos poblados.

3-La presencia de grandes poblados fortificados astures supone admitir una jerarquización territorial entre diferentes centros de poder y tipos de poblamiento, que serían difícilmente admisibles, en una sociedad no jerarquizada de estructuras de poblamiento autónomas, como plantea el discurso materialista. Existe una escala de dimensiones urbanas en el espacio astur que no pueden ser comparadas al centro de Europa, pero que, sin embargo, nos permiten hablar de auténticos *oppida*, o capitales territoriales. La revisión del mapa arqueológico astur, nos permite asegurar que existen unas amplísimas diferencias, entre las dimensiones de la mayoría de las fortificaciones astures, y las grandes dimensiones de otro tipo de poblados, siempre con un control visual y una monumentalización defensiva, que encajan en el concepto de *oppida* europeo, pese a no tener las medidas que se aplican en Europa a este tipo de capitales. Existen *oppida* en la cultura castreña astur, y existe por lo tanto, en muchas zonas del territorio una jerarquización del paisaje, que nada tiene que ver con la concepción de aldea autónoma que plantean las teorías materialistas.

4- En la organización del espacio edificado de dichos poblados encontramos otro elemento claro de jerarquización social. El concepto de "caos urbanístico", en la planificación de los poblados fortificados del noroeste que se ha intentado mantener para la Edad del Hierro astur es imposible desde una perspectiva social. No existe en ningún grupo humano, en su organización urbana en espacios privilegiados, como constituyen los poblados fortificados, la posibilidad de acotar por cuenta propia y sin la autorización de los responsables del grupo, un

trozo de espacio destinado a su unidad familiar. Estamos ante espacios sociales muy limitados por la existencia de unas murallas que marcan el límite urbano del poblado.

De la misma forma, las diferencias de calidad evidentes, entre diferentes espacios constructivos, muchos de ellos más proclives, por su situación en pendiente, a la inundación o al viento, hacen que la construcción de la vivienda castreña, haya tenido a la fuerza que depender de la decisión de una jefatura o autoridad del grupo.

El caos del diseño urbanístico, habría supuesto indudablemente un caos social insostenible, ya que existen áreas preferentes de construcción sobre otras de menor calidad en nuestros castros. Debe existir por lo tanto, una jerarquía de establecimiento doméstico, o al menos una jerarquía, que establece esos asentamientos en espacios privilegiados, sobre otros que no lo son.



Figura 71. Espacio urbano en el castro de San Chuis (Allande, Asturias).

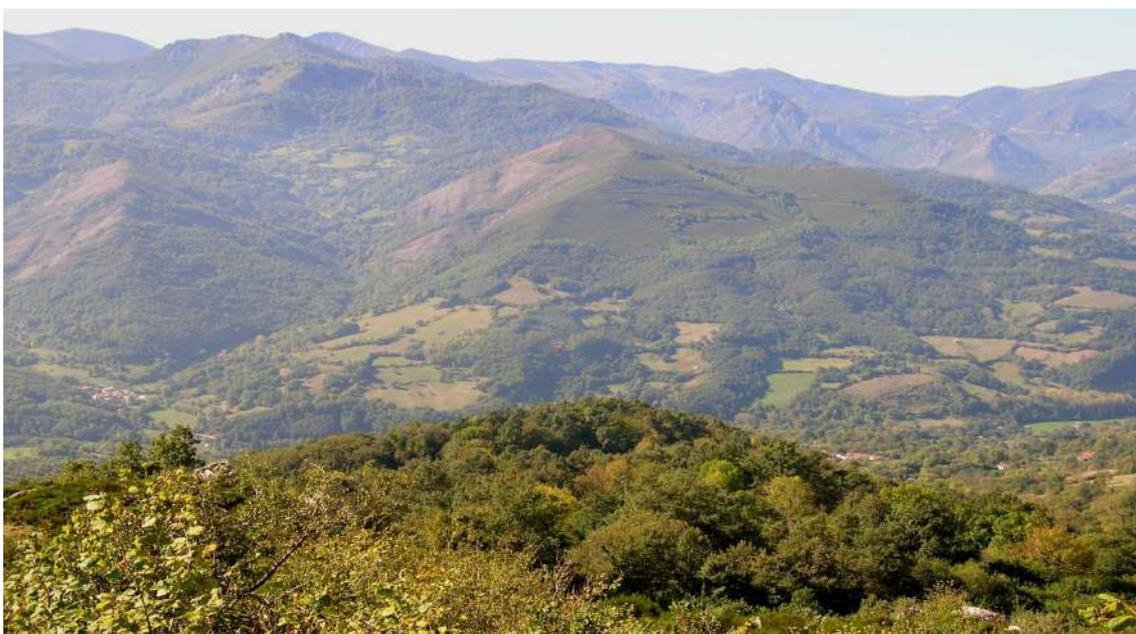


Figura 72. Castro de la Garba (Teverga), con un control visual casi absoluto de todo el valle de Teverga.

La propia escuela materialista reconoce el concepto familiar individual de la vivienda castreña (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998), respecto a esa supuesta comunidad autónoma fortificada, baluarte de un urbanismo caótico. La independencia de la vivienda castreña, sobre esa comuna salvaje, es demostrada y resaltada incluso por los defensores de la inexistencia de jerarquías: *“Lo mas característico de estas unidades de ocupación es su total independencia espacial, su presumible autosuficiencia y su homogeneidad. Cada vivienda posee su propio espacio exterior; no existen espacios de tránsito o de articulación comunes y nunca se utilizan muros medianeros entre unidades distintas, los muros se duplican”* (Sastre 2001, 43).

5- Otro aspecto que demuestra la inexistencia de una igualdad social dentro del mundo castreño, es la diferencia en los ajuares domésticos. Pese a que el registro de los hallazgos arqueológicos en

el interior de las cabañas no se ha realizado con la calidad deseada en todos los casos, no hay duda de que los hallazgos difieren entre unos espacios familiares y otros. Los descubrimientos de piezas de orfebrería de gran calidad, pese a que no puedan atribuirse en muchos casos a un espacio domestico concreto, y aunque no tengamos un registro de lo que se halla en la misma época en cada cabaña, nos permiten sin embargo descartar que sean elementos propios de espacios comunitarios. Estamos ante unas piezas de gran valor económico, que tanto posiblemente tanto en época prerromana como astur-romana, forman parte del ajuar personal de unos individuos, que se diferencian de otros que no lo tienen, como seguramente ocurre con la mayoría de la población.

La presencia de estos materiales de lujo asociados a espacios domésticos, es señal ineludible de una riqueza personal minoritaria dentro del grupo, y por lo tanto, de unas diferencias económicas entre sus miembros, que refuerzan la idea de una jerarquía social.

6- Finalmente, consideramos que la propia epigrafía y las referencias de los autores clásicos, son bastante elocuentes, en lo que se refiere a la existencia de una aristocracia y de unas jefaturas, entre los pueblos del

norte en época prerromana. La falta de esa jerarquía, habría supuesto un caso único en Europa occidental, que sin duda no habría pasado desapercibida para dichos autores. Las diferencias sociales conllevan unas diferencias en el poblamiento evidentes, donde al concepto militar del castro, se le une la ostentación arquitectónica que resalta el poder de sus habitantes.

Con una población que no reside exclusivamente en castros, sólo podemos asegurar que cada poblado fortificado es en sí mismo el centro de poder, de un territorio muchas veces ajeno a factores de visibilidad o cercanía inmediata.

La diversidad de relaciones territoriales tiene que ser la norma en la que se basen los estudios del castro y su entorno, o por así definirlo, de los paisajes castreños. Muchos de los poblados medianos o pequeños formaron un centro de poder local, que seguramente tendría una relación jerárquica de algún tipo respecto a otro poblado más grande y distante.

El castro debe ser definido, por lo tanto, como un centro de poder local, sobre un poblamiento inmediato no fortificado y que hace del poblado el espacio social necesario de todo grupo, para focalizar la dinámica vital del territorio, bien como espacio de intercambio, de celebraciones, o como lugar desde donde se dirigen las decisiones que afectan a un grupo, donde existen amplios y diversos grados de jerarquización social.

La fortificación tiene un sentido militar indudable, aunque el grupo que plantea su construcción o reforma busque la opulencia en la monumentalidad de dichas obras. Es evidente que, aparte de esa primaria función militar, existe una monumentalización de las estructuras defensivas (Almagro 2002), muchas veces sin una funcionalidad militar práctica, que lo único que busca es resaltar la ostentación del poder de

los habitantes del poblado (Marín 2011; Marín y González 2011).



Figura 73. Defensas multivalladas del castro de Trichamuela de Porley (Cangas del Narcea). La monumentalidad de las defensas supone un elemento añadido de prestigio y ostentación del grupo que reside en el centro de poder local.

En conclusión consideramos que los castros de la Edad del Hierro astur, no son aldeas sino auténticos centros de poder local, coordinados por las relaciones de grupo con otros de mayor tamaño en unos casos, o de mayor importancia política en otros.

El mapa de los castros asturianos por ejemplo muestra un poblamiento disperso, que busca cierto contacto y cercanía con otros centros de poder desde una perspectiva social, manteniendo la independencia y el status de territorio desde la perspectiva geográfica.

Los astures al igual que las sociedades del resto de los pueblos del norte Peninsular, no fueron diferentes en complejidad y organización social, al resto de grupos de la costa atlántica europea.



Figura 74. El castro astur, debe contemplarse como un centro de poder local, cuya ubicación sigue unos criterios económicos y visuales, propios de un centro de decisión sobre un territorio circundante muy extenso. La comunidad castreña, en el sentido autónomo, igualitario y ecológico de la visión materialista, nunca existió. Vista del castro de Ridera (Cangas del Narcea).

La simplicidad, con la que se ha querido impregnar a los astures, no solo es imposible desde la comparación histórica y cultural, sino que desde el punto de vista arqueológico, es difícil de sostener.

En definitiva, dejando a un lado las perspectivas que planteaban el concepto de castro como unidad autónoma dentro de una sociedad no jerarquizada (Sastre 1988, Fernández-Posse 2000, 2002 y Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998) creemos que existen suficientes

pautas de poblamiento y pruebas arqueológicas que demuestran la complejidad social de los grupos castreños, dentro de una sociedad, un paisaje y un sistema de explotación del entorno jerarquizado, y donde el castro debe ser asumido como una estructura de poder local, sobre un paisaje jerarquizado, no sólo por castros mayores o de mayor importancia política en un momento dado, sino también por otras estructuras de poblamiento que no están basadas en la fortificación (Fanjul 2013).



Figura 75. Imagen de O Corolo de A Lagúa en Ibias (Asturias). Los resultados de la revisión del mapa de castros contradice la visión del poblamiento castreño planteado tradicionalmente. Por distancias de inter-relación entre asentamientos, es imposible equiparar el castro con el concepto de aldea actual.

6.1.1. Factores de ubicación geográfica.

Muy poco conocemos de las granjas, estaciones ganaderas de montaña y aldeas no fortificadas en las que habitaban los astures que no vivían en poblados fortificados, lo que de momento nos obliga, cuando hablamos de factores de ubicación del poblamiento, a centrarnos casi exclusivamente en los castros o poblados fortificados. Pese a ser una visión muy parcial del poblamiento, nos permite señalar las características geográficas que buscan las jerarquías locales a la hora de plantear donde construir sus centros de poder.

En el caso de las granjas, y teniendo en cuenta

los datos procedentes de las Vallinas (Teverga, Asturias) (Fanjul *et alii* 2017), sus factores de ubicación son muy claros, se eligen las laderas inmediatas a las mejores tierras de cultivo del valle.



Figura 76. Ubicación del castro del castro del Chano (Peranzanes, León).

En el caso de las aldeas en campo abierto como el Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora) (Misiego *et alii* 2013), o Crestelos (Pereira *et alii* 2015), y pese a que el primer yacimiento dispone de un leve amurallamiento, se busca la cercanía con el

castro inmediato, quizás por motivos militares para su uso defensivo en caso de conflicto. Desde otra perspectiva, la social, las aldeas podrían constituir los barrios extramuros de un centro de poder incapaz de asumir espacialmente su ampliación, o bien se ubican allí por la simple condición jerárquica de sus habitantes, sin el rango suficiente para habitar dentro de los limitados espacios intramuros del castro. Sea como fuere, lo cierto es que estos hallazgos más o menos recientes, han revolucionado los planteamientos tradicionales respecto al hábitat astur, para el que se planteaba desde los orígenes de su estudio un hábitat exclusivamente centrado en los castros. La existencia de aldeas, granjas, o como presumimos en su capítulo correspondiente, de estaciones ganaderas, supone un enfoque tan nuevo, como de momento muy poco conocido de la sociedad astur, y que refuerza las limitaciones de la denominada arqueología del paisaje en nuestro territorio en estudio, al que se siguen sumando hallazgos de nuevos castros con localizaciones ajenas a los patrones comunes de ubicación geográfica (Fernández y Fernández 2009; Vidal 2013 y 2014).

Por supuesto estas características generales de la ubicación de los castros astures no son homogéneas en el tiempo, y como describíamos en los capítulos introductorios, se observa un poblamiento que tiende a las alturas máximas de cada valle en la Edad del Bronce y Hierro inicial, quizás en busca de una localización simbólica, y que poco a poco va colonizando laderas más bajas y más inmediatas a las zonas de mejores recursos agropecuarios durante la Segunda Edad del Hierro. Existen también diferencias comarcales en las regiones astures, debido a las extremadas divergencias de sus condiciones geográficas, si tenemos en cuenta que a lo largo del territorio astur de Norte a Sur, nos

encontramos desde paisajes costeros Atlánticos, valles de Alta Montaña cantábrica, llanuras del Duero y comarcas muy abruptas en la *Asturia* occidental, entre el Caurel y el Noreste de Portugal. Como ejemplo de esta diversidad en los últimos años hemos insistido en demostrar una vinculación directa de cercanía entre los castros de los valles de la alta montaña asturiana, con las mejores tierras agrícolas de cada valle (Fanjul 2003), un aspecto también defendido para el interior de Galicia (Grande 2008, 95), mientras que en el Bierzo (Mañanes 1990), Caurel y el antiguo territorio de los astures zoelas, caso del Norte de Zamora (Sánchez Palencia *et alii* 2002; Rodríguez y Sastre 2013) y Noreste de Portugal (Fonte *et alii* 2008), se observa en muchos casos una cercanía inmediata a recursos mineros auríferos que no se observa entre los castros asturianos que se ubican en comarcas donde existen también explotaciones de oro.

Respecto a las pautas de la ubicación de los castros y su entorno, hemos de comenzar con las propias condiciones geológicas de los lugares de asentamiento. En este sentido es conocido el hecho de que las poblaciones castreñas del norte peninsular se abastecían de materiales pétreos para la construcción de los poblados, en los mismos entornos inmediatos del propio castro (Ayán 2003; Carballo 1990 y 2002, 214).

Las diferencias del material petrológico utilizado en la construcción de los yacimientos vienen marcadas por las diferencias geológicas generales entre los diferentes sectores de la región, donde existen zonas de predominio calizo en el sector Centro y Nororiental astur, y predominio de cuarcitas y pizarras en las regiones más occidentales.

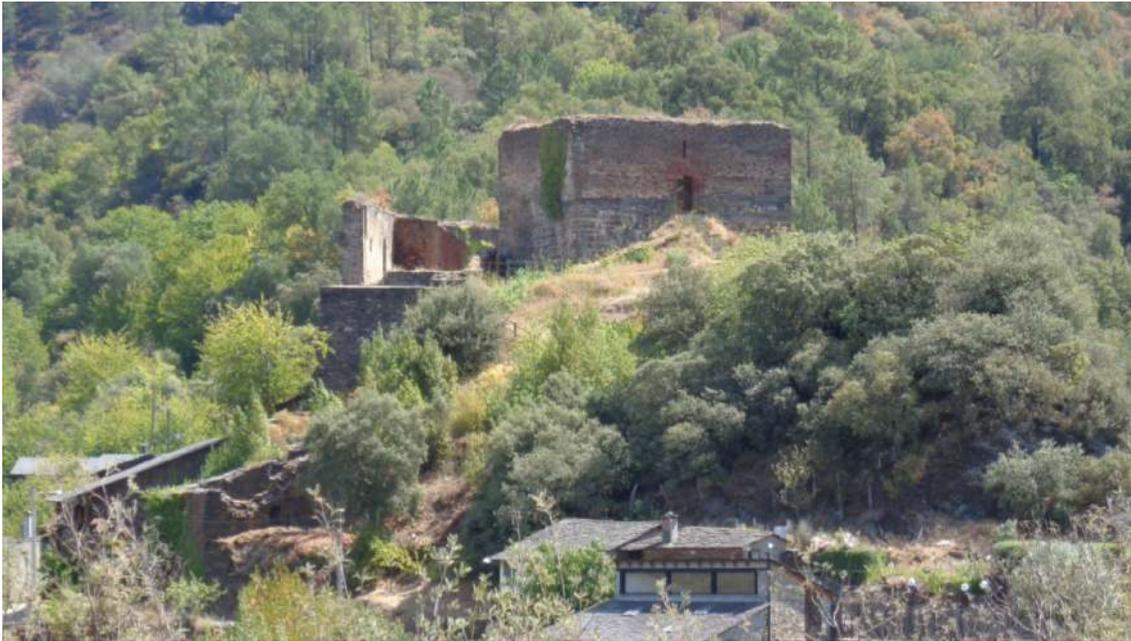


Figura 77. Castro reutilizado como fortaleza medieval de Vilanova en el Caurel.

La utilización de elementos foráneos a estos materiales geológicos más próximos y comunes en las cercanías del castro son excepcionales, y estarían representados en casi todos ellos por la construcción de algunas de las defensas artificiales, mediante cantos rodados del curso fluvial, como ocurre en el yacimiento, como en el Castiello de la Rionda, cuya cronología desconocemos (Langreo, Asturias).

Dentro de esta norma general de abastecimiento de materiales provenientes de las cercanías, quedarían excluidos muchos elementos del interior del poblado con una funcionalidad no constructiva, como sería el caso de los molinos, pesas, pulidores, machacadores, manos de moler, etc..., donde el material utilizado depende de la utilidad práctica del objeto a realizar, buscándose siempre la mejor base mineral que proporcione una mayor comodidad en su transformación, y la calidad final del producto (Fanjul y Menéndez 2004, Maya 1988; Carballo 1990 y 2002).

Pero el aspecto más importante en los patrones

de ubicación de los poblados fortificados parte de las condiciones de la defensa natural del promontorio donde se pretende ubicar el poblado (Esparza 2011). La altura del espacio geográfico elegido es fundamental, buscándose un emplazamiento inexpugnable por la inclinación de sus laderas, al menos en tres de sus cuatro vertientes, quedando una vertiente como zona de acceso, cuya escasa defensa natural, se refuerza con obras de ingeniería defensiva artificiales.

Otros elementos propios de la orografía natural del terreno, pero que no están muy estudiados hasta el momento, lo forman los aterrazamientos internos, utilizados y modificados quizás para establecer diferentes perímetros defensivos en torno a las acrópolis de los poblados, o los bloques pétreos exteriores, que en el caso de los castros sobre base geológica caliza de la montaña asturiana refuerzan las dificultades de acceso a los recintos fortificados a modo de defensas de "caballos de frisia" naturales (Fanjul y Menéndez 2004). En el caso de los cursos fluviales. Pese a la general cercanía entre poblados y ríos o arroyos, son escasos los ejemplos en los que estas formaciones naturales hacen de auténtica defensa salvo en zonas anexas al valle del Duero, tanto en la meseta como en el Noreste de Portugal.



Figura 78. Colina donde se ubica el castro de la Zamora (Villablino, León).

Los castros sobre meandros de río como el Castiello de Priañes (Las Regueras, Asturias) son muy escasos, y es en la zona de Les arribes del Duero y la comarca portuguesa de Mogadouro donde se observa un mayor aprovechamiento de los cursos fluviales como defensas naturales, no por el curso de agua en sí, sino más bien por las diferencias de altura que el río ha formado en la orografía donde se ubican los castros.

Respecto a la altitud, no existe una media homogénea, y depende al igual que la orografía, de las diversas condiciones orográficas de cada comarca. Estamos hablando siempre de alturas relativas respecto a la media del valle, que no parecen ser un condicionante en la elección del poblado en la mayoría de los castros, pues se buscan óptimas condiciones defensivas en el relieve inmediato y no la colina con mayor altitud.

Existen sin embargo casos muy llamativos, como son los castros en altura del Bierzo (Vidal 2013 y 2014), con múltiples yacimientos en unas

localizaciones extremas que de momento no podemos explicar al carecer de dataciones cronológicas de los mismos, u *oppida* destacados como puede ser Arrabalde (Zamora), donde su ubicación en las zonas más altas de toda la comarca resaltan su condición visual, siguiendo quizás esa tradición desde la Edad del Bronce, de localizar de forma simbólica los centros de poder en lo alto de sierras rocosas con un excelente dominio visual del entorno.

Esa altitud de algunos yacimientos puede estar buscando la intervisibilidad de los diferentes poblados de un mismo territorio político como forma de cohesión social, como se apunta en algunas comarcas gallegas (Carballo 2002, 155), aunque de momento la diversidad de situaciones con amplias variantes en las distancias entre castros y su conexión visual, no nos permite hablar de conexión visual entre los castros astures, salvo desde aquellos lugares ubicados en cimas de sierras, donde la omnipresencia de la fortificación en el paisaje refuerza la hipótesis de una cohesión territorial simbólica. Este tema está en relación igualmente con el debate de la jerarquización de los territorios castreños. En este caso pese a que la falta de cronologías de todos los yacimientos de una

misma comarca, y la falta de un mapa completo de yacimientos, teniendo en cuenta la existencia de yacimientos menores no fortificados que también forman parte del territorio castreño, nos impiden tener una visión completa del poblamiento en un valle astur, seguimos de forma orientativa para la mayor parte de la antigua *Asturia* la relación entre dimensiones de los poblados, y su importancia política. Los *oppida* o poblados de grandes dimensiones que superen las 20 hectáreas son muy escasos en el territorio astur, pero la continuidad de su importancia como capital regional, en el caso de aquellos que conocemos como Bergidum, Lancia (Célis y Muñoz 2015), o Brigaecio (Martino 2015), nos llevan a defender esta vinculación entre mayores dimensiones y mayor importancia socio-política.

La cercanía extrema entre distintos castros, situados a menos de un kilómetro, es un fenómeno muy minoritario y que bautizamos en su día como "castros gemelos". Para su explicación hemos planteado una necesidad evolutiva de ampliar un antiguo espacio urbano obsoleto lo que conduce a construir un nuevo centro de poder en las cercanías del anterior (Fanjul 2014). Otras hipótesis recientemente planteadas para estos castros en Galicia defienden el carácter simbólico que mantienen los viejos espacios fortificados dentro de ampliaciones territoriales por parte de nuevos grupos que se asientan en la zona, como forma de reclamar ese nuevo territorio (Freán 2016).

En cuanto a los recursos acuíferos la totalidad de los castros estudiados, incluidos los ubicados sobre coronas montañosas, o aquellos anexos al litoral, disponen en su entorno inmediato, a menos de 500 m. del poblado, de fuentes, arroyos o ríos, que proporcionarían agua a sus habitantes. Esa relación evidente entre la ubicación del castro y la existencia cercana de un

río, proporciona al poblado fortificado una buena defensa natural por las diferencias de alturas, cercanía a tierras que usualmente son de calidad agrícola, una vía de comunicación, e incluso proximidad a una fácil obtención de minerales, que como el hierro o el cinabrio pueden aparecer en forma de nódulos del propio río, descubiertas por la erosión de los cursos de agua, o donde el río facilita la explotación de otros recursos como el oro. La falta de cercanía a acuíferos, o una mayor necesidad de agua en el poblado se solventa con aljibes construidos dentro del recinto fortificado, entre los que destacan los descubiertos en la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001) al haber sido excavada la totalidad de su estructura.

Respecto a la orientación funcional del poblado, esta marcada por la situación de su punto principal de acceso, que en la mayoría de los casos conecta por cercanía a zonas de uso agropecuario por parte de su población (Carballo 2002). La mayor o menor cercanía de los castros a las vías de comunicación naturales es un debate difícil en cuanto a que desconocemos con claridad las vías prerromanas menores de la mayoría de las comarcas (Argüelles 2011), y es la ubicación de los poblados de mayor importancia los que habrían condicionado su trayectoria.



Figura 79. Control del valle de Valdeorras (Orense), desde el castro astur de O Castro.



Figura 80. Imagen de la aldea asturiana de Brañas de Arriba (Cangas del Narcea) tomada por Krüger a comienzos del siglo XX, y que muestra la pervivencia de los modelos de concepción del espacio urbano similares a los que regían el ordenamiento de los espacios de hábitat en los castros. La adaptación a un terreno muy irregular, mediante la génesis de barrios familiares cerrados, pero orientados a unas escasas líneas de tránsito que recorren el poblado, son bases constructivas de origen protohistórico a los que se suman, a partir de época romana la mayor importancia y anchura de esas calles como ejes de ordenamiento urbano, y la mayor privacidad de los espacios domésticos, compartidos progresivamente con animales. Pese a esa evolución, la imagen de Krüger muestra una visión casi castreña de los planteamientos de organización urbana tradicionales.

6.1.2. El urbanismo castreño.

Uno de los conceptos más repetidos desde hace décadas en torno a los castros del Noroeste es la ausencia de una planificación urbana, entendiéndose esta como un elemento civilizador que se impone a partir de la conquista romana.

Esta visión clásica de nuestra arqueología, comenzó a ser discutida en el último cuarto del siglo XX a través de los trabajos de Romero Masiá (1976, 99), donde pese a incluir numerosos yacimientos de época romana en su estudio, deja claro que el hábitat dentro de nuestros castros dispone de una ordenación, que puede entenderse como un urbanismo diferente, pero válido en lo que respecta a la organización del espacio intramuros de los poblados.

Si bien el marco de análisis del fenómeno urbano castreño siempre se centraba en las grandes *citánias* y castros del denominado *conventus bracarense*, entre el Norte de Portugal y el Sur de Galicia. En

paralelo se desarrollaron intensos estudios en torno a los cambios del poblamiento castreño con la llegada de la romanización en la comarca del Bierzo (Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1985), adentrándose cada vez más en la búsqueda de unas respuestas sociales a dichos cambios, las cuales han centrado los esfuerzos investigadores más recientes en Galicia (Ayán 2001, 16; 2003), Norte de Portugal (Silva 1995 y 1996) y el Norte de la *Asturia* (Ruano Posada 2015). En este contexto los análisis actuales no persiguen tanto el estudio tipológico de las viviendas y sus anexos, ni tampoco su evolución, sino las razones sociales que explican cómo y porqué, las poblaciones del Noroeste crean un determinado espacio urbano y deciden organizar allí su hábitat.

En líneas generales la distribución urbana en los castros del Noroeste Peninsular parte de una integración total con la topografía de la colina donde se ha establecido el poblado, realizándose abundantes modificaciones del relieve mediante aterrazamientos y rellenos, cuando se va produciendo una ampliación del área urbanizable. A diferencia de otros contextos culturales de la misma época, no existe una planificación geométrica del entramado urbano, sino una división por barrios muy compactos, que los investigadores consideran pertenecientes a la misma familia, y cuyas estructuras domésticas, industriales o de almacenamiento, ocupan parcelas en torno a varias calles longitudinales, siempre que haya un espacio lo suficientemente extenso para las mismas, como ocurre en los yacimientos de gran extensión como la Corona / El Posadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013). En el caso de la mayoría de los castros, de medianas o pequeñas dimensiones, la distribución de esos barrios se realiza simplemente en paralelo a la muralla, al no existir más espacio urbano interior en el poblado.

Esta visión general del urbanismo castreño adolece sin embargo de numerosos vacíos en la investigación. Por una parte nuestros trabajos de excavación siempre se han centrado en los espacios fortificados del interior de los poblados, y cuando se han realizado excavaciones exteriores nos hemos encontrado con zonas urbanas abiertas, caso de Crestelos (Sastre 2013), o La Corona / El Posadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013), que abren todo un campo nuevo de estudio que por el momento apenas conocemos. Pese a ello el principal problema es la falta de excavaciones extensas, con una buena documentación del material y cronología de cada estructura, así con una visión clara de la posible existencia o no, de barrios exteriores a la muralla.

La planificación urbana castreña comienza con una modificación extrema del entorno inmediato, del cual provienen todos los materiales constructivos que se van a utilizar en el levantamiento de la muralla y de las viviendas. En castros astures transmontanos como la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001), o San Chuis (Allande, Asturias) (Marín 2007, 137), se ha comprobado la existencia de potentes quemados del entorno vegetal antes de la construcción del poblado. Posteriormente a esta limpieza vegetal se construían las defensas exteriores, aprovechando la tierra y la piedra extraída de los fosos para levantar terraplenes, taludes, o la propia muralla. El levantamiento de la línea de muralla permitía a su vez proceder a un aterrazamiento del espacio anexo a la misma, que serviría de ubicación a las viviendas más protegidas del viento. Estos aterrazamientos mediante rellenos de tierra y piedra, fueron constatados en las primitivas excavaciones de Caravia (Asturias) (Llano 1919), y se repiten en casi todos los poblados astures, bien al inicio del poblamiento, o bien como una solución adicional a la ampliación del espacio urbano, una vez que el castro está cerca de llegar a su límite de ocupación espacial.



Figura 81. Vista parcial de los restos de cabañas de la Segunda Edad del hierro del poblado de La Corona /El Pesadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013, 266). Pese a la coincidencia en una serie de pautas generales urbanas con el resto del Noroeste, entre las tribus astures existe también un fuerte condicionante comarcal en torno al hábitat, y mientras muchos castros están en consonancia plena con la cultura castreña, otros como este, tienen una fuerte influencia de las culturas de Soto de Medinilla y el valle del Duero (Esparza y Larrazabal 2000).

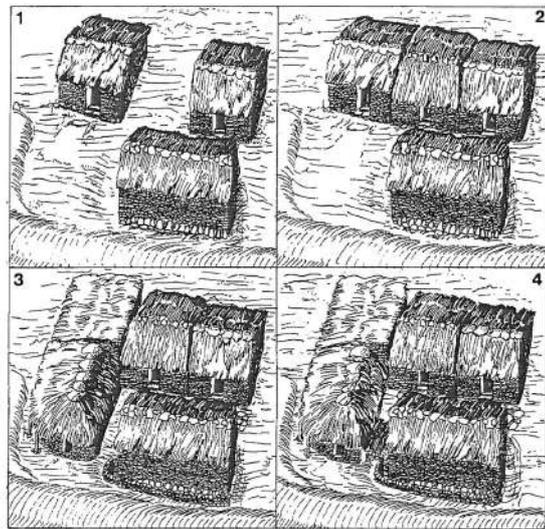


Figura 82. Génesis de un barrio castreño en el castro prerromano de la Corona de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985, 291).



Figura 83. Adaptación en terraza sobre la muralla del urbanismo castreño en el poblado del Chano (Peranzanes, León).

La base del urbanismo es principalmente la vivienda circular, defendida por Cuevillas (1968, 52-53) como un auténtico fósil director de la cultura castreña del Noroeste, y heredera de planteamientos domésticos también mayoritariamente circulares y ovalados del Calcolítico, de estructuras orgánicas, y que se adapta con facilidad a la topografía irregular de los primeros espacios urbanos castreños. No solo la tradición circular se mantiene durante muchos siglos entre las poblaciones astures, sino también la identificación con el espacio primigenio del que es propietario en el castro, modificándose la vivienda una y otra vez siempre sobre ese lugar inicial, sin apenas cambios de ubicación espacial dentro del entramado urbano.

Estamos ante un concepto individualista de la agrupación urbana, pero donde la vivienda busca un espacio inmediato aislado, no por aislamiento social, sino por una necesidad arquitectónica. Las

viviendas astures a las que nos referimos son hasta momentos avanzados de la Segunda Edad del Hierro viviendas orgánicas, construidas mediante un entramado de ramas rellenas de arcilla y una cubierta de paja, sostenida a veces por un poste central. Si estos tejados cónicos estuviesen en contacto entre ellos o con muros de tapial de estructuras cercanas, la evacuación de aguas desde ese tejado, supondría un deterioro inmediato tanto de tejados anexos como de estructuras de barro como son las paredes de las viviendas. La única forma de evitar ese perjuicio por cercanía es mantener una mínima distancia, al menos entre las agrupaciones familiares o barrios, lo que implica también evitar conflictos por la conservación de sus viviendas entre vecinos.

La evacuación de aguas determina no sólo la configuración grupal de muchos barrios, sino también su distribución, pues las calles, son a la vez espacios por donde corre el agua evacuada del poblado en los días de lluvia, algo observado en el poblado de la Corona / El Posadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013). De la misma forma, a partir del siglo IV a.C., el éxito de las murallas de módulos, puede entenderse desde la comodidad que suponen los espacios entre módulos para evacuar el agua de la lluvia, en poblados que en su casi

totalidad, disponen de una pendiente que conduce la lluvia hacia las viviendas y la muralla. De no ser por esos espacios intermedios, en esas terrazas anexas a la muralla donde se hallan las viviendas, se producirían inundaciones del espacio habitable (Fanjul 2004).

Por supuesto este individualismo práctico, tiene como consecuencia la multiplicación de los espacios de desechos, así como la insalubridad, pues los barrios castreños forman debido a su propia estructura alveolar numerosos rincones intransitables, que son ocupados por basura doméstica.

A partir de la Segunda Edad del Hierro se observa un fenómeno común en el urbanismo de los castros astures y galaicos, y que además sigue presente en la nueva concepción doméstica astur-romana, como es la exaltación de la identidad familiar (Ayán 2001) a través de la progresiva búsqueda de la privacidad. De forma paulatina, las viviendas castreñas van cerrando esos espacios exteriores inmediatos a los que se orientaba la salida de la vivienda, con pequeños muros y tapias, formando anexos, que impiden ver desde la calle el interior de la vivienda, y que protegen ahora actividades artesanales, productos almacenados, que antes se hallaban junto a espacios de tránsito común. Este proceso de privacidad, observado más recientemente por Ruano Posada (2015) en el castro de San Chuis (Allande, Asturias), esta ligado seguramente a la búsqueda de una cierta independencia social por parte de las familias que convivían en espacios a veces tan limitados, como eran los poblados fortificados. Dentro de estas observaciones generales y compartidas entre diferentes ámbitos étnicos del Noroeste, los trabajos desarrollados en el Bierzo por Sánchez Palencia y Fernández-Posse (1985), se han centrado de forma particular en el urbanismo astur, apuntando varios aspectos de interés en un ámbito comarcal puramente

astur. Resalta entre ellos la falta de viviendas redondas respecto a otros yacimientos fortificados de la misma época del Noroeste, lo que no impide que se cumplan otros preceptos del urbanismo castreño, como el carácter exento de la mayoría de las primeras viviendas, sus reducidas dimensiones respecto a las viviendas de la Edad del Hierro de otras regiones, y la progresiva existencia de una planificación urbana en poblados de nueva planta, dentro ya de momentos astur-romanos, como la Corona de Quintanilla (Domergue y Silierres 1977).

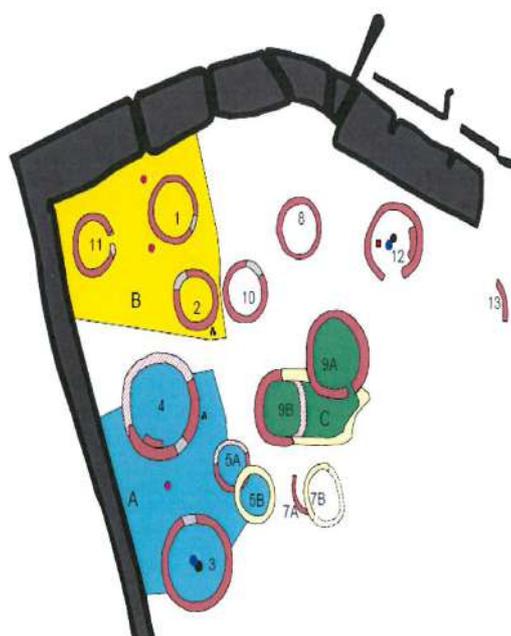


Figura 84. Propuesta de interrelación de las viviendas del barrio bajo de San Chuis (Ruano Posada 2015, 90).

En definitiva, el urbanismo castreño a diferencia de las grandes planificaciones urbanas mediterráneas, tiene como base la unión individual de viviendas circulares, lo que conlleva a la vez la imposibilidad, por motivos de humedad y conservación de las cubiertas vegetales, de que esas estructuras puedan estar unidas, y por lo tanto formar un entramado geométrico de estructuras.



Figura 85. Vista interior de un pueblo de Sanabria a comienzos del siglo XX. (Sanabria.lenguajesculturales.blogspot.com)

La espontaneidad aparente con la que se van formando los barrios castreños se explica a partir de la fuerza de ese individualismo constructivo familiar, basado en cabañas orgánicas fácilmente modificables, hasta la segunda Edad del Hierro, cuando se convierten en estructuras estables de piedra y los espacios de comunicación que se fueron formando en el poblado, quedan constituidos como auténticas calles, cuya conservación se realiza enlosando su superficie con bloques de piedra o cantos rodados.

Pese al desmantelamiento de los poblados astures que supone la conquista romana, aquellos supervivientes al proceso, o aquellos de nueva creación, parten de esas premisas de estabilidad estructural adoptadas en la Segunda Edad del Hierro, incorporando numerosas novedades

producto del contacto con el invasor. Las formas circulares se suavizan o comparten espacio cada vez más con estructuras cuadradas o rectangulares, se sigue ampliando la privacidad del espacio familiar respecto al exterior, incorporando al interior de la vivienda aquellas actividades que se realizaban antes en anejos o en el exterior de la misma, lo que a su vez supone la creación de subdivisiones internas en las viviendas. Estas modificaciones llevan a trasladar el espacio principal de la vivienda, el lar, a las paredes o esquinas de la vivienda, lo que permite más subdivisiones funcionales internas del espacio doméstico (Ayán 2001).

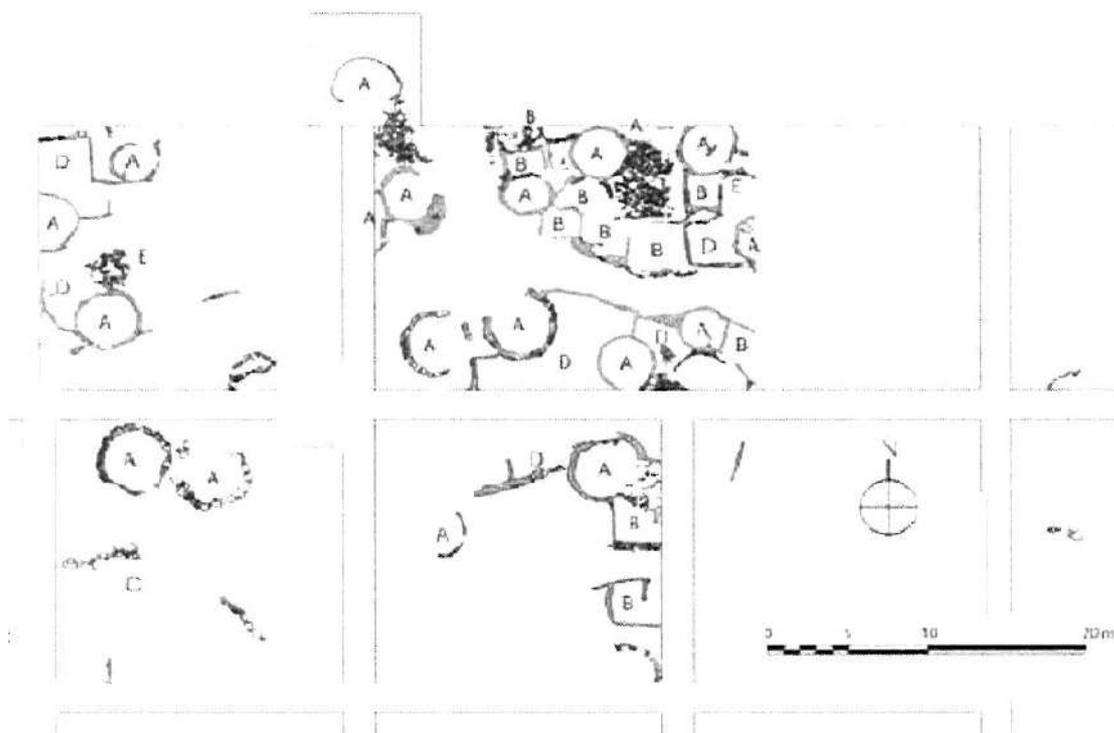


Figura 86. Planta del poblado de la Segunda Edad del Hierro de la Corona / el Posadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013, 260), donde se puede observar en contra de los preceptos tradicionales, como existe un urbanismo incipiente, mediante la distribución de los barrios, que suponemos de filiación familiar, en torno a calles longitudinales que aunque se de forma irregular parecen organizar el tránsito y la trama urbana del poblado.

6.1.3 Las defensas de los castros.

La facilidad natural para la defensa del poblado, fue el principal condicionante a la hora de elegir un promontorio donde ubicar un hábitat fortificado. Otros elementos importantes también como la cercanía a recursos de agua, la proximidad a las principales tierras agrícolas del grupo humano que habita el lugar, o incluso el simbolismo de ese centro de poder a partir de su visibilidad en la distancia, parten todos de ese primer carácter defensivo que requería la construcción de un castro. Más allá del sentido cultural que pueda tener para sus constructores, el poblamiento fortificado va unido a una situación histórica, política y social que requiere de tales medidas. La crisis económica, con un contexto internacional en el que se documentan sistemas de clientelismo y vasallaje desde el siglo IV a.C., la tensión territorial, la posibilidad de invasión, todo ello dentro de una cultura guerrera, implican una reorganización y multiplicación de los enclaves defensivos sobre el paisaje en las sociedades protohistóricas europeas (Davies y Lynch 2000).



Figura 87. Defensas multivalladas del castro leonés de la Corona de Quintanilla (Perea y Sánchez Palencia 1995, 46).

La base de la fortificación tiene igualmente un sentido polifuncional y así, el vallado, limitación espacial y protección artificial del castro, es una situación vinculada al sentido de la propiedad desde la Edad del Bronce (Álvarez Sanchís *et alii* 2008) y que en muchos lugares del arco atlántico europeo se traslada incluso a los lugares de culto (Malrain *et alii* 2000).

A estos conceptos básicos, como son la funcionalidad militar y la limitación de la propiedad habitacional del grupo castreño, se le unen otros según el tipo de poblado, que de la misma forma tienen una enorme importancia en el estudio de las obras militares castreñas. Por un lado, tendríamos la delimitación ritual del poblado (Almagro Gorbea 2002), donde el foso exterior no parece representar solamente una línea física protectora contra el asalto de otros grupos, sino que representaría también una línea protectora contra todo un sinfín de elementos negativos en el contexto espiritual de las

poblaciones protohistóricas que podían afectar a la vida de los habitantes del castro. Los restos humanos y animales localizados en los fosos de los castros de todo el arco atlántico europeo desde la Edad del Bronce (Cunliffe 1993; Fichtl 2000), son buena muestra de ello.

Otros dos elementos muy a considerar en la fortificación castreña serían el de la “monumentalidad” (Criado 1993 y 1993b; Parceros 2002 y Llorio 2007), como una parte más del poder de los habitantes del poblado sobre su paisaje, así como el sentido “cultural” que tendría la fortificación en sí, como representación de las tradiciones bélicas de los grupos castreños (Parceros 2003; Álvarez Sanchís 2011 y 2012), que en algunos casos continúan modificándose durante la época romana (Carrocera 1995).

En líneas generales, el occidente astur es el sector que mayor número de poblados tiene con sistemas defensivos complejos, fosos más contrafosos, lo que sin duda exige una explicación social, histórica o económica, que va más allá de la conocida importancia de la minería aurífera de época romana en ese sector, pero que debido a la falta de excavaciones todavía no podemos aclarar.

El hecho de que el origen de los sistemas defensivos complejos esté bien constatado desde el Bronce Inicial, y sus fechas más antiguas correspondan a regiones de la Europa atlántica (Davies y Lynch 2000), apareciendo con claridad en el Norte peninsular entre estas fechas y la primera Edad del Hierro (Ruiz Zapatero 2003), viene a marcarnos una clara vía de contactos culturales Norte-Sur, en los que estarían inmersos también los poblados fortificados del Norte peninsular (Maya 1989). Estas hipótesis respetarían fenómenos constructivos locales (Wolf 1993), como la existencia de murallas de módulos en el caso astur, cuyo origen regional fue defendido por J.L. Maya (Maya y Cuesta 2001, 53), y posteriormente por nosotros (Fanjul 2003a 24; 2003b), en contra de la visión de otros investigadores (Camino 2000) que engloban dentro del mismo marco tipológico las murallas de módulos, cajones y compartimentadas que les atribuyen un origen mediterráneo.



Figura 88. Terrazas del castro de la Riera (Colunga, Asturias).

El hecho de que las fortificaciones griegas, a las que se hace referencia en el debate, dispongan de torres adosadas a la línea de muralla, y no una compartimentación de la misma, así como el que no esté muy definido la existencia de módulos en otros yacimientos peninsulares citados por Camino (Maya y Cuesta 2001), evidencian aún más la necesidad de no apostar por la vía mediterránea, aunque si a flexibilizar las cronologías de su introducción en Asturias (Villa y Menéndez 2009). La ubicación de los poblados junto a vías de comunicación, o la propia evolución histórica, con reformas en época romana, parecen explicar la existencia de un mayor número de yacimientos con sistemas defensivos complejos en determinadas áreas, una realidad demostrada en los sectores del Suroeste peninsular (Berrocal 1991), y que parece que podría encajar muy bien en otros territorios como nuestro Centro-Occidente asturiano.

Aunque en líneas generales, es la escasez de una base defensiva natural, lo que obliga a los grupos astures a reforzar la protección de un castro mediante la multiplicación de obras militares en forma de fosos, campos de piedras hincadas, empalizadas, y líneas de murallas, coronadas en muchos casos con una gran torre, denominada también bastión de cabecera (Fanjul 2005). Un buen ejemplo de esta necesidad de construcción militar en promontorios con escasas cualidades defensivas naturales lo tenemos en el castro astur de San Joao das Arribas (Salgado 2015, 213), donde toda esa ingeniería militar en forma de fosos, campos de piedras hincadas y murallas de una anchura considerable entre los 6 y 8 m., ya se ha desplegado desde los comienzos de la Edad del Hierro, un fenómeno de fortificación temprana observado también en otros yacimientos astures, como el foso de Valencia Don Juan, o la muralla de Sacaosjos (Celis y Muñóz 2015).



Figura 89. Muralla de módulos del castro prerromano de la Campa Torres (Gijón, Asturias).

La construcción del foso exterior parece ser la primera obra que se realiza en la construcción de un castro (Ayán 2003), y dicha apertura seguramente estuvo cargada de un fuerte contexto ritual con dos claras bases, la iniciación de un asentamiento y la protección simbólica de sus habitantes. La tierra y piedra extraída durante la construcción de los fosos, sirvió como material constructivo para las murallas de los poblados (Rodríguez y Sastre 2013), aprovechando previamente también en algunos casos como la Peña del Castro (La Ercina, León) (Muñoz *et alii* 2015), para realizar un acondicionamiento del terreno mediante rebajes de la roca en algunos puntos, de tal forma que la línea de muralla ganase algo de altitud, y se ajustase lo más perfectamente posible a la topografía natural de la zona.

Las murallas castreñas astures, salvo la característica tipología de módulos a las que nos referíamos anteriormente, circunscritas a Asturias y el extremo Norte de León, suelen formarse mediante una simple línea murada, a la que a veces acompaña una gran torre en la zona de acceso al poblado. La forma y tipología de estas líneas defensivas dependen en primer lugar de la topografía del promontorio que se pretendía defender, y en segundo lugar de la geología y tradición constructiva comarcal. Así por ejemplo, en las sierras del Noroeste de la provincia de Zamora y pese a ser una comarca homogénea en la orografía, hay muchos yacimientos donde la muralla es parcial, gracias a una topografía del emplazamiento que no necesita de una muralla perimetral completa (Rodríguez y Sastre 2013). Esta adaptación a los salientes rocosos es una característica particular de cada emplazamiento, en la que se encajaba la línea defensiva. En otros casos como Peñas de la Cerca (Rionegrillo de Sanabria, Zamora) el acceso al poblado es muy complejo, ascendiendo de forma gradual a través de una serie de plataformas

fortificadas, donde la muralla sirve para contener el desnivel de terrazas junto al espacio intramuros, y que constituían los principales espacios de hábitat. La muralla se construye en este yacimiento como una línea de paramentos simples sin mortero, aunque la presencia de antemuros, como sistema de soporte a una línea irregular, es un elemento atípico dentro de las fortificaciones prerromanas castreñas. (Rodríguez y Sastre 2013).



Figura 90. Foso del castro prerromano de Valencia de Don Juan (León) (Celis y Muñóz 2015, 53).

En yacimientos más extensos, los *oppida* astures como Las Labradas (Arrabalde, Zamora), la técnica de construcción de la muralla consistió en

el levantamiento de dos paramentos en seco, rellenándose el espacio intermedio con bloques irregulares, aunque se observa una cimentación previa en el caso de la muralla exterior, en forma de basamento de la línea defensiva. Otro de las peculiaridades de este gran poblado astur es que los bloques de la pared interior se unen con arcilla, mientras que los de la exterior no. Como ejemplo de complejidad constructiva en la muralla interior occidental, se documentan dos torreones, que entre ambos forman una entrada de acceso al poblado en forma de embudo (Misiego *et alii* 2015). Ejemplo también de esa dependencia de la geología local, lo observamos en los poblados astures del valle Medio del Duero, ajenos a fuentes de abastecimiento de roca, y que mantienen las tradiciones constructivas propias de la cultura de Soto de Medinilla, mediante líneas de muralla construidas en adobe. En el yacimiento de la Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora), por ejemplo (Misiego *et alii* 2013, 209) ya aparece en la primera Edad del Hierro una estructura defensiva compuesta por bloques de adobe, formando una línea de 1,90 m. de anchura, donde los bloques se encajan de forma alterna, bien a soga, a tizón, o de forma mixta, de tal forma que su disposición conforma un bloque más sólido y más difícil de dismantelar, apoyada además en su cara externa con un potente zócalo de piedra. La muralla de adobe de la Corona, característica de amplias zonas del valle del Duero, dentro de la denominada cultura de Soto, presenta sin embargo una característica que la separa de los poblados de este ámbito cultural, y que conecta a la perfección con el ámbito étnico de la región donde se halla el poblado. Sus medidas, entre los 6 y 8 metros de anchura, es una característica propia de los castros del Noroeste de la provincia de Zamora (Esparza 1986, 245-247), ajena en muchos aspectos con el mundo "Soto" (Misiego *et alii* 2013, 211).

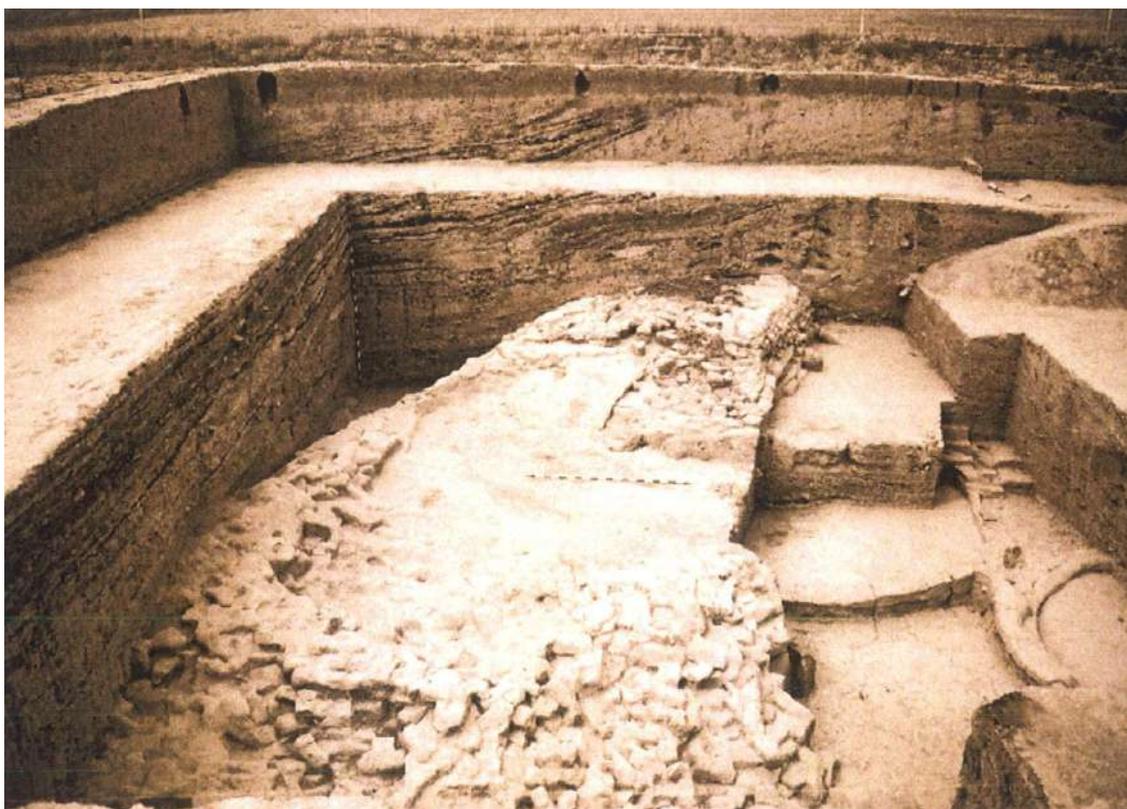


Figura 92. Muralla formada con bloques de adobes en la Corona (Benavente, Zamora) (Misiego et alii 2013, 209).

Estas estructuras defensivas construidas con bloques de adobe suceden a otras más antiguas todavía, propias de la Edad del Bronce, y que se forman mediante una simple línea de empalizada construida con postes de madera que han dejado sus huellas paralelas en el sustrato de yacimientos como Sacaojos (Misiego *et alii* 1999) en pleno valle del Duero, pero idénticas a otras empalizadas también documentadas en el Noroeste como el Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) (Villa 2002).

El mejor ejemplo de la diversidad de estructuras defensivas, dentro de esa dependencia del relieve y la geología local dentro del territorio astur lo encontramos entre las comarcas vecinas del Bierzo (León) y el Caurel (Lugo), donde se

observan unos fenómenos bastante diferenciados en cuanto a la evolución de las defensas castreñas.

Por un lado al Norte del Bierzo, los castros de Laciana disponen de murallas típicas del territorio astur transmontano como es el caso de las murallas de módulos, con amplias reformas desde la primera Edad del Hierro hasta momentos en contacto con la romanización (Rubio y Quintana 2015).

Poco más al Sur, los castros de la Corona y el castro de Corporales apenas disponen de estructuras defensivas, más allá de unos fosos, que en el caso del Castro, se corresponden con obras de época romana quizás más destinadas a una guarnición militar que controla la minería del oro.

Finalmente y dentro de esa todavía oscura re-fortificación de algunos castros astures en momentos avanzados de la romanización, los castros del Caurel como Santa María de Cervantes (López *et alii* 2010), o la Torre (Álvarez 1993), despliegan una ingeniería militar desproporcionada en sus accesos con fosos múltiples, contrafosos y líneas de murallas, en unos momentos muy tardíos para el fenómeno castreño.



Figura 91. Puertas de Arrabalde (Zamora) con sus torreones correspondientes.

Este sobreesfuerzo en la fortificación se produce normalmente en los castros astures en un momento en que previenen convertirse en el próximo objetivo militar de Roma, y se multiplican las reformas, como se observa en castros Galaicos vecinos como el de Castelhino (Santos 2015), donde se alzan las alturas de las torres que defienden los accesos y se refuerzan las líneas de murallas.

Existen por supuesto otras soluciones defensivas en los poblados fortificados astures menos monumentales, caso de cercas exteriores utilizando la tierra obtenida de fosos cercanos, espacios en altura previos al poblado que llamamos antecastros, y que sobre una base natural seguramente estuvieron fortificados para añadir más dificultades en el camino al poblado, o incluso cercas hechas de ramas y empalizadas que apenas han dejado huellas arqueológicas en la actualidad (Fanjul 2005; 2015). Finalmente otro elemento peculiar que se da en algunos castros del Noroeste, entre los que destacan

numerosos poblados astures, son las piedras hincadas, un sistema defensivo de claro origen prerromano, y cuya complejidad como construcción, tiene unas profundas raíces y difusión en otros contextos europeos desde la Protohistoria (Esparza 2003).



Figura 93. Piedras hincadas en el castro asturiano de San Isidro (Foto Angel Villa – *Regio Cantabrorum*).



Figura 94. Vivienda circular con cubierta vegetal del occidente asturiano (Cangas del Narcea) a comienzos del siglo XX. (Kruger 1925, 83).

6.1.4. La vivienda.

El principal problema que tenemos en el análisis de la vivienda astur es la crónica e incomprensible falta de documentación intensiva de los hallazgos en el interior de las viviendas, con su correspondiente publicación, a la que debería sumarse una cronología para los diferentes niveles de uso doméstico.

Si hay algo común dentro de las variadas tipologías de vivienda dentro del amplio espacio geográfico astur, es la base de una tradición en la ubicación urbana de la casa, la cual, durante siglos, va reformándose in situ, pero sin grandes cambios en cuanto a sus dimensiones o localización respecto a su ubicación original. Esas reformas dejan huella arqueológica y se corresponden con diferentes momentos de

habitación, de la misma forma que pese al uso constante del suelo de la casa, y su renovación/limpieza cada cierto tiempo, existen huellas materiales de diferentes tipos de uso para diferentes momentos. Esta realidad arqueológica es incompatible con una documentación por parte de los investigadores donde se mantiene una visión totalmente uniforme de una estructura castreña, la cual por poner solo un ejemplo, se califica como "*vivienda de la segunda Edad del Hierro*", lo que abarca nada menos que 400 años, para la que tenemos que entender en base al registro publicado, que no han existido ni cambios estructurales, ni funcionales de los espacios interiores. Se presentan mayoritariamente las estructuras domésticas como un elemento uniforme sin apenas cambios, para las que con suerte, en algunos casos excepcionales, conocemos la disposición exacta de sus materiales durante la última ocupación, pero que en la mayoría de los casos se presentan como estructuras castreñas de tal época, sin más detalles.

La investigación de la evolución de la vivienda de la Edad del Hierro con una documentación publicada tan mayoritariamente deficiente, es sencillamente

imposible. De nada sirve conocer las dimensiones de una estructura circular, de la que conocemos que apareció "*cerámica, un broche y varios clavos*", si no tenemos una localización exacta de esos materiales, unas pruebas evidentes de a que contexto cronológico pertenecen, y sobre todo, la prueba irrefutable de que pertenecen todos a una última ocupación doméstica, en estructuras que como decíamos previamente comienzan a estabilizarse con muros pétreos 300 años de la conquista romana, y pueden haber estado ocupadas durante nada menos que quinientos años. Intentar convencernos, que esa vivienda ha estado invariable durante esos 400 años de ocupación, se constituye como una práctica tristemente habitual de algunos arqueólogos, para desesperación de todo aquel que intente algo tan sencillo, como escribir la historia de una vivienda astur.

El otro gran problema la hora de hacer un balance general sobre la vivienda y su evolución, es la gran diversidad arquitectónica que se observa en los más de medio centenar de castros astures excavados hasta la fecha. A diferencia del sector galaico, y en contra de lo que pudiera interpretarse como una cultura más del Noroeste, el territorio astur dispone de diversos modelos, producto de una fuerte tradición comarcal a veces, caso de las arquitecturas rectangulares cercanas al mundo vetón en el Sur de la *Asturia*, más flexible a los cambios de forma de vivienda en otras, como se ve en la evolución de la vivienda astur del valle del Duero, y a la vez capaz de resistir 2000 años de historia para mantener entre el Norte de León y el Suroccidente asturiano los últimos ejemplos vivos hasta hace medio siglo, de viviendas circulares de cubierta vegetal.

Esta diversidad unida al problema previo de la falta de cronologías concretas de muchas estructuras, y de su definición funcional, por la

deficiente documentación arqueológica realizada en algunos yacimientos, nos conduce a una situación difícil en lo que se refiere al estudio de las arquitecturas astures. Pese a ello, muchas otras excavaciones, sí han podido documentar al menos unos cambios en las viviendas estudiadas, que nos sirven para plantear unas pautas evolutivas más o menos generales dentro del caos documental.

Curiosamente esas pautas de evolución doméstica, pese a las amplias diferencias tipológicas de las viviendas astures y las del resto del Noroeste, siguen una línea común.

Las viviendas de la Edad del Bronce y los comienzos de la Edad del Hierro se caracterizan por ser unas estructuras orgánicas muy endebles, formadas por un entretejido de pequeños postes y ramas, que con forma circular y ovalada, requieren muchas veces de apoyos de piedra junto a los soportes principales, por la debilidad estructural de la casa. La evolución de estas estructuras conduce a una consolidación progresiva de los muros, primero con arcillas que hacen de pared sobre el entretejido de ramas, posteriormente en momentos avanzados intermedios de la Edad del Hierro, con bases de piedra en las que apoyar toda la estructura orgánica, y más adelante al final de la Edad del Hierro, con muros totalmente construidos con piedra, donde la única estructura vegetal es el tejado mantenido a veces por un poste central, al que también se intenta dar estabilidad con una base de piedra.

A partir de la romanización se generaliza un fenómeno que antes solo se observaba en los grandes poblados como Las Labradas (Arrabalde, Zamora), como es la construcción de pequeñas divisiones internas, para diferentes funciones dentro de una misma vivienda, lo que conlleva también un aumento de las dimensiones de estas.



Figura 95. Palloza y hórreo cuadrangular con cubierta vegetal típicos de la sierra de los Ancares (León, Lugo).

En paralelo, aquellas que no disponen por la configuración urbana de la posibilidad de un crecimiento en dimensiones, y que ya tenían en su inmediatez otras estructuras para otras funciones no domésticas, caso de talleres o almacenes, lo que hacen es cerrar con muros esas estancias de uso particular, creando conjuntos familiares a modo de gran vivienda. Estos cierres suponen también una búsqueda de la privacidad familiar respecto a zonas de paso comunes, evitando que desde la calle exterior se puedan ver las actividades familiares.

Pese a que el mundo castreño comienza a desaparecer a partir de la conquista romana, la tradición constructiva pervive durante la tardorromanidad donde se observa la supervivencia de viviendas circulares de tradición prerromana pero con cambios estructurales en busca de un mayor aislamiento del espacio habitable quizás debido a unas condiciones climáticas exteriores que han

empeorado en esta época (Dark 2000), con estructuras de tablas sobre basamentos de piedra en el caso de la Garba (Teverga, Asturias) (Fanjul 2011), o con muros anchos, formados por dos paredes de piedra cuyo interior se rellena de arcilla y ramas, caso de la vivienda circular de la Campa Torres, para la que nosotros apostamos por una cronología tardo-antigua.

La espectacular pervivencia de las arquitecturas circulares de cubierta vegetal en el Noroeste astur, usadas como vivienda hasta comienzos del siglo XX, no nos permite sin embargo hablar de una continuidad total basada en la tradición.

Pese a la evidente fosilización de las formas, la falta de estudios de viviendas medievales y de época Moderna en esas comarcas, así como la constatada adaptación de los cambios estructurales internos típicos de la vivienda campesina medieval, con la convivencia de animales y humanos dentro de la misma estructura apenas separados por una pared de ramas, nos lleva a desconocer la secuencia evolutiva completa de este tipo de viviendas limitadas geográficamente a unas pocas comarcas de la antigua *Asturia*.

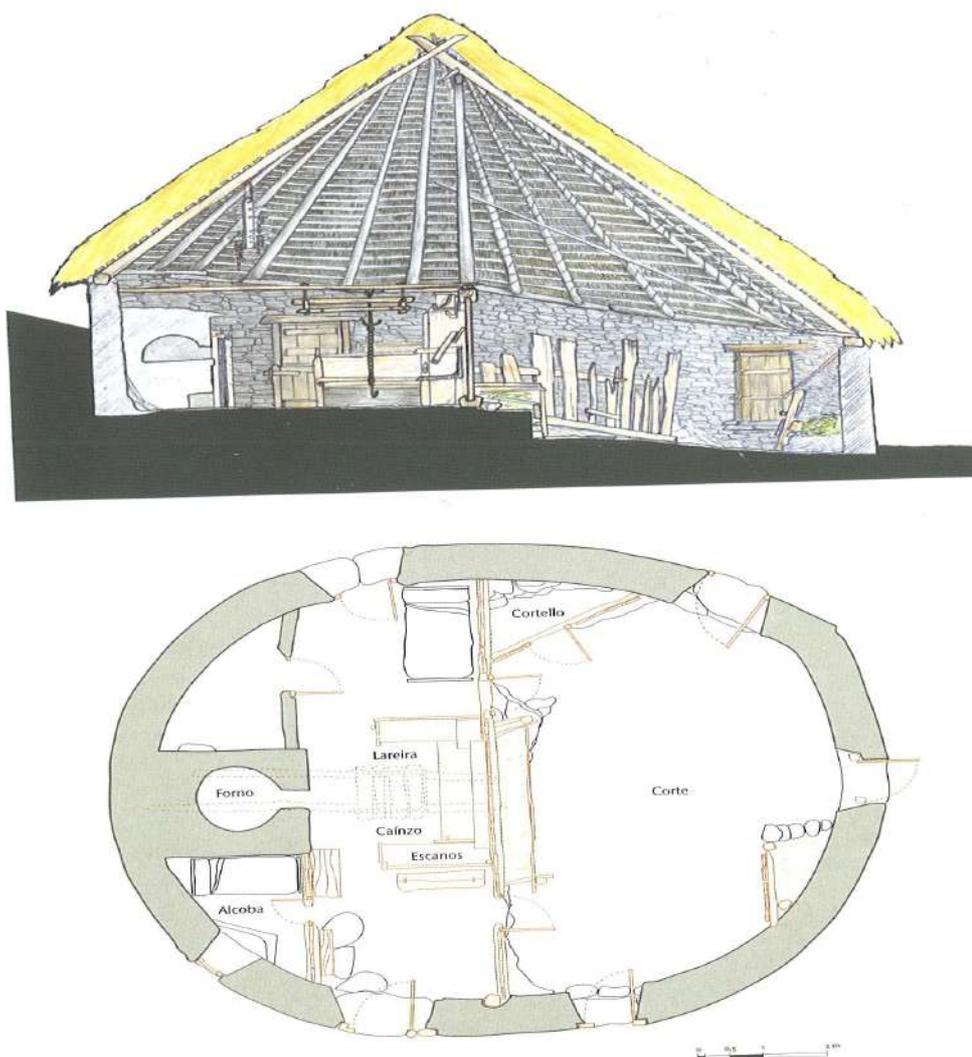


Figura 96. Planta y alzado interior de la vivienda circular tradicional de Casa Pedro en Ibias (Asturias) según Paredes y García (2006, 137). Corte: Cuadra, Lareira: Cocina, alcoba: habitación, escaño: banco corrido, Forno: Horno.

El yacimiento de Sacaos (Santiago de Valduerna, León) (Misiego *et alii* 1999), muestra todavía en la primera Edad del Hierro esa realidad doméstica endeble y orgánica, continuación de otra peor conservada pero presente en el Bronce Final. Las cabañas circulares y ovaladas de este castro estaban formadas por postes de madera, que sujetaban un armazón de varillas de ramas y arcilla, de entre 4

y 6 metros de diámetro. En algunos de los casos, esas viviendas disponen de suelos pavimentados caracterizados por arcillas amarillentas, así como de unos hogares de forma cuadrangular muy sencillos formados por una acumulación de cantos de río entremezclados con arcilla, y situados en una posición central de las casas, cuyas puertas estaban orientadas hacia el Este. Dentro del proceso constante de consolidación de esas arquitecturas domésticas, entre los siglos VIII y V a.C., aparecen zócalos de piedra sosteniendo estructuras de adobe con cubierta vegetal, zócalos que también dejan sus huellas como base perfecta de cabañas estables en otros castros astures en el siglo IV a.C., como Moriyón (Villaviciosa, Asturias) (Camino 1997a).

Por comarcas geográficas dentro de la misma *Asturia*, en el valle del Duero nos encontramos una excepcional secuencia arqueológica en el yacimiento de la Corona / El Posadero, con viviendas tanto de la Primera como Segunda Edad del Hierro que nos permiten ver los cambios arquitectónicos dentro del mismo yacimiento.

El primer poblado de la Edad del Hierro dispone de una mayoría de viviendas circulares casi completamente construidas en su totalidad con pared de adobe. En su interior se localiza un hogar central de diferentes tipos, y adosado a la pared un banco corrido que en algún caso aparece pintado completamente de rojo. La pared de algunas cabañas tendría también un enlucido pero de color blanco. Estas viviendas forman pequeños conjuntos tomados como unidades familiares, en los que también se incluyen otras estructuras como almacenes, hornos y pequeños establos.

El paso a la Segunda Edad del Hierro supone en primer lugar el cierre y urbanismo intensivo de esos espacios familiares, formando pequeños barrios articulados en torno a patios centrales. Las viviendas siguen la dinámica circular anterior, aunque se generalizan los zócalos de piedra que antes eran excepcionales y su interior sigue las mismas características previas. Se apunta para esta época, una mayor presencia de estancias de planta rectangular en la planta urbana, aunque la casi totalidad de estas plantas no parecen en nuestra opinión que se trate de viviendas, y sí de almacenes alargados, o pequeños establos anexos a las viviendas, que mantienen en su casi totalidad la planta circular de la tradición previa (Misiego *et alii* 2013).

En el área Suroeste de la *Asturia*, dentro de lo que se corresponde con las provincias de Zamora y los Tras Os Montes portugueses, las viviendas exhumadas de la Primera Edad del Hierro

muestran una importante tradición de las estructuras circulares de postes (Sastre 2013), donde al igual que en la *Asturia transmontana*, el sector central de Asturias, se van sustituyendo durante la Segunda Edad del Hierro por estructuras de zócalos de piedra también circulares (Berrocal *et alii* 2002).

Curiosamente un sector geográfico intermedio como es el Sur del Bierzo leonés, se sale de esta tradición constructiva con unas plantas de viviendas mayoritariamente cuadrangulares de esquinas redondeadas, sin que hasta el momento sepamos explicar esta diferencia dentro de la misma región geográfica.

Es cierto que esas estructuras se corresponden con un momento avanzado de la Edad del Hierro, para cuya excepcionalidad se ha llegado a proponer por los mismos investigadores que han estudiado los poblados de Corporales, que pueda tratarse de grupos astures huidos del Sur ante la presión romana, lo que les lleva a edificar nuevos poblados donde la planta de vivienda constituía también una novedad (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985).

Éstas tendrían como único paralelismo en momentos precedentes, las viviendas de castros de las zonas serranas del Sur de la *Asturia*, caso del *oppida* de Las labradas (Arrabalde, Zamora), donde a finales de la Edad del Hierro todas las viviendas conocidas hasta el momento de este yacimiento son cuadrangulares, con una subdivisión interna de las estancias (Misiego *et alii* 2015). Sea como fuere las viviendas astures del Bierzo leonés, se caracterizan por disponer de muros de piedra donde la arcilla se usa de argamasa, y pese a sus escasas dimensiones, se requieren ocasionalmente apoyos con postes centrales, así como lajas de pizarra en las techumbres (Fernández-Posse 2001).

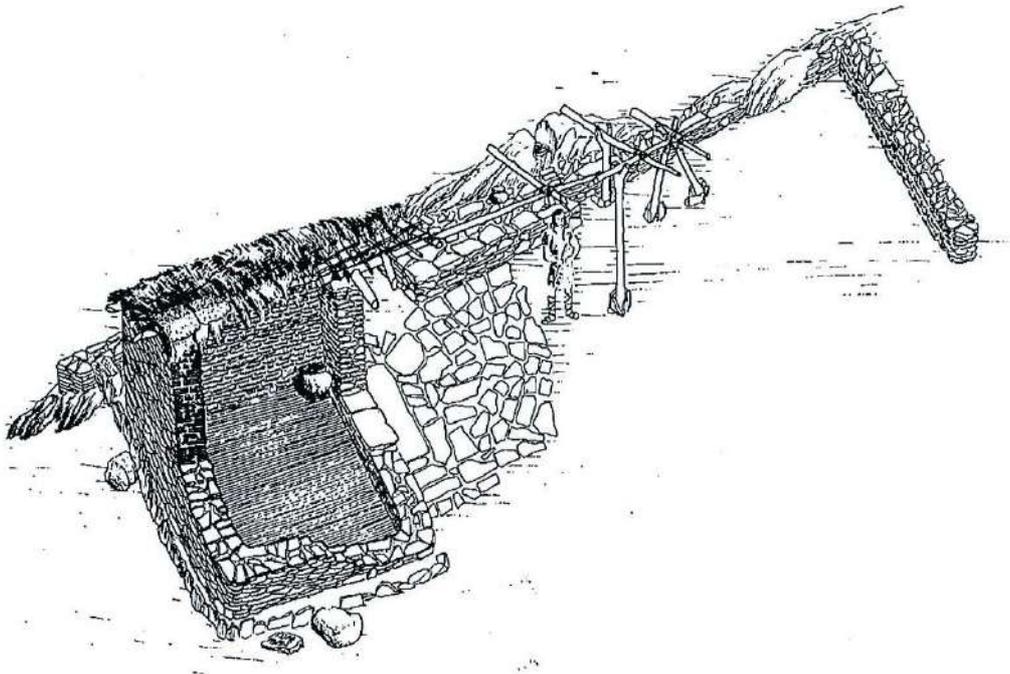


Figura 97. Idealización de estructuras de taller exterior del castro de la Corona de Corporales (Sánchez Palencia y Fernández Posse 1985, 290).

A través del yacimiento de la Corona de Quintanilla (Domergue y Sillieres 1977) se observa una sustitución progresiva de esos postes por muros interiores que ya no solo hacen de soporte, sino también dividen estancias dentro de la misma estructura, aunque ya en los comienzos de la época romana. Los excepcionales ejemplos de estructuras circulares en los castros de esta comarca a los que nos referimos, como La Corona y el Castro de Corporales, la Corona de Quintanilla y el Castrelín de San Juan, parecen corresponderse con graneros y palleiros/parreiros a modo de almacén, lo que lleva a plantear la inexistencia de un elemento también tan característico de la sociedad norteña como es el banco interior corrido que se observa en el resto de las viviendas de la Edad del Hierro del Norte Peninsular.

Al norte y al Oeste de la misma comarca, se vuelve a recuperar la "normalidad" circular del resto de castros astures con ejemplos de referencia por la espectacularidad de la conservación de sus estructuras domésticas, caso del Chano de Peranzanes en el mismo Bierzo leonés, o ya en época romana el castro de Santa María de Cervantes en Lugo.

En el caso del Chano se han excavado diecisiete viviendas todas ellas circulares casi todas con el mismo patrón constructivo y orientación hacia el Este. Al pasar el umbral de la puerta, a veces sobreelevado mediante una escalera, lo que protege el interior en caso de lluvia, se localizan piedras con huecos para pequeños postes y hogares, en las cercanías de las sujeciones de postes centrales, que sostienen la techumbre. En los muros, al igual que ocurre en el castro astur-romano de Santa María, se observan huecos, bien como soporte de un primer piso, o bien para sostener elementos colgantes en el muro, a modo de alacenas (Celis 2002).



Figura 98. Vivienda del castro del Chano de Peranzanes con banco de piedras adosado a la pared y base central para cocina o soporte de poste interior.

En Santa María (López *et alii* 2010), el grosor de los muros y la abundancia de huecos hace pensar en un mayor número de viviendas con dos alturas, si tenemos en cuenta alguna de las reconstrucciones idealizadas de sus excavadores, lo que explicaría la ausencia de construcciones auxiliares anexas y la categoría de vivienda de casi todas las estructuras descubiertas. Esos almacenes y talleres que normalmente ocupan otra estancia en otros castros astures, incluso de la misma zona geográfica como los de Corporales, en el caso del Chano y Santa María, se hallarían en los pisos superiores a la estancia principal.

Uno de los mejores ejemplos en cuanto a cambios drásticos de las formas urbanas y domésticas a partir de la romanización, que no parece observarse en esos dos grupos diferenciados del Bierzo, es el castro de San Chuis (Allande, Asturias). En este yacimiento

habitado desde la Edad del Bronce y durante varias fases de la Edad del Hierro, la romanización supone la transformación y abandono de sus antiguas cabañas circulares, por otras cuadrangulares, cuya disposición y divisiones internas, llevan a plantear la conversión de San Chuis en un centro administrativo-militar durante los primeros años de la conquista (Jordá Cerda *et alii* 2014, Marín 2011, Ruano 2015). Las plantas cuadrangulares se generalizan a partir de esta época en paralelo a una supervivencia de las viviendas circulares en el mundo rural astur, con modelos evolucionados de armazón de tablas sobre muros de sillares en época tardorromana, caso de la vivienda encontrada por nosotros en el castro de la Garba (Fanjul *et alii* 2009). Otros ejemplos tardoantiguos también asturianos como las viviendas de la llanura interior del castro, ya abandonado en ese momento, de la Campa Torres, muestran un uso de los muros de piedra combinados con estructuras internas de madera o arcilla (Maya y Cuesta 2001).



Figura 99. Vivienda parcialmente circular del castro astur-romano de Santa María de Cervantes en Lugo con base del lar o cocina interior.

Estas soluciones de complejidad arquitectónica en el modelo de vivienda circular van encaminadas a aislar lo máximo posible el interior de la vivienda mediante una mayor calidad y grosor de sus muros, cambio que está en relación directa con el conocido empeoramiento del clima a finales de la época romana (Dark 2000).

6.1.5. Otras estructuras de los castros astures.

La bibliografía arqueológica en lo referente a los pueblos del Norte se ha centrado casi siempre en las estructuras domésticas y defensivas, mayoritarias en todos los yacimientos estudiados, lo que ha dejado en un plano de interés secundario otros elementos que formaban parte fundamental de la vida de los astures, bien como estructuras industriales, de almacenamiento, o de aspectos tan importantes como el abastecimiento de agua. Incluimos en este trabajo algunas de ellas, relegando al capítulo correspondiente a la religión, aquellas que podían tener unas funciones simbólicas o rituales.

6.1.5.1. Pozos de abastecimiento de agua. La cercanía de fuentes de agua es, junto a las cualidades defensivas de un promontorio, las dos premisas más importantes a la hora de elegir un lugar para la ubicación y construcción de un poblado.



Figura 100. Pozo número 3 de la Campa Torres, utilizado como espacio de almacenamiento de agua proveniente de una fuente cercana todavía no localizada.

gotitas las cuales rellenan el hueco hasta alcanzar el nivel de equilibrio. Con todo, los pozos artesanos poseían una estructura compleja, con un forro en piedra y un relleno intermedio, entre forro y terreno natural, formado por piedras y gravas" (Maya y Cuesta 2001, 89).

El abastecimiento de agua de todo el poblado no podía depender de un abastecimiento puntual gracias a la lluvia, ni siquiera en aquellas comarcas de la *Asturia transmontana* donde ésta tiene mucha más presencia que en el resto del territorio astur.

El castro ideal disponía en su interior de una fuente natural que permite el abastecimiento. Fuera posible o no, la construcción de pozos donde se almacenaba el agua de la lluvia, añadía más recursos hídricos al poblado. En el caso de la Campa Torres (Gijón, Asturias), los pozos descubiertos estaban destinados a conectar niveles freáticos subterráneos con la superficie mediante una estructura de escalones: *"...En la excavación de un agujero cilíndrico hasta alcanzar el nivel plio/pleistocénico de origen marino, formado por cantos rodados cimentados con arenas, con una cierta capacidad de exudación, que permite filtrar un continuo de*

Los cuatro pozos descubiertos cuentan con la misma estructura, y mientras los profundos permiten el acceso a la base para una persona, los otros son accesibles desde la superficie sin necesidad de escalones. No todos los pozos de la Campa estaban destinados a extraer fuentes de agua subterráneas. En uno de los casos, el número 3 del sector 18, se constituye como un aljibe cuya función es el almacenamiento de agua.

6.1.5.2. Estructuras industriales de fundición de metal. Desde comienzos de la Protohistoria determinados trabajos de fundición de metales, se realizaban en espacios anexos a las propias viviendas, como si se tratase de una actividad artesanal más, sin tener en cuenta sus riesgos higiénicos.

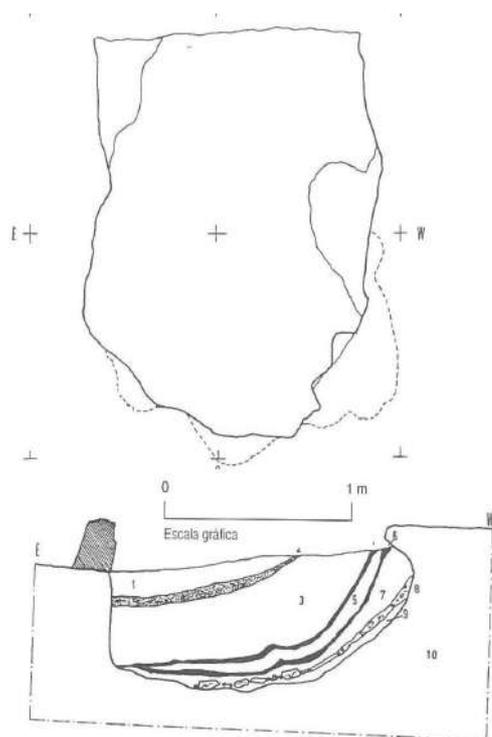


Figura 101. Planta y perfil de la cubeta 3 del sector 6 de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001, 94), donde se observan los diferentes niveles de cenizas y carbones que fueron cubriendo la estructura. En esos niveles aparecieron restos también de crisoles, escorias metalúrgicas y pequeñas piezas de bronce.

Las precauciones urbanas para alejar las actividades metalúrgicas del área de viviendas parecen concretarse en la Segunda Edad del Hierro, cuando se utilizan para estos trabajos espacios alejados de ambientes domésticos, si tenemos en cuenta la ubicación periférica de los restos industriales hallados en Podes (Fanjul 2015), en la parte exterior de la muralla de la Garba (Fanjul y Marín 2006), en la llanura intramuros de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001), o de forma más espectacular, los 30 hornos construidos en el foso de Crestelos (Mogadouro, Portugal) (Sastre 2013,

84). En el caso de la Campa encontramos diversas cubetas excavadas en la tierra, destinadas a la realización de pequeños hornos de reducción mineral, y sobre todo, de fundición de chatarra para reconvertirla en nuevas piezas de bronce. Su estructura como describe Maya y Cuesta (2001, 91) es la de "receptáculos o cubetas en las que se debían depositar vasijas - horno, constituidas por cerámicas corrientes en el yacimiento, rellenas de carbón y minerales a fin de reducir estos últimos, liberando en su fondo lingotes metálicos, con la ayuda de la inyección de aire con un fuelle provisto de una tobera, de las que se han encontrado varias".

6.1.5.3 Hórreos. Diversas estructuras de almacenamiento en altura.

El clima y el determinismo geográfico, con su tradición constructiva correspondiente dependiendo de la comarca, parecen haber marcado las diversas tipologías de hórreos prerromanos. Sin duda en toda la Península Ibérica el silo excavado en la tierra, constituye la primera forma de almacenamiento de cereales en las comunidades rurales también del Noroeste desde la Prehistoria a la Edad Media (Ayán y Parcero 2009; Salido 2009).

El origen del hórreo Atlántico, caracterizado por cuatro postes y una estructura orgánica sobre el mismo, parece detectarse a comienzos de la Edad del Hierro ya en la Meseta (Martín y Vírseda 2005), como una solución sencilla al progresivo enfriamiento climático, que puede suponer la inundación y destrucción de los almacenes en forma de silos.

Durante la Segunda Edad del Hierro nuestros hórreos se constituyen como unos auténticos almacenes en altura, gracias a su soporte mediante muros rectangulares o circulares, dependiendo de las zonas de *Asturia*.



Figura 102. Base de piedra del hórreo de Crestelos, del tipo “cabaceiro” pero con mayores dimensiones a las estructuras etnográficas conservadas hoy en día en el Noroeste Ibérico. Foto cortesía del director de las excavaciones (Sastre 2013).

La romanización parece seguir un modelo más sencillo de estructura de almacenamiento, a modo de palleiro o parreiro, como se observa en el Bierzo, reemplazando la estructura en altura, por una estancia más del urbanismo castreño, con la diferencia de disponer de un acceso elevado, para impedir la humedad y la entrada de alimañas.

Hace ya años (Fanjul 2005) que propusimos que algunas acrópolis de los castros del Noroeste, en las que no aparecen restos constructivos se utilizaron quizás como espacios para almacenamiento, teniendo en cuenta que esas zonas altas son las más expuestas al viento. Las excavaciones intensivas del poblado astur de

Crestelos (Mogadouro, Portugal), confirman este aspecto con el hallazgo de varias estructuras circulares, idénticas al vecino poblado galaico de Castelhino. Su estructura tiene como base muros bajos y paralelos, a los que se añaden algunas lajas a modo de cobertura (Sastre 2013, 85), sobre la que se emplazaría el canasto de varas y cubierta vegetal que hace de hórreo, al estilo de muchos cabazos y cabaceiros del Noroeste actual, pero con la singularidad de no disponer de postes, sino de varias hiladas de muros cortos sobre los que se sostiene el hórreo.

Si en el extremo occidental de la *Asturia*, se observa ese modelo rectangular y circular de hórreo modelo "cabaceiro", en todo el sector central predomina el hórreo de estructura alargada, formada por una estancia base, abierta al menos en uno de sus sectores, sobre la que se establece una estructura orgánica en un piso superior. En el caso de los castros astures del valle del Duero, esa estructura base aparece construida con tapial, mientras que en castros situados en las montañas de la cordillera, la observamos construida en piedra. El primer ejemplo

lo tenemos en el poblado de la Segunda Edad del Hierro de La Corona / El Pesadero, más concretamente en la esquina Noreste del sector 1, donde aparecen unas estructuras alargadas, con la zona de acceso pavimentada mediante cantos de piedra, muy similares a otras estructuras de almacén observadas en el mundo ibérico (Salido 2009). Según los investigadores (Misiego *et alii*, 132), estas estructuras orientan sus entradas a una calle principal, aislando su acceso mediante el empedrado y dejan pequeños pasillos entre ellas. En su interior no se hallaron suelos de ocupación, lo que nos lleva a plantear la posibilidad de estar ante otro modelo de hórreo en altura, pero construido con paredes de tapial. La inexistencia de restos materiales en su interior, así como el aislamiento que produce el empedrado del acceso, nos hace plantear sin dudas que estamos ante un almacén, que bien cerrado, o en altura, sostenido por los muros de arcilla, servía para conservar el grano.

El segundo modelo de hórreo cuadrangular alargado, lo encontramos en el castro de Larón (Cangas del Narcea, Asturias), que sus investigadores describieron como: "...*Edificación de planta alargada, rectangular, con unas dimensiones aproximadas de 5 por 2 m. El conjunto aparece como una edificación extraña...*" (Maya y de Blas 1983, 164), y que en nuestra opinión se trata claramente de un hórreo, que al igual que en el caso anterior, dispone de un pequeño pasillo abierto en la planta baja, posible lugar donde se ubicarían las escaleras de ascenso a la estructura de la planta superior. En este caso la estructura es de piedra, y el problema consiste en su encuadre cronológico, ya que los materiales hallados en el castro no permiten verificar si el hórreo se ha construido antes o después de la romanización.



Figura 103. Bases de estructuras de almacenamiento de la Segunda Edad del Hierro en el yacimiento de la Corona / El Pesadero (Zamora) (Misiego *et alii*, 134).

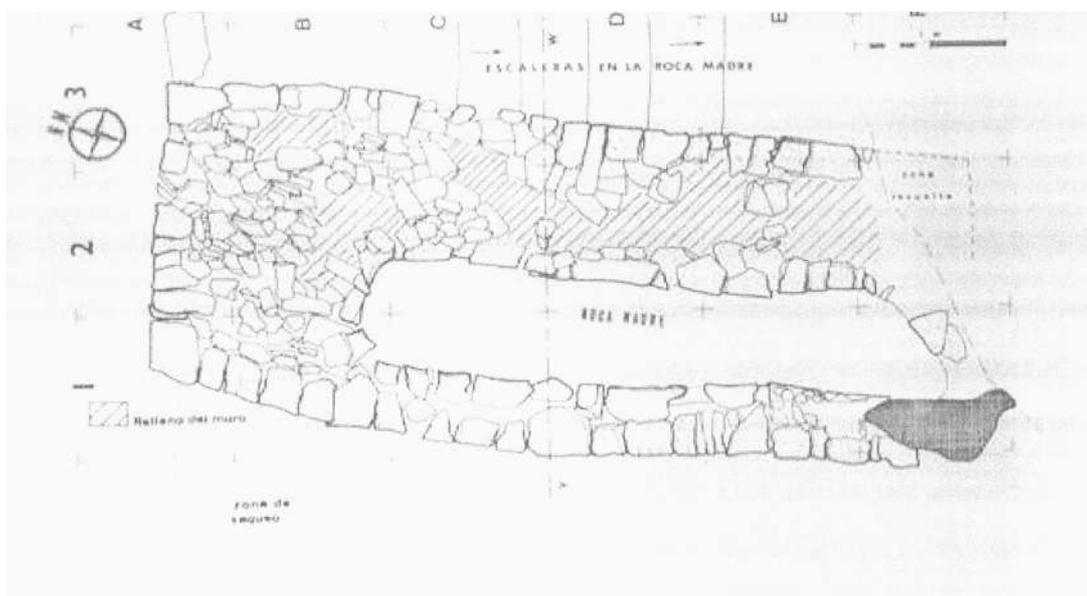


Figura 104. Base del hórreo alargado de Larón (Maya y de Blas 1983, 164). Pese a las dudas cronológicas, su forma rectangular alargada se corresponde con el modelo prerromano de hórreo astur, detectado en otros castros del Sur, convirtiendo estos restos en el hórreo más antiguo conocido hasta la fecha en la actual Asturias.



Figura 105. Parreiro tradicional con cubierta vegetal actualmente en uso en Ibias (Asturias), idéntico en estructura y funcionalidad a algunos de los almacenes castreños encontrados en el Norte de León.

6.1.5.4. Almacenes cerrados. Posibles Parreiros / palleiros.

Otro sistema de almacenamiento lo constituyen estancias anexas a viviendas, cuya entrada se sitúa a más altura impidiendo un acceso directo desde la calle, para impedir tanto inundaciones como la entrada de roedores. Estas estructuras, son idénticas en forma y dimensiones a los Palleiros o parreiros tradicionales del Noroeste, utilizados también para el almacenamiento de hierba y que pueden ser circulares o cuadrangulares, igual que en las estructuras descubiertas en los castros. Si bien son muchos los ejemplos detectados en diversos yacimientos astures, alguno de los mejores representados se ha estudiado en la zona del Bierzo, caso del almacén del Castrelín de San Juan (León) (Fernández-Posse 2001). La estructura de almacenamiento dispone de un pequeño patio al otro lado del cual aparece la vivienda, con unas dimensiones un poco mayores que el almacén. Este mide unos 3 m de ancho por 4 m de largo, dispone de un muro del mismo grosor que la vivienda anexa y la falta de hallazgos materiales en su interior, al igual que la ausencia de una puerta de entrada a la estructura, nos indican que estamos claramente ante un almacén.

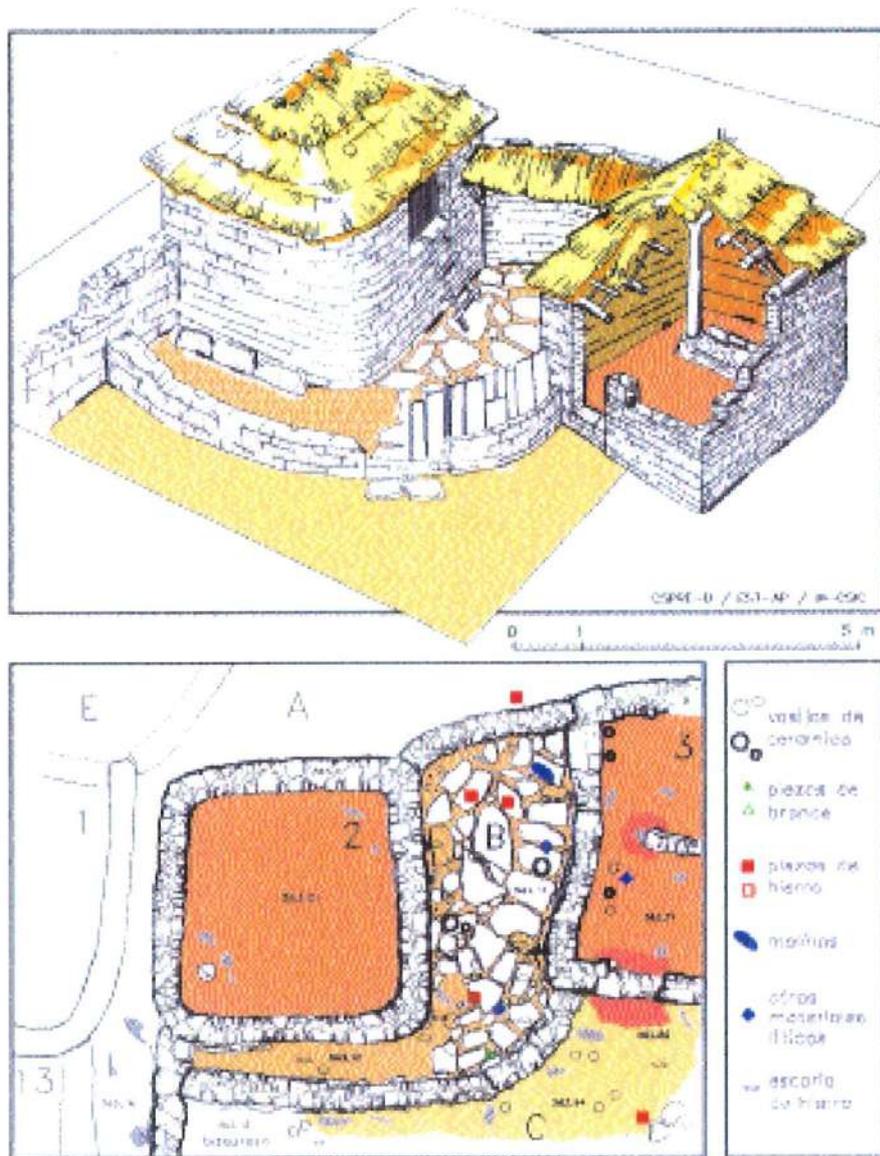


Figura 106. Planta y perfil del almacén del Castreín de San Juan (Fernández-Posse 2001, 12).

6.1.5.5. ¿Hornos de transformación de cerveza?.

La mayor parte de los hornos encontrados en los yacimientos astures se trata de pequeños hogares domésticos en el interior de las viviendas, lo que los excluye de los tipos de hornos industriales, en parte excavados en el suelo, caso de los destinados a la fundición de metales, o sobre una repisa y con una pequeña bóveda, cuando se trataba de transformación de alimentos distinta al uso cotidiano. Estos se destinaban a la fabricación de pan, el cual se cocía adosando la masa junto al hogar de la vivienda, al igual que se ha seguido realizando hasta nuestros días en las cabañas de montaña del valle de Lena (Concepción 2013).

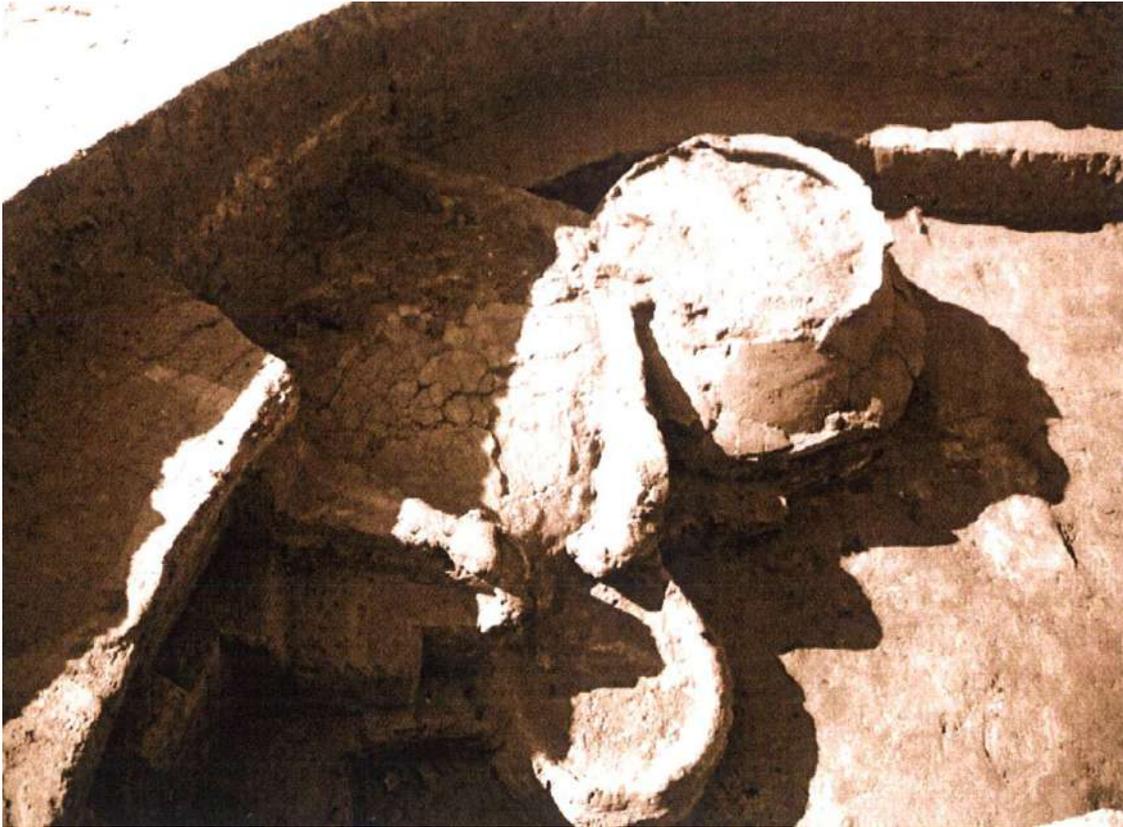


Figura 107. Horno de la Edad del Hierro del castro de la Corona / El Pesadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013, 155), cuya estructura, anexa a un gran recipiente contenedor de líquidos, y ajena a los hornos domésticos tradicionales de las viviendas astures, podría plantear su uso en la transformación de la cerveza.

Un caso especial lo constituye el horno descubierto en el poblado de la Corona / El Pesadero (Zamora), descrito por sus descubridores como un hogar/horno: "*Se trataba de una estructura de planta romboidal construida aprovechando la presencia de un banco-vasar...en el flanco Oeste del hogar y pegado a este se exhumó una gran vasija bitroncocónica, introducida en un hoyo excavado en el pavimento para albergarla, que debía estar relacionada con la mencionada estructura del hogar-horno*" (Misiego *et alii*

2013, 152). En nuestra opinión su estructura y dimensiones nos conduce a pensar en que estamos ante un horno para la transformación de alimentos, y que posiblemente pudiese estar destinado a la producción de cerveza, si tenemos en cuenta que los alimentos se procesan en los hogares domésticos, y que este horno dispone de una base que facilita la manipulación del cereal tostado, aparte de una gran vasija para contener el líquido, anexo al propio horno. La estructura ocupaba el sector central de la pared de una cabaña circular, a cuyos lados, discurría un gran banco corrido en la pared, lo que aumenta el carácter social de este espacio que por los materiales hallados en su interior, no parece haber sido usado como vivienda. Si conocemos además, que las cervezas primitivas se producen y se consumen casi en el mismo día, se podría plantear la existencia de un espacio para la transformación de este tipo de bebida.

6.2. Las granjas.

Las dificultades para la prospección de nuestro paisaje Atlántico, la pobreza estructural y material de esas unidades menores de poblamiento, así como los escasos seguimientos intensivos de los movimientos de tierra actuales, habían propiciado un vacío de conocimiento en lo que respecta a la presencia de posibles granjas o aldeas en abierto de la Edad del Hierro en el cantábrico. El hallazgo de la explotación rural de las Vallinas (Fanjul *et alii* 2017), demuestra su existencia, y la comparación de los datos procedentes de esta granja con los de los castros ocupados en épocas similares, nos permite una visión más completa de la evolución económica de los antiguos Astures entre el final de la Prehistoria y el comienzo de la ocupación romana. El impacto de la romanización supone un shock sin precedentes en las viejas estructuras sociales y económicas del sector central de la actual Asturias, produciéndose a partir del siglo I d.C. una lenta y progresiva recuperación de la economía rural.

6.2.1. ¿Donde están nuestras granjas?

En los últimos dos siglos de arqueología asturiana, los castros y el poblamiento fortificado han centrado todos los debates en torno al poblamiento antiguo en la región. La vegetación atlántica que caracteriza nuestro paisaje hacía casi imposible el hallazgo de pequeñas unidades de poblamiento como las granjas.

Por otra parte, solo a través de los seguimientos intensivos de obras de construcción, habían aparecido estas estructuras en otras zonas de la Península Ibérica (Rojas *et alii* 2007). En Asturias, la ley de patrimonio no exige un seguimiento intensivo de grandes obras y esa es la razón, de que a día de hoy, somos

posiblemente la única región de Europa occidental donde casi nunca aparecen restos arqueológicos cuando se abre la caja de una autopista.

Nuestras sucesivas revisiones del paisaje fortificado (Fanjul 2005, Fanjul y Menéndez 2004) nos conducían a pensar que Asturias no era una excepción, y que al igual que en el resto de la Europa Atlántica prerromana (Maune 1998, Roedel y Techiatti 1999), debían existir unidades menores de poblamiento sin fortificar, bien como aldeas, granjas o estaciones ganaderas de montaña, que nosotros denominamos brañas.

La existencia de hallazgos materiales de la Edad del Hierro en valles donde no existían castros, las escasas dimensiones de la mayoría de los castros asturianos, así como el relativo escaso número de poblados que debieron estar ocupados al mismo tiempo en toda la región, eran razones suficientes para defender no solo la existencia de unidades menores de hábitat no fortificadas, sino también para plantear, que aparte del paisaje también la sociedad estaba jerarquizada al igual que en el resto de Europa occidental (Almagro y Torres 1999, Woolf 2002, Fanjul 2013).

Nuestra revisión nos llevaba a defender una ruptura con las teorías, que defendieron el mito materialista de la "comunidad" autosuficiente e igualitaria prerromana, como forma de interpretar la Edad del Hierro cantábrica (Fernández-Posse y Sánchez Palencia 1998).

Los hallazgos casuales de las Vallinas han supuesto un respaldo firme a nuestras hipótesis, y los análisis van más allá de la simple información habitacional. El colapso absoluto que sufre el poblamiento fortificado en Asturias con la llegada de la romanización, también se observa en las pequeñas unidades de poblamiento.



Figura 108. Vista de las antiguas huertas de las Vallinas (Teverga), al final de las cuales estaría establecida una granja astur con diferentes fases de ocupación.

6.2.2. Hallazgo y excavación de las Vallinas.

Los terrenos conocidos como las Vallinas se asientan a 670 metros de altitud en las laderas de la sierra de la Sobia, en el centro del valle de alta montaña de Teverga (Asturias). La ubicación concreta de las sucesivas granjas en ese punto del valle no es casual. Estamos posiblemente ante la mejor tierra de cultivo de todo el valle, con un pequeño reguero que abastece de agua la zona durante todo el año, un suelo y una orientación muy propicios para los cultivos de cereal de montaña, así como un relieve que protege del viento toda la huerta. El paisaje está formado por terrazas de antiguos cultivos en ladera, que van descendiendo durante un kilómetro y medio

desde la pared vertical de roca caliza de la Sobia, hasta el fondo de valle donde discurre el río Páramo.



Figura 109. Localización del corte donde aparecieron los primeros materiales arqueológicos de las Vallinas, en las laderas de la sierra de la Sobia.



Figura 110. Vista aérea de los tres sondeos.

La base geológica está formada por grandes deslizamientos glaciales de rocas calizas de la sierra, sobre los que se han asentado capas de arcillas. El producto de esas avalanchas puede observarse por toda la ladera de la Sobia, donde los bloques calizos sobresalen en el paisaje.

A finales de 2013 el propietario de los terrenos decidió abrir unos metros de pista entre dos terrazas agrícolas, que le permitieran el paso de un vehículo.

El corte realizado en una de las terrazas permitió el hallazgo de numerosos restos de fauna, cerámica, fragmentos de molinos circulares y pequeños elementos metálicos, que le llevaron a ponerse en contacto con nosotros y comenzar los

trámites de una investigación arqueológica más profunda.

A primera vista el contexto de los hallazgos se podía encuadrar a finales de la Edad del Hierro, sobre todo en base al hallazgo de un molino con rebaje escalonado en su parte superior, típico de los castros asturianos (Maya 1988-1989), así como de los elementos cerámicos, todos ellos con paralelos idénticos en el vecino castro prerromano de la Garba.

En el año 2004 realizamos varios sondeos en dicho castro, localizando una ocupación de los siglos IV-III a.C., sin que hubiese restos de ocupación romana, más allá de una posterior aldea de los siglos IV-V d.C. (Fanjul *et alii* 2007).

La falta de hallazgos de granjas o aldeas en abierto para esta época en toda la región hacia de las Vallinas un yacimiento excepcional cuya excavación comenzamos al año siguiente.



Figura 111. Vista del sondeo 1.

Entre julio y agosto de 2014 se realizaron las investigaciones arqueológicas. En primer lugar estudiamos el corte del terreno que propició los hallazgos con una limpieza estratigráfica, para pasar varias semanas después a la apertura de tres sondeos.

La limpieza estratigráfica dio como resultado la identificación de un nivel donde se concentraban los restos materiales, casi a ras del suelo de la pista (ue 2.2.), y otro en el que también se observaba una potente capa de cenizas y arcillas rubefactadas (ue 2.3.). La capa superior (2.1. y 2.2.) constituye un revuelto de pequeños bloques calizos y material arqueológico, cuya posición es producto de siglos de trabajos agrícolas posteriores.

El primer sondeo lo ubicamos a veinte metros ladera arriba del corte estratigráfico. Nuestra primera hipótesis era que de existir tantos restos materiales en unas capas superficiales en pendiente, por lógica, podría haber una zona de hábitat de donde provenían todos los desechos

hallados más abajo. Este primer sondeo se ubicaba en una pequeña terraza muy llana, el lugar perfecto para el posible hallazgo de estructuras de hábitat. A partir de los 60 cm de profundidad los materiales históricos desaparecían para empezar a encontrar pequeños fragmentos de cerámica a mano, de gruesos desgrasantes y con variedad de cocciones, que identificamos como cerámica de la Edad del Hierro. En ese contexto y a los -70 cm., aparece un suelo de ocupación de unos 10 cm de grosor, formado por arcillas rubefactadas, carbones y cenizas. Su posición más o menos llana y su similitud con el suelo de ocupación descubierto en la limpieza estratigráfica nos permitieron identificarlo como los restos de una cabaña.

Las analogías con los restos de paredes de cabañas que encontramos en el vecino castro de la Garba (Fanjul 2011), así como las improntas de varas de madera que formaban su superficie, nos llevan a plantear que ese nivel son las paredes derruidas de una choza, todo ello sobre un suelo de cenizas y carbones.



Figura 112. Las Vallinas. Vista de los sondeos 2, junto al camino, e inicio del 3, un poco más arriba.

El sondeo 2 se ubicó en el corte de terreno estudiado al abrirse la pista. El objetivo era excavar de forma intensiva el suelo de ocupación localizado en la limpieza estratigráfica previa, teniendo en cuenta que parte del mismo había desaparecido con motivo de la construcción de la pista. La secuencia estratigráfica era la misma que habíamos detectado con la limpieza y pudimos diferenciar de forma acotada, qué materiales pertenecían al suelo de ocupación, así como que otros materiales se habían depositado posteriormente. Dos grandes bloques de piedra caliza irregular parecían limitar la ubicación del nivel de ocupación (ue 2.3.), pero las escasas dimensiones de este sondeo, con unos 4 m de largo por uno de ancho, no permitían observar la posible estructura de habitación formada en parte por los bloques de piedra.

El sondeo 3 se ubicó en un lugar intermedio entre ambos sondeos 1 y 2. La finalidad era descartar que en una pequeña llanura de apenas 8 metros cuadrados, de una terraza inmediatamente superior al sondeo 2, existiera otro espacio de ocupación del que provenían todos los restos materiales superficiales encontrados en ese sondeo.

En este caso las dimensiones que planteamos fueron solo de 1 m por 1 m con el único objetivo de detectar suelos de ocupación de los que se habría deslizado ladera abajo, el material localizado en el sondeo 2. El resultado fue negativo, y la estratigrafía muestra un nivel único de revuelto típico posterior a la ocupación del sondeo 1, producto de labores agrícolas intensivas, en las que aparece mezclado abundante material óseo, cerámico e incluso lítico.

A nivel estratigráfico es evidente que tenemos primero unos suelos con uso humano de época indeterminada dentro de la prehistoria reciente, pero sin los cambios profundos de una agricultura intensiva. Posteriormente aparecen los restos de dos cabañas, la del sondeo 1 adscrita a la Edad del Hierro y el suelo de ocupación del sondeo 2 que enmarcamos en el año 15 d.C.

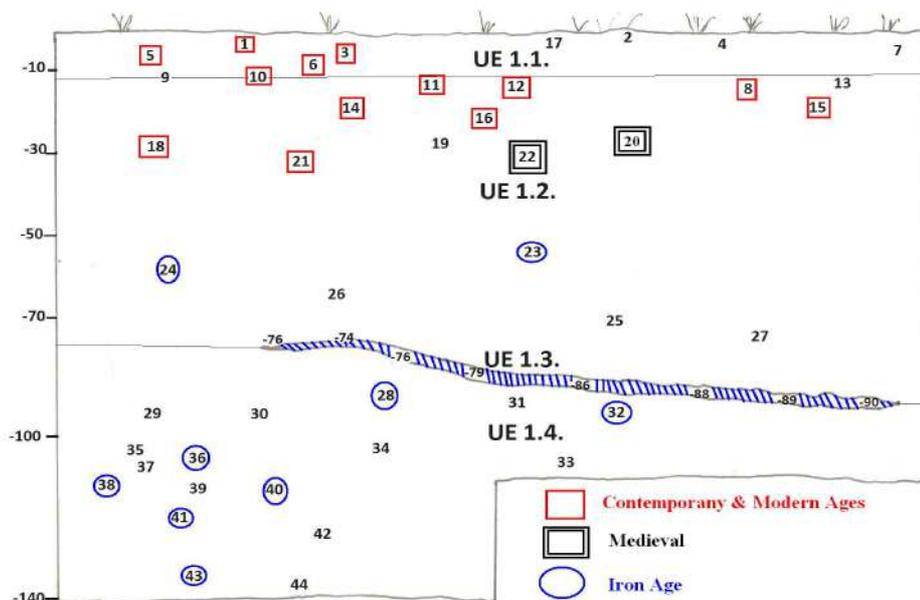


Figura 113. Corte del sondeo 1, con la localización de los materiales y los restos de la cabaña de la Edad del Hierro (ue 1.3).

A partir del establecimiento de las sucesivas estructuras de habitación, la estratigrafía, todavía muy potente en profundidad hasta esos suelos de cabañas desaparece, y se convierte en un revuelto de pequeños bloques calizos y basura de distintas épocas posteriores, mostrando los efectos de una agricultura intensiva desde la misma Edad del Hierro.

6.2.3. De la granja de la Edad del Hierro al colapso Astur de la unidad 2.3. (Comienzos del siglo I. d.C.).

Los datos de las Vallinas coinciden en casi todos los aspectos con los de los poblados prerromanos estudiados del centro de la región. Según los datos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), una deforestación del territorio se habría

producido en torno al siglo XI a.C., dejando un paisaje abierto mayoritariamente formado por pastos y campos de cultivo de cereal, a los que siguen en menor medida los cultivos variados de leguminosas donde las manchas de bosque húmedo, formadas por robles y castaños principalmente, se centrarían en las cercanías de arroyos y ríos. Esa deforestación continúa de forma progresiva en el centro de la región, si tenemos en cuenta los datos de Llagú (Balado y Marcos 2006), dentro de una intensificación de la economía agrícola en la que encajan los datos de los primeros niveles de ocupación en las Vallinas.

Las muestras de fauna sin embargo varían, los poblados de la segunda Edad del Hierro consumen abundante vacuno y ovicáprido, al que siguen una progresiva diversificación de las especies en los últimos años de la prerromanidad y que va haciéndose más local y variada a partir de la época romana. Los materiales y los niveles descubiertos en el sondeo 1 muestran claramente un uso agropecuario de las Vallinas durante los últimos años de la prehistoria.

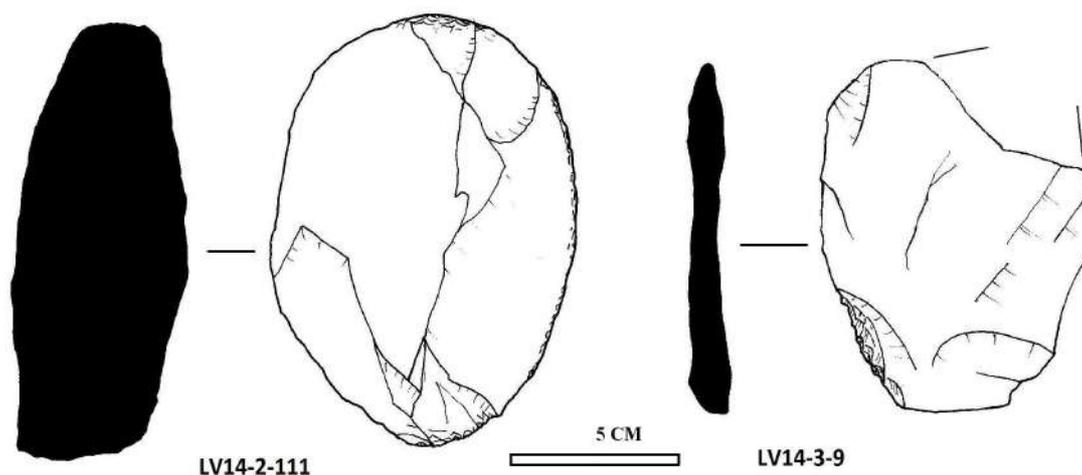


Figura 114. Materiales líticos de cuarcita de comienzos del siglo I d.C. de las Vallinas.

Los análisis de polen muestran un paisaje muy abierto y ya deforestado desde siglos anteriores, formado por pastos y tierras de cultivo de cereal con bosque escaso, en el que destaca la presencia de robles, pero también de castaños, así como un monte bajo formado por helechos de diferentes especies.

El uso de las Vallinas en esta etapa pasa por dos momentos dentro de la misma época, en una primera fase la agricultura parece seguir unas pautas muy rudimentarias, con escasa intensidad en el registro estratigráfico (ue 1.4.) y donde se utilizan quemadas sucesivas en los campos, posiblemente para limpiar las zonas de pasto y cultivos una vez terminada la recolección de grano. Los análisis de componentes en los materiales cerámicos muestran, que en esta primera fase se utilizan los barro del propio terreno para la confección de las piezas y que en paralelo a las actividades agrícolas y ganaderas, existe una economía metalúrgica basada en la transformación del bronce.

En la segunda etapa nos encontramos un suelo de ocupación con parte de la pared derruida de una cabaña, formada por un entramado vegetal de

ramas de avellano, relleno y cubierto de barro. Los análisis vuelven a mostrar que ese barro para la construcción de la cabaña procede del mismo terreno, pero no así las cerámicas, las cuales se están fabricando en otra zona del valle con mejores desgrasantes. La aparición de esta cabaña coincide con una intensificación de la agricultura en las Vallinas (ue 1.2). Los restos de fauna hallados en los primeros niveles de ocupación protohistórica de las Vallinas (ue 1.4.), se corresponden en su totalidad con ovicápridos, en consonancia perfecta con el entorno rocoso de la sierra de la Sobia con la que limita el yacimiento. En definitiva estamos ante una población que sigue una economía mixta, principalmente agrícola y ganadera, pero también metalúrgica si tenemos en cuenta las gotas de fundición de bronce localizadas en la ue 1.4. A partir del asentamiento de la granja como estructura doméstica (ue 1.3.) se observa una intensificación al máximo de la actividad agrícola.

Entre los acontecimientos que marcaron la historia de la granja sabemos que en el 29 a.C., una rebelión de los Vacceos, posiblemente ayudados por Cántabros y Astures, supone el inicio de las guerras astur-cántabras. Un año más tarde, Augusto abre las puertas del templo de Jano en Roma y marcha hacia la Península (Schulten 1943). Tenemos pocas noticias de los sucesos de los años 28 y 27 a.C., más

allá de los nombres de los generales romanos. Esta parquedad de datos posiblemente sea debido a que sus expediciones bélicas fueron una exploración o tanteo del territorio enemigo para una campaña de mayor categoría, como la desarrollada al año siguiente. Esta campaña se desarrolla principalmente en Cantabria (Gutiérrez y Hierro 2001), con la toma de enclaves del norte de Palencia y una campaña de montaña que parece culminar con una primera derrota de los cántabros (Peralta 2000). En los últimos días del invierno del año 25 a.C., los astures intentaron sorprender al ejército romano en el sector más occidental del conflicto, junto a su capital de Lancia. La toma de la ciudad y otras localidades vecinas por parte de Carisio, parece que acabaron con el conflicto en el sector sur del territorio astur. Antes de regresar a Roma en el año 24 a.C., y cerrar las puertas del templo de Jano, Augusto ordenó a cántabros y astures el fin del hábitat en los castros y el traslado de la población a espacios no fortificados.

En el año 22 a.C., se produjo una rebelión generalizada en el territorio astur-cántabro contra la opresión del gobernador Carisio. Una guerra de montaña dirigida por el general Cayo Furnio, consiguió la victoria con la toma del mítico Monte Medulio y varios enfrentamientos cruciales contra los astures (Vicente 2008-09). Entre los años 21 y 20 a.C. asistimos a una cierta paz, seguramente mantenida por el exterminio y la esclavitud de parte de la población local en edad militar. Un año más tarde, la llegada de varios esclavos cántabros fugados del dominio romano supuso el inicio de una nueva rebelión general y una nueva represión sobre la población. A partir de este momento se consideran acabadas las campañas militares de conquista.

Una revisión de todos los castros asturianos excavados ofrece una visión directa de las consecuencias de la invasión romana.

La totalidad de los castros de la Asturias oriental y central no sobreviven a esos años y en algunos de ellos se pueden observar claras huellas de incendio, caso de Podes (Fanjul 2015), Moriyón (Camino 1997), Caravia (Adán *et alii* 1994), mientras que otros como Llagú muestran incluso material militar romano coincidiendo con esos niveles de destrucción (Balado y Marcos 2006). El resto de poblados son abandonados. En el occidente de Asturias la situación es diferente y si bien sobreviven algunos centros de poder, la presencia de material militar romano y la escasa revisión de los niveles arqueológicos de esa época, nos lleva a plantear una supervivencia relativa respecto al panorama de destrucción y abandonos en el centro-oriente de la región. Los datos arqueológicos y epigráficos nos llevan a plantear la continuidad del conflicto con Roma hasta época de Nerón en momentos avanzados del siglo I d.C. Por un lado la epigrafía nos habla de una rebelión astur en los años sesenta del siglo I d.C. (CIL XI, 395), y es solo a partir de esos años cuando comienzan a construirse estructuras de poblamiento romanas en Asturias, caso de las villas viarias.

Es en este contexto de inestabilidad durante los primeros años del siglo I d.C., más concretamente en torno al 15 d.C., cuando la estructura de ocupación de la Edad del Hierro que habíamos observado en el sondeo 1, se traslada varios metros cuesta abajo, de forma inmediata a los campos de cultivo. El paisaje ha cambiado por completo y no sólo en nuestra granja. Todos los castros asturianos con análisis polínicos estudiados muestran una transformación brusca del entorno (Maya y Cuesta 2001). En el caso de las Vallinas la enorme proporción de bosque que aflora en las laderas de la Sobia, entorno al 70 %, ha ocupado los antiguos campos de pastos y las terrazas de cultivo, dentro de lo que parece un abandono generalizado del paisaje, donde los cultivos de cereal, en este caso escanda y escaña, son muy escasos.

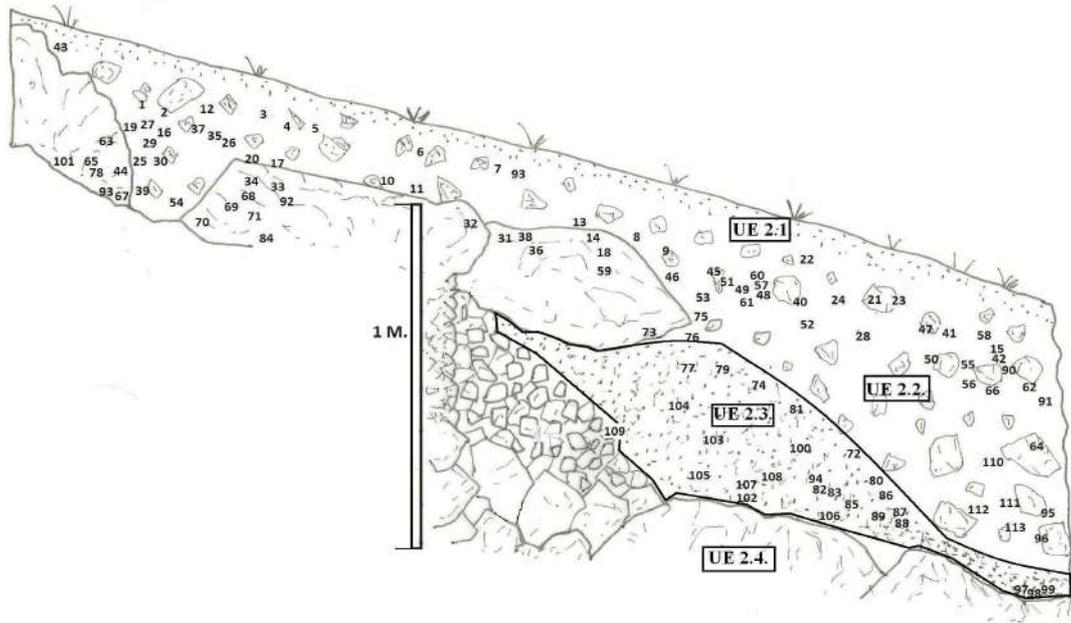


Figura 115. Perfil estratigráfico del sondeo 2 de las Vallinas.

En paralelo, la vida en la mayor parte de los castros ha desaparecido. En el caso de Llagú el abandono es también evidente aunque la mayor presencia de cultivos de cereal con ese creciente bosque ha de entenderse dentro de las necesidades de sostener a la guarnición militar que ocupa el yacimiento (Berrocal *et alii* 2002), mientras que en la Campa sucede algo similar (Maya y Cuesta 2001), el bosque devora el paisaje sobreviviendo algunos cultivos de cereal.

En lo que respecta a la fauna, en las Vallinas las especies y sus porcentajes coinciden con exactitud con la fauna consumida en la segunda Edad del Hierro en el vecino castro de la Garba. Las diferencias interregionales son fácilmente explicables pues Llagú y la Campa han dejado de ser centros de poder y tienen ahora otra función más localista, por lo que la fauna consumida es también más local, mientras que las Vallinas, sigue siendo una granja continuadora de los

modelos de explotación económica de la segunda Edad del Hierro. En este sentido entre el material cerámico de esta época no se advierte ni un sólo elemento romano y las piezas son idénticas en color, textura y componentes a las de los niveles de la Segunda Edad del Hierro del castro de la Garba.

Lo mismo ocurre con los materiales líticos donde se siguen utilizando cantos de cuarcita procedentes del fondo de valle como machacadores y manos de moler ocasionales.

Existen otros dos aspectos de interés en el repertorio faunístico de la granja si lo comparamos con el del vecino castro de la Garba. Por un lado el vacuno consumido en las Vallinas es de una edad muy adulta, de peor calidad cárnica que en la Garba, mientras que el cerdo desaparece de la dieta y sus habitantes consumen jabalí. En el aspecto estructural existe también una mayor precariedad que en los restos conocidos de finales de la Edad del Hierro asturiana. La choza, más que cabaña de la ue 2.3., aprovecha un resalte natural y una posición en ladera para su ubicación, y la mayor escasez de restos de arcillas con improntas respecto a los restos del sondeo 1, nos llevan a plantear la existencia de una choza más endeble, donde incluso la techumbre según los análisis, está claramente compuesta de

arbusto, y no de hierbas o cebada, como suponemos para el resto de construcciones conocidas prerromanas.



Figura 116. Nucleo/Machacador de cuarcita en la base del suelo de ocupación del sondeo 2.

En definitiva la precariedad de medios materiales, estructurales, la mayor pobreza dietética acompañada de un paisaje abandonado nos lleva a plantear la marginalidad de las poblaciones rurales astures de estos primeros años del siglo I, si los comparamos con el contexto económico previo. En nuestra opinión esta brutal regresión tiene una conexión evidente con la devastación del viejo sistema social y de poblamiento prerromano a partir de la invasión romana y la conflictividad posterior.

6.2.4. La progresiva recuperación agrícola. La granja astur-romana.

Desconocemos el contexto cronológico exacto de la granja astur-romana pues solo hemos datado con carbono 14 la unidad 2.3., existiendo algunos elementos contradictorios en la unidad 2.2., caso de un pequeño aplique de bronce idéntico al aparecido en la villa de Priañes (Requejo y Álvarez 2008), con una cronología según los autores, sin fecha de carbono 14, del siglo IV d.C., mientras que otros como el molino

"castreño" con rebaje superior, así como la inexistencia absoluta de cerámica romana, nos exigen rebajar esa cronología comparativa con Priañes. Es en esta unidad cuando no encontramos estructuras de hábitat, que creemos se localizan en el terreno vecino apenas a cinco metros de las Vallinas, pero sí un potente basurero sobre el que hemos realizado nuestras investigaciones.

Todos los indicadores de polen estudiados en la Campa Torres, Llagú, así como las Vallinas, indican un paisaje que intenta ganar terreno al bosque, el cual ocupa todavía entre el 40 y el 50 % del paisaje. La ampliación de las tierras de pastos y de cultivos, nos llevan a plantear una lenta recuperación de la economía rural, mientras que el corpus de especies consumidas es idéntico al de la etapa anterior, con vacuno y ovicáprido como especies predominantes, a los que sigue el caballo y el jabalí como especie de caza. Esta exactitud en el consumo de fauna con la unidad 2.3, así como la falta de cerámicas romanas nos lleva a plantear que estamos, ante una evolución próxima en el tiempo de la granja previa, concretamente a finales del siglo I d.C.

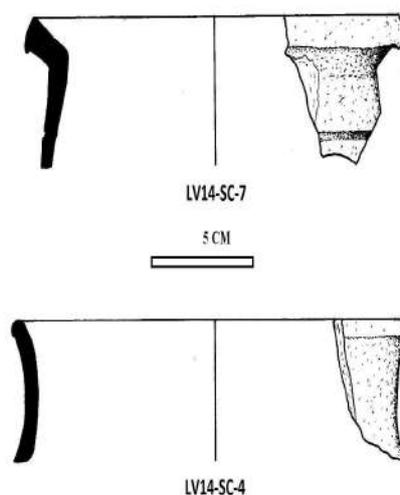


Figura 117. Las Vallinas. Cerámicas locales de la unidad 2.2.



Figura 118. Fragmento de típico molino castreño con rebaje superior, perteneciente a la unidad astur-romana 2.2.

Existen sin embargo varios elementos novedosos en esta nueva granja. Por un lado estamos como decíamos, ante una lenta recuperación de la economía agrícola, en la que se incorporan las leguminosas a los cultivos mayoritarios de cereal, por otra parte, el cambio de ubicación del espacio de hábitat nos lleva a plantear una menor precariedad en las condiciones del asentamiento, antiguamente en ladera, y ahora en una posición más llana y cómoda. Otros elementos materiales apuntan hacia varios aspectos evolutivos de interés.

La presencia de escorias metalúrgicas de hierro, apliques y láminas de bronce, apuntan a una economía diversificada donde la industria del metal entra de nuevo en la economía familiar. Por otra parte, la inexistencia de machacadores y los fragmentos de molinos circulares, prueban esa recuperación progresiva también en lo material. A nivel estadístico, la enorme cantidad de restos aparecidos en esta unidad respecto a la unidad anterior, también nos llevan a defender esa intensificación y cierta mejoría de la economía rural respecto al colapso de los primeros años del siglo I. d.C.

En definitiva, nuestra intervención arqueológica en las Vallinas (Fanjul *et alii* 2017) ha sido un estudio limitado a tres sondeos, suficientes en todo caso para constatar una realidad perseguida desde nuestras posiciones teóricas durante los últimos años, como es la existencia de granjas en el poblamiento cantábrico en la Edad del Hierro en paralelo al poblamiento fortificado.

Como se observa en la ue 2.3., este tipo de unidades menores de hábitat sufren también los cambios históricos que afectarán de forma brusca a los centros de poder.

Los estudios del paleoambiente son similares en todos los casos asturianos analizados, y en las Vallinas significan un cambio radical, con el paso de un paisaje totalmente domesticado con una potente actividad agrícola y ganadera, a un paisaje abandonado.



Figura 119. Lámina de bronce con cuatro orificios para pequeños clavos. En otros casos, las láminas son la mitad de anchas con espacio para dos agujeros, perteneciente a la unidad estratigráfica astur-romana 2.2.

Granja SEGUNDA EDAD DEL HIERRO (UE 1.4.)	CASTROS SEGUNDA EDAD DEL HIERRO (Garba-2 & Cogollina 3),	Granja SIGLO I d.C. (UE 2.3.)	GRANJA ASTUR-ROMANA (UE 2.2.)	OCUPACIÓN CASTREÑA TARDORROMANA (Garba-1)
<i>Ovis aries</i> / <i>Capra hircus</i>	<i>Bos taurus</i>	<i>Bos taurus</i> & <i>Equus Caballus</i> .	<i>Bos taurus</i>	<i>Ovis aries</i> / <i>Capra hircus</i>
	<i>Ovis aries</i> / <i>Capra hircus</i>	<i>Ovis aries</i> / <i>Capra hircus</i>	<i>Ovis aries</i> / <i>Capra hircus</i>	<i>Sus domesticus</i>
	<i>Sus domesticus</i>	<i>Sus scrofa</i> / <i>Sus domesticus</i>	<i>Equus Caballus</i>	
			<i>Sus scrofa</i> .	

Tabla 2. Evolución del consumo de fauna en los yacimientos arqueológicos del valle de Teverga. Se puede observar una correlación entre la fauna de las Vallinas y la de los castros para épocas similares.

La superficie de bosque ha pasado del 30 % en los años finales de la Edad del Hierro, a casi el 70 % a comienzos del siglo I d.C., demostrando o bien una profunda reorientación económica, o bien una devastación del antiguo territorio astur en una época donde no existe un conflicto militar, pero seguramente si un clima de inseguridad e inestabilidad, que se intenta solucionar desde Roma con la militarización del paisaje, instalando una red de *turris* de control en las principales líneas de comunicación, caso de la vecina Alesga (Fanjul, Menéndez y Álvarez 2005). Las estructuras de hábitat parecen ser idénticas a las de los castros del centro de Asturias para finales de la Edad del Hierro, donde un simple entramado de ramas de avellano rellenas de arcilla y una cubierta vegetal sobre un poste central, es suficiente como vivienda, sin necesidad siquiera de una base de piedra para toda la estructura. La economía es variada e incluye la metalurgia del bronce en sus primeros momentos, al igual que en muchos lugares de la alta montaña europea (Carrer 2013), pasando

después a la del hierro en época astur-romana, mientras que los cultivos de cereal son mayoritarios y en la fase final incluyen la incorporación de leguminosas, dentro de una recuperación de la economía rural evidente tanto en la diversidad de especies como en la cantidad de las mismas respecto a las etapas anteriores.

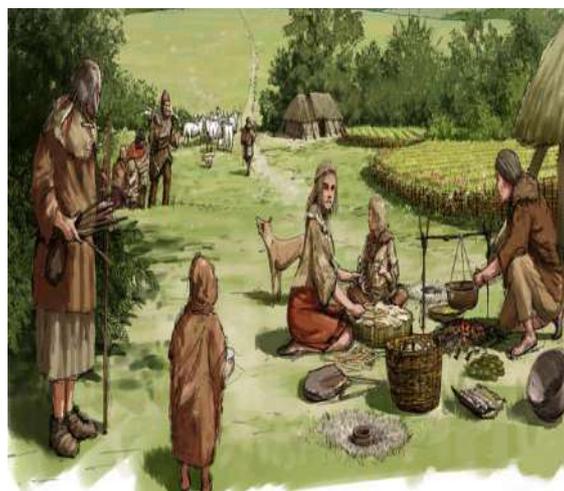


Figura 120. Los escasos restos procedentes de hábitats rurales de pequeñas dimensiones son una de las razones, de los casi nulos hallazgos de granjas astures. Las Vallinas muestra que esa realidad existió, al igual que en el resto de la Europa Atlántica, donde el descubrimiento de este tipo de asentamientos es más común. En la imagen, idealización de una granja protohistórica en las Islas Británicas (www.English-heritage.co.uk).



Fig. 121. El uso histórico de las cuevas astures, al igual que en el resto del cantábrico, han focalizado profundos debates historiográficos en torno a las pervivencias culturales prehistóricas entre la sociedad post-romana, sin tener en cuenta en muchos casos otros factores como los usos agropecuarios. En la imagen, vista del valle de la Vecilla desde la entrada de la cueva de la Prida (Fanjul 2011b).

6.3. El uso de las cuevas.

6.3.1. Mito y realidad de una documentación problemática.

¿Existieron las cuevas astures? A día de hoy y después de diversas revisiones intensivas de los yacimientos en cueva astur-leoneses (Fanjul 2011b; 2015), a los que se suman importantes aportaciones desde el campo teórico en nuestro vecino ámbito cántabro de estudio (Luis Mariño 2014, Hierro 2002, Serna, Valle y Hierro 2006),

podemos decir que en muy pocos casos hemos podido documentar claramente usos que vayan más allá de ocupaciones domésticas tardías.

Los astures hicieron un uso muy residual del paisaje subterráneo, bien como espacios de hábitat o como santuarios. Esta contundente afirmación no solo tiene su base en la antes mencionada revisión de yacimientos y materiales, sino sobre todo, en la comparación con los usos arqueológicos documentados que se han dado en regiones vecinas como Cantabria (Serna, Valle y Morlote 1992). La cantidad de yacimientos del área cántabra, así como la cantidad y tipos de materiales descubiertos en ellos, es muy superior a las del ámbito astur. Esta diferencia no es geográfica, si tenemos en cuenta que ambos pueblos comparten una orografía caliza similar y abundante en sus diferentes territorios, sino cultural, si tenemos en cuenta los numerosos elementos rituales en cueva que perviven desde la Edad del Bronce en Cantabria, pero que carecen de continuidad en la Asturias histórica.

Las escasas muestras rituales detectadas en las cuevas asturianas no significan que estos espacios

quedasen fuera de su ámbito religioso, simplemente implica que no tienen tanta importancia en el ritual como ocurre con los vecinos cántabros. Es indudable que existió entre los astures esa percepción religiosa de las cuevas al igual que en el resto de la mentalidad europea prerromana, donde la cueva es un lugar de conexión con el más allá limitado para los seres humanos. Igualmente se observa un aumento considerable de hallazgos rituales en época astur-romana, así como una potente pervivencia de la mitología popular, en todas las regiones actuales de la antigua *Asturia* respecto al carácter mágico y sagrado de los espacios subterráneos.

Otro elemento que juega a favor del papel ritual de las cuevas astures cuya importancia de momento debemos reducir, es el problema de documentar elementos materiales rituales que seguramente existieron, caso de ofrendas en pequeños recipientes de madera o mimbre, alimentos, telas, hogueras superficiales para el consumo o para reforzar los procesos rituales. Bien por la propia degradación de elementos orgánicos, o bien por la mala documentación arqueológica, centrada tradicionalmente en los niveles paleolíticos y solo en las últimas décadas con un sistema de registro adecuado, las posibilidades de hallar esos otros elementos materiales son muy escasas, lo que nos lleva a centrarnos en conjuntos materiales destacados que han sobrevivido al tiempo y a las condiciones de su hallazgo.

Como ejemplo y desde la experiencia de campo personal he podido observar dos casos de cuevas con usos rituales actuales no cristianos en la montaña asturiana. En uno de ellos un pequeño recipiente de mimbre tenía en su centro la cabeza cortada de una serpiente, en otro, nos encontramos con una pared cubierta por la cera del encendido de velas. Evidentemente es imposible que elementos de la cultura material

ritual como estos, puedan sobrevivir más de unos años y aunque a nivel estadístico, para arqueólogos del futuro esas cuevas dejen de contar dentro del paisaje histórico como santuarios, es innegable que tuvieron esa función sin la necesidad de otros elementos materiales perdurables.

La definición del "santuario" no puede basarse en una cultura material parcial para el investigador actual, y se ha de contar con otros elementos que defiendan esa función, como puede ser para el caso de las cuevas astures, el de la mitología popular o la cristianización religiosa posterior de algunas de ellas.

En conclusión, pese al innegable papel religioso que tuvo la caverna entre los astures, nuestra afirmación previa se mantiene. El uso ritual de las cuevas astures es reducido desde la perspectiva arqueológica, y es casi ínfimo respecto al valor como santuario que otros pueblos como los cántabros le dan al paisaje subterráneo. En paralelo al debate sobre el carácter "ritual" de nuestras cuevas partimos de unos profundos problemas de base, que van más allá de la interpretación final de nuestros yacimientos subterráneos. La base documental es muy parcial en los datos obtenidos en las diferentes prospecciones que nutren los catálogos regionales de patrimonio histórico. En muchos casos la descripción del yacimiento y sus materiales es demasiado escueta, en otros incluso el yacimiento está mal ubicado, lo que dificulta en extremo su revisión, al hallarse en zonas sin núcleos de hábitat cercanos desde donde se pueda orientar al investigador.

Por otra parte el extraño vacío de yacimientos arqueológicos en cueva, en amplios valles con un paisaje de karst propicio su existencia, nos lleva al convencimiento de la necesidad de un programa de investigación específico, destinado a la exploración puramente arqueológica de cavidades en muchos municipios asturianos y leoneses.

Otro de los problemas que rodean la reinterpretación

arqueológica de nuestras cuevas, parte de la propia historia de la investigación regional, con una absoluta focalización en los momentos de ocupación paleolítica, salvo en las tres últimas décadas, donde ese interés cronológico se ha extendido a la prehistoria reciente (Arias 1986 y 1991).

Esta situación ha provocado que muchas de las referencias a posibles ocupaciones post-paleolíticas sean absolutamente indirectas, basadas en alguna observación o apunte en diarios de excavación o en memorias publicadas parcialmente, donde se cita la existencia de “cerámicas negras”, caso de Sofoxó en las Regueras (Maya 1983), donde los apuntes inéditos de Vega del Sella no especifican cronologías o dato alguno del contexto arqueológico. En esas excavaciones primitivas el material histórico a partir del hallazgo de cerámicas sencillamente se desechaba, mientras que en algún caso el material recogido era muy selectivo y escaso (Maya 1989).

La conservación de los yacimientos es sin embargo bastante diverso, y en paralelo a algunas desapariciones completas del espacio arqueológico, como La Ferrería en las Regueras, o Cueva de Serrapio en Aller, ambas en Asturias, tenemos usos que han afectado al nivel arqueológico de casi todas las cavidades, con menor incidencia en aquellas alejadas de núcleos de población.

La falta de excavaciones arqueológicas recientes en cuevas del ámbito post-paleolítico astur, es en cambio un problema generalizado, del que se salvan algunos casos excepcionales por la buena calidad de la documentación del yacimiento, como por lo extraordinario de sus resultados, caso de la cueva de Entrellusa en Gijón (Adan *et alii* 2004). El registro material por lo tanto, es escaso, descontextualizado en la mayor parte de los yacimientos, o simplemente forma parte de

referencias documentales, cuya base puede ser en algunos casos discutida. Tal situación, deja en menos de una decena la media del número de objetos de interés hallados en cada cueva para nuestro estudio.

Siguiendo con la problemática material, hemos de resaltar su confusión en la asignación crono-cultural de los yacimientos. La falta de datos fiables y la escasez de hallazgos materiales, han llevado muchas veces a plantear contextos de uso demasiado generales en lo funcional y poco sostenidos en lo que respecta a su cronología.

Los problemas de análisis material en el caso de las cerámicas, sobre todo aquellas que son a mano o de gran tosquedad, han llevado a asignar a todos los yacimientos con estos materiales como prehistóricos, sin darse cuenta de su posible asignación altomedieval, si tenemos en cuenta su presencia en el cantábrico entre los siglos VI y VII d.C. (Fanjul 2011b). En el ámbito antropológico existen amplias diferencias en el registro oral de las localidades en las que se hallan las cuevas, registro que pocas veces se incorpora al catálogo de yacimientos, y cuya inclusión depende del interés personal del arqueólogo que hace el estudio. Su documentación en paralelo al del yacimiento es sin embargo fundamental, al existir numerosas asociaciones toponímicas de las conocidas como “Cuevas de los moros”, en localidades leonesas como Barniedo de la Reina, Peñalba de Cilleros, Quintanilla de Babia, Carbonera, etc. y cuya importancia arqueológica reside exclusivamente en esa tradición oral, la cual podría esconder un posible pasado arqueológico.

6.4.2. Las cuevas de la Edad del Hierro.

Para la esta época, el registro arqueológico es extremadamente parco y el contexto de los hallazgos nos lleva a plantear unos usos mayoritariamente domésticos, dentro de la categoría de espacios peri-urbanos, al constituir en todos los casos espacios de

uso anexo a poblados fortificados. El carácter religioso en la mentalidad por las razones que apuntábamos previamente se mantenía, si tenemos en cuenta además la geografía sagrada previa de la Edad del Bronce, donde los hallazgos rituales son numerosos.

Hemos de defender por lo tanto que las cuevas astures si forman parte de los santuarios de la Edad del Bronce, pierden parte de su importancia ritual en la Edad del Hierro y vuelven a resaltar de forma tímida como espacios sagrados durante la etapa romana. En ese primer contexto, el de la Prehistoria reciente, y más concretamente entre el IV y el III milenio es cuando se desarrollan una serie de prácticas ya perceptibles en épocas anteriores en todo el cantábrico, a través de las cuales las cuevas y los abrigos se convierten en necrópolis, aunque en muchos de los casos estemos ante enterramientos individuales.

Entre esos yacimientos destacan Palagón (Grado, Asturias), saqueado en los años treinta por un médico de grado, pero que documentó un enterramiento, al parecer individual, acompañado de un hacha metálica y unos botones agujereados (de Blas 1983, 94). Otros hallazgos similares serían el Abrigo del Valle en la Fontana (Infiesto, Asturias) (Martínez Hombre 1964, 257), Trichacueva (Teverga, Asturias) (Peyroux 1990), o la cueva del Conde en Santo Adriano (Asturias) (Adán y Arsuaga 2007, 20).

Los enterramientos múltiples en cueva se detectan también en el área astur aunque en algunos yacimientos como Fenoyal o Mancobio, podamos estar ante yacimientos de época histórica. En otros casos como el Aramo, el contexto prehistórico de esos hallazgos es evidente (Blas Cortina 1998). En paralelo a los enterramientos pero siguiendo en el plano ritual, se detectan una serie de hallazgos claramente votivos en el interior de algunas cuevas, todas ellas con arroyos interiores y de nula

habitabilidad, caso de Paniciegas (Tineo), La Mora (Aller), Ferrería (Regueras) (Quintanal Palicio 1991, 57-58), Peruyal (Parres) (Estrada *et alii* 1997) y Serrapio (Aller), todas ellas en Asturias (Fanjul 2015).



Figura 122. Entrada de la cueva de la Mora (Aller, Asturias).

En este contexto de ofrendas especiales a las simas inhabitables destaca Paniciegas, un pequeño pozo hoy tapado, en cuyo interior se localizó un ídolo en piedra en forma de canto, con una perforación y diversas líneas incisas en sus bordes y caras. Hasta el momento se planteaba el hallazgo de este ídolo al aire libre (Escortell 1982, 19), en relación posiblemente con alguna necrópolis tumular cercana. En nuestra visita a la zona, hemos obtenido referencias directas sobre el contexto del hallazgo en una cueva, por parte de los propios descendientes de los descubridores del ídolo (Fanjul 2015). Entrarían también en este apartado las numerosas muestras de arte rupestre como Fresnedo en Asturias (Mallo y Pérez 1971) o en León, reforzando el papel cultural de los espacios subterráneos y algunos abrigos rocosos (Alfayé 2013).

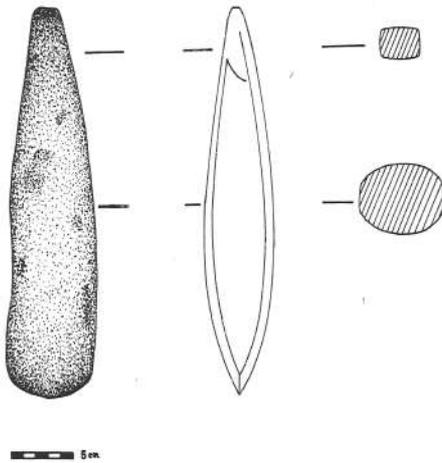


Figura 123. Hacha pulimentada de la cueva de Serrapio (Aller) (Estrada 2000). La calidad técnica de algunos materiales hallados en cuevas como ésta y la Ferrería (las Regueras), nos inducen a pensar en la existencia de un modelo de cueva, en forma de túnel o sumidero, a modo de espacio de culto, donde se depositan elementos de tipo votivo, en forma de hachas pulimentadas primero y de bronce posteriormente (cueva-sumidero de la Mora, Aller).

En convivencia a veces con un contexto ritual, caso de Las Tres Ventanas de Corullón (León) (Fernández Manzano *et alii* 1999, 115), existe todo un elenco de yacimientos subterráneos con ocupaciones domésticas, caso de La Andina, Sofoxó, Las Palomas (Las Regueras, Asturias) (Maya 1983, 14), todas ellas cercanas a espacios de gran calidad agrícola. La Edad del Hierro en este sentido supone una disminución drástica del número de hallazgos y yacimientos, con dos espacios de hábitat documentados, uno de ellos de difícil interpretación en alta montaña, Prado Santiago de Viñayo (León), y el otro puramente periurbano, en el entorno inmediato de un poblado, como es la cueva de Pillarno (Castrillón, Asturias), donde apareció un broche laciforme (Maya 1989: 83). En el caso de las

cuevas de Prado Santiago, estamos ante un conjunto de cuevas y abrigos abiertos en la pared de la cabecera del Arroyo de las Cuevas, a 1620 metros de altitud, al Sureste de los Picos de Europa o Centro-Norte de la provincia de León. Estas cuevas son conocidas como "Cuevas de Viñayo", y fueron prospectadas en los años 80 junto con toda la mitad norte de la provincia de León (Gutiérrez González 1985, 85). En el interior de una de las cavidades ubicadas en la pared, aparecieron entre diverso material mezclado de época medieval, un fragmento de borde cerámico a mano, un colgante y un hacha plana de bronce. La presencia de cerámicas a mano entre conjuntos medievales, no puede ser interpretada como prueba irrefutable de una ocupación prehistórica en las cuevas cantábricas como ya hemos defendido en los últimos años (Fanjul 2011b). En el caso del hacha y el colgante los autores del estudio de ambos materiales proponen un contexto cultural, debido a la inaccesibilidad e inhabitabilidad del yacimiento, apuntando una cercanía geográfica entre las cuevas y filones de cobre en el entorno (Fernández y Neira 2008, 145). Siendo el contexto un momento posiblemente en torno al final de la segunda Edad del Hierro, y sin que existan elementos culturales claros (Alfayé Villa 2013) o restos humanos o de sacrificios animales, como ocurre con numerosos yacimientos cántabros (Luis Mariño 2014), en nuestra opinión planteamos que dichas ocupaciones difíciles de asumir en lo geográfico, son escondites, que posiblemente tengan que ponerse en relación con la inestabilidad que supone el cambio de era en el Cantábrico central. Esta misma perspectiva creemos que debe ser aplicada a muchos de los yacimientos cántabros donde el hallazgo de elementos domésticos, militares, o de adorno, ha sido interpretado repetidamente, desde la explicación cultural (Luis Mariño 2014).



Figura 124. Pared rocosa donde se ubican las Cuevas de Viñayo (León).



Figura 125. Cueva de Pillarno (Castrillón, Asturias).

En el caso de Pillarno estamos ante un yacimiento con niveles paleolíticos, que se encuentra dentro de un pequeño complejo karstico bajo el castro de la Peñona de Pillarno, al que se accede desde la misma carretera antigua Avilés-Grado. En la actualidad, parece que parte un arroyo desde la entrada de la propia cueva, con lo que es necesario cruzarlo para acceder a la boca, no muy amplia, tras la cual aparece un conjunto de pequeñas galerías unidas por estrechas gateras. La relación entre el único hallazgo material que interesa a nuestro estudio, pese a estar fuera de contexto, se encuentra estrechamente vinculado al castro bajo el que se halla la cavidad. Esta escasez de los yacimientos en cueva y de hallazgos "rituales" no significó una pérdida del valor de la cueva en la mentalidad religiosa, pero demuestra el mayor valor de los santuarios al aire libre respecto a los subterráneos, sobre todo si comparamos el territorio astur con el cántabro, donde ese valor ritual que las cuevas tenían en la Edad del Bronce pervive durante toda la Edad del Hierro.

6.4.3. Las cuevas astur-romanas.

Si el uso de cuevas en la Edad del Hierro astur es un fenómeno excepcional, a partir de la conquista romana se produce un aumento en las ocupaciones, aprovechando sin duda la importancia que ya tienen en la mentalidad religiosa de la población autóctona, a los que la romanización añade nuevos componentes rituales, así como una expansión del poblamiento en las zonas geográficas más periféricas, donde se ocupan también las cuevas.

En este nuevo contexto cultural podemos hablar de tres modelos de yacimientos subterráneos entre los astures. Los santuarios, caracterizados por elementos materiales votivos, las cuevas rurales, de uso agropecuario, y finalmente las necrópolis, con un contexto tardío en lo cronológico, y con explicaciones muy definidas en el ámbito social (Hierro 2002; Menéndez Bueyes 2013).

En el caso de los santuarios, los datos conocidos nos llevan a plantear ciertos cultos votivos en la cueva del Ferrán y el Puerto de Pajares, caracterizados por una serie de hallazgos de estatuillas de bronce de

contenido puramente religioso. A estos yacimientos se le sumaría la cueva de Chapipi en Grado, si consideramos algunas tesaurizaciones más propias de los depósitos votivos, que de simples ocultaciones monetarias. Igualmente pero de forma mucho más discutible, podríamos considerar como restos de "cultos mineros" las abundantes noticias a hallazgos de monedas romanas en el interior de las minas astures.

El Ferrán es un complejo kárstico formado por una cueva en el fondo de valle, varios abrigos y al menos dos simas que podrían conectar con la cueva principal. Aunque desde mediados del siglo XX la cueva principal esta anegada de agua para abastecer a un molino local, el yacimiento sigue manteniendo una posición estratégica como lugar de paso, en la vía natural que conduce desde el valle de Piloña al valle de montaña de Espinaredo.

Las dos entradas a la cueva permanecen casi cubiertas por la vegetación, dando paso a una sala interior amplia, cuya superficie ha sido totalmente vaciada por el permanente curso de agua, destruyendo posiblemente buena parte del interés arqueológico del yacimiento. A partir de esta primera sala, surge un túnel alargado de unos 50 m que nos conduce a otras salas, a una altura mayor que la entrada, aunque también parcialmente anegadas por el agua.

Respecto al material arqueológico, la primera noticia la tenemos en el siglo XIX, cuando durante la construcción de la carretera aparecieron diversos objetos de época romana junto a la entrada de la cueva, tal como nos relata una carta de 1828 de J. Arguelles Mestas: "*al hacer la carretera, aparecieron una Minerva (...) y una barra con un corzo*" (Diego Santos 1978, 50). En junio de 2007 realizamos una exploración de la cavidad, que nos confirmó la total inexistencia de labores mineras, en contradicción

a las hipótesis tradicionales sobre el yacimiento (Fanjul *et alii* 2010).



Figura 126. A comienzos de los años cincuenta, durante uno de los varios sondeos mineros que se realizaron en las escombreras, para explorar la viabilidad de una nueva explotación en Cadén (Yermes y Tameza), se documenta una moneda romana (Estrada 1996), al igual que en numerosas minas antiguas de la región.

Las galerías exploradas son todas de origen kárstico, y tampoco hemos observado restos de vetas de mineral de hierro, como se podría suponer del topónimo "Ferrán". Respecto a los materiales, una relectura general de las piezas nos lleva a sugerir que estamos ante piezas de los siglos I y II d.C., con un uso bastante frecuente en ámbitos domésticos del Mediterráneo ibero-romano, y que en algunos casos pueden ser utilizados como ofrendas u exvotos en santuarios.



Figura 128. Ubicación de la cueva de Chapipi (Grado, Asturias) (Estrada 1997).



Figura 127. Eros apolinio, sin alas, de la cueva del Ferrán (Bellmunt y Canella 1895). Si bien es de una cronología temprana, entre los siglos I y II d.C., su llegada y uso como exvotos, u ofrendas, en Asturias posiblemente tenga un contexto un poco más tardío entre los siglos II y III d.C. (Fanjul *et alii* 2010).

Este contexto temprano de su uso en el área mediterránea, nos lleva a plantear su llegada y uso en Piloña en una etapa un poco más tardía, posiblemente entre los siglos II y III d.C. La inexistencia de explotaciones mineras en el Ferrán, así como el carácter votivo o funerario de los materiales hallados, nos hacen plantearnos que estamos ante un santuario en cueva astur-romano (Fanjul 2011b).

En el caso de Chapipi, estamos de nuevo ante un yacimiento de escasa profundidad, con un tramo inicial de 15 metros que conduce a dos salas que en conjunto forman unos 25 metros, repletas ambas de

bloques desprendidos del techo. Tradicionalmente, el suelo de la cueva, muy deteriorado en la actualidad, ha sido utilizado para el aprovisionamiento de abono, actividad a la que se suman saqueos varios, tal como pudimos comprobar en su superficie.

En el año 1934 se halló un tesoro formado por un conjunto de monedas romano-bizantinas (Escortell 1973, 44).



Figura 129. Tesorillo de Chapipi (Escortell 1973, 44).

Las piezas se hallaban en una pequeña olla de barro y con los años, la comisión provincial de monumentos consiguió recuperar 13 de las 14 monedas, aparte de un anillo de oro. La cronología del conjunto estaría enmarcada entre los años 379 y 423 d.C. hallazgos a los que habría que sumar un anillo y una pesa descubiertos en la finca de La Final, en la vecina Asniella, seguramente provenientes de la cueva y traídos con el abono que se extrajo de la misma. La visibilidad que ofrece la cueva desde el

exterior, rebaja las posibilidades de su uso como escondite, mientras que la total falta de hallazgos domésticos, más allá de un solo fragmento cerámico, nos lleva a desechar su uso como espacio de hábitat. Esa conjunción de elementos, a los que se suma la importancia económica de la tesaurización, es para nosotros una prueba determinante del contexto cultural de la cueva de Chapipi.

En conclusión podemos asegurar que existen los santuarios en cueva astur-romanos, y que aunque la base material de los exvotos conservados está muy vinculado a los cultos mediterráneos, estos se producen siguiendo el concepto sagrado que tienen las cuevas entre la población astur desde antes de la llegada de Roma.

El escaso número de este tipo de yacimientos es usual en las diferentes regiones atlánticas, si tenemos en cuenta, que de todas las cuevas británicas con uso en la época romana, tan solo en uno o dos casos se reconoce su función como santuarios, debido al hallazgo de materiales votivos a modo de exvotos y ofrendas, caso de la cueva de Poole's. (Branigan y Dearne 1999). En el caso de Francia, el hallazgo de elementos votivos en cuevas como exvotos es más frecuente, con lo que se ha apostado por plantear la hipótesis del traslado a espacios de cierto simbolismo natural, como las cuevas, de ritos que normalmente se hacen en los templos. Por otro lado, también se apunta la posibilidad de ocultamientos de las piezas, como consecuencia del abandono o destrucción de los santuarios cercanos (Fauduet 1993, 105), una hipótesis difícilmente aplicable al caso asturiano, por la ubicación de las dos cavidades donde se han producido este tipo de hallazgos, si tenemos en cuenta que Las Cuañas, se encuentra ascendiendo al puerto de Pajares, y el Ferrán y Chapipi, en el

epicentro de vías naturales de comunicación. Respecto a las cuevas con ocupaciones domésticas éstas son mucho más numerosas, y salvo algunos casos, como La Cudrera (León) (Gutiérrez González 1985), o Pala da Zorra o Pala da Vella (Rubiá, Orense) (Fernández Rodríguez y Villar Quinteiro 2003), donde por las características de la propia cueva hay que señalar su posible uso como escondite, en el resto de los yacimientos estamos ante meras ocupaciones de abrigos y cuevas en el entorno de espacios de uso agropecuario. Este auge en el uso de cuevas a modo de granjas o estaciones ganaderas, es paralelo al crecimiento de la economía rural que se da en todo el norte peninsular a partir del siglo III d.C., coincidiendo con una época de cambios y transformaciones profundas que afectaron a las grandes redes comerciales, las relaciones sociales, las bases del poder local, y por consiguiente, se materializaron también en la explotación y ocupación del paisaje.



Figura 130. Materiales de la cueva de la Cudrera (Collé, León) (Gutiérrez González 1985).

La pieza cerámica se corresponde con una Sigillata Hispánica tardía, entre los siglos IV-VI d.C. momento en que se multiplican los usos domésticos rurales de las cuevas cantábricas. En el caso de la Cudrera, la ubicación y condiciones interiores de habitabilidad de la cueva, nos llevan a plantear un uso como escondite, en paralelo a la inestabilidad social del momento.

Los cambios económicos de este siglo centrados en los principales resortes financieros del imperio, se ceban sobre todo en la población urbana, cuyo éxodo al campo posiblemente explica el apogeo de las villas rurales de Hispania, provocando una intensificación de las explotaciones rurales periféricas, entre las que estarían las brañas y pequeñas estaciones ganaderas de las zonas de alta montaña, que coinciden en algunos casos con cuevas.

Estamos por lo tanto ante un panorama diferente al que se había planteado hasta ahora. Por un lado, asistimos ya en época astur-romana al origen de la cueva-braña, como espacio de poblamiento ganadero, si tenemos en cuenta los abundantes restos cerámicos a mano, en contextos de cuevas ajenos a la protohistoria (El Greyu, Copilae, Laspru, Prendada, Calluanga, Orpiñas, La Prida, Buseco, El Fontanón II y El Fontanón III) (Fanjul 2011B). Por otro lado, esos contextos de cerámicas a mano tardo-antiguos no sólo se restringen al área de montaña, sino que también aparecen en las vegas del valle del Nalón, lo que nos lleva a plantear la existencia de un poblamiento disperso, ajeno al habitual de castros-villas y que, aprovechando tierras de gran calidad agrícola, hacen de las cuevas áreas de habitación de mayor o menor estacionalidad, dependiendo del caso.



Figura 131. Entrada de la cueva de Entrellusa (Perlora, Asturias).

Esta confirmación de un poblamiento menor, disperso, y ajeno en cuanto a las estructuras de hábitat de las principales referencias del poblamiento astur-romano, se desarrollaría en paralelo a la propia génesis de la aldea tal y como la conocemos hoy en día (Quirós y Bengoetxea 2006; Quirós 2006), y cuyo origen para el área astur-leonés habría que retrasarlo hasta los últimos siglos de la época astur-romana, lejos de las cronologías medievales que se defienden para este proceso.

En cuanto a los enterramientos en cueva de época astur-romana nuestra percepción del tema se ha revolucionado en los últimos años. Los avances en el análisis antropológico de las poblaciones que se entierran en dichos yacimientos entre la antigüedad y la Alta Edad Media (Menéndez Bueyes 2013), así como las recientes

investigaciones arqueológicas en Cantabria (Gutiérrez y Hierro 2010-12) en busca de respuestas a este problema historiográfico clásico, han conseguido centrar el debate en torno a unas coordenadas teóricas más ajustadas que las antiguas hipótesis "invasionistas", "indigenistas" y "neopagánas" de la historiografía tradicional: *“De una población marginal, en pequeños poblados e incluso en cuevas, (...) hace pensar en la perduración de un hábitat tradicional que se mantiene siempre en la montaña, debido al fuerte arraigo de las estructuras sociales autóctonas, contra las que chocaron siempre las invasiones romanas, visigodas y musulmanas”* (Gutiérrez 1985, 246).

Los resultados de los últimos hallazgos nos llevan a plantear un uso de las cuevas como necrópolis en base a sucesivas oleadas epidémicas, donde la concentración de individuos responde o bien al concepto mediterráneo de panteón, o bien a la necesidad de un acceso permanente a los cuerpos de los fallecidos, dentro de tradiciones rituales post-

mortem extendidas por toda Europa.

En el caso de la *Asturia*, pese a las noticias difusas de necrópolis en cuevas de Proaza o la base del Mancobio (Parres, Asturias) (Fanjul 2015), solo disponemos de dos hallazgos reales, ambos estudiados recientemente, caso de la cueva de Entrellusa (Perlora, Asturias), estudiada por G. Adán a finales de los años 90 del siglo XX (Adán *et alii* 2004), y un caso todavía inédito en el valle del Trubia, descubierto por la misma investigadora.

Entrellusa es una cavidad costera de pequeñas dimensiones orientada al Sur, y a la que hoy se accede solamente en bajamar debido a su contacto directo con la primera línea de playa. El yacimiento se ubica en un roquedo calizo, en el extremo de la playa del mismo nombre, antigua factoría ballenera desde tiempos medievales hasta el siglo XVIII.

Las excavaciones en esta cueva proporcionaron, pese a la gran erosión del yacimiento por el lavado constante de las mareas, abundantes materiales cerámicos, óseos, vidrios y metálicos entre los que destacan colgantes de cobre y un fragmento de funda de un cuchillo tipo Simancas. Al conjunto de piezas se le suman más de un centenar de restos óseos pertenecientes a tres individuos jóvenes, dos hombres y una mujer, que habrían sido inhumados en la cueva junto a su correspondiente ajuar, entre los siglos IV y V d. C. (Adán *et alii* 2004). En definitiva, el uso como necrópolis de algunas cavidades cantábricas sigue unas pautas muy acordes en lo que respecta a los modelos de enterramiento de la baja romanidad, donde se multiplican los hallazgos de armas acompañando el cadáver, y cuya tradición perdura hasta la Alta Edad Media. Todo ello dentro de una excepcionalidad como fenómeno, explicada por factores tan puntuales como las epidemias (Hierro Garate 2002; Menéndez Bueyes 2013) y la respuesta ritual que

las poblaciones de la época intentan establecer para su gestión. La relación entre estas necrópolis y zonas de hábitat, caso de Entrellusa o las cuevas funerarias cántabras (Hierro Garate 2002; Serna, Valle y Hierro 2006), reafirman la escasa "marginalidad o primitivismo" del fenómeno.



Figura 132. Braña del Corralín a comienzos del siglo XX. Degaña, (Asturias). Museo del Pueblo de Asturias.

6.4. Las brañas y las estaciones ganaderas.

Al igual que ocurre con el capítulo de las granjas, las posibilidades de atestiguar ocupaciones al aire libre en Alta Montaña son siempre limitadas (Quesada Carrasco 2014).

A los factores geográficos que inciden en esa escasez de hallazgos como los citados anteriormente para las granjas, caso de la cubierta vegetal y la falta de seguimientos arqueológicos intensivos de grandes obras, se le une en este caso un contexto de montaña donde hay un menor incidencia de movimientos de tierra que pudieran descubrir restos como los de la granja de las Vallinas. Dentro de esta dificultad si podemos establecer en cambio un uso habitacional de la alta montaña astur en la Protohistoria a través de diversos hallazgos materiales, así como por otras evidencias con

paralelos etnográficos desde la etnografía en lo que respecta al uso de las brañas, o estaciones ganaderas.

La braña, constituye el elemento básico de los paisajes ganaderos de alta montaña. Si bien en la actualidad se identifican por sus construcciones, a modo de corros de piedra, o edificios de planta baja a modo de cuadra-vivienda, con cubierta vegetal, existen también estructuras puramente orgánicas de uso muy puntual, caso de las cabañas denominadas "*Varones*" de Quirós (Asturias) (Paredes y García 2006, 133) y cuyos paralelos con la vivienda protohistórica Europea son evidentes. Todas estas construcciones son la representación física, a través de su arquitectura, de un modelo de vida basado en la explotación ganadera del paisaje, de forma estacional, disponiendo de diversos asentamientos para el hábitat, a diferente altura, según la época del año.

En este sentido, hay una cierta confusión entre los investigadores, al calificar como brañas, sólo a las arquitecturas de cubierta vegetal, desdeñando otras, que van desde los citados corros, tan típicos de la casi totalidad de la cordillera cantábrica, a las

propias cuevas, indudables espacios de hábitat temporal, sobre todo, en la época de verano, donde las actividades de los grupos ganaderos, se desarrollan en la alta montaña (García Martínez 1996; López Gómez 2012).



Figura 133. Refugio temporal de pastores en Teverga (Asturias). La escasa consistencia de muchas de las estructuras ganaderas temporales en el pasado es uno de los factores que impiden hoy su localización.

El fenómeno de estas estructuras de hábitat, tiene dos elementos característicos. Por un lado, estamos ante una forma de colonización semi-permanente de espacios periféricos, convirtiéndose con el tiempo en algunos casos, en asentamientos estables a modo de pueblos. Por otra parte, a nivel estructural, estamos ante arquitecturas sencillas, con un máximo aprovechamiento de estructuras orgánicas, así como del terreno circundante, bien sea aprovechando sus salientes rocosos, como abrigos habitables, o bien, en época históricas transformando la roca base, para adecuar la base cuadrangular de la futura vivienda-cuadra

(Linares García 2004, 61). Esa sencillez constructiva y funcional, se ha visto desde la historiografía contemporánea, como un modo de arcaísmo o tradición cultural milenaria, algo muy discutible, ya que estamos ante una sencillez funcional, que fácilmente podría repetirse en

diversas épocas, y donde además, los últimos estudios sobre el tema (Graña y López 2007), advierten de cierta complejidad en algunos de los modelos constructivos, demasiado alejada de arquitecturas de raíz protohistórica.

El debate respecto al origen de las arquitecturas ganaderas, siempre se ha centrado en el fenómeno de las brañas de cubierta

vegetal de Asturias, y las pallozas del noroeste.

La presencia de modelos de vivienda-cuadra circulares, así como la omnipresente cubierta vegetal, ha llevado a pensar en un antecedente castreño, debate en el que caen la totalidad de investigadores que han tratado este tema: “...*De hecho, existen en Somiedo un buen número de construcciones auxiliares que atestiguan la relevancia de las formas circulares, tan semejantes al de las casas castreñas del pasado*” (Linares García 2004, 50).

Hasta el momento, el uso doméstico puntual de antiguos espacios megalíticos, bien a finales de la Edad del Hierro o la época romana, había sido atribuido, como en la Lora burgalesa, (Delibes, Rojo y Represa 1993, 46), a varios motivos, siempre circunstanciales.



Figura 134. Restos de una vivienda circular de cronología indeterminada en el sector occidental de Las Ubiñas (Teverga, Asturias). La falta de excavaciones en estas estructuras que se encuentran por toda la cordillera astur-leonesa, ha condicionado un vacío de información en torno a su origen y su posible función en la economía astur.

Entre ellos, se destacaba la posible existencia de expolios, visitas puntuales, o desde el punto de vista religioso, la posible pervivencia de ciertos cultos de tipo pagano. Esas “visitas” puntuales, llegarían hasta la Baja Edad Media y época moderna, si tenemos en cuenta los hallazgos numismáticos de algunos de los dólmenes, de la comarca antes citada.

En nuestra opinión, si bien es posible, aceptar parcialmente alguna de las propuestas anteriores, creemos que estas ocupaciones, demuestran el rastro de antiguos hábitats de tipo agropecuario, principalmente ganadero, de los entornos

megalíticos, donde incluso las propias cistas dolménicas son utilizadas como refugios habitables.

La presencia de restos de época romana en estos monumentos de alta montaña, se constituye en definitiva, como un dato de gran valor, para el estudio de unas actividades ganaderas, que hasta el momento son bastante difíciles de localizar, desde el punto de vista arqueológico. Es evidente que las poblaciones ganaderas siempre han explotado y habitado los altos valles de la montaña cantábrica desde la prehistoria (Barbeito y España 2010).

Lo que se ha puesto en debate, más que esa evidencia, es la existencia de un auténtico poblamiento de montaña, vinculado mayoritariamente, a la ganadería intensiva y a los movimientos temporales, de una población tradicional (González Álvarez 2009; Barbeito *et alii* 2015), y equivocadamente definida, como “marginal”.



Figura 135. Braña de Tuiza (Teverga, Asturias).

A partir de la época romana, los testimonios epigráficos, que nos relatan la existencia de auténticos grupos gentilicios, como los vadinienses, funcionando a uno y otro lado de la cordillera, dejan claro la existencia de esa población de alta montaña (González Rodríguez 1997, 129).

Las dudas en este sentido, vuelven a ser las mismas que para las poblaciones prerromanas, sin que sepamos si realmente estamos ante grupos especializados en la ganadería, o bien ante poblaciones que explotan desde los fondos de valle, y de forma temporal o puntual, las zonas más altas. Algunos autores (Linares García 2004), ponen en relación la presencia de las brañas, con un mundo medieval donde el aumento de los monasterios de montaña en el siglo XII, conllevaría un aumento de la demanda

de zonas de colonización agropecuaria. Otros investigadores (Alvarez Castrillón 2001, 133), incluso aumentan en un siglo, la cronología de la colonización de espacios periféricos, caso de la comarca de los Oscos (Asturias), observando dos modelos de poblamiento anteriores a esta fecha, uno caracterizado por poblaciones ubicadas en espacios cultivables y otro, en espacios de aprovechamientos mayoritariamente ganaderos.

En nuestra opinión, posiblemente los siglos XII y XIII no marcan el proceso de explotación medieval, sino la fase de conversión de espacios de ocupación temporales, a modo de brañas, en espacios de ocupación permanentes y con registro documental, que en otros lugares se da incluso antes, caso de la montaña tevergana (Asturias) con asentamientos permanentes de población documentados ya en el siglo XI (Fernández Suárez 1992, 5).



Figura 137. Braña abandonada de época indeterminada en el Puerto de montaña de Ventaniella entre Asturias y León.

El origen de las brañas, a día de hoy, se explica bajo la perspectiva de dos puntos de vista. El primero, defendido por nosotros alude a una población permanente, que siguiendo una tradición ganadera local, de raíces prerromanas (Almagro-Gorbea 1995, 2001, 2002, 61-65) continúa con un uso de los pastos estacional (Torres Martínez 2005b, 333), y basado en un semi-nomadismo de cercanía en la mayoría de los casos, que con el tiempo se van convirtiendo en estructuras de hábitat estables.

La segunda hipótesis, defiende la existencia de un proceso de colonización de las zonas periféricas, sobre todo a partir de la Alta Edad Media, que se vería impulsado entre los siglos XI y XIII, por una auténtica política de administración y expansión económica, por parte

de los poderes locales (Valladares Álvarez 2005, 69). Volviendo a una etapa más acorde con el mundo astur, ¿cuales son las evidencias arqueológicas de la explotación económica en la Alta montaña? De momento las dificultades para la localización de yacimientos, se ven suplidas por una enorme cantidad de hallazgos materiales desperdigados por los puertos de montaña entre Asturias y León, que evidencian un uso intensivo de los mismos sobre todo en la Edad del Bronce, aunque muchos de dichos materiales podrían estar en uso hasta la Edad del Hierro. A piezas típicas de esa etapa inicial de la Edad de los metales como el puñal del Puerto del Gumial (Aller, Asturias), o las puntas de palmela de las Ubiñas (Asturias-León), se le suman otros como los brazaletes de (Aller, Asturias) (Blas Cortina 1983), la pulsera del Aramo (Fernández Gutiérrez 1996), o las piezas de las cuevas de Viñayo (León) (Fernández y Neira 2008) que encajan en la Edad del Hierro.

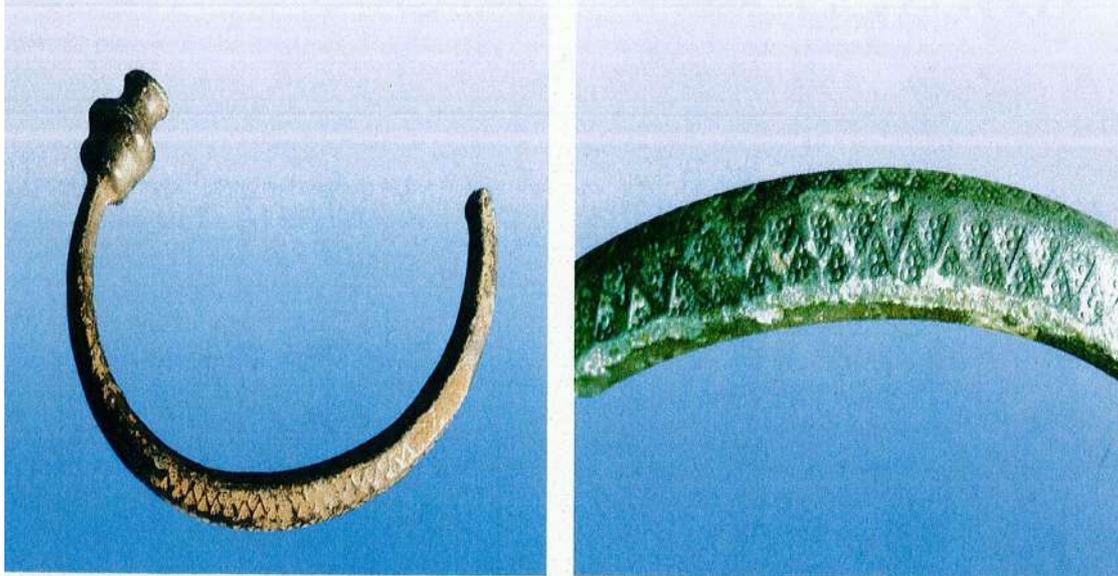


Figura 136. Pulsera del monte Aramo (Quirós, Asturias) (Fernández 1996, 103).

Una evidencia indirecta de que necesariamente los astures disponían de brañas en esta época, lo constituye el registro faunístico de castros de alta montaña como el de la Cogollina (Fanjul *et alii* 2009). La presencia estadística de un número importante de restos de terneros en la dieta de un poblado fortificado, cuyas reducidas dimensiones no permiten su uso mixto como espacio ganadero, nos lleva a deducir dos situaciones. Por una parte, ese ganado tiene que ocupar necesariamente un espacio exterior al poblado, que en el caso de la Cogollina está en plena montaña cantábrica, y por lo tanto existe un uso de esos pastos de las tierras altas.

Por otro lado, el consumo de vacuno joven es un lujo en el sacrificio de cantidad de carne, que solo puede explicarse desde la presencia de una cabaña ganadera importante que permite ese lujo dietético. En el entorno de la Cogollina, podemos asegurar que esa cabaña ganadera de cierta consideración está obligada a explotarse en los pastos de las tierras altas, mucho más llanos, más cómodos en su recorrido, y más ricos por su

orientación al sol (Torres Martínez 2005a, 85), que las laderas verticales del entorno inmediato del poblado.

Por lo tanto debe deducirse también la existencia de pequeñas unidades de ocupación, que aunque sean temporales o incluso muy puntuales, al igual que en otros puntos del Arco Atlántico (Elis y Powell 2008), constituyen el antecedente de las brañas tradicionales asturleoneras.

Los datos faunísticos de época astur-romana obtenidos en las Vallinas (Teverga, Asturias) (Fanjul 2015), nos vuelven a mostrar una necesidad indirecta en el uso de otras estructuras de hábitat temporal en las zonas altas, si tenemos en cuenta la gran cantidad de piezas de vacuno halladas, así como los paralelos de la montaña europea, donde se fecha el origen de la trashumancia tradicional en esta etapa (Carrer 2013, 33). Existen además otras evidencias arqueológicas secundarias, constatadas a través incluso de fechas de carbono 14, que demuestran el uso de determinados megalitos de la alta montaña cantábrica, en zonas de uso exclusivamente ganadero durante la época romana o incluso en el siglo VIII d. C., caso de Los Lagos I, en Cantabria (Gutiérrez Morillo 2004, 299). En este sentido la reutilización de estos viejos espacios en época altomedieval, ha sido motivo de discusión en

las últimas décadas, manteniéndose predominante en el debate, una hipótesis de uso cultural: “...*la religiosidad popular va retrocediendo hacia lugares marginales o remotos (cuevas, monumentos megalíticos o comarcas poco pobladas del sur de Cantabria) o diluyéndose progresivamente en una nueva liturgia...*” (Gutiérrez Morillo 2004, 299), que nosotros creemos bastante discutible en la gran mayoría de los casos. Las viejas necrópolis, no dejan de ser espacios de pastoreo, y sus restos constructivos, podrían permitir una reocupación como espacios de hábitat temporal.

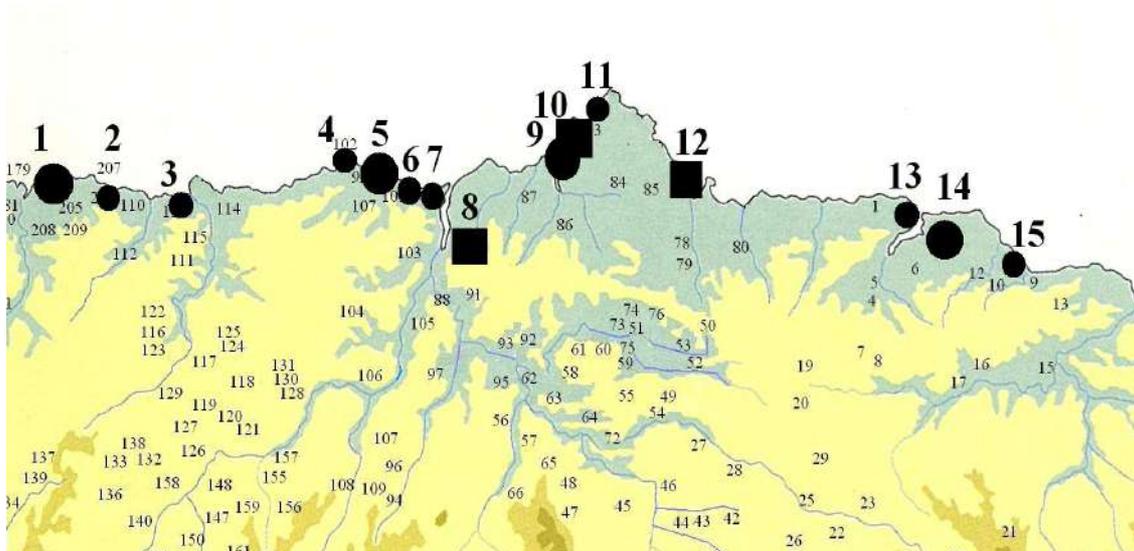


Figura 138. Mapa con la ubicación y dimensiones de los castros de la costa astur. Círculos pequeños- podrían corresponderse con torres costeras de época indeterminada, Círculos- poblados fortificados, y cuadrados - grandes poblados.

1- Castillón de Andes, 2- Castiel de Soirana, 3- Castiechu de Calieya, 4- Peña Castiel del Chano, 5- Castiello de la Garita, 6-La Cavona, 7- El Curión, 8- Castillo de San Martín, 9- La Figal, 10- Punta el Castiello de Podes, 11- Garabetales, 12- Campa Torres, 13- La Atalaya, 14- El Campón, 15- La Isla.

6.5. Los poblados costeros.

Pese a las inmejorables condiciones defensivas que ofrecen los cabos y acantilados de la costa asturiana, en comparación con los valles del interior, no existe en ella un número destacado de poblados fortificados. En nuestra opinión existen tres razones para explicar este fenómeno. En primer lugar la mayor parte de la costa asturiana

está muy abierta al viento del Norte, con lo que las condiciones de vida se hacen mucho más incómodas que en poblados interiores. En segundo lugar, debido a esa sobre-exposición al mar la calidad agrícola de los entornos costeros es más reducida que en los valles. Finalmente consideramos que pese a la extensión de la línea de costa en el territorio astur, con unos 150 km entre el Navia y el Sella, no abundan en la misma los puertos naturales, centrándose los grandes poblados costeros como la Campa Torres, y la Punta el Castiello de Podes, junto a los escasos puertos disponibles.

Esta relación nos lleva a entender que para las poblaciones astures, la ubicación de centros de poder en la línea de costa, sin una relación directa con puertos desde los que aprovechar contactos comerciales, carece de sentido. Si a ello le sumamos la mayor pobreza de recursos agrícolas, y la incomodidad de la exposición directa al fuerte viento del mar, entendemos que no haya un número elevado de castros costeros en el territorio astur.

Tan solo existe una comarca donde esta premisa de ubicación no se cumple, caso del municipio de Valdés, entre la actual localidad de Luarca y la desembocadura del Nalón. En esta zona, aprovechando quizás que las condiciones agrícolas no difieren tanto en calidad con muchos valles interiores, se observa una mayor presencia de

poblados fortificados en primera línea costera respecto al interior de la comarca. Pese a ello el mayor poblado de la zona, el castillo de San Martín, huye de ubicarse en primera línea de la costa y se asienta en el estuario del Nalón, donde las condiciones meteorológicas y de calidad de tierras son mucho más favorables para la vida humana.

Desde este sector hasta la frontera occidental de los astures en el río Navia, los castros costeros son muy escasos, y todos ellos de pequeñas dimensiones, caso del Castillón de Andes, Castiel de Soirana, Peña Castiel de Chano, y Castiechu la Calieya. Una de las características que más llama la atención de estos castros costeros más occidentales es su potente aparato defensivo multivallado, con al menos tres fosos excavados en roca, entre los que se intercalan sucesivos parapetos a modo de contrafoso. La excesiva potencia defensiva, así como sus escasas dimensiones nos llevan a plantear un contexto militar ajeno al fenómeno castreño, quizás más relacionado con la fortificación costera del Atlántico en época romana (Johnson 1979). En la costa central nos encontramos una situación diferente donde la presencia de grandes puertos naturales parece estar en relación directa con la ubicación de tres grandes castros como el Cantu la Figal, en plena ría de Avilés, El Castiello de Podes, en la bahía de Verdicio, y la Campa Torres junto al puerto del Musel. En otro sector, la costa oriental astur, entendida desde el Cabo de Peñas hasta la desembocadura del Sella, donde hace frontera con los cántabros, vuelve a destacar la casi nula presencia de castros en primera línea de costa, a excepción de la Atalaya sobre el puerto natural de Tazones y el castro de la Isla en Colunga, un lugar de difícil adscripción cronológica y con escasa defensa exterior.

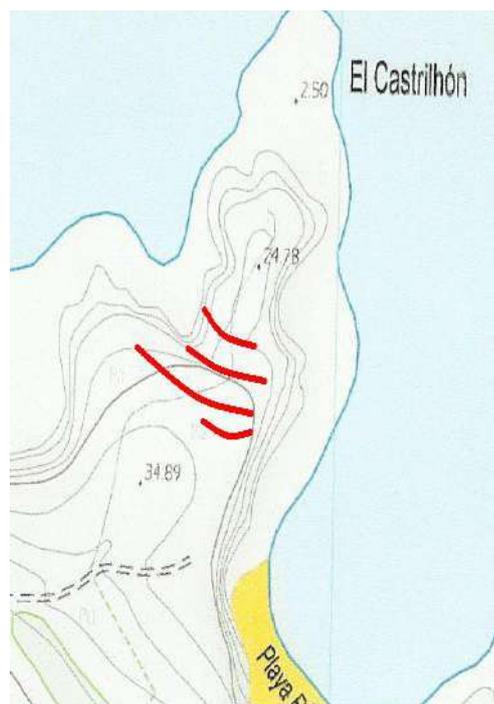


Figura 139. Plano del sistema defensivo multivallado del castro del Castillón de Andes en la costa de Navia. La proliferación de pequeños castros multivallados en la costa asturiana, algunos con dimensiones similares a los castros-torre romanos, parece corresponderse con un fenómeno tardío.

Si bien podríamos afirmar a través del poblamiento fortificado, que existe una escasa relación directa de los centros de poder astures con la primera línea de costa, salvo en los grandes puertos naturales, los datos arqueológicos procedentes de los castros costeros excavados como la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), y de segunda línea de costa, como los castros de la ría de Villaviciosa (Camino 1997b), son determinantes a la hora de mostrar un uso intensivo de los recursos marítimos y costeros, entendiendo también como costeros, los estuarios como el de Villaviciosa que se hallan en conexión con la costa.



Figura 140. Vista del castro del Chano en Valdés, cuyas escasas dimensiones son un buen ejemplo de la militarización de la costa astur en una fase cronológica que todavía desconocemos, muy probablemente romana. Se señalan los fosos marcados con líneas, así como el escaso espacio fortificado en el interior del círculo.

En el caso de la Campa Torres los abundantes concheros, idénticos en ubicación a los localizados en superficie en el castro del Castiello de Podes, demuestran una intensa actividad de recolección, a la que se suman abundantes especies de pescado, o incluso una escápula de ballena, de la que desconocemos si fue cazada o quedó varada en la costa (Nores y Pis 2001, 349).

A través de los datos del Campón (Rodríguez *et alii* 2005) se puede verificar que existe, incluso una predilección por los recursos marítimos respecto a otros similares más cercanos al poblado. En este castro destaca el porcentaje de moluscos procedentes de la costa, como las lapas,

la ostra o la púrpura, con un 41,25 % de ejemplares, casi al mismo nivel que aquellas recogidas en el estuario de Villaviciosa, cuando la ría se encuentra mucho más cerca del castro que la costa.

Desconocemos sin embargo si dentro de la intensidad de explotación estamos ante una actividad económica diaria, o estacional, que solo se realizaba en unos momentos muy determinados por el clima al año, posibilidad que se apunta como hipótesis a través del estudio faunístico en castros de la costa gallega como Borneiro (Vázquez y Rodríguez 1997). Otro de los elementos arqueológicos propios del contacto marítimo en nuestros castros es el comercio Atlántico de finales de la Edad del Hierro. Desde los años 80 del siglo XX La presencia destacada de elementos importados mediterráneos en los castros gallegos (González Ruibal 2006-2007) así como la existencia de algunos fragmentos cerámicos claramente importados en castros del valle del Navia, fortaleció la hipótesis establecida por J.L. Maya, a través de la cual se insistía en la importancia del factor costero, a la hora de establecer líneas de comercio prerromana.



Figura 141. Vista de la planicie interior del castro de la Campa Torres, aprovechada mayoritariamente para usos industriales durante la Edad del Hierro, y sobre la que se asienta una aldea de época romana siglos más tarde.

Años más tarde las excavaciones del mismo arqueólogo en la Campa Torres verificaron esa conexión, con el hallazgo de numerosos materiales mediterráneos de diversa procedencia desde época anterior a la conquista romana. Los análisis han permitido documentar ánforas béticas, así como recipientes ibéricos de la costa catalana de época Alto-imperial (Conde i Berdós 2001).

Pese a los datos de estas excavaciones, especialmente la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), considerada hasta el momento el mayor estudio arqueológico castreño en Asturias, podemos asegurar que la investigación en los castros costeros es ínfima. La totalidad de los castros excavados en la ría de Villaviciosa se circunscriben a la zona interior de la Ría (Camino 1997), dejando sin excavación el Picu Catalín o

la Atalaya, en relación directa con la costa. De otro yacimiento, también situado en estuario y excavado en los años 80 del siglo XX, el Castillo de San Martín en Soto, en plena desembocadura del Nalón, apenas disponemos de datos arqueológicos publicados más allá de algún comentario y dos fotografías (Carrocera 1995).

Ya fuera del territorio astur, en el sector occidental del valle del Navia se han realizado excavaciones en el castro de Cabo Blanco (Fanjul Mosteirín *et alii* 2009; Fanjul Mosteirín y Villa 2012), pero de momento apenas conocemos algunas características estructurales y cronológicas del yacimiento, sin datos de análisis faunísticos. La falta de datos no nos impide afirmar que las poblaciones astures hicieron un aprovechamiento intensivo de los recursos marítimos, tanto en lo que se refiere a los recursos alimenticios, como al comercio costero.

La ubicación de dos de los mayores castros de la región en puertos naturales, caso de la Punta del Castiello de Podés y la Campa Torres, es una muestra del interés en aprovechar esa línea comercial.



Figura 142. Vista del castro del Puerto de Vega en la costa de Navia.

Ambos yacimientos, de grandes dimensiones en comparación con las dimensiones medias del resto de castros asturianos, centran las fortificaciones a través de un sistema monumental multivallado en el istmo geográfico que separa el cabo marítimo donde se ubica el gran poblado. Las viviendas en ambos casos parecen centrarse en paralelo a la línea principal de muralla, donde la altura de la misma serviría de paraviento y aumentaría la comodidad de unos asentamientos difíciles por su exposición al viento marítimo del Norte. Otros dos aspectos compartidos por ambos castros es una industria metalúrgica ubicada en la planicie más meridional del castro, área que se utiliza como basurero ocasional, salvo en el caso de los restos de fauna, concheros incluidos, que se centran en el entorno inmediato de las viviendas, junto a la línea de muralla.



Figura 143. Planimetría del castro del Campón de la Carcabina en Muros del Nalón. La totalidad de los castros costeros astures se ubican junto a puertos naturales de variadas dimensiones que facilitan el acceso a los recursos marítimos, tanto pesqueros como comerciales.

A falta de conocer más datos sobre la cronología de la Punta del Castiello de Podés, podemos fechar a través de la cerámica observada en los cortes del sector Occidental un abandono similar al de la Campa, coincidiendo con la llegada de la conquista romana. A partir de ese momento la fortaleza costera podría tener un uso ajeno a las funciones de un castro, más centrado en funciones exclusivamente militares y comerciales. Quedan sin embargo una serie de cuestiones por dilucidar a las que de momento no tenemos respuesta arqueológica debido a la falta de más excavaciones. El grado indirecto del aprovechamiento costero por parte de las poblaciones del interior sigue siendo una incógnita, a la que se suma la diversidad de situaciones en lo que respecta a la economía de dichos poblados, con una industria metalúrgica en los poblados costeros astures, que desaparece por completo en sus vecinos galaicos de la misma costa asturiana, si tenemos en cuenta los resultados preliminares de Cabo Blanco, donde no existen rastros de actividades metalúrgicas (Fanjul Mosteirín *et alii* 2009). En definitiva, una revisión crítica de los castros costeros nos lleva a reforzar las ideas de J.L. Maya (1989), sobre la importancia que supone el comercio internacional para el desarrollo de la cultura castreña astur. Las hipótesis más recientes (Camino 1995b) sobre el carácter minero de los castros costeros asturianos, así como su papel precedente en la formación del paisaje histórico posterior, no encajan de momento en los escasos datos arqueológicos que disponemos.

6.6. ¿Hubo castros mineros? Breve revisión arqueológica de un debate clásico.

De forma repetitiva en nuestra historiografía, se ha producido a partir de las observaciones de Jordá (1984, 12) en el occidente de la *Asturia*: “*Estas sociedades pastoriles se agrupan comunalmente por primera vez en los castros, organización urbana de tipo defensivo, basados sin duda en las nuevas condiciones de vida impuestas por la minería del oro*”, una interpretación de los castros de este sector en época romana, como el producto de reorganización administrativa imperial, donde los viejos centros de poder astures pasarían a convertirse en poblados mineros dedicados a la explotación del oro.

La masiva presencia de restos de actividades mineras entre el occidente asturiano y el Noreste de Portugal (Perea y Sánchez Palencia 1995, 102), así como la constatada pervivencia en época romana de castros en este sector (Luzón *et alii* 1980, Carrocera 1995, Sánchez Palencia 2000, Sastre 2001, Sánchez Palencia *et alii* 2002), respecto a la desaparición de los castros astures que no se hayan en zonas mineras, han constituido pruebas sólidas para defender dicha hipótesis. Sin embargo la aplicación excesiva de este modelo de "castros mineros", a la hora de explicar los castros astur-romanos entre los siglos I-III d.C., conduce en nuestra opinión a construir una premisa arriesgada, que a veces se antepone a los resultados de las excavaciones, sin plantear otras opciones que expliquen los cambios de poblamiento fortificado, y cuya sobre-aplicación en el Noroeste, ha producido errores interpretativos en lo que respecta a paisajes que nada tienen que ver con la minería aurífera como el valle del Nalón (García Díaz 1995).

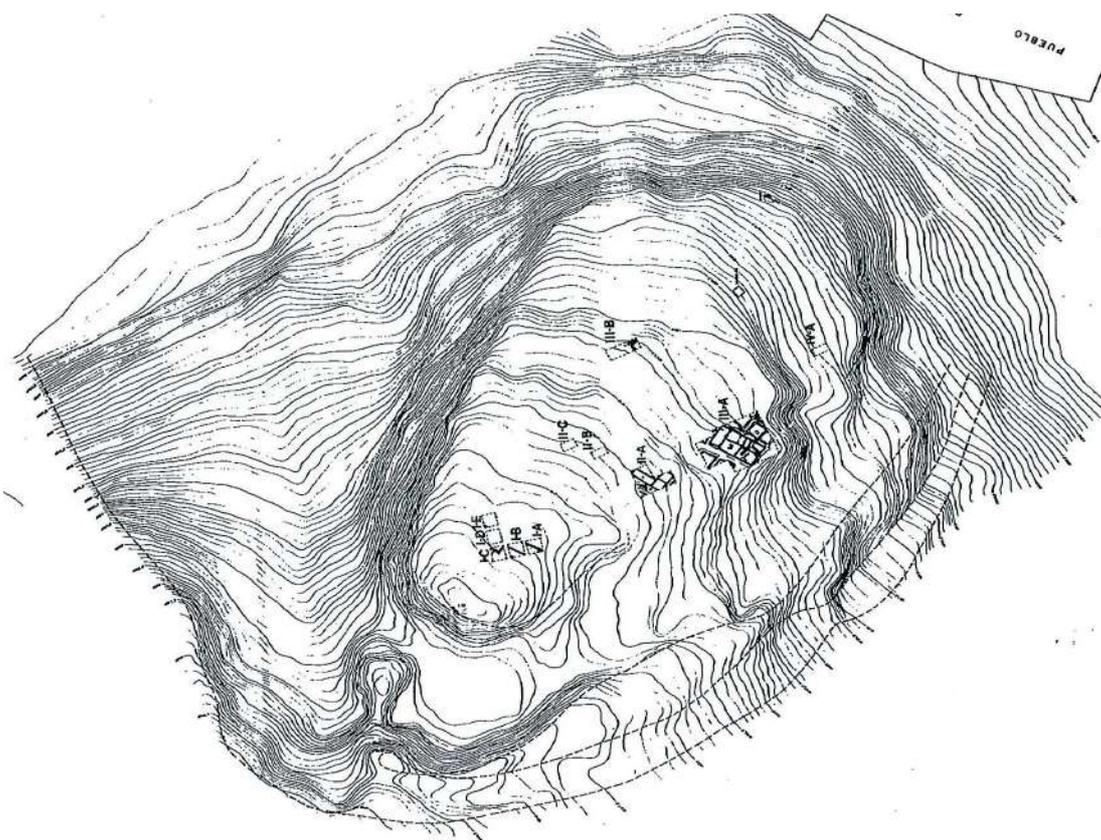


Figura 144. Castro de Corporales (Sánchez Palencia y Fernández Posse 1985, 118).

Si existe una comarca donde se ha implantado este modelo explicativo del poblamiento castreño astur-romano, es sin duda el área entre el Bierzo y el Oriente de Galicia. Desde los trabajos de revisión arqueológica de los valles del Caurel (Luzón *et alii* 1980) y sus vecinos leoneses del Bierzo (Sánchez Palencia 1983 y 1995), la interpretación minera de la pervivencia de los castros en esas comarcas se ha mantenido vigente hasta la actualidad.

Por ejemplo las más recientes revisiones del fenómeno castreño en León (Celis y Muñoz 2015), matizan esa interpretación única mostrando una diversidad de factores que explican los cambios del poblamiento. La variabilidad de tipos de castros y paisajes fortificados que aparecen a partir de época

romana se dispara respecto a los modelos de poblado orientado hacia las mejores tierras agrícolas que predomina en el Bierzo durante la Segunda Edad del Hierro (Rubio y Quintana 2015, 95). El uso del SIG en esta comarca (Aparicio 2011) muestra también una evolución similar, donde esa diversidad de poblados a partir de época romana se pone en relación con la minería aurífera, pese a como apuntan Rubio y Quintana (2015, 96), esta interpretación minera requiere de nuevas cronologías de los yacimientos estudiados. Estas disensiones teóricas entre investigadores, demuestran que incluso en la comarca donde con más fuerza se ha usado el modelo de los "castros-mineros", existe un debate actual sobre los límites de ese concepto interpretativo.

En este contexto se hace fundamental una breve descripción de la evolución del paisaje y sus asentamientos en el Bierzo-Caurel a partir de los castros más estudiados, entendiendo que muchos de los trabajos del paisaje, al igual que ocurre en otras

comarcas, carecen de cronologías probadas para sustentar un discurso creíble. En este sentido, afirmar que el 90 % de los castros del Alto Navia lucense sean nuevos poblados creados a partir de la conquista, como apuntan algunos investigadores (López González *et alii* 2010), consideramos que es una hipótesis interesante, pero arriesgada ante esa falta de dataciones.

El modelo de yacimientos de la Primera Edad del Hierro es bastante similar al paisaje fortificado de la misma época en el Noroeste, y en la comarca que nos atañe viene representado por el castro de la Zamora (Laciana, León) (Rubio y Quintana 2015). Este yacimiento se ubica en una posición dominante, alejada de los recursos agropecuarios inmediatos y adquiriendo por lo tanto, una ubicación simbólica como centro de poder comarcal. Su uso se extiende desde el siglo VII a los últimos dos siglos antes de nuestra Era, y sus dimensiones de 6 hectáreas demuestran su importancia hasta los últimos siglos de la Edad del Hierro.

A partir del siglo IV a.C., se observa la difusión de un nuevo modelo de poblado fortificado, que aprovechando para su ubicación las laderas de algún promontorio en espolón sobre fondos de valle, se orienta hacia el control inmediato de las mejores tierras de cultivo de cada comarca. Este tipo de poblados, más bajos en altitud respecto al modelo previo, tendrían su correspondencia con dos yacimientos ampliamente estudiados en el Bierzo, como es el castro de la Muela (Rubio y Quintana 2015) y el castro de Corporales (Sánchez Palencia y Fernández-Posse 1985).

Este modelo de poblamiento, si bien sufre de forma directa la conquista romana con abandonos e incendios de ambos poblados, pervive en los nuevos asentamientos permitidos por Roma en el Noroeste. En el caso de la Muela la potentísima muralla construida sobre la astur de módulos, en la cima del viejo castro apunta a

un uso estrictamente militar del yacimiento, mientras que en los nuevos asentamientos fortificados que surgen a partir de mediados del siglo I d.C., y que han sido bautizados como "castros mineros", desconocemos el valor real de sus fortificaciones como defensa práctica ante un posible asalto. En el caso de otros yacimientos excavados, apenas podemos aportar datos de su evolución histórica, al existir dudas cronológicas en torno a su origen y evolución, caso del castro de Larón (Cangas del Narcea, Asturias) (Maya y Blas 1984), El Chano de Peranzanes (León) (Celis 2002), o el castro da Torre en Lugo (Álvarez Núñez 1993). Pero el mejor ejemplo en la comarca del Bierzo, para entender los cambios que supone la romanización del Noroeste en la población y el paisaje local lo vemos en los resultados de las excavaciones de los castros de Corporales realizadas por Sánchez Palencia y Fernández-Posse (1985). El poblado de la Corona, está situado a menos de un kilómetro de su poblado vecino ido como "El Castro", con la particularidad de que la Corona es ocupada en los dos siglos finales de la Edad del Hierro, mientras que el castro comienza a utilizarse como hábitat a partir de mediados del siglo I d.C.

A partir de los resultados arqueológicos de ambos yacimientos los investigadores plantean que estamos ante dos formas diferentes de entender y explotar el territorio. El poblado de la Corona, con mejor capacidad defensiva es destruido y abandonado en las guerras astures, y el nuevo poblado se asienta en un lugar con mayor control visual del valle, pero con peores defensas naturales, lo que obliga a un mayor despliegue de la ingeniería defensiva a la entrada del poblado.

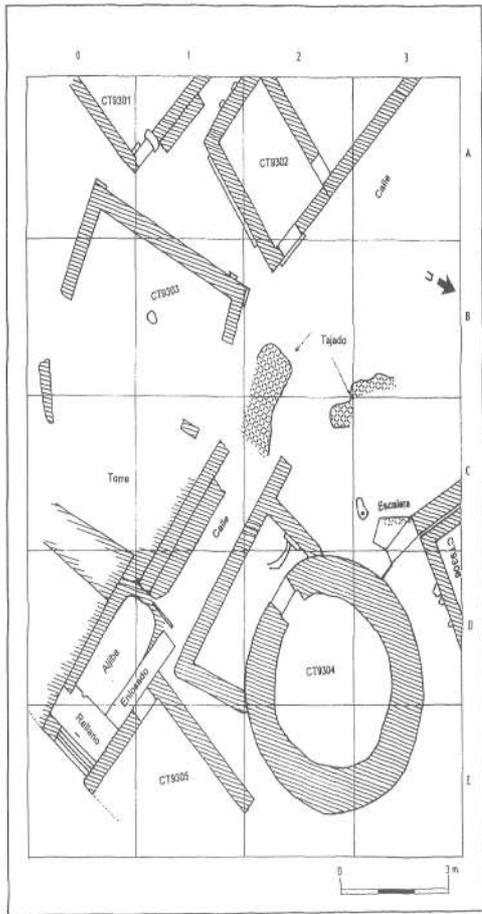


Figura 145. Estructuras del castro astur-romano de la Torre en el Caurel (Álvarez Núñez 1993, 21).

Los restos materiales son hasta cierto punto confusos. Por un lado se mantiene con mucha fuerza en época romana la tradición cerámica previa a mano, mientras que se añaden en el castro abundantes herramientas y objetos de hierro, entre las que destacan varias armas de indudable adscripción militar romana. Esta mezcla material, así como el modelo de ubicación y defensas del nuevo poblado, lleva a plantear un contexto militar del nuevo centro de poder, sostenido económicamente por la población local. Ante el desmantelamiento de los viejos centros de poder, los nuevos poblados podrían corresponderse exclusivamente con

centros administrativos romanos, pero lejos de todas formas, de ser poblados orientados exclusivamente a la explotación minera.

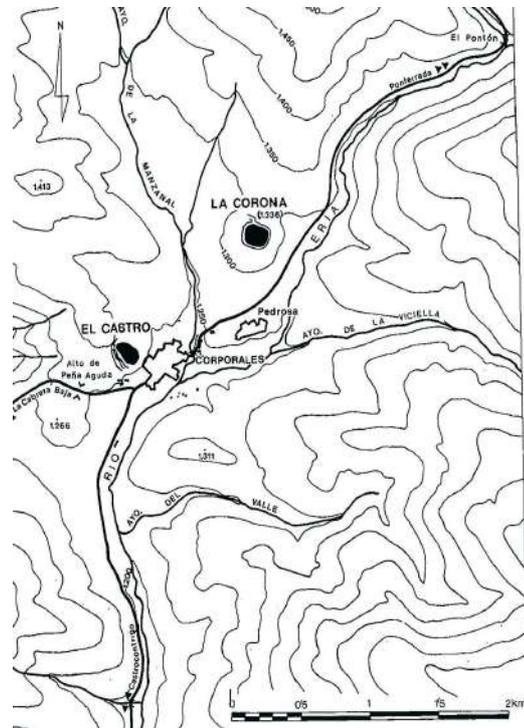


Figura 146. Plano de la corona de Corporales de época prerromana y el castro posterior (Sánchez Palencia y Fernández Posse 1985, 16).

En otros nuevos castros como Santa María de Lugo (López González *et alii* 2010), se observa incluso una mayor orientación agropecuaria, sin espacios industriales en el interior, pese a su ubicación inmediata a restos de explotaciones auríferas. En paralelo, la riqueza material nos refiere a una cierta importancia del poblado como centro administrativo y comercial en época romana. En definitiva los nuevos centros de poder creados a partir de finales del siglo I d.C., en el sector occidental de la *Asturia*, debieron tener entre sus funciones la gestión de los recursos minerales como forma de pago al poder romano. En este sentido todos los castros, ya han tenido antes de Roma una vinculación aunque sea indirecta con la explotación de los recursos minerales.



Figura 147. El Pico el Castro de Pelou en Grandas de Salime. Un pequeño castro de la Edad del Hierro reconvertido a partir de la conquista romana en una pequeña fortificación militar (Villa Valdés 2002), una prueba más de que los castros astur-romanos, entendidos tradicionalmente como "castros mineros" responden, más bien a una militarización del paisaje astur en forma de reocupaciones militares, con una posible finalidad recaudatoria, y que en algunos casos de castros de mayor envergadura, evolucionan en pocas décadas a hacia su conversión en nuevos centros de administración fortificados.

Por otro lado, las actividades de transformación del mineral aurífero, no parecen darse en los poblados, sino más bien en estaciones mineras, menos estudiadas, pero localizadas en las inmediaciones de las propias minas, y finalmente, porque la supervivencia o la creación de nuevos asentamientos a los que se les permite la fortificación, nos está refiriendo a una diversidad de situaciones.

Muchos de los nuevos castros parecen corresponderse con pequeños establecimientos militares, mientras que en el caso de otros como Santa María de Lugo o castro da Torre, se observa un modelo de estructuras internas poli-funcionales, al puro estilo de una aldea rural de época histórica. Cobra peso a través del estudio del castro de Corporales la idea de una red de fortificaciones romanas, que estamos confundiendo con castros, desde donde se vigila la gestión de los recursos mineros, y que a la vez son mantenidas por la población local. Sea como fuere, los castros estudiados en las comarcas mineras muestran un colapso, desmantelamiento, y una posterior reorganización, que cambia de forma absoluta el poblamiento astur tras la llegada de Roma.

7.1. La agricultura.

El análisis de la agricultura astur parte de cuatro elementos, el hallazgo de semillas y herramientas en los yacimientos estudiados, los paisajes del entorno de los castros con sus análisis polínicos, y finalmente las referencias de los historiadores romanos. El problema consiste en que cada una de estas fuentes de información dispone de grandes vacíos en el territorio astur. Por un lado la obsesión de los arqueólogos por los datos crono-estructurales de los castros, les lleva a obviar la búsqueda de semillas mediante sistemas de flotación, lo que a su vez ha supuesto que del casi medio centenar de yacimientos excavados, apenas conozcamos datos publicados de ocho de ellos.

En el caso de las herramientas su hallazgo es muy escaso, al igual que ocurre en el resto de los castros del Noroeste (Teira 2010), mientras que las fuentes romanas nos han dejado algunas impresiones generales, que no siempre podemos generalizar a todo el ámbito astur.

Finalmente, el estudio de los paisajes agrícolas del entorno inmediato de nuestros castros no son garantía de uso agrícola, si tenemos en cuenta que en algunos castros astures como el Cerco (Sejas de Aliste, Zamora) el polen demuestra que los campos de cultivo se hallaban alejados del poblado fortificado (Boyer-Klein 1986, 393).

Pese a todo ello y sobre todo, ante la falta endémica y desesperante, de recogida de muestras de semillas en las excavaciones castreñas de la antigua *Asturia*, podemos mostrar una visión general de la agricultura astur a través de los escasos yacimientos con semillas, polen y cultura material publicada, teniendo en cuenta también los datos procedentes de castros galaicos, análogos en el comportamiento agrícola.

En líneas generales, los datos paleo-económicos de la Edad del Hierro en el arco atlántico europeo prueban una intensificación espacial de esa agricultura ya diversificada en la Edad del Bronce (Pauli 1991), con un avance considerable en la denominada segunda Edad del Hierro, con multitud de casos de granjas en llanura que abastecen a poblados fortificados de mayor tamaño (Mauné 1998), y con una destacada presencia de elementos materiales y arquitectónicos como el molino circular (Malrain *et alii* 2000), y el hórreo, ocupando espacios no destinados tradicionalmente a viviendas (Cunliffe 1995), detectado en el centro peninsular desde la Edad del Bronce (Martín y Virseda 2003).

La romanización parece suponer en la agricultura una mayor amplitud de la gama de productos cultivables (Dark 2000), pero no una gran cantidad de avances tecnológicos más allá del aumento de herramientas y su variedad, dentro de una actividad que estaba en pleno funcionamiento en épocas anteriores a la llegada de la cultura romana (Maya 1983, 242), chocando con las referencias de los historiadores clásicos (Santos Yanguas 1984).

Para el caso de la antigua *Asturia*, si analizamos los datos agrícolas reales principalmente formados por hallazgos de semillas, el primer aspecto a destacar es la similitud casi absoluta entre la agricultura desarrollada en esta región y sus territorios vecinos galaicos del Noroeste Peninsular. Las especies cultivadas, las herramientas utilizadas, así como la evolución de los cultivos desde la Edad del Bronce hasta avanzada la época romana es casi idéntica, salvo en algunas diferencias con las especies de trigo dominantes en cada área geográfica, así como en la falta de vid en época prerromana, un elemento que aparece de forma peculiar tan solo en la costa atlántica galaico-portuguesa (Tereso 2012).

De forma resumida, en las tierras de cultivo astures predominan diversos tipos de trigo, que en el caso asturiano suele centrarse en las variedades de

escanda (Camino 1997a, 80; Maya y Cuesta 2001), o escaña (Fanjul *et alii* 2017), más resistentes a la humedad, mientras que en la meseta y la zona nororiental de Portugal, consisten en variedades más comunes. En combinación con el trigo nos encontramos cebada, avena, y mijo, a las que siguen en importancia las leguminosas, con cultivos de faba y guisantes. A estas especies cultivables se le suman en diferente proporción pero nunca de forma mayoritaria otras recolectadas que por importancia numérica suelen ser las bellotas, las avellanas y las nueces.

Este esquema de cultivos proviene de una tradición reflejada ya en el II milenio a.C. en el castro de Palheiros (Sanches 2008), si bien es en el primer milenio a.C., cuando se completa mediante la incorporación de dos cultivos muy rentables, la avena y el mijo (Ramil 1993; Figueiral 2008, 79). Estamos ante un modelo de agricultura intensiva, lo que conlleva un empobrecimiento progresivo de los suelos cultivados, lo que unido a leves cambios climáticos puede explicar como a partir de época romana se expanden con fuerza tanto el mijo, de mayor producción asegurada, como el centeno, un cultivo duro, ideal para suelos pobres y cuyos tallos también son usados en la confección de cubiertas de edificios. En paralelo a esta política de rentabilizar al máximo el terreno cultivable, aparecen a partir de esta época nuevas especies cultivadas como las frutas, tipo melocotón, higos y uvas, aparte de otras como el olivo, destinadas a la producción de aceite. Otras especies como la verdura en general, aparece ya reflejada con fuerza en niveles tardoantiguos de la granja asturiana de las Vallinas, en combinación con cultivos cereales y de leguminosas (Fanjul *et alii* 2017). De esta visión resumida del campo astur hay que destacar varios aspectos:



Figura 148. La arqueología contradice el arcaísmo de la agricultura que los autores clásicos han atribuido a los astures, a la par que la etnografía todavía nos permite acercarnos a métodos agrícolas preindustriales en valles de montaña asturianas. En la imagen una mujer recoge la cosecha de escanda en Aller con unas "mesorias" de madera (Fernández García 2006, 55).

La fuerte presencia de bellotas calcinadas en todos los poblados astures, indica una cierta importancia como producto panificable en combinación con los cereales, si bien no puede entenderse como un producto predominante dentro de la alimentación vinculada a la agricultura/recolección, tal como refieren los clásicos. El hecho de que este producto quizás por la pobreza de los suelos, tenga más éxito entre las poblaciones del corazón de la *Asturia*, entre el Bierzo, Valdeorras, Caurel y la sierra de la Cabrera, puede dar a entender que las noticias que

los romanos han tomado como referencia de la cultura astur, provienen de esta zona exacta, cercana además a la costa galaica donde existe una temprana comunicación con el Mediterráneo, que de otras zonas de la geografía astur, donde bien los cultivos pueden ser mayoritariamente de cereal, como ocurre en pleno valle del Duero, caso del yacimiento de la Corona (Cubero 2013), o de la *Asturia transmontana*, donde hay una mayor presencia de leguminosas en la dieta debido a la humedad.



Figura 149. Campos fósiles de cultivos de cereal en el valle del Navia.

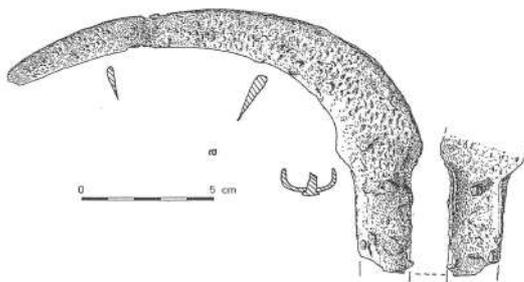


Figura 150. Hoz del castro de las Labradas.

En lo que respecta a las herramientas agrícolas astures, comparten dos aspectos con el resto de

herramientas del mismo tipo del Norte Peninsular, por un lado su escasez en hallazgos dentro de los poblados, así como por otra parte su similitud tipológica entre las piezas de las diversas regiones norteñas. En todo caso hay que destacar varios aspectos en debate, por un lado hemos de aceptar de forma plena las hachas y azuelas pulimentadas que aparecen de forma repetitiva en contextos de la Edad del Hierro, como herramientas agrícolas polifuncionales, usadas bien como azadas, o como hachas de desbroce y tala (Teira 2010, 139). En el caso de los arados, su importancia como herramienta en hierro (Barril 1999), dentro de la tipología denominada equivocadamente como "arado romano", podría haber tenido una simbología especial dentro de las poblaciones astures si tenemos en cuenta su hallazgo concentrado en algunas cabañas de ciertas dimensiones dentro del poblado de la Ercina (González *et alii* 2016, 21).

En otros casos las herramientas nos están mostrando un mayor potencia de la economía agrícola, y así la azuela de hierro de Caravia, así como las hoces (de Llano 1919) que, en nuestra opinión, tienen mas que ver con la poda de arbustos, que con el proceso de recolección agrícola que los define, demuestran junto a los materiales hallados en los castros de Villaviciosa y los localizados entre los niveles de la segunda Edad del Hierro en la Campa Torres, que es en esta época, en conexión con la revolución agrícola y económica del siglo IV a.C., es cuando se esta produciendo un salto tecnológico que también afecta a las actividades agrícolas. En este contexto, podríamos incluir las navajas (Maya 1989), bien como piezas que servirían para facilitar la recolección de ciertos productos, o bien para actividades de procesamiento textiles. La reja de arado de la Porida en Valdés (Maya 1988/89), no debe en nuestra opinión tenerse en cuenta, debido a las dificultades interpretativas que a día de hoy supone el yacimiento. Nuestra

visita y los testimonios de hallazgos apuntan a una cronología altomedieval o tardoantigua, pero en ningún caso correspondiente a la Edad del Hierro. Las rejas tradicionales de arado como la de la Porida habrían tenido una introducción muy tardía en Asturias entre la época romana y la medieval. En el caso de los frenos de caballo hallados en diversos castros y la cueva de Pueblo Bajo de Lledias (Maya 1988/89), consideramos que se trata de ornamentos que están en plena correlación con la imitación o pertenencia a materiales militares propios de la caballería romana, en el caso de los frenos de Llagu (Berrocal *et alii* 2002). La escasa presencia de caballos entre los restos de los castros asturianos, posiblemente indica un uso minoritario por parte de unas élites, del que desconocemos en que cantidad se utiliza en la actividad agrícola castreña. Respecto a los elementos materiales de molienda, desde la excavación del castro de Caravia por Aurelio de Llano (1919), se aplicó en Asturias una subdivisión tipológica general a los molinos castreños, que venían a coincidir con dos grandes modelos, uno prerromano de tipo barquiforme, y otro circular, que estaría vinculado a una etapa romana.

Esta subdivisión se generalizó en la historiografía regional hasta el trabajo de J.L. Maya (1988/89), quien establece una nueva subdivisión de los molinos castreños basándose en su forma y posible decoración. Siguiendo su clasificación estarían los molinos tipo 1, lisos y con molduras planas, los tipo 2, decorados y los tipo 3, simples. Es indudable que esta clasificación, exclusivamente tipológica, sería hoy superada en base a los nuevos hallazgos en los castros asturianos, pese a los cuales carecemos de análisis de fitolitos que nos ofrezcan un detalle sobre su utilidad. En nuestra opinión, y siguiendo los trabajos aplicados en Galicia por Carballo *et alii* (2003), que

entendemos son aplicables al resto del Noroeste, proponemos la presencia de los molinos circulares en Asturias a partir del siglo IV a.C., conviviendo durante varios siglos con los modelos barquiformes y los morteros, un tipo diferente de molino, que aparece en diversos castros como la Cogollina, y que estarían vinculados a la primera Edad del Hierro. La reciente revisión de los molinos leoneses (Revilla 2012), coincide con esta evolución tipológica, destacando la presencia del molino de vaivén y el mortero en yacimientos de la Edad del Bronce, y la incorporación de grandes piezas circulares a partir del siglo II d.C., cuyas dimensiones aumentan aún más en época medieval. A estos mismos momentos entre la época romana y el comienzo del mundo medieval adscribimos la mayor parte de las piezas decoradas que han aparecido en Asturias, y que curiosamente se adscriben a castros-torre tardíos (Fanjul 2015).

La abundante presencia de molinos en nuestros castros es una prueba mas de una potente actividad agrícola desde la segunda Edad del Hierro, como del carácter familiar de la actividad de molienda, al hallarse los molinos distribuidos en diferentes espacios domésticos, que interpretamos como familiares. La fabricación de los mismos suele centrarse en areniscas y cuarcitas en la *Asturia transmontana*, mientras que al sur de la cordillera el granito es el material preferido en su fabricación.

En definitiva podemos asegurar que tal como decía el profesor Maya: “*Los Astures Transmontanos no estaban en un nivel agrícola tan rudimentario como los clásicos atestiguaron...*” (Maya 1989). Los datos arqueológicos desde la Edad del Bronce muestran un esquema de cultivos ya afianzado, al que se van produciendo leves incorporaciones en la Edad del Hierro, y cultivos más especializados a partir de época romana.

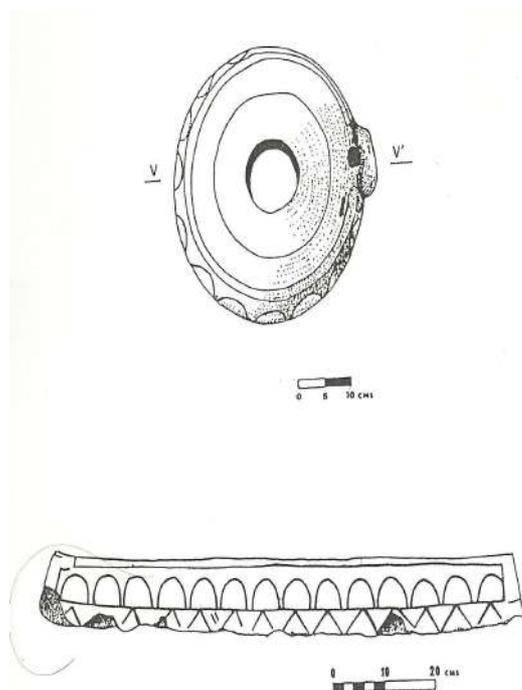


Figura 151. Molino de la Picona de Ricabo (Maya 1988/89, 266).

7.2. La ganadería.

Si bien el mito apuntado por Estrabón (III, 3, 7) sobre una ganadería fundamentalmente basada en cabras y ovejas, podría encajar con los registros arqueológicos de algunas zonas geográficas muy concretas del interior de la antigua *Asturia*, caso del Caurel o el Bierzo, lo cierto es que en el resto del territorio astur existe una potente economía basada en la explotación de vacuno que no es reflejada por los autores clásicos. Esa riqueza de recursos cárnicos implica incluso ciertas diferencias dietéticas con pueblos vecinos como los galaicos, si tenemos en cuenta que entre los astures se busca el sacrificio de reses a edades más tempranas, lo que supone una mayor calidad de la carne.

En general, tal como apuntamos en el apartado sobre caza, los índices de especies domésticas

son mayoritarios en los registros arqueológicos de los castros desde la Edad del Bronce (Arias y Armendáriz 1998; Torres Martínez 2005, 154), y los datos de la evolución estadística de ejemplares apuntan a una gran presencia de ovicápridos durante esta época, con unos porcentajes de suidos y vacuno que van aumentando progresivamente durante la Edad del Hierro, hasta llegar a una cierta importancia numérica en la época romana (Fernández Rodríguez 1996). Vacuno, ovicápridos y cerdos por orden, parecen ser por lo tanto, las especies ganaderas predominantes en la cultura de los castros del noroeste, mientras que otras como el caballo, o el perro, aparecen siempre de forma minoritaria en el norte peninsular (Esparza 1986; Castiella 1993).

7.2.1. Vacuno. A diferencia de los castros galaicos donde se consumen especies de cierta edad para disponer de mayor cantidad de carne (Fernández Rodríguez 1996), en los castros astures tanto en la parte transmontana como en las llanuras de la Meseta, se sacrifican terneros, lo que refuerza la hipótesis de una potente ganadería de vacuno entre los astures, que implica un cierto derroche cárnico en las edades de sacrificio. Esta tradición dietética ya aparece reflejada en el territorio astur desde la Edad del Bronce si atendemos a los hallazgos de la Cueva de Tres Ventanas (Torál de los Vados, León) y Pala da Vella (Rubiá, Orense) (Fernández y Pérez 2007). Esta amplitud de la cabaña permite determinar un uso múltiple del vacuno tanto como especie de tiro y arado, como para el consumo de carne, y el aprovechamiento de leche y cuero. En los castros del valle de Teverga (Asturias), y su granja de las Vallinas (Fanjul *et alii* 2017), nos encontramos como el ganado vacuno es la especie predominante desde el siglo IV a.C. hasta el siglo III d.C. La ausencia de vacuno a partir de esta época, representada por la ocupación tardorromana

del castro de la Garba, consideramos que no es un indicio de su inexistencia, sino más bien de una especialización de su producción en las zonas altas, al modo tradicional de las poblaciones ganaderas trashumantes de los valles de montaña, quedando el consumo doméstico para especies como la oveja y la cabra, que en esta época parecen tener una importante presencia en el campo astur. Los datos procedentes de asentamientos astures de las llanuras del valle del Duero como la Corona y el Pesadero (Bellver 2013) refuerzan esta hipótesis, observando como el vacuno no deja de ser la especie ganadera predominante desde la Segunda Edad del Hierro y se mantiene a la cabeza en toda la época romana. Su ausencia en los asentamientos de montaña prueba de forma indirecta por primera vez la existencia de una trashumancia vaqueira.

Respecto a las tallas de las especies de vacuno son todas reducidas, algo generalizado en el Noroeste pero no en las regiones vecinas (Fernández Rodríguez 2000 y 2003), lo que indica la explotación ganadera de vacuno tipo casín, una especie fósil todavía presente entre el ganado asturiano de montaña, y cuya reducida talla denota la antigüedad de su presencia como especie doméstica.

7.2.2 Ovicápridos (cabras y ovejas). En general estamos ante una cabaña secundaria en importancia respecto al vacuno, salvo en la zona del Bierzo, donde los escasos análisis realizados en los castros astures estudiados, muestran como en esta comarca el ganado ovicáprido es mayoritario en la cabaña astur. Estos índices de fauna resultantes de las excavaciones del castro y la Corona de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985) pueden ser trasladados por similitud geográfica a todo el Caurel y el territorio astur en la actual Galicia, y Noreste de

Portugal.



Figura 152. Rebaño de cabra autóctona asturiana y ovejas en el occidente asturiano a comienzos del siglo XX (Krüger 1927, 182).

En la Asturias transmontana el vacuno es predominante, mientras que las llanuras anexas al valle del Duero, se mantienen los índices de consumo con una pequeña variable, en la que las cabras son predominantes respecto a las ovejas a comienzos de la Edad del Hierro, y la proporción da la vuelta progresivamente a partir de la Segunda Edad del Hierro donde ese predominio en la cabaña ovicáprida es de las ovejas (Bellver 2013, 425).

Dentro de los escasos estudios faunísticos realizados se desprenden algunos datos de gran interés, por ejemplo, en el caso de la Campa Torres

(Gijón, Asturias) se demuestra que las ovejas tienen también mucha mayor presencia que las cabras (Maya y Cuesta 2001, 232). Igualmente sabemos que en el mismo yacimiento abundan los sacrificios antes de un año como aprovechamiento cárnico, pero también usos más



prolongados del animal, entendiendo una explotación más intensa de la cabaña para obtener lana y leche.

Esos usos más prolongados para aprovechamientos secundarios cobran más importancia aún entre las poblaciones astures de la Meseta si tenemos en cuenta los datos procedentes de la Corona/El Pesadero (Benavente, Zamora) (Bellver 2013, 425), lo que podría explicar la importancia en las referencias clásicas a la lana astur, en forma de mantos negros denominados sagos (Estrabón III, 3, 7), y cuyo color nos lleva de nuevo a plantear la explotación de una especie de oveja céltica atlántica, en el sentido de que se mantiene fósil en diversas regiones del Arco Atlántico europeo, y que en el Noroeste ibérico tendría su correlación directa con la *Oveya Xalda* asturiana (Sevilla 2001), de menor tamaño que la merina, y caracterizada también por su color negro. El ganado ovicáprido constituye la cabaña principal de las poblaciones del Noroeste en las etapas más tempranas de la protohistoria, con una sustitución progresiva en importancia por el

ganado vacuno, salvo en la *Asturia Occidental* donde este ganado menor se adapta mucho más fácilmente a la orografía propia de la zona.

Figura 153. Oveja Xalda asturiana, raza atlántica de origen prerromano con menores dimensiones que las especies actuales.

7.2.3. Suidos (Cerdos). Si bien es muy difícil a veces diferenciar sus restos óseos de los del jabalí, el cerdo aparece como la tercera especie animal en importancia de consumo en casi todos los castros del Noroeste. Estamos ante especies que en la vida rural tradicional conviven con mucha facilidad con los humanos dentro de los espacios habitados por éstos, lo que explica su fuerte presencia en castros tardíos de época astur-romana, como el Castro de Corporales (Sánchez Palencia y Fernández-Posse 1985), que ya han perdido la función prerromana de centro de poder aristocrático y funcionan más bien como prototipos de aldeas tradicionales, o su presencia estadística sin variables destacadas desde comienzos de la Edad del Hierro en asentamientos

astures de la Meseta como la Corona/El Pesadero (Bellver 2013, 430). En el caso de la Campa Torres (Gijón, Asturias) se observan especies destinadas al consumo de carne tanto en edades posteriores a su reproducción como antes, cuando todavía son lechones (Maya y Cuesta 2001, 232). Por otra parte su constancia estadística en los poblados astures tiene una relación directa con el aprovechamiento de la manteca, elemento básico de la cocina entre los pueblos del Norte (Estrabón III, 3, 7).

7.2.4. Equino (Caballo). En la Campa Torres se ha detectado la presencia de ponis célticos (*Equus glacialis*) (Maya y Cuesta 2001, 233) de menor estatura que el caballo medio, y que se corresponden claramente con la especie conocida como asturcón (Sevilla 2001).

Hay dos aspectos curiosos en cuanto a los restos de asturcón estudiado en la Campa Torres, por un lado prueban el consumo de carne de potro entre los astures, con sacrificios de caballos menores a los cinco años. Por otra parte, el resto de ejemplares pese a su avanzada edad han sido destinados exclusivamente para montar, lo que por deducción conduce a plantear que las labores de arado o tiro de carros se realizan principalmente con bueyes.

Esta deducción es válida para la geografía comarcal de la Campa, de terrazas y laderas suaves, aunque posiblemente sea el caballo el que más se usa en las labores de tiro y arado en los valles de montaña, debido a las pendientes y las dificultades orográficas de los caminos. En este sentido aparece como especie prioritaria en número junto al vacuno en la granja de las Vallinas (Teverga, Asturias), dentro de un entorno geográfico de alta montaña entre los primeros años del siglo I d.C., con importante presencia pero menor en número, en la etapa astur-romana del mismo yacimiento (siglos II-III

d.C.) (Fanjul *et alii* 2017).

En el caso de los asentamientos astures de la Meseta los datos coinciden con los de la Asturia Transmontana, estamos ante ponis que se usan casi exclusivamente para montar, y cuya presencia en la cabaña ganadera parece aumentar considerablemente a partir de la conquista romana (Bellver 2013, 428).

7.2.5. Perros. Parece existir una variedad de especies en uso entre los astures, cuya presencia difiere entre las zonas astures de la Meseta, oriente de Portugal, y las montañas del norte de León y Asturias. En el caso de la Meseta se localizan perros de tamaño medio, mientras que en las regiones astures norteñas, aparecen ejemplares que destacan por sus grandes dimensiones, hermanados seguramente, y pese a la falta de análisis genéticos, con los actuales mastines de raza astur-leonesa (Maya y Cuesta 2001, 232). De forma única aparece una pieza de un perro pequeño consumido en el yacimiento de la Corona/El Pesadero (Bellver 2013, 430) que debido a su excepcionalidad solo puede entenderse de momento como que se usa para alimentar a otros animales.



Figura 154. Cachorro de perro mastín astur leonés en las montañas de Leitariegos. Pese a la falta de

análisis genéticos con los restos de perros hallados en la Campa Torres, las dimensiones de los antiguos perros de época astur se ajustan al modelo de mastín.

Otras especies domésticas como el gato aparecen de forma excepcional en época prerromana en el castro galaico de O Achadizo (Fernández 2001), y asumimos que su generalización en los espacios domésticos astures no se produce hasta después de la conquista romana. En el caso de las aves como el gallo su presencia en la Meseta desde tiempos prerromanos está atestiguada de forma muy excepcional en los niveles celtibéricos de Soto de Medinilla (Morales y Liesau 1995), aunque de momento en el Noroeste no se atestigua su presencia hasta la romanización. Los especialistas que han tratado esta materia apuntan la posibilidad de que la falta de restos se deba a su escasa conservación y dificultad de registro, más que a una falta física en la dieta de las poblaciones del Noroeste (Fernández y Pérez 2007).

7.3. El comercio.

Otro de los mitos historiográficos que han sido rebatidos en los últimos años gracias a los hallazgos arqueológicos ha sido la participación de los astures en las líneas de comercio internacional antes de la llegada de los romanos. El "barbarismo y aislamiento" asignado a los pueblos del Norte no encajan con los hallazgos de material importado que se van descubriendo en nuestros castros, y que demuestran no solo la actividad comercial marítima en la Edad del Hierro cantábrica, sino también la existencia de contactos interregionales interiores con otros pueblos de la Meseta.

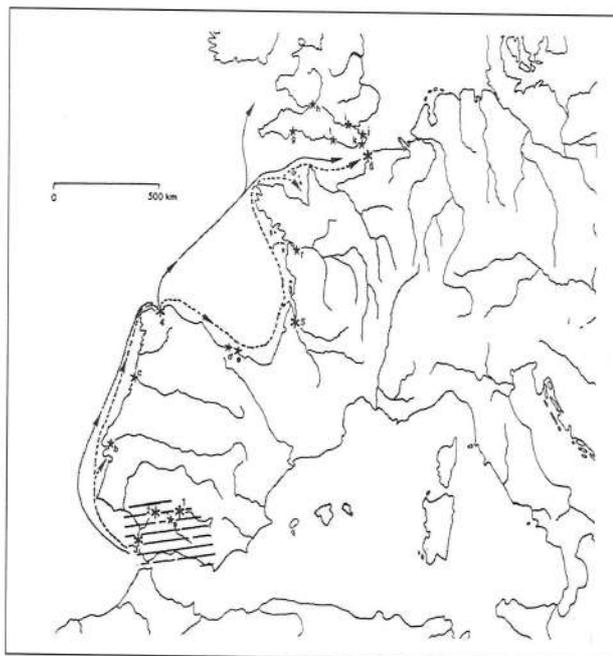
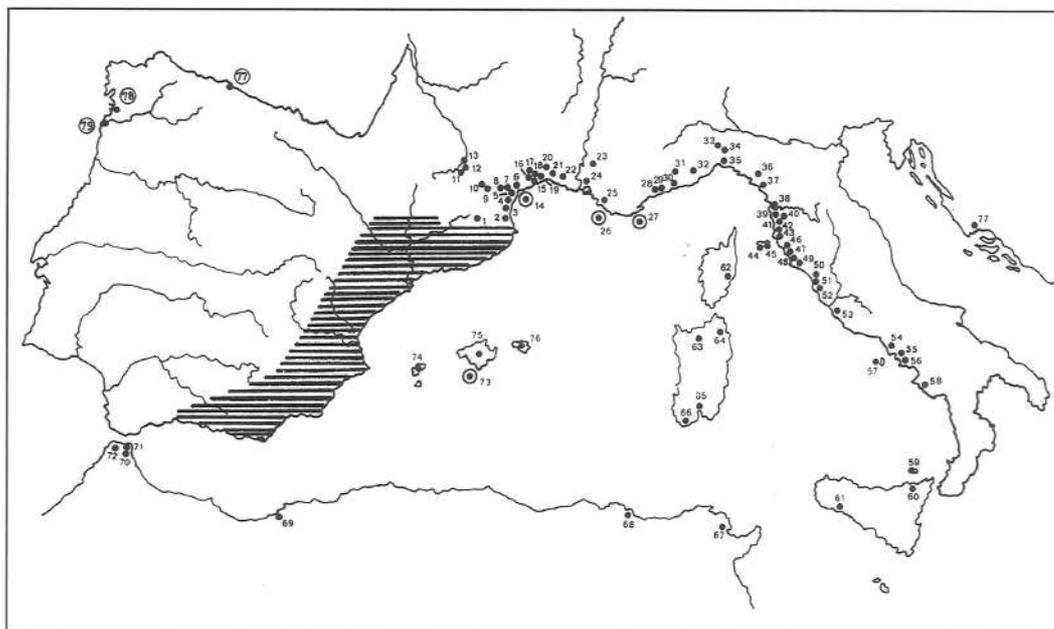


Figura 155. Distribución de ánforas de vino y aceite procedentes de la Bética. (Carreras Monfort 1995, 134).

El comercio en sociedades sin moneda se realiza mediante intercambio (Torres 2005, 250), tal como describe Estrabón (III, 3, 7) en el caso de los pueblos del Norte Peninsular: "*Los que viven muy al interior se sirven de trueque de mercancías, o cortan una lasca de plata y la dan*".

Los metales en primer lugar, pero también el ganado, la sal, el grano o los productos textiles, son los principales elementos de intercambio entre los pueblos del Noroeste prerromano, los cuales serían intercambiables con productos de lujo mediterráneos como la orfebrería, las cuentas vidriadas, o los alimentos exóticos.

El comerciante es una figura más de la sociedad atlántica (César, GC III, 26), y sus mercancías en la Edad del Hierro discurren siguiendo líneas de contacto establecidas desde la Edad del Bronce, cuando el comercio de estaño y cobre propicia un contacto fluido entre el Mediterráneo y el Atlántico.



En este sentido desde el siglo IX a.C. hasta la conquista romana se están produciendo contactos comerciales entre el mediterráneo y los castros Atlánticos. Si los fenicios abren la ruta marítima hasta el siglo VI a.C., serán después los cartagineses con base en Cádiz, y finalmente romanos, los responsables de la aparición de una serie de productos importados en los castros astures. Posiblemente el fragmento más antiguo de cerámica púnica en un castro próximo al territorio astur es el identificado por J.L. Maya (1987/88, 193) en Coaña.

Se trata de un borde de cerámica a torno, pasta rosácea y con engobe anaranjado, cuyas fechas oscilan según los investigadores que han estudiado la pieza. J.L. Maya la sitúa en torno al siglo VI a.C., mientras que Marín reduce su contexto en torno al siglo III a.C. (Marín 2011, 549). Las importaciones de materiales mediterráneos crecen cuando entramos en la etapa republicana y nos acercamos al cambio de Era, al igual que en otros ejemplos del mundo Atlántico europeo (Hanson 2002), con abundantes ejemplos de ánforas en castros del Bajo-Medio Navia (Arancedo y Coaña), así como en la Campa Torres.

Figura 156. Distribución comercial de los *Kalathoi* ibéricos según M.J. Conde (Maya y Cuesta 2001, 256).

Junto al vino mediterráneo llegan también vasos y platos de gran calidad técnica, en comparación a las producciones locales, como son las cerámicas campanienses, de barniz negro, y que intentan imitar a las cerámicas griegas con un acabado similar.

A los materiales de intercambio en contenedores cerámicos, como las confituras y el vino ibérico hallados en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), se le suman otros elementos más transportables como las cuentas de collar oculadas, que penetran al interior de los valles astures desde la costa y que aparecen en Llagú o San Chuis (Marín 2011, 548).

Estas piezas con un claro origen mediterráneo y difundidas por el cantábrico a través de las rutas comerciales púnico-fenicias (Ruano 2000), aparecen con mucha profusión en Galicia entre los siglos IV-II a.C. junto a otros elementos de vidrio como perfumes (González-Ruibal 2006-07).

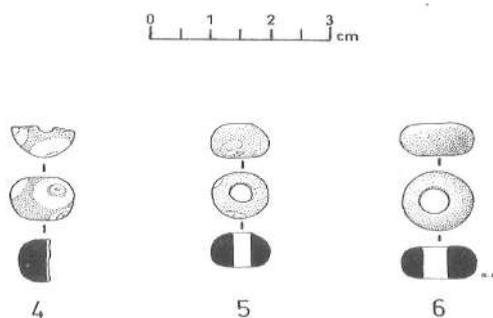


Figura 157. Cuentas de Pasta vítrea en azul y blanco procedentes de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001, 231).

Por el contrario, la difusión de estas cuentas en necrópolis celtíberas como Herrería (Guadalajara) (Cerdeño y Sagardoy 2007) ya desde los siglos VII-VI permite identificar también una primera línea comercial terrestre que conduce al Norte Peninsular siguiendo el valle del Ebro, lo que quizás explica su alta difusión en los sectores de la Meseta ocupados por los cántabros, con epicentros comerciales como el yacimiento de Monte Bernorio (Torres *et alii* 2013).

Los análisis de las diferentes necrópolis celtíberas demuestran que estos collares se usan indistintamente por niños y adultos de ambos sexos (Jimeno 2004, 233), combinando a veces las cuentas vítreas con otras de tipo metálico, o incluso portando una sola cuenta vítrea como adorno (Ruiz y Smith 2001, 123; Smith 1985, 51-53). Su alto valor comercial, y su carácter profiláctico como amuleto, explica las imitaciones de estas piezas en Centro-Europa, desde donde podrían haber llegado también a algunos yacimientos peninsulares (Torres *et alii* 2013).

Otra de las líneas comerciales marítimas, pero menos conocida que la ruta Atlántica, es la aquitana (Cuesta y Maya 1995, 245) que a través del comercio costero cantábrico, permite la

llegada de productos ibéricos desde la costa catalana y el Sur de Francia hasta yacimientos costeros astures como la Campa Torres. En este yacimiento (Maya y Cuesta 2001) se han localizado diversos restos de *Kalathos* ibéricos importados siguiendo esta línea, los cuales contendrían confituras de frutas conservadas en miel. La cronología de las piezas entre los siglos II-I a.C., permite fechar el funcionamiento de esta ruta antes de la llegada de los romanos a *Asturia*.

Respecto a los contactos interiores, y asumiendo relaciones de intercambio intercomarcales entre astures y galaicos cuyos productos y asiduidad de momento desconocemos, el principal debate se centra en la presencia de productos del Alto Ebro y Duero en el territorio astur, uno de los aspectos, dentro de lo que se conoce como proceso de celtiberización entre los pueblos ajenos a esa zona geográfica.

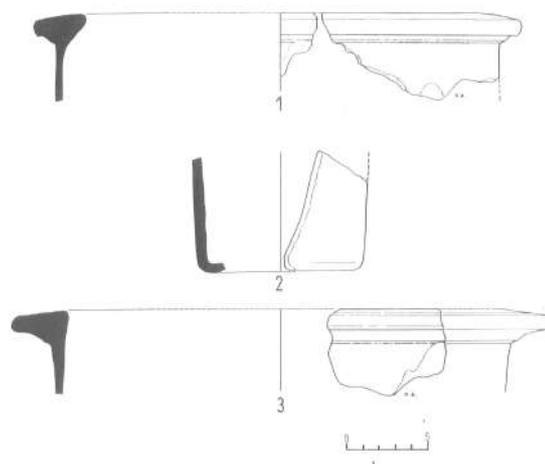


Figura 158. Fragmentos de Kalathoi ibéricos procedentes de la costa catalana aparecidos en la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta 2001, 158), demostrando la existencia de una vía comercial aquitana en la costa cantábrica.

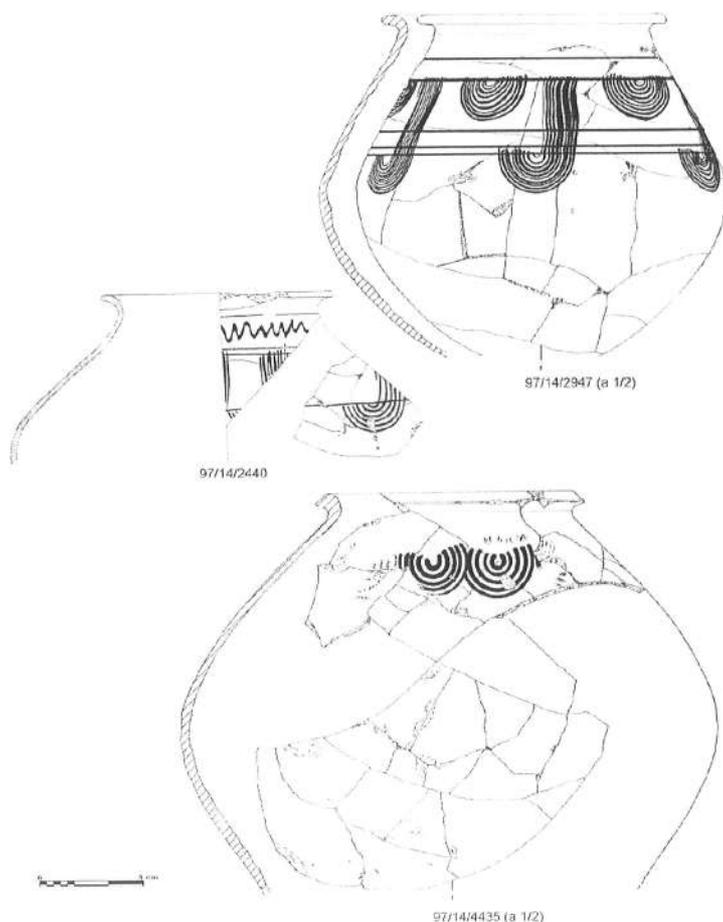


Figura 159. Cerámicas de influencia celtíbera en los niveles de la Segunda Edad del Hierro de la Corona/El Pesadero (Zamora) (Misiego *et alii* 2013, 304).

Hablar de este proceso en el territorio astur es arriesgado, a tenor de los escasos elementos propios de la cultura celtibérica hallados en los castros menores, o bien en territorios que no se hallan en contacto directo con pueblos más directamente influenciados con la Celtiberia.

Los principales lotes de cerámica propiamente celtíbera aparecen en las principales ciudades astures, algo lógico si tenemos en cuenta que estamos ante los principales espacios de comercio, y que además la mayoría se hayan muy cerca del valle Medio del Duero, donde existe

una presencia de elementos celtíberos en la cultura material.

Incluso en el caso de las fibulas meseteñas halladas en los castros astures, sobre todo en los asturianos (Almagro 2006), hay que señalar que algunas como las de pie vuelto en cubo provienen claramente de la Alta Cantabria, y otras como las zoomorfas parecen mayoritariamente imitaciones de productos más vinculados también al territorio cántabro que al Alto Duero, a excepción de nuevo, de las grandes capitales astures de la Meseta donde ese contacto

con el celtíbero es más directo.

Esta problemática ya fue tratada mediante datos estadísticos concretos por Esparza (1986, 374) en el análisis de los castros astures del Norte de Zamora y Noreste de Portugal. En este sector del Sur de la antigua *Asturia* muchas de las joyas, como la fibula del castro de Sao Joao de Jucenda, son también derivaciones locales de esquemas muy difundidos por la Meseta, mientras que otros elementos propios de la orfebrería como los procedentes de Arrabalde, más directamente vinculadas a la Celtiberia, son piezas excepcionales y muy tardías. En este sector la cerámica, que viene a ser el principal factor que demuestra el contacto cultural entre ambos territorios, está casi ausente en los castros estudiados, salvo en aquellos que están en un contacto directo con territorios más inmediatos al territorio vacceo o vetón más influenciados por lo celtíbero (Martín y Esparza 1992).

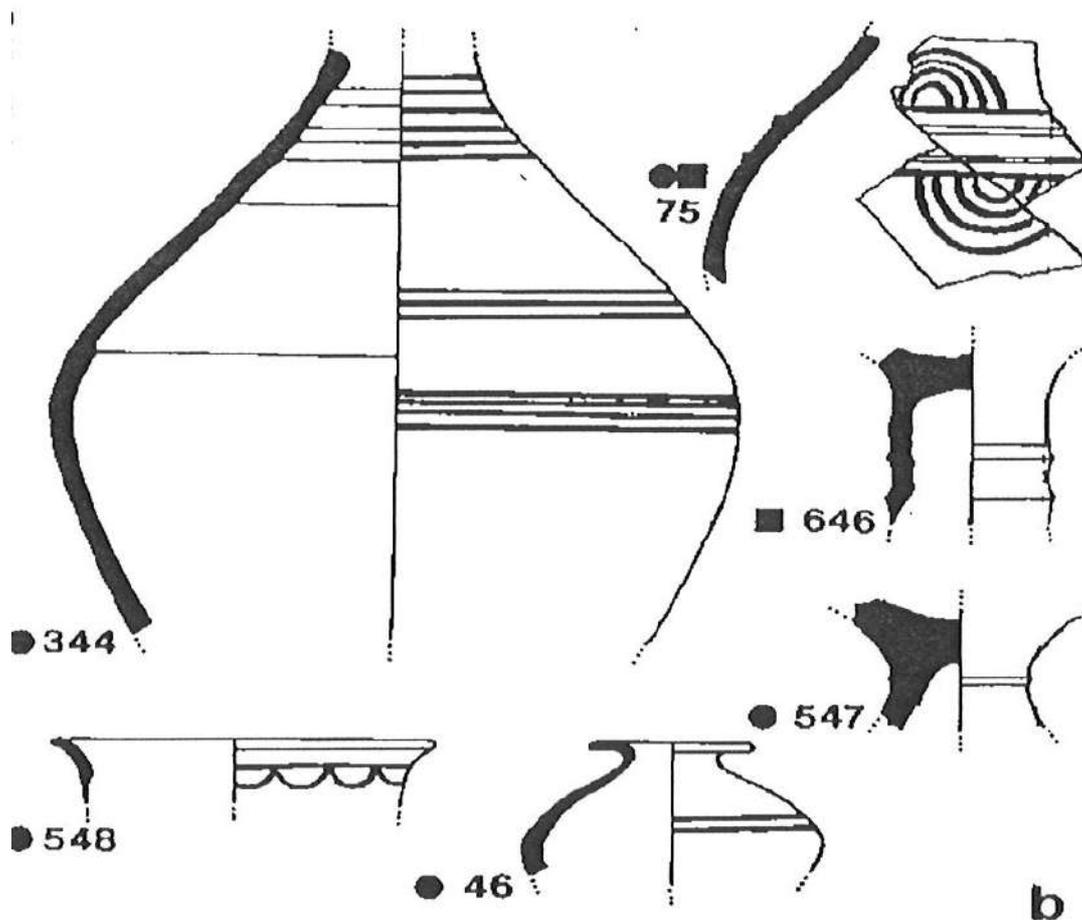


Figura 160. Cerámicas celtiberas del castro de Corporales (León) (Sánchez-Palencia y Fernández- Posse 1985, 257).

En estos casos la vajilla celtibera se corresponde con las piezas de lujo, elementos propios todos ellos para el almacenamiento y consumo de bebidas, cuya presencia se observa también en los castros astures más occidentales como Corporales pero solo a partir de época romana (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1985, 257), al igual que otros elementos menores muy significativos como las canicas de barro aparecidos en La Corona/ El Pesadero (Benavente, Zamora) (Misiego *et alii* 2013). Un caso más paradigmático lo muestra Esparza (1986, 375), a partir de las excavaciones de Sejas (Zamora), donde solo el 0,05 de los miles de

fragmentos estudiados se corresponden con importaciones celtiberas.

En la misma zona, en concreto en el yacimiento de La Corona/El Pesadero (Benavente, Zamora) (Misiego *et alii* 2013), también se han hallado de forma ínfima algunos recipientes cerámicos ibéricos, formados por paredes de pastas blancas decoradas con líneas horizontales de color marrón. Respecto a la presencia de elementos meseteños en los castros de la *Asturia transmontana*, dejando aparte la orfebrería, y más en concreto las fibulas, apenas disponemos de restos materiales adscritos con claridad a ese origen. Las supuestas cerámicas proto-vaceas del castro de Llagú, siguen unas pautas decorativas comunes al Noroeste, mientras que el puñal de dorso acodado procedente del mismo yacimiento procede de un contexto estratigráfico superficial (Berrocal *et alii* 2002, 193), con lo que su cronología prerromana es muy discutible.



Figura 160. Tesoro de Arrabalde (Castro de las Labradas, Zamora) (Perea 1995, 87).

Otro de los elementos que requiere una profunda revisión arqueológica es el hallazgo de material numismático ibérico y celtibérico prerromano en los yacimientos astures. Los datos conocidos muestran una dispersión de piezas por toda la antigua *Asturia* con una preferencia por denarios de plata con origen principalmente en el Alto Duero. Pese a que los hallazgos no son tan numerosos como en otras zonas de la Meseta, hay que suponer un uso puntual de estas monedas de plata celtiberas entre los astures, en base a su equivalencia al peso, como un medio más de intercambio. La excepcionalidad de algunos depósitos como Arrabalde o el Chano (Celis 2002), muestra el producto de unos intercambios de cierta consideración, mientras que la dispersión de otras piezas más tardías como los denarios de Turiasso, tienen una relación directa con la presencia y pago de tropas romanas durante el proceso de conquista de la *Asturia* (Fanjul *et alii* 2005).

7.4. La pesca y la navegación.

Las poblaciones del cantábrico parecen ajenas a las innovaciones en transporte marítimo del que ya disponen otras poblaciones atlánticas como los galos. En su obra sobre la conquista de las Galias, Cesar (BG III, 8) describe como éste último pueblo dispone de flotas de barcos, cuyas características, diseñados para poder navegar en condiciones adversas, son muy similares a los posteriores barcos vikingos: "*La república de éstos (Galos vaneses) últimos es la más poderosa entre todas las de la costa por cuanto tienen gran copia de navíos con los que suelen ir a comerciar a Bretaña. En la destreza y uso de la náutica se aventajaban éstos a los demás*".

Siguiendo las referencias clásicas, en este caso de Estrabón (III, 3, 7) nos ofrece la siguiente referencia respecto a los medios de transporte marítimo y fluvial cantábrico: "*Para las subidas del mar y los pantanos usaban, hasta época de Bruto, embarcaciones de cuero, pero hoy día incluso las talladas a partir de un solo tronco son ya raras*" con lo que hemos de suponer que entre los astures, al igual que entre los otros pueblos del Norte Peninsular, los medios de transporte marítimo y

fluvial estarían representados por botes confeccionados de cuero, al estilo de los *currags* y los *coracle* que se han conservado en Irlanda hasta la actualidad. En el caso de los primeros el bote tendría capacidad para un grupo muy reducido de personas, pero permite una navegación de cabotaje cercana a la costa, así como su uso en actividades de pesca de media altura. En el caso de los *coracle*, estamos ante un modelo prehistórico de canoa, adelantada respecto al modelo anterior de bote confeccionado con un solo tronco de madera, y cuyo uso suele darse en el cruce de ríos o en la pesca de estuarios y lagunas. Su diseño esférico, su escaso tamaño, así como su capacidad máxima para dos personas, imposibilita su uso en mar abierto.

Pese a estos medios rudimentarios de navegación, está probada la existencia de unas líneas comerciales fluidas desde el Neolítico entre Centro-Europa y las Islas Británicas, con un comercio de metales y hachas de jadeíta producidas en los Alpes, y que a través del Rin llegan hasta el canal de la Mancha. Este comercio protohistórico, sufre ciertos altibajos con la progresiva sustitución de los metales de bronce por otros de hierro, pero se revitaliza en los tres últimos siglos antes del cambio de era, gracias a la importación de productos de lujo mediterráneos por parte de los pueblos atlánticos (Allen 2012).

Para este tipo de transporte se utilizan otros modelos de embarcación como las *ratis*, la *linter*, o la *shalpa*, botes de distinto tamaño movidas a remo, con el auxilio de una vela y proa y popa levantadas ligeramente para poder sortear mejor las



Figura 161. *Coracle* irlandeses a comienzos del siglo XX (National Library of Ireland).

olas y que se destinaban a la pesca y a la comunicación costera. Otro modelo más amplio, diseñado para navegar a mayor distancia y capacidad de transporte lo constituía la *hippago*, de proa y popa también altas y movidas en parte con la ayuda de remos (Esteban 2003,14).

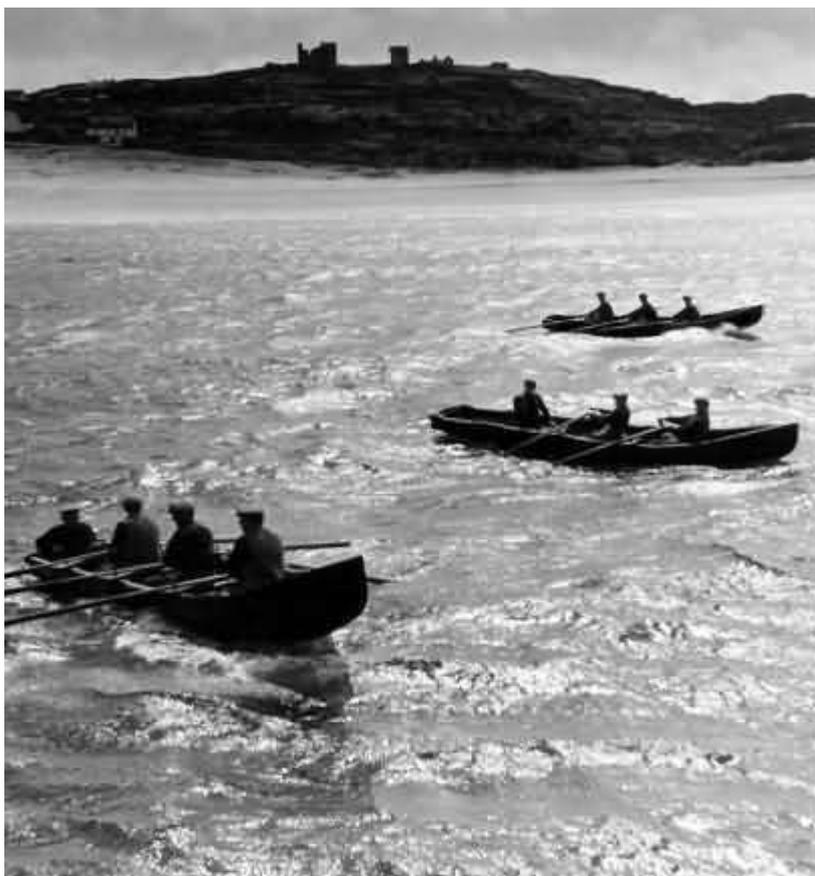


Figura 162. Imágen de *curragh* irlandésas en los años 30 del siglo XX en las islas de Arán. El *curragh* es un modelo de embarcación con casco de cuero seguramente idéntico al que se usaba en la costa cantábrica al final de la prehistoria (National Library of Ireland).

En paralelo, desde el siglo VI a.C., otros productos procedentes del mediterráneo occidental, con base en Cádiz y Lixus (Larache, Marruecos), explotan las líneas comerciales atlánticas de la costa portuguesa y del Norte español (Pacheco 2010), cuyas corrientes solo permiten un tránsito cómodo entre finales de primavera y comienzos del otoño (Guerrero 2009).

Al igual que en otros apartados donde los análisis de restos de fauna son fundamentales, necesitamos nuevas excavaciones para resolver las principales cuestiones actualmente en debate,

como la posible existencia de pesca prerromana de altura entre los astures, ya que la documentación arqueológica existente hasta el momento, a excepción del material de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), nos deja todavía con numerosas dudas.

De forma general, las muestras de los castros gallegos (Fernández Rodríguez 1996), así como el instrumental descubierto en los castros costeros asturianos (Maya 1989, 52), mostraban un

peso casi absoluto de la pesca de poca profundidad o desde la costa para estos momentos anteriores a la romanización (Torres Martínez 2005a, 259). Sin embargo a partir de las excavaciones de la Campa Torres se amplían los debates en torno a la economía prerromana, siendo este yacimiento astur, el que más datos ha aportado hasta el momento al conocimiento de la actividad pesquera. Los restos se componen de espinas de pescado, mezcladas con otros elementos de fauna sobrante en los hogares de las cabañas, y que llenan los basureros anexos a los espacios de hábitat, mientras que la mayoría de las especies identificadas en la Campa se corresponden con peces de roca, o que habitan en zonas próximas a la costa, caso de la maragota, la chopo, el pargo, breca, dorada, chicharro, mujol y la lubina (Maya y Cuesta 2001, 233). En menos cantidad aparecen restos de caballa o verdel que son propias de mar abierto, lo que parece indicar la existencia de una pesca en torno a 1 km de la costa, una distancia considerable para el tipo de chalupas primitivas de cuero de las que disponen los astures.



Figura 163. Canoa realizada con un solo tronco de madera hallada en los niveles de la Edad de Bronce de la granja inglesa de Must Farm (foto Cambridge Archaeological Unit). Este modelo de embarcación estuvo generalizado en todo el arco atlántico europeo, sobre todo en zonas de ríos y marismas, y tal como cita Estrabón (III, 3, 7) su uso también se daba entre los habitantes de la costa cantábrica. En Irún en 1954 a 12 metros de profundidad se halló una embarcación como la de la imagen que por desgracia acabó en una escombrera (Esteban 2003,14).

de seguimientos arqueológicos intensivos en zonas cercanas a antiguos embarcaderos y estuarios asturianos, así como los escasos datos arqueológicos conocidos de castros costeros, principalmente la Campa Torres (Gijón), nos impiden de momento un conocimiento mayor de las actividades de navegación y pesca entre los astures.

Un caso excepcional lo constituye el hallazgo de una escápula de ballena perteneciente a la especie *Eschrichtius robustus* o ballena gris (Rodríguez *et alii* 2018), en niveles cercanos a la muralla del poblado entre los siglos II-I a.C. Este hallazgo abrió el debate en torno a la posible existencia de una primitiva actividad ballenera antes de la llegada de Roma, pero la posibilidad de que fuese capturada al vararse en la playa, y la falta de más restos óseos donde observar posibles marcas de arpón, no permiten determinar esa posible actividad entre los astures.



Figura 164. Foto antigua de embarcaciones en la costa asturiana (Fotografía de Modesto Montoto / Museo del Pueblo d'Asturies). La falta

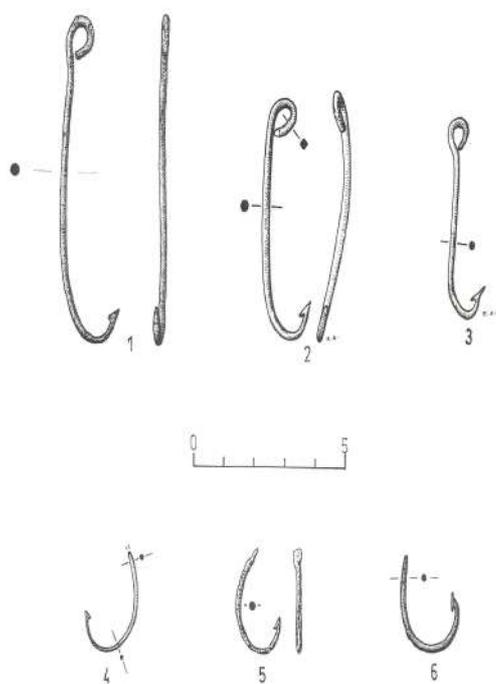


Figura 165. Anzuelos prerromanos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 131).

El trozo de ballena, fue subido al castro de la Campa donde se utilizó como base para cortar, tal como muestran las marcas de hacha. Previamente pudo ser cocinado i tenemos en cuenta las marcas de fuego en su superficie (Maya y Cuesta 2001, 234). La presencia de algunos ejemplares como la merluza en el castro de la Lanzada (Noalla) (Maya 1989, 52), un pequeño arpón en Coaña y los restos de ballena de la Campa Torres, sin confirmación de que haya podido ser obtenida en una playa, son algunos indicios de la posible existencia de pesca de altura por parte de las poblaciones castreñas. A partir de la época romana, este tipo de pesca de mayor profundidad va haciéndose más presente en la economía de los pueblos del Norte Peninsular, tal como nos demuestran los restos de fauna analizados en castros como el de Santa Trega en Pontevedra (Fernández Rodríguez 1996).

7.5. La minería y metalurgia.

Los estudios relacionados con la minería astur han estado casi siempre centrados en la explotación aurífera, con una importancia económica, social y huella sobre el paisaje del occidente asturiano, el Bierzo y el Noreste de Portugal, que han dejado en un segundo plano las investigaciones sobre otras actividades extractivas, léase el cinabrio, estaño, cobre o hierro (Fanjul y Marín 2006, 113; Fanjul y Menéndez 2008, 79). Esta realidad académica ha mantenido durante los últimos años una serie de hipótesis de trabajo que defendían un origen de los castros en época romana, y una asociación de los mismos a la explotación y transformación del mineral de oro, todo ello basado primero en las observaciones de Jordá (1984, 12) en el occidente de la *Asturia*. La persistencia de esta escuela en años posteriores (Carrocera 1995a), demuestra el fuerte eco de la actividad minera en la interpretación del registro arqueológico y los planteamientos históricos, siendo ejemplos significativos de esta realidad los estudios de poblamiento castreño comarcal, donde en algún caso se llega a observar rasgos de romanización y minería del oro, en áreas cuyos castros carecen de cronologías probadas de época romana, y donde no existe la posibilidad geológica de hallarse tal mineral para una explotación rentable, como es el bajo Nalón (García Díaz 1995).

En líneas generales, los hallazgos de material industrial metálico muestran la persistencia entre los astures de la Edad del Hierro, de tradiciones metalúrgicas previas, que se mantienen como actividad económica complementaria en paralelo a actividades agropecuarias, tanto en los castros, como en las granjas, si tenemos en cuenta los hallazgos de gotas de bronce en la granja astur de las Vallinas (Fanjul *et alii* 2017).

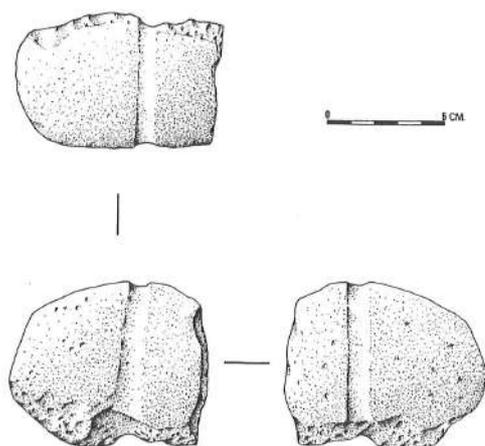


Figura 166. Martillo minero de la Cerca (Sejas de Aliste, Zamora) (Esparza 1986,130).

Pese a esa generalización de las actividades metalúrgicas en los poblados astures, la falta de escorias u hornos en otros castros, nos lleva a plantear la existencia de pequeñas industrias extramuros, que abastecen a los habitantes de esas aldeas.

Desde el comienzo de las excavaciones en los yacimientos astures, se aprecian fuertes indicios de una autosuficiencia metalúrgica generalizada de la población castreña al igual que en el caso de los vecinos galaicos (Comendador 1999; Comendador *et alii* 2009). Los hallazgos de Caravia, unidos a la cercanía de ricas vetas de mineral en el Suevo, son el primer indicio de la potencia de la actividad minera (De Llano 1919; Adán 1998; Adán *et alii* 1994).

Los porcentajes de materiales en bronce que ofrecen los análisis de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), así como la masiva presencia de materiales de hierro en Caravia, nos ofrecen un panorama metalúrgico donde la primera impresión es la riqueza mineral del territorio asturiano.

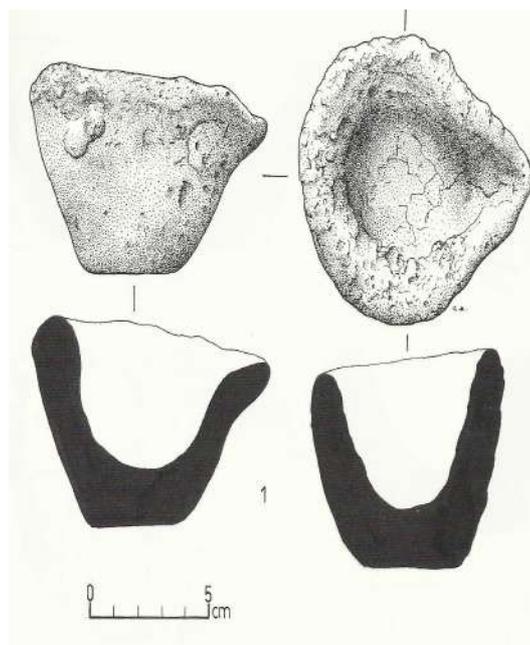


Figura 167. Crisoles de fundición de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 247).

Pese a desconocer la relación exacta entre áreas de producción de cobre y estaño y nuestros castros, esos hallazgos de la Campa Torres nos muestran igualmente la continuidad en la producción de bronce, con objetos de gran calidad desde el comienzo de la Edad de los Metales (Blas Cortina 1983). Algunos autores afirman que la producción de objetos de bronce habría quedado relegada en la Edad del Hierro a una mera autosuficiencia de productos para el propio poblado (Fernández-Posse *et alii* 1993, 208), refiriéndose a los castros estudiados del norte de León. Nosotros planteamos, en contraposición, para las regiones cantábricas, un uso artesanal con finalidad comercial de productos de bronce en la Edad del Hierro, teniendo en cuenta la distribución, calidad técnica y decorativa de elementos importados como las fíbulas, a partir del análisis de la distribución de ejemplares de Torrecilla y sus porcentajes de aparición, en el oriente de Asturias, Cantabria y norte de Palencia, con Monte Bernorio como gran foco distribuidor. Igualmente, creemos necesario plantear la

existencia de barras o lingotes de bronce en los castros, no solo como elementos de acumulación de materia prima, sino también como posibles objetos de intercambio entre comunidades, siendo la forma de pequeña barra el modelo casi común en el que se presentaría el mineral. Encontramos casos de yacimientos (Campa Torres, Llagú) (Maya y Cuesta 2001; Berrocal *et alii* 2002), donde no se localizan evidencias de transformación de mineral de hierro, tan solo de objetos de cobre y bronce, lo que podría indicar una especialización en la transformación del mineral dependiendo del poblado y su capacidad de obtener dichos recursos naturales, por cercanía geográfica o por comercio con otros grupos. Otro ejemplo sería Caravia (Llano 1919), donde la mayor parte de los materiales son de hierro, y las escorias apuntan también a una mayoritaria relación del yacimiento, con la transformación de este mineral.

En el proceso de transformación, nos encontramos con constantes referencias, desde el Bronce Final al Hierro, de hornos en cubeta excavados en el suelo a modo de pequeñas fosas cubiertas con arcilla (Arias y Armendáriz 1998; Almagro 1993, 81).

El conglomerado resultante del calentamiento sería separado a golpes y posteriormente se utilizarían diversas técnicas para lograr un mayor endurecimiento del metal, como nuevos procesos de calentamiento o su inmersión en agua (temple) (Adán 1998).

Respecto a la minería del oro, las claras evidencias de la orografía del paisaje, de la base geológica, así como del poblamiento formado por auténticos castros, nos muestran que si bien existió una potente minería de este mineral, la relación de proximidad o de ubicación en el entorno inmediato entre minería aurífera y un castro, es estadísticamente pequeña.



Figura 168. Lingotillos de bronce procedentes de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 137).

Creemos que se debe reforzar la idea de que existen, tal como nos muestran varios yacimientos catalogados (Santos Yanguas 1987), auténticas estaciones al aire libre especializadas en la producción y transformación del mineral, con castros de mayores dimensiones y de tradición metalúrgica prerromana que harían de lugares de transformación e intercambio (Fernández-Posse 2002), al igual que ocurre con la funcionalidad de algunas ciudades celtibéricas (Burillo 1998).

El conjunto de elementos de orfebrería prerromana es curiosamente mayor en aquellas áreas no productoras, lo que confirma no sólo la existencia de amplios contactos inter-poblacionales durante la Edad del Hierro en nuestra región, sino también una cierta fuerza de la explotación aurífera antes de la llegada de la romanización.



Figura 169. Vista de las Médulas, la mayor mina de oro romana del territorio astur.

En cuanto al cinabrio, su explotación para la fabricación de mercurio, y por lo tanto básico para la transformación del oro, de momento sólo puede adscribirse a la época romana, con unas zonas geográficas muy concretas de extracción en los valles de la cuenca central asturiana y de la montaña leonesa (Fanjul y Menéndez 2004). Observamos diferencias de explotación dependiendo del sector de esa zona a la que nos refiramos, ya que por un lado están las galerías de la Peña y Maramuñiz en Mieres, los cortes y derrumbes del alto Aller, así como una generalización de la extracción de nódulos de mineral en los propios cursos fluviales de cada valle (Fuertes Acevedo 1884).

En cuanto a la propia definición de la tecnología minera conocida como *Ruina Montium*, apostamos claramente por su origen prerromano (Fanjul 2013b). En el año 25 a.C., Roma decide iniciar una campaña de conquista y colonización de Asturia, en el Noroeste de la península ibérica.

Si bien la excusa oficial de dicha intervención es la protección de los pueblos situados al sur de los Astures, quienes eran atacados frecuentemente por éstos, todos los historiadores contemporáneos coinciden (Peralta 2000) en que las enormes fuentes de oro de nuestra región pudieron ser entre otros (Menéndez Bueyes 2001), uno de los principales motivos de la intervención del ejército romano.

Terminada la campaña de conquista, que con diferentes interrupciones se prolonga hasta comienzos del siglo I d.C., Roma promueve una política de explotación industrial del oro, mediante complejos y monumentales sistemas de ingeniería hidráulica, vías de comunicación, y el consiguiente crecimiento de muchos centros de población local. En el año 77 d.C., el historiador Plinio el viejo (*N.H.* 33, 21), quien sirvió como *procurator* en Hispania, describe una de las diversas técnicas utilizadas en nuestras montañas para facilitar las explotaciones mineras.

Mediante la *Ruina Montium*, los mineros excavaban extensos canales desde zonas de abastecimiento natural de agua, o presas artificiales.



Figura 170. Castro de San Martín de Valledor (Allande, Asturias) donde se observa la presencia de labores mineras para la construcción de las defensas.

Dichos canales se convertían en túneles al llegar a la colina que quería desintegrarse, y abriendo el paso al agua, la fuerza hidráulica reventaba grandes sectores de tierra y roca, de cuyo lavado posterior en arroyos se obtenía el oro (Domergue y Sillieries 1977; Matías 2008 y 2016). Este sistema aparece también en la ingeniería defensiva de muchos de los castros astures en su sector más occidental.

Los fosos excavados en roca y en tierra se abrían excavando a mano unas brechas iniciales, que eran ampliadas re-dirigiendo hacia ellas arroyos cercanos mediante canales y ayudaban con la erosión constante del agua a la ampliación de los defensas. Las referencias documentales de Plinio, la monumentalidad de diferentes yacimientos mineros, claramente adscritos al período Asturromano, así como la discutible asignación de que

todo lo monumental o complejo corresponde sin duda a las influencias mediterráneas, han creado hasta hoy la idea de que toda obra de minería antigua era una obra romana. La falta total de excavaciones en los cientos de túneles mineros catalogados bajo las montañas asturianas, proporcionaron un soporte importante a la hora de defender esa hipótesis. El estudio de diversos castros astures, cuyos materiales se adscriben únicamente a la Edad del Hierro, y cuyas defensas han sido excavadas mediante la técnica de *Ruina Montium*, nos permiten poner en duda la asignación tradicional a la época romana de esta técnica de ingeniería.

Los castros astures, desde la primera Edad del Hierro, como demuestra el caso excavado en 2004 por nosotros en la Cogollina (Fanjul 2011b), disponen de una ingeniería defensiva monumental, que alterna sistemas de murallas de módulos, que drenan el agua de lluvia desde las zonas habitadas, con fosos excavados en la roca de más de cincuenta metros de largo y varios de profundidad.



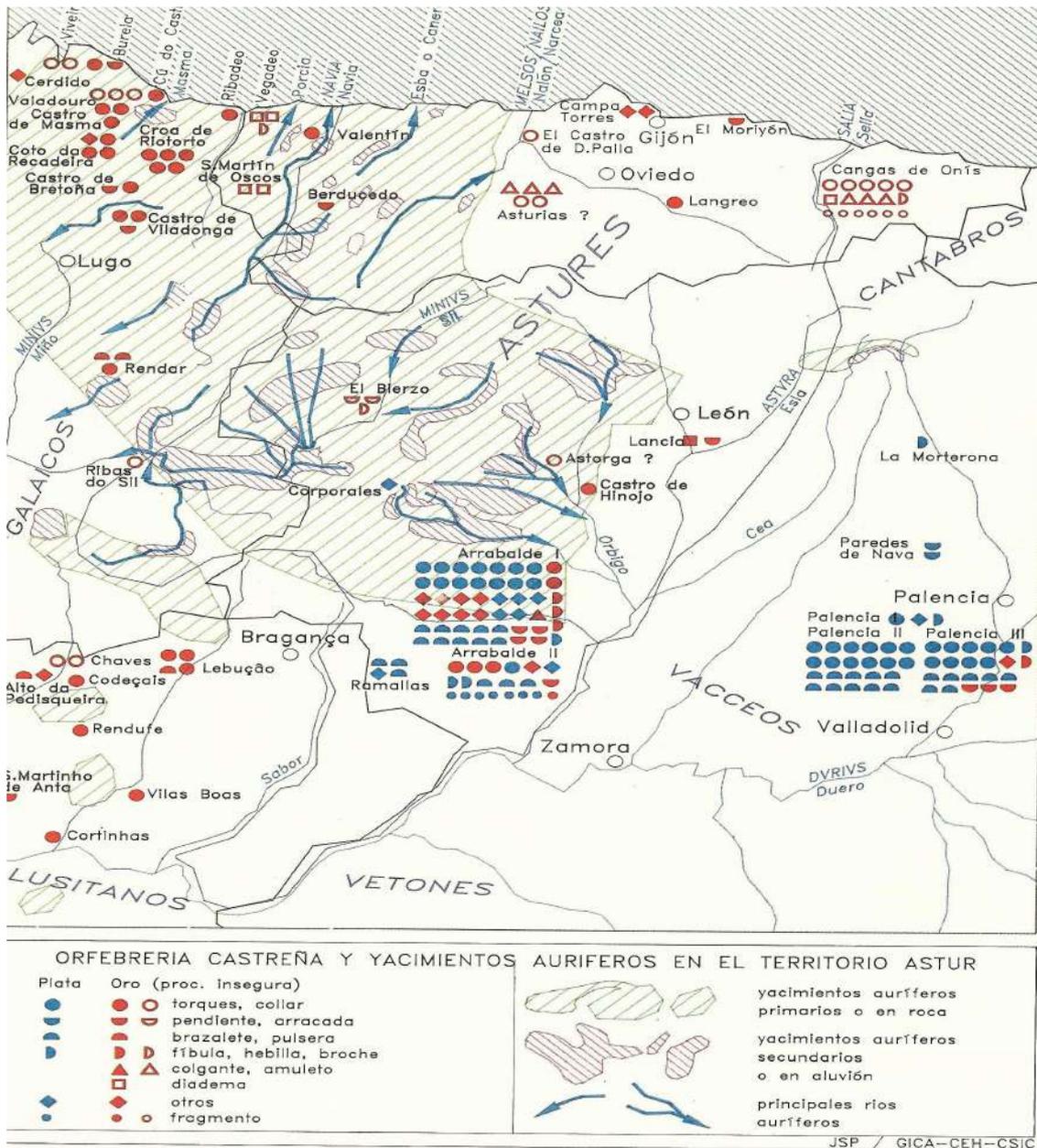
Figura 172. Restos de minería romana en la sierra del Palo (Allande, Asturias).

Si bien en este caso espectacular no se observa un sistema minero para su construcción, otro yacimiento Astur claramente adscrito con exclusividad a la Edad del Hierro, el castro de Ceruñales en Noceda, sí dispone de un modelo de canales que redirigen el agua hacia la zona donde se construyen los fosos, siguiendo el modelo de la *Ruina Montium*. El castro recientemente estudiado por nosotros de Ceruñales, situado en las cercanías de las mayores minas de oro de Hispania, como las Medulas, es un poblado en cuyo entorno se pueden observar abundantes restos de obras hidráulicas, destinadas no sólo a la creación de pequeños frentes de lavado de oro, sino también para la construcción de las defensas del poblado. Excavado mediante algunos sondeos por Álvarez González (1993), los autores de la excavación arqueológica descubren los restos de diversas cerámicas a mano, así como parte de una cabaña. Si bien no detectan elementos materiales romanos, salvo unas cerámicas que califican de

"indígenas", la presencia del foso excavado con técnicas mineras, les hace identificar el castro con el período romano, siguiendo la vieja, y según nosotros errónea, asignación cultural.



Figura 171. Castro de Ceruñales (León), de cronología exclusivamente prerromana y donde se observa con claridad los fosos construidos mediante técnicas de ruina montium (Fanjul 2013).



7.6. La recolección.

Sin ser un elemento primordial en la dieta castreña como afirman los clásicos, ya que esta actividad depende de unos ciclos temporales concretos y la calidad de la cosecha no es predecible según la temporada climática, la recolección de frutos fue un complemento importante para las poblaciones astures, en cuyos poblados se localizan restos principalmente de bellotas, producto panificable una vez triturado y tostado (Maya 1989). Los trabajos de Torres Martínez (2003, 2010 y 2011) nos muestran una extensa variedad y número de especies comestibles en el bosque cantábrico, con numerosos ejemplos de productos que pueden ser fácilmente almacenados hasta la llegada de los periodos críticos del invierno. Una de las contradicciones que nos encontramos en la historiografía es un olvido generalizado sobre la potencialidad del medio forestal para la economía castreña. Esa importancia no se basa únicamente en la obtención de material para la construcción, sino ante el hecho seguro de que esa obtención llega tras un constante acondicionamiento de la masa forestal, a través de podas, para permitir la explotación de madera de calidad. En este sentido Torres (2003, 98) apunta una interesante reflexión: *“La capacidad para acondicionar un bosque para su explotación económica, debe ser valorada como una actividad económica sofisticada. Implica el conocimiento directo, y minucioso en gran medida, de enormes extensiones de terreno, y requiere el manejo de enorme cantidad de variables”*.

Este acondicionamiento de los bosques está ligado no sólo al tratamiento de la madera que se va a aprovechar posteriormente, sino también a la creación de espacios de pastos, dentro de un

medio que aportaría grandes nutrientes y que asume la posibilidad de ser explotado a través de una cabaña ganadera diversa. Igualmente, fruto de la silvicultura y de la recolección, tenemos otras dos actividades igualmente básicas y de fuertes implicaciones tanto sociales y económicas, como serían el carboneo, trabajo bien documentado en época prerromana en el arco atlántico europeo, y los trabajos de cestería, cuya existencia esta bien documentada en las épocas protohistóricas del norte peninsular, con hallazgos de piezas de madera a modo de recipientes (Torres 2001/02).

Esta presencia de piezas de madera entre los elementos de cocina castreña, ausente entre el material recuperable en condiciones normales, pero supuesto admitido desde hace décadas en nuestra arqueología (Graña 1985; Maya 1989), podría estar explicando la escasa aparición de materiales cerámicos en muchos castros, una situación extraña si pensamos en la larga perduración cronológica de su ocupación como en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) o Llagú (Maya y Mestres 1998).

Una prueba a favor de la presencia de una parte de vajilla en madera partiría de la simple observación del material cerámico recuperado, sobre todo en niveles prerromanos, donde la mayor parte de las piezas corresponden a ollas, jarras u otros elementos en menor número, como queseras o vasos, sin que tengamos unos índices normales de platos o escudillas, los cuales sí aparecen de forma considerable a través de numerosas formas de la *Sigillata* Hispánica ya en época romana, lo que induce a pensar que esos platos o escudillas fueran mayoritariamente de madera.

Respecto a la cultura material específica para la explotación forestal, conocemos dos elementos claramente identificables con esta actividad. Por un lado estarían las hachas, cuyo hallazgo en depósitos parece indicar a veces un uso votivo, o corresponder a piezas de intercambio comercial a modo de moneda.



Figura 174. Platos y cuencos de madera tradicionales asturianos.



Figura 175. Clavos de madera entre los restos de una vivienda circular en Ibias.

Las hachas de bronce se corresponden de forma mayoritaria con el modelo denominado de talón y anillas, poco práctico en la explotación de madera, y más propio de funciones militares o del simple intercambio comercial. Las hachas planas, más minoritarias en cuanto al número de

hallazgos, son en cambio, más prácticas en la explotación forestal debido a la amplitud de sus filos. Las barrenas de bronce son otro elemento que se puede vincular a la extracción y transformación de la madera. Los hallazgos en Caravia (Maya 1989) son un ejemplo claro de esta industria transformadora al menos en la segunda Edad del Hierro astur.

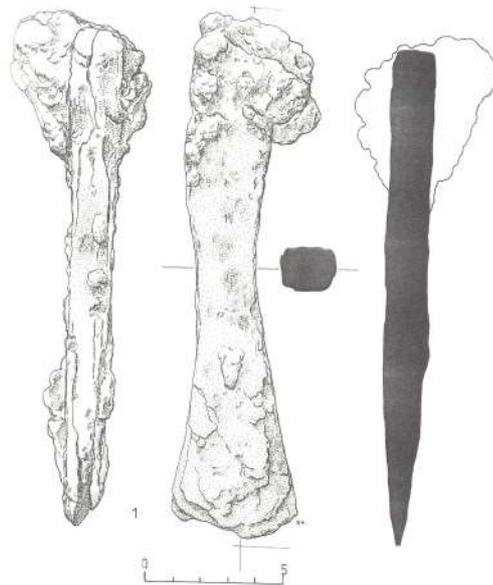


Figura 176. Hacha de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 151).

En cuanto a los productos alimenticios resultantes de la recolección, los frutos secos son omnipresentes en la dieta prerromana astur, en especial la bellota, al que le siguen en número, teniendo en cuenta los hallazgos de los castros de Villaviciosa (Camino 1997), la avellana y la nuez. Este alto índice de frutos secos en la dieta del Noroeste, tiene dos explicaciones más allá de la base cultural, como son el clima, de temperatura más cálida lo que beneficia a los bosques de roble, y el suelo montañoso de la mayor parte de la antigua *Asturia*, muy propicio al crecimiento endémico del bosque y menos afectado que otras áreas peninsulares, por las labores de desforestación intensiva realizadas desde el Neolítico en busca de espacios abiertos de pastos y cultivos. Las referencias clásicas a las que antes nos referíamos son concisas respecto a esa importancia dietética: "*En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas, que secas y trituradas se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo*" (Str. Geografía, III).

Hemos de destacar sin embargo dos aspectos en esta importancia dietética, el primero que estamos ante frutos que forman parte de la dieta, especialmente como especies panificables, durante unos meses al año, y cuyo uso no es permanente. Por otra parte, su generalización en la dieta del Noroeste y su tradición alimenticia, apareciendo bellotas calcinadas en diversos yacimientos desde antes de la formación de la cultura castreña (Santos Yanguas 1984, 57). Finalmente en lo que respecta al uso de las bellotas para hacer pan, parece corresponderse a un complemento y no a una materia fundamental en el proceso de fabricación, pues iría mezclada con cereales, tal como muestran los hallazgos en diversos castros gallegos (Vázquez Varela 1974/75, 197).

7.7. La caza.

La actividad cinegética va más allá de la simple obtención de recursos y se convierte en una actividad heroica, que permite realzar el valor, la fuerza y la astucia de algunos miembros del grupo (Erías 1999), y cuyo ejercicio permite demostrar socialmente, al igual que la guerra, que los jóvenes ya se han convertido en adultos. A través de esta importancia, las especies producto de la caza adquieren también de un importante simbolismo en el universo mental rural y guerrero, lo que les lleva no solo a ser representadas de forma ininterrumpida en el arte popular, sino también a convertirse en las imágenes con las que representar a los difuntos, dentro de la epigrafía astur-romana (García Quintela 1999, 285). En este contexto antropológico, la mitología cantábrica, representa al cazador como el héroe del relato, y al animal como el elemento guía, que conduce al cazador al más allá, o lo pone en contacto con la divinidad en el caso de leyendas cristianizadas (Quijera 1993).

Para construir una visión de la caza entre los astures nos encontramos de forma constante el mismo dilema, localizar en las excavaciones de castros un porcentaje fiable de restos faunísticos que nos permitan una justa visión de la realidad paleodietética de las poblaciones estudiadas (Fernández Rodríguez 1996). Los vacíos de material en nuestros castros parecen provenir tanto porque la basura se echa fuera del yacimiento, como nos demuestran poblados vacceos, como porque ese material óseo fuera utilizado como combustible. Por otro lado, existen problemas concretos de análisis, como la imposibilidad de diferenciar con claridad a través de una mayoría de restos muy fragmentados, especies como el jabalí del cerdo doméstico. Pese a ello el principal problema para el estudio de la caza entre los astures, es la falta casi absoluta de análisis faunísticos publicados de nuestros castros. De los 53

yacimientos arqueológicos que consideramos con material suficiente para una revisión del territorio y la sociedad astur, tan solo conocemos registros de fauna en cinco de ellos, lo que da una idea de los actuales problemas metodológicos de los que sigue adoleciendo la arqueología en España.



Figura 177. Escena de caza del oso en las montañas de Asturias. La caza de este plantígrado se observa en los registros faunísticos de época astur-romana, bien por el aprovechamiento de su piel, como por las cualidades curativas que se asocian a su grasa (Fernández y Álvarez 2013, 29).

Desde la Edad del Bronce nos encontramos en el noroeste peninsular con un mayoritario porcentaje de especies domésticas, sobre las provenientes de la caza, en los registros faunísticos de los castros (Arias y Armendáriz 1998; Delibes *et alii* 1995). Parece, en líneas

generales, como si estuviéramos ante un proceso de reducción progresiva del número de especies cazadas desde la Edad del Bronce hasta la época romana, donde éstas llegan a mínimos porcentajes (Fernández Rodríguez 1996).

Esta línea de descenso en el consumo es una constante en el Noroeste, donde en las cuevas del Oriente de Galicia se observa unos índices de especies cazadas elevadas de ciervo, rebeco, corzo y jabalí entre el Neolítico y la Edad del Bronce, que evolucionan a índices casi inexistentes entre la Edad del Hierro y la época romana, momento en el que se suman especies como la liebre (Fernández y Pérez 2007), el zorro, lobo y oso, éstos últimos vinculados posiblemente a la extracción de pieles.

En el caso de las aves, los escasos hallazgos de época romana estudiados en Astorga muestran que estamos ante especies cazadas, caso de perdices y grullas (Fernández y Fuertes 2007). El descenso de la actividad cinegética entre la Protohistoria y la romanización es propio también del cantábrico oriental (Mariezkurrena 1990, 248). Hemos de plantearnos igualmente si

existe una selección clara de las especies cazadas, que se localizan representadas en los registros arqueológicos de algunos castros como Llagú (Adán 2001), lo que estaría vinculado de forma muy clara al aprovechamiento óptimo de algunas partes muy concretas del animal, con la finalidad de realizar con ellas instrumentos de hueso como mangos de utensilios o cuentas. Como ejemplo tendríamos el hecho reconocido desde el paleolítico de la preferencia por las cornamentas de venado y ciervo para la confección de estos útiles, un comportamiento y finalidad que no desaparecen en la documentación castreña astur (Adán 2001).



Figura 179. Llovera o Chorco de Valdeón (León) (Uría 1976, 263), en uso hasta comienzos del siglo XX como cazadero local. Consta de una serie de carriles contruidos de muros de piedra y ramas entrelazadas, por donde los animales son espantados hasta un pozo final de donde no pueden salir.

A este respecto debemos tener en cuenta también la posibilidad de que esas astas fueran recogidas en la montaña, y no como producto de una actividad cinegética, lo que aporta una variable más a la problemática del análisis.

Es de gran interés observar entre las colecciones faunísticas de los poblados del norte peninsular, no sólo un registro protagonizado por las especies típicas de la caza protohistórica como el ciervo, jabalí, corzo o rebeco, sino también encontramos con todo un conjunto de especies menores y que tradicionalmente no incluimos hoy en día como especies de caza, como los galápagos, serpientes, urracas o cuervos (Torres 2005a, 246), lo que nos da una idea del amplio abanico faunístico buscado por los hombres de la Edad del Hierro en el norte de España.



Figura 178. Mango de cuchillo en hueso decorado procedente del castro de Llagú realizado sobre cuerna de venado (Adán 2001, 35).



Figura 180. Extracción de la piel de un rebeco en 1965 en las montañas de Caso (Asturias) (Calvo 2016, 58). La caza constituye un acontecimiento social que va más allá de la propia obtención de recursos alimenticios y donde el individuo ve realzar su posición dentro del grupo en base a sus cualidades cinegéticas, aparte de servir como rito de paso para los más jóvenes.

Otros elementos de interés probados, procedentes de la Campa Torres (Albizuri i Canadell 2001, 319) son la presencia de perros que seguramente permiten la caza por acoso y acecho entre las poblaciones astures, así como la restos completos de ciervo dentro del poblado, que prueban que después de la caza se transporta el trofeo hasta el castro para proceder allí al despiece del mismo. La presencia de cabra montesa entre las piezas obtenidas en este castro costero, llevan a plantear una cierta distancia de más de un día de trayecto hasta las zonas de caza mayor.

La predilección por la caza de especies jóvenes de ciervos, puede estar indicando cierta selección, lo que podría deberse a los métodos de caza. En paralelo a las trampas tradicionales

menores que suponemos en uso desde la Prehistoria en la Península Ibérica, posiblemente estuvieran ya en uso otras trampas de gestión comunal descritas en la Edad Media y que han pervivido hasta comienzos del siglo XX en la montaña asturleonera.

Las famosas Lloberas astures, han constituido el mejor método de caza en nuestro territorio hasta la invención de la pólvora, y al contrario de lo que indica su nombre, siempre estuvieron destinadas a la captura de todo tipo de especies, no solo lobos (Uría 1976).

Aparte de constituir una fuente de recursos alimenticios, no hemos de olvidar la importancia de la actividad dentro del grupo, cuando se trata de caza por acoso o por acecho (Torres 2005a, 247), como factores de cohesión social entre los individuos, que se ven asociados bajo un mismo objetivo, el cual requiere una organización y colaboración entre los participantes.

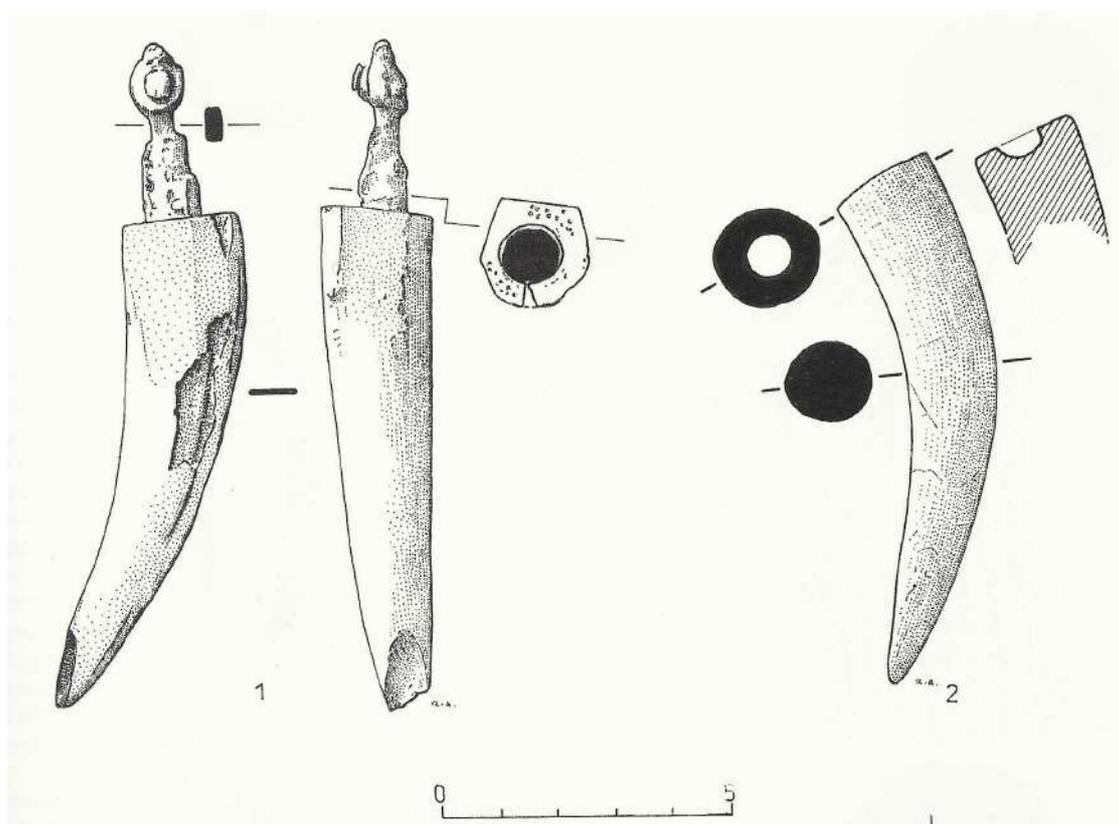


Figura 181. Enmangues en hueso de la Campa Torres para navajas o punzones (Maya y Cuesta 2001, 221).

Cargada de simbolismo y perfecto entrenamiento para acciones bélicas, la escasa presencia de especies cazadas en nuestros castros sobre las domésticas, no debe restar importancia a la caza, convertida en una actividad social de grupo, que va más allá de la simple obtención de un recurso alimenticio.

Dentro de ese rito social, hemos de realzar el valor de esta actividad como rito de paso para los guerreros jóvenes, así como el simbolismo también ritual que representa la obtención del trofeo animal por parte de uno de los miembros del grupo. En este contexto no solo encontramos un ascenso del valor del individuo en el grupo, sino que se busca una simbiosis simbólica con la pieza a través de la ingesta de la sangre del animal cazado en el momento inmediato a su

muerte, como forma de adquirir la fuerza de la pieza. Esta tradición, en uso hasta comienzos del siglo XX en el Alto Nalón, parece que estuvo extendida en las zonas de montaña si tenemos en cuenta las referencias de la tradición oral: "*Había un hombre de Bustriz que moriría hace cincuenta años, lo llamaban el osu por lo fuerte que era. Cazaba rebecos en el puerto de Cartongán y les bebía la sangre. Había muchos que lo hacían y decían que así ganaban la fuerza que tenía el animal*". Entrevista realizada en 2007 a Gonzalo Testón vecino de Caso, (70 años) (Álvarez Peña - Cuadernos inéditos).

Respecto a la cultura material que podríamos vincular a la caza, la escasa colección de puntas de lanzas y regatones localizados en contexto arqueológico en los castros asturianos, tienen un problema añadido, como es su extrema variedad tipológica, a la que se suman los ejemplares supuestamente castreños, hallados en circunstancias desconocidas en el exterior de los yacimientos. En

su mayor parte estamos ante hallazgos puntuales provenientes de rebuscas de tesoros, que acaban en fondos particulares y de ahí, pasan a los fondos del museo regional. Estas circunstancias, nos obligan a realizar observaciones generales sobre unas armas que habrían servido indistintamente para la caza y la guerra (Lorrio 1993). Lo primero que llama la atención de este tipo de cultura material es que, a diferencia de las piezas meseteñas, las dimensiones de las puntas de lanza y regatones astures se corresponden más bien con jabalinas y no con lanzas. Estamos ante puntas de muy corto recorrido. Esta situación nos lleva a plantear un modelo de guerrero/cazador que posiblemente transporte varias jabalinas, acompañado seguramente de algún tipo de cuchillo para rematar las piezas cazadas.

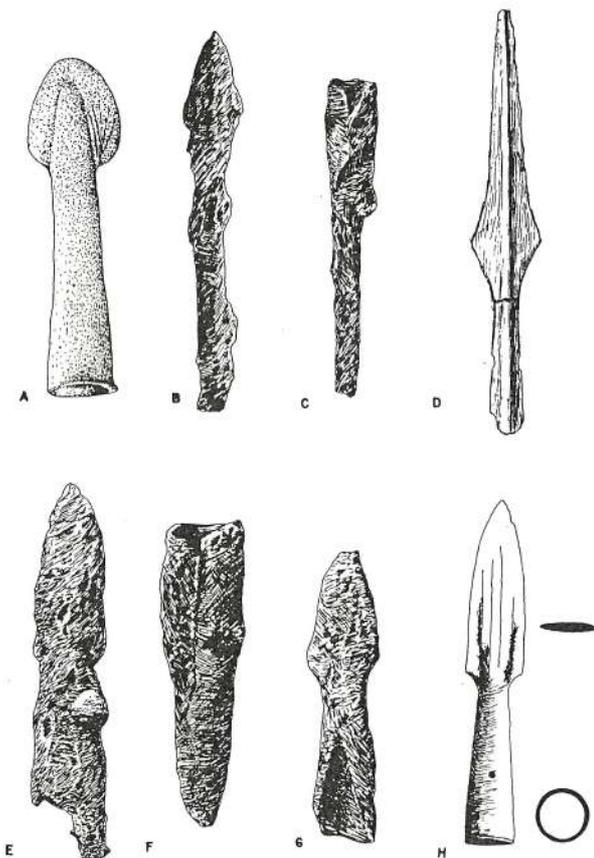


Figura 182. Puntas de lanza y regatones de diversos castros asturianos (Maya 1988-89, 84).

De los yacimientos de la Edad del Hierro astur, Caravia (Llano 1919) es quizás el lugar al que corresponde un mayor número de piezas. En este castro, la cantidad y combinación de puntas y regatones dentro del ajuar doméstico, parecen indicar un uso cotidiano de las mismas. En cuanto a los modelos, nos encontramos con enmangues tubulares no muy amplios, así como con una diversidad de puntas que van desde la terminaciones romboidales de la pieza de Tineo, a filos más anchos y alargados, caso de algunas piezas de Caravia (Maya 1989). Otro aspecto importante pero indirecto al mundo de la caza es el simbolismo de dicha actividad entre las antiguas poblaciones del Noroeste Ibérico. El arte popular castreño, representado en el territorio astur-galaico a través de las plaquetas grabadas de diferentes castros,

muestran escenas de caza, junto a escenas de guerra (Santos *et alii* 2012), mientras que más vinculado al mundo galaico, persiste la representación de ciervos en hilera en otras estelas grabadas, caso del castro de Coaña (Villa 2010-2012), siguiendo no solo una tradición artística procedente de los petroglifos protohistóricos, sino también el simbolismo del ciervo relacionado con el mundo del más allá, al igual que el caballo. En el caso del arte vinculado a las élites, representado a través de la orfebrería y la artesanía metálica, también nos encontramos con elementos que se centran exclusivamente en el mundo animal, no con la riqueza de las fibulas ibéricas con escenas de caza (Prieto y López 2000), pero dejando clara ese gusto por la representación artística de especies cinegéticas en la vestimenta de las aristocracias guerreras astures (Almagro-Gorbea 2006).



Figura 183. Aldea de Cebreiro en Lugo en 1910, zona geográfica de la antigua *Asturia* donde se han mantenido hasta hace poco tanto las formas circulares en la arquitectura doméstica, como las cubiertas vegetales características de la arquitectura prerromana astur.

8. Conclusiones.

Los astures se constituyen como un pueblo intermedio entre el mundo celtibérico al Este, y el galaico al Oeste, caracterizados por un medio geográfico montañoso salvo en una pequeña parte de su territorio, como las llanuras leonesas y algunos valles interiores del Noroeste. Esta posición intermedia es la responsable de que los astures dispongan de una potente serie de analogías con los galaicos en el panorama cultural, religioso o incluso posiblemente también en el lingüístico, pero que sean capaces de absorber e imitar numerosas innovaciones materiales, que les llegan desde la cultura celtibérica a través de un fluido contacto con sus vecinos cántabros y vettones.

Este territorio se muestra flexible en cuanto a los cambios poblacionales a partir de época romana,

si tenemos en cuenta la expansión cántabra vadiniense por el alto Esla, o la propia expansión de elementos astures hacia el interior de Orense, si tenemos en cuenta los testimonios epigráficos. Dos hipótesis para este movimiento pueden ser la importancia progresiva de los movimientos ganaderos trashumantes desde el siglo II d.C., en el caso de los movimientos vadinienses y la expansión occidental de una economía aurífera en auge entre los astures del Bierzo-Caurel. Los estudios climáticos y polínicos nos indican que el auge de la cultura astur antes de la llegada de Roma se desarrolló dentro de un rápido proceso de deforestación del paisaje, en consonancia con el incremento de la ganadería intensiva, dentro de un clima seco y de temperaturas similares a las actuales, que propiciaría la expansión también de las actividades agrícolas en áreas de montaña. El shock de la invasión romana queda reflejado también en los resultados polínicos de numerosos castros citados en nuestro estudio, con un descenso evidente de espacios cultivados, producto del abandono, destrucción y desmantelamiento temporal de muchos centros de población, durante casi un siglo de inestabilidad y conflicto con Roma.

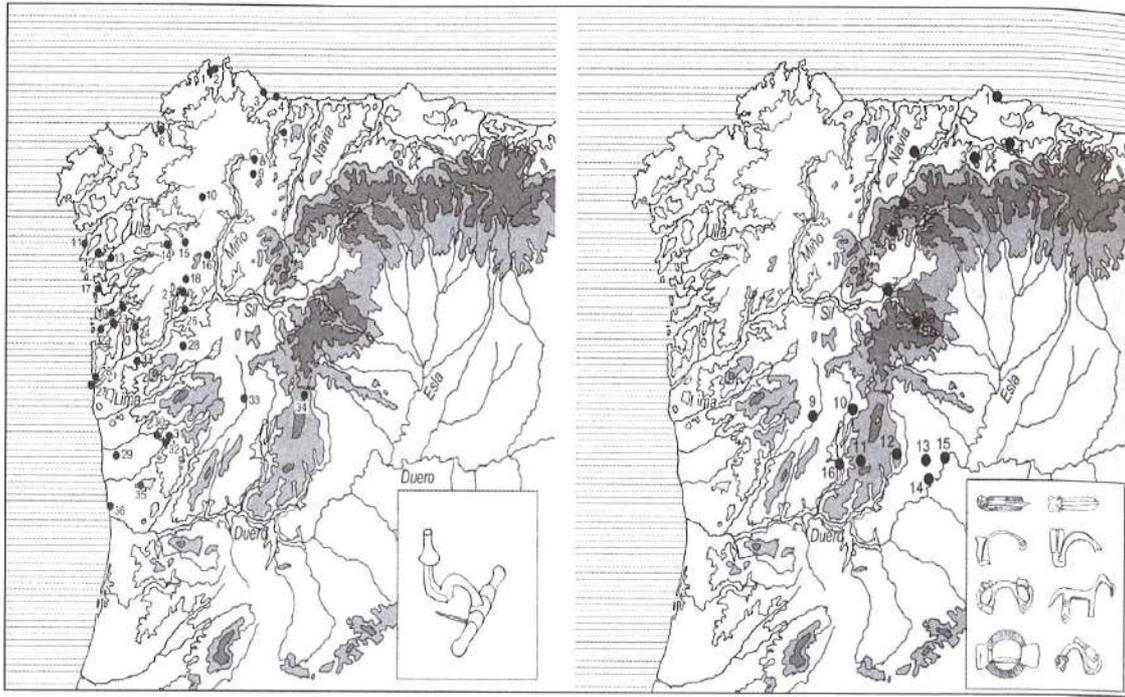


Figura 184. Diferencias territoriales entre astures y galaicos a través de la cultura material, con una clara división geográfica de fibulas transmontanas en el sector galaico, y de influencia o imitación meseteña en el sector astur (González Ruibal 2006/07, 452).

La historiografía erudita primero, y parte del academicismo del siglo XX después, han mitificado la imagen de los astures dentro de una ausencia endémica de excavaciones arqueológicas apoyadas por analíticas fiables, las cuales no empezaron a mostrar un panorama divergente a las teorías del momento hasta los últimos años del siglo XX y comienzos de nuestro siglo. En este sentido del barbarismo asociado a los astures, es ahora cuando podemos demostrar que estamos ante un pueblo europeo de la Edad del Hierro con estructuras sociales jerarquizadas, de economía agrícola y minería aurífera desarrollada, o incluso de un poblamiento en forma de aldeas y granjas, que hasta hace muy poco se negaban.

Los recientes estudios demuestran como la invasión romana supone el fin de un momento de auge de la cultura astur y de un concepto de castros, pero no así el de los astures cuya trayectoria histórica dentro de la *Asturia* romana les llevará a integrarse en todas las estructuras imperiales. La destrucción, y reocupación con fines militares de los viejos centros de poder tribales, dará paso a una reordenación de los ámbitos de decisión política, donde la ciudad, la villa y algunas aldeas fortificadas, se ocuparán de la administración imperial del territorio.

Los mitos históricos del ámbito astur no se reducían a grandes temas de debate, sino que dentro de esa falta de investigaciones fiables, abarcaban incluso aspectos menores de la cultura material o de la alimentación. En estos casos, se ha defendido por ejemplo la existencia de una vajilla de madera mayoritaria en la cocina astur hasta finales de la Edad Media, ideas que surgen al abrigo de corpus cerámicos que apenas han sido estudiados.



Figura 185. Vivienda castreña astur entre diversos muros de construcción posterior de O Castro de Valdeorras (Orense), excavado parcialmente a finales del siglo XX (Foto Concello de Valdeorras).

Incluso se ha resaltado el factor recolector de la economía astur en base a las citas grecolatinas al uso de bellotas, cuando los análisis muestran una agricultura diversificada, donde esas bellotas, también importantes dentro de la dieta del Noroeste, suponen un elemento cultural, basado entre otros factores en las propiedades de conservación de este producto y su gran presencia en el paisaje vegetal astur de finales de la Edad del Hierro.

La revisión de los escasos análisis de polen, fauna y semillas, unidos al paisaje de los yacimientos en estudio nos llevan a plantear una hipótesis según la cual, buena parte de esas referencias grecolatinas a los astures, se refieren a los habitantes del triángulo geográfico que supone el Caurel, el Bierzo y el Norte de los Tras os Montes portugueses, donde encajarían mucho

mejor algunas de las referencias dietéticas, que los análisis de fauna y economía agrícola no observan en el resto de ámbitos astures.

La cercanía geográfica de este sector, a un espacio galaico con fuertes contactos comerciales mediterráneos mucho antes de la invasión romana, podrían explicar el por qué estos historiadores manejan una visión tan parcial del ámbito astur y que podemos definir geográficamente con las zonas fronterizas con los galaicos.

En otros casos como la religión y mentalidad, la escasez de documentación prerromana, no rebaja la intensidad de los cultos previos a la romanización, de los que provienen casi todos los testimonios escritos al respecto, y que demuestran una fuerte pervivencia de los cultos orográficos, cuya tradición se mantiene posteriormente en muchos santuarios cristianizados. Y es que la historia de los astures, definidos en la documentación a partir de ese contacto con la historia romana, hunde sus raíces en la Edad del Bronce final, donde la producción y el comercio metalúrgico, junto a la progresiva estabilización política y territorial de las aristocracias locales, forman el génesis de las sociedades tribales que definen a los astures durante

la etapa siguiente, la Edad del Hierro, dentro de un poblamiento muy diverso donde los primeros poblados fortificados parecen tener un potente contenido simbólico, incluso en el sentido cultural o religioso.

espacios constructivos, pero donde las viviendas se distribuyen en torno a las muchas veces escasas arterias de comunicación internas, o a la propia configuración de las murallas.



Este concepto geográfico evoluciona hacia un modelo más práctico en la relación económica con el territorio inmediato, en paralelo a la creación de espacios urbanos, siempre limitados socialmente como centros de poder, y donde las defensas constituyen aparte de un elemento militar indiscutible, la representación física de la ostentación de sus habitantes, a diferencia de las culturas mediterráneas donde dicha exaltación se muestra en espacios públicos, santuarios o incluso en residencias privadas dentro de los poblados. En este sentido volvemos a defender un concepto de los castros como centros de poder, y no como aldeas, con unos fuertes condicionantes geográficos en su ubicación, en busca de optimizar las defensas naturales de los mismos, y con un modelo urbano diferente al tradicional, condicionados por el desnivel de los

Figura 186. Vista aérea del castro del Castiello de Tiñana (Siero, Asturias).

Sorprende en lo doméstico la fuerte pervivencia de tradiciones constructivas prerromanas como la vivienda circular en algunas zonas de la antigua Asturia, dentro de una evolución muy similar al resto del Noroeste Ibérico, donde a partir de la Segunda Edad del Hierro se pasa de estructuras de barro y madera a otras de piedra, que buscan con el tiempo una cierta privacidad de la familia respecto al resto del poblado, y que asumen los cambios ideológicos y formales que supone la vivienda de influencia romana.



Figura 187. Pastores con mochilas de piel en la montaña de Lena (Asturias) (Concepción 2013, 75)

Más allá de la imagen simbólica de las viviendas circulares que definen socialmente hoy a los castros, lo cierto es que éstos disponen en su interior de almacenes, zonas industriales, hórreos, silos, caminos, canales de desagüe, no tan visibles desde la escasez de buenos análisis arqueológicos en muchos poblados, pero que demuestran un urbanismo diversificado.

Esa misma diversidad escasamente estudiada la encontramos también en los modelos de poblamiento, donde la explotación intensiva del territorio no se hace desde el castro, sino también desde granjas, aldeas, estaciones ganaderas, y poblados costeros, a los que se añaden a comienzos de la ocupación romana y ante el desmantelamiento de los castros, una serie de pequeños asentamientos fortificados con un claro sentido de control militar y económico del antiguo territorio, y que se han definido

tradicionalmente como “poblados mineros”. En definitiva, la falta de arqueología ha sido el principal alimento de unos mitos históricos en torno a los astures, cuya potencia cultural prerromana y su transformación astur-romana están todavía por definir, al igual que la posible diversidad material y cultural entre los propios grupos tribales que forman los astures.

9. Bibliografía.

- ADÁN ÁLVAREZ, G. (1998): "Punta de lanza de hierro del castro de Caravia (Asturias)". *Nuestro Museo*, Museo arqueológico de Oviedo, 2: 273-285.
- (2001): "La dieta y l'artesanía ósea nel pobláu de Cellagú (Llatores, Uviéu): Un castru de los sieglos V a.C. al II d.C.". *Asturies*, 11: 22-37.
- ADAN ALVAREZ, G. E. y ARSUAGA, J. L. (2007): "Nuevas investigaciones en la Cueva del Conde (Santo Adriano, Tuñón): Campañas 2001-2002". *Excavaciones arqueológicas en Asturias (1999-2002)*. Oviedo: 17-22.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. y CID LÓPEZ, R. M^a. (1998): "Testimonios de un culto oriental entre los astures transmontanos. La lápida y el santuario mitráico de San Juan de la Isla (Asturias)". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 152: 125-146.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.E., MARTÍNEZ FAEDO, L. y DÍAZ GARCÍA, F. (1994): "Limpieza estratigráfica del castro de Caravia (Caravia, Asturias): Reconstrucción arqueológica/histórica". *Zephyrus*, XLVII: 343-352.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.E., ARBIZU, M., ÁLVAREZ LAO, D., CARRETERO, J. M^a. CID, R.M^a. GARCÍA ÁLVAREZ, A., RODRÍGUEZ, L., GARCÍA, R., IBÁÑEZ, C., PALACIOS, X. y ÁLVAREZ, D. (2004): "La playa d'Entrellusa (Perlora): del paleolíticu a los enterramientos tardorromanos, la construcción na Isla y la caza de ballenes nel medievu". *Asturies*, 18: 16-23.
- AIRA RODRÍGUEZ, M.J. y RAMIL REGO, P. (2015): "Datos paleobotánicos del Norte de Portugal (Baixo Minho). Estudio polínico y paleocarpológico". *Lagascalía*, 18, 1: 25-38.
- ALBIZURI I CANADELL, S. (2001): "Estudio arqueozoológico de los mamíferos salvajes y domésticos de La Campa Torres (Gijón)". *El castro de la Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: 220-231.
- ALCALDE LÓPEZ, J. (2015): "Continuidad de asentamiento entre la cultura castreña y el mundo romano en Galicia". *Arqueología y territorio*, 12: 89-104.
- ALFAYÉ VILLA, S. (2007): "Ritos relacionados con murallas en el ámbito celtibérico". *Palaeohispánica*, 7: 9-41.
- (2013): "Dinámicas rituales en las cuevas y abrigos de la Celtiberia". *Santuarios Iberos. Territorio, ritualidad y memoria*. Actas del congreso el santuario de la Lobera de Castellar 1912-2012. Jaén: 17-24.
- ALLEN, T. (2012): "Bronze, boats and the kentish seaboard in Prehistory: The role of coastal Kent in a major transcontinental trade route". *Archaeologia Cantiana*, 132: 1-19.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): "La introducción del Hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período Proto-orientalizante". *Complutum*, 4: 81-94.
- (1995): "Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: las serranías de Albarracín y Cuenca". *III simposio sobre los celtiberos. Poblamiento celtibérico*. 1991. Zaragoza: 433-446.
- (1996): "Los castros de la Meseta". *Gallaecia*, 14-15: 261-308.
- (2001): "La serranía de Albarracín. Análisis etnoarqueológico de la ganadería en la Celtiberia meridional". *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en la Iberia antigua y medieval*. Collection de la casa de Velázquez, 73. Madrid: 233-262.
- (2002): "Urbanismo y sociedad en la Hispania húmeda. *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 47-79.
- (2006): "Les fibules astures de caballín". *Asturies*, 21: 4-15.

- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A.J. (1989): "Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica". *Actas II symposium de arqueología soriana*. Soria. 409-451.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (1999): *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Zaragoza.
- ALONSO BURGOS, F. (2015): *Estructura social y el paisaje simbólico. Las comunidades astures y el imperio romano (siglos II a.C. - II d.C.)*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- ALVAREZ CASTRILLON, J. A. (2001): *Los Oscos en los siglos X-XIII. Un modelo de organización social del espacio en la Asturias Medieval*. Ayuntamiento de Santa Eulalia de Oscos. Oviedo.
- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, D. (2011): "Vías romanas de montaña entre Asturias y León. La integración de la Asturias Transmontana en la red viaria de Hispania". *Zephyrus*, LXVII, 171-192.
- (2013): "Propuestas de prospección de bajo coste para la detección de campamentos romanos de campaña. El área occidental de la cordillera cantábrica como caso de estudio". *Munibe*, 64: 175-197.
- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. (1993): "Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación de los castros del valle de Noceda (León)". *Complutum*, 4: 265-278.
- ALVAREZ NUÑEZ, A. (1993): "Castro da Torre (Sobredo, Caurel). Informe de la intervención arqueológica de 1993". *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 25: 9-32.
- ALVAREZ PEÑA, A. (1996): *Lliendes tradicionales del conceyu Piloña*. Asturias.
- (1997): *Lliendes de L.lena*. Uviéu.
- (2002): *Celtes en Asturias*. Xixón.
- (2003): *Cuélebres, Culuobras, Culiebres y Culiebrones. La culiebra na mitoloxía asturiana*. Uviéu.
- (2005): "Resclavos de ritos iniciáticos nun cuentu de Llobos". *Cultures*, 14: 143-150.
- ÁLVAREZ PEÑA, B. y FANJUL PERAZA, A. (2012): "El torques de Argul (Pezós)". *Asturies*, 32: 12-15.
- ÁLVAREZ SANCHÍS (1999): *Los vettones*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2011): "Ínsulas extrañas: Los castros Vettones". *Ávila. Soledad sonora*. Zamora: 118-129.
- (2012): "'Princely sites'. Oppide and open settlements. New approaches to urbanisation processes in the Iron Age of Central and Western Europe". *The European Archaeologist*, 38: 64-66.
- ÁLVAREZ SANCHIS, J.R., MARÍN SUÁREZ, C., FALQUINA APARICIO, A., RUIZ ZAPATERO, G. (2008): "El "oppidum" Vettón de Ulaca (Solosancho, Avila) y su necrópolis". *Zona Arqueológica: Arqueología Vettona*. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro, 12: 338-368
- ALVES PEREIRA, F. (1934): "Hiérológia de un povo de Lusitania". *Anuario del cuerpo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos*, 2: 279-288.
- APARICIO MARTÍNEZ, P. (2011): "Análisis territorial del hábitat antiguo en el valle del Sil (Laciana, León). Una contribución a través de los S.I.G." *Estat critic*, 5. Vol. (3): 175-181.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1994): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Madrid.
- ARGÜELLES ÁLVAREZ, P. (2011): *La vía de Lucus Asturum - Lucus Augusti. (Tramo Lucus Asturum-Passicin)*. Gijón.
- ARIAS CABAL, P. (1986): "La cerámica prehistórica del abrigo de Cueto de la Mina (Asturias)". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 119: 805-831.

- (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*. Santander.
- ARIAS CABAL, P. y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ, A. (1998): "Aproximación a la Edad de Bronce en la región cantábrica". *A idade do Bronce en Galicia: Novas perspectivas*. A Coruña: 200-214.
- ARIAS CABAL, P. y ONTAÑÓN PEREDO, R. (1999): "Excavaciones arqueológicas en la cueva de Arangas (1995-1998). Las ocupaciones de la Edad del Bronce". *Excavaciones arqueológicas en Asturias. 1995-1998*. Oviedo: 75-88.
- ARIVAU, G. (1886): *Folk-lore de Proaza*. Biblioteca de las tradiciones populares Españolas.
- ARMADA, X.L. y GARCÍA VUELTA, O. (2006): "Symbolic forms from the Iron Age in North West of the Iberian Peninsula. Sacrificial bronzes and their problems". *Anthropology of the Indo-european world and material culture*. Budapest: 163-178.
- ARMADA, X. L. y VILAÇA, R. (2016): "Rituales de comensalidad en el Bronce Final de la Iberia Atlántica: artefactos metálicos, contextos e interpretación". *Matar a fome, alimentar a alma, criar sociabilidades. Alimentação e comensalidade nas sociedades pre e protohistóricas*. Coimbra. 127-157.
- AYAN VILA, X.M. (2001): *Arqueotectura 2. La vivienda castreña. Propuesta de reconstrucción en el castro de Elviña*. Traballos en arqueoloxía da paisaxe, 23. Santiago de Compostela.
- (2003): "Arquitectura doméstica y construcción del espacio social en la Edad del Hierro del NW". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 50-69.
- AYÁN VILA, X. PARCERO OUBIÑA, Y (2009): "Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el Noroeste prerromano". *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Cuenca: 367-412.
- BALADO PACHÓN, A. y MARCOS HERRÁN, F.J. (2006): *Excavación arqueológica en el castro de Llagú (Latores, Oviedo), campaña 2004-05*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Informe inédito.
- BARBEITO POSE, V.J. y ESPAÑA FERNÁNDEZ, X. (2010): "Consideracións preliminares sobre o pastoreo tradicional na Serra do Barbanza. Evidencias e estruturas etnográficas". *Barbantia*, 3: 125-137.
- BARBEITO POSE, V.J., FABREGAS VALCARCE, R. RODRÍGUEZ RELLÁN, C., BLANCO CHAO, R., COSTA-CASAI, M., MARTÍN SEIJO, M., PAZ CAMAÑO, A., FARIÑA COSTA, A. y GORGOSO LÓPEZ, L. (2015): "Ocupacións domésticas na Serra do Barbanza. Resultados preliminares". *Gallaecia*, 34: 125-158.
- BARROSO, R., BUENO, P., CAMINO, J. y BALBIN, R. (2007): "Fuentenegroso (Asturias), un enterramiento del Bronce Final-Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares". *Pyrenae*, 38, vol. (2): 7-38.
- BARRIL VICENTE, M. (1999): "Arados prerromanos de la Península Ibérica. Las rejas y su distribución zonal en el interior Peninsular". *IV Simposio sobre los celtiberos. Economía*. Zaragoza: 89-101.
- BARRIL, M. y SALVE, V. (1999-2000): "Formas de enterramiento y ritos funerarios en las necrópolis celtibéricas de Aguilar de Anguita (Guadalajara): El Altillo y la Carretera Vieja". *Kalathos*, 18-19: 153-200.
- BARTOLOME PÉREZ, N. (2004): "Cuando llueve y fai sol anda la vieya alrededor". El mitu de la vieya en Asturias y Lleón". *Asturies*, 18: 4-11.
- BECARES RODRÍGUEZ, L. (2010): "La evolución historiográfica de la romanización en Asturias. De la disputa de las fuentes al predominio de la

- arqueología". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 175-176: 23-36.
- BELLMUNT, F. y CANELLA, O. (1897): "Lena". *Asturias*, Tomo III. Oviedo: 34-50.
- BELLVER GARRIDO, J. (2013): "La cabaña ganadera". *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento La Corona-El Posadero en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la época romana en el Norte de la provincia de Zamora*. Valladolid. 421-438.
- BENAVENTE, A. y ÁLVAREZ PEÑA, B. (2009): "Un nuevo bloque pétreo decoráu con entrelazos d'Árgandenes (Piloña)". *Asturies*, 28: 18-21.
- BERROCAL, L. (1989/90): "Cambio cultural y romanización en el suroeste peninsular". *Anas*, 2-3: 103-122.
- BERROCAL, L., MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C. (2002): *El Castiello de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 13. Real Academia de la Historia. Madrid.
- BERRUETA, M.D. (1971): *Del cancionero leonés*. León.
- BLAS CORTINA, M.A. de (1983): *La prehistoria reciente en Asturias*. Oviedo.
- (1984-85): "El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y los hachas de apéndices curvos laterales peninsulares". *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 277-296.
- (1998): "Producción e intercambio de metal: la singularidad de las minas de cobre prehistóricas del Aramo y el Milagro (Asturias)". *Minerales y metales en la Prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*. Studia archaeologica, 88. Valladolid: 71-104.
- (2006): "Túmulos prehistóricos en Las Regueras: de su descubrimiento por José Manuel González a las excavaciones de los años ochenta". *Estudios ofrecidos a José Manuel González en el centenario de su nacimiento*. Las Regueras: 47-56.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1970): "Las religiones indígenas del área Noroeste de la Península Ibérica en relación con Roma". *Legio VII Gemina*. León: 52-75.
- (1989): *Nuevos estudios sobre la romanización*. Madrid.
- BODELÓN GARCÍA, S. (1994-1995): "La alimentación de los astures. Rastreo arqueológico por algunos yacimientos". *Memorias de Historia Antigua*, 15-16: 229-248.
- BOYER-KLEIN, A. (1986): "Análisis palinológico de muestras recogidas en El Cerco". *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora: 393.
- BRADLEY, R. (2000): *An archaeology of natural places*. London.
- BRAGADO TORANZO, J.M. (1994): "El poblamiento prerromano y romano en la provincia de Zamora". *Studia Zamorensia*, (segunda etapa): 1, 11-96.
- BRANIGAN, K. y DEARNE, M.J. (1999): *Romano-British cavemen. Cave use in Roman times*. London.
- BURILLO MOZOTA, F. (1998): *Los celtiberos. Etnias y estados*. Barcelona.
- BURJACS I CASAS, F. (2013): "Análisis palinológico". *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de "La Corona / El Pesadero", en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la época romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León, 19. Valladolid: 443-454.
- CALVO, M. (2016): "Memoria gráfica d'Asturies: Lo que fuimos. Imáxenes de Casu (1890-1968)". *Asturies*, 36: 50-63.
- CAMINO MAYOR, J. (1996): "Una incursión na Edá del Fierro. El poblamientu castreñu de la ría de Villaviciosa". *Asturies*, 2: 21-37.

- (1997a): "Excavaciones en castros de la Ría de Villaviciosa". *Estudios del Poblamiento Prerromano de la Ría de Villaviciosa*. Villaviciosa: 43-86.
- (1997b): *Los castros marítimos en Asturias*. Oviedo.
- (1999): "Excavaciones arqueológicas en castros de la Ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 4. 1995-98*. Oviedo: 151-161.
- (2000): "Un yacimiento en la encrucijada. Revisión cronológica de la muralla del castro de Campa Torres (Gijón)". *Revista de Arqueología*, 228: 6-12.
- CAMINO MAYOR, J. y ESTRADA GARCÍA, R. (2012): "El Mayéu Busián (L.lena). Orixe d 'una Braña na Edá del Bronce". *Asturies*, 32: 4-11.
- CAMINO MAYOR, J., ESTRADA, R. VINIEGRA PACHECO, Y. (2008): "El castro inacabáu de la Forca (Grau). Un exemplu atípicu nos anicios del mundu castreñu". *Asturies*, 26: 22-35.
- CAMINO MAYOR, J., VINIEGRA PACHECO, Y., ESTRADA GARCÍA, R., RAMOS OLIVER, F. y JIMÉNEZ MOYANO, F. (2007): "El campamento y la vía de la Carisa. Reflexiones arqueológicas y militares". *Astures y romanos: Nuevas perspectivas*. Oviedo: 61-94.
- CARBALLO ARCEO, L.X. (1990): "Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico". *Trabajos de Prehistoria*, 47: 161-199.
- (2002): *A cultura castrexa na Comarca de Deza*. Vigo.
- CARBALLO ARCEO, L. X., CONCHEIRO COELLO, A. y REY CASTAÑEIRA, J. (2003): "A introducción dos muiños circulares nos castros Galegos". *Brigantium* 24: 97-108.
- CARRER, F. (2013): "Archaeologia della pastorizia nelle Alpi: Nouvi dati e vecchi dubbi". *Preistoria Alpina*, 47: 49-56.
- CARRÍN, C. DE M. (2008): *La creación del mundo y otros mitos asturianos*. Oviedo.
- (2015): "Los monstruos del inframundu ya l 'infernú de los astures". *Asturies*, 35: 26-37.
- CARRERAS MONFORT, C. (1995): *Las ánforas romanas en Britannia. Reconstrucción del intercambio a larga distancia a partir de la evidencia arqueológica*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1995): "El territorio de los astures: los castros", *Astures. Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón. 52-65.
- CASTAÑÓN, L. (1982): *Supersticiones y creencias de Asturias*. Gijón.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1993): "De la Protohistoria Navarra: La Edad del Hierro". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 121-175.
- CASTRO MENÉNDEZ, LI. y GONZÁLEZ RIAÑO, X.A. (1984): "Dellos aspectos máxicos nel folklor de Villayón". *Lletres asturianas*, 13: 55-66.
- CATEDRA, M. (1998): *La muerte y otros mundos*. Madrid.
- CELIS SANCHEZ, J. (2002): "El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el noroeste de la Meseta". M.A. de Blas Cortina y A. Villa Valdés (Eds.): *Los Poblados Fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y Desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: 97-126.
- CELIS SÁNCHEZ, J. y MUÑOZ VILLAREJO, F. (2015): "Veinte años en la investigación de la Edad del Hierro en las tierras de León". *Arqueoleón. Historia de León a través de la arqueología*, II: 43-65.
- CELIS SÁNCHEZ, J., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, M.J. y LIZ GUIRAL, J. (2007): "Las investigaciones en el yacimiento arqueológico de

- Lancia (Villasabariego, León) entre los años 2000 y 2005. Apuntes para un balance de resultados". *Lancia*, 6: 103-120.
- CERDEÑO, M. L. y SAGARDOY, T. (2007): *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*. Zaragoza.
- CESAR VILA, M. y LÓPEZ PÉREZ, C. (2008): "Aportaciones al comercio de sigillata en la fachada Atlántica del Noroeste Peninsular". *SFECAG, Actas du congrés d'l Escala d 'Ampuries*. Ampuries: 241-254.
- COMENDADOR REY, B. (1999): "The early development of metallurgy in the North West of the Iberian Peninsula". *Metals in Antiquity*. Oxford: 63-67.
- (2010): "Una perspectiva antropológica para la interpretación de la metalurgia". *Manual de arqueometalurgia*. Madrid: 269-300.
- COMENDADOR REY, B., REBOREDA MORILLO, S., KOCKELMANN, W., MACDONALD, M., BELL, T. y PANTOS, M. (2009): "Early Bronze technology at the land's end in North Western Iberia". *Science and Technology in Homeric epics*. Patras: 113-132.
- CONDE I BERNARDOS, M.J. (2001): "La cerámica ibérica". *El castro de la Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: 385-388.
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (2013): "Siempre de camín entre la casa y la cabana". *Asturies*, 33: 58-89.
- COSTA VAZ, F., PEDRO TERESO, J., MARTÍN-SEIJO, M., SIMOES PEREIRA, S., GASPAS, R., SEABRA, L. y SASTRE-BLANCO, J. (2017): "Iron Age ovens and hearths from the hill-top of Quinta de Crestelos, Sabor Valley (NE Portugal). An archaeobotanical approach on tipology, functionality and firewood use". *Quaternary international* (En prensa).
- CRIBADO BOADO, F. (1993): "Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje". *Spal*, 2: 9-55.
- CUBERO CORPÁS, C. (2013): "Estudio de macrorrestos vegetales". *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Corona/El Pesadero en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la época romana en el Norte de la provincia de Zamora*. Valladolid: 455-463.
- CUESTA, F., JORDÁ PARDO, J.F., MAYA, J.L. y MESTRES, J.S. (1996): "Radiocarbono y cronología de los castros asturianos". *Zephyrus*, 49: 225-270.
- CUNLIFFE, L.A. (1993): *Danebury*. London.
- (1995): *Iron Age Britain*. London.
- CHAMOSO, M. (1954): "Excavaciones arqueológicas en San Cibrán de Lás (Orense)". *Cuadernos de Estudios Gallegos*, IX: 406-410.
- CHURRUCÁ ARELLANO, J. DE (2009): "Estrabón y el País Vasco, I. Contexto de la información, marco geográfico y los montañeses de la Cordillera Cantábrica". *Iura Vasconiae*, 6: 751-248.
- DARK, P. (2000): *The environment of Britain in the first millenium A.D.* London.
- DAVIES, J.L. y LYNCH, F. (2000): "The Late Bronze Age and Iron Age". *Prehistoric Wales*. Somerset.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1983): "Calcolítico y Bronce en tierras de León". *Lancia*, 1: 19-82
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M. y REPRESA BERMEJO, I. (1993): *Dólmenes de la Lora. Burgos*. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MINGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATE, L.C. (1995): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio". *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: 49-146.
- DIEGO SANTOS, F. (1978): *Historia de Asturias. Asturias romana y visigoda*. Salinas.
- (1985): *Epigrafía romana de Asturias*. Madrid.

- DOMERGUE, C. y SILLIERIES, P. (1977): *Minas de oro romanas de la provincia de León I*. Excavaciones arqueológicas en España, 93. Madrid.
- DOMÍNGUEZ SOLERA S.D. (2012-13): "Repensando la romanización de cántabros y astures". *Arqueoweb*, 14: 10-29.
- ELLIS, C. y POWELL A. B. (2008): *An Iron Age settlement outside Battlebury hillfort, Warminster and sites along the Southern range road*. Dorchester.
- ERÍAS MARTÍNEZ, A. (1999): "La eterna caza del jabalí". *Anuario brigantino*, 22: 317-378.
- ESCORTELL PONSODA, M. (1973): *Catálogo de las salas de cultura romana del museo arqueológico de Oviedo*. Oviedo.
- (1982): *Catálogo de las Edades de los Metales del Museo arqueológico de Oviedo*. Oviedo.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983): "Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio Astur". *Lancia*, 1: 83-102.
- (1983/84): "Los castros de Zamora Occidental y Tras-os-montes oriental: Hábitat y cronología". *Portugalia*, IV-V: 131-146.
- (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora.
- (2001): "Los Astures". *Celtas y Vettones*: 350-360.
- (2003): "Castros con piedras hincadas del oeste de la meseta y sus aledaños". *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 155-178
- (2011): "Los castros del oeste de la Meseta". *Complutum*, 22 (2): 11-47.
- ESPARZA ARROYO, A. y LARRAZABAL GALARZA, J. (2000): "El castro de la Mazada (Zamora): elementos metálicos y contexto Peninsular". *Proto-Historia da Península Ibérica. Actas do III congresso de arqueología peninsular*. Vol. V. Oporto: 433-475.
- ESPINA, C. (1989): *La esfinge maragata*. Madrid.
- ESTEBAN DELGADO, M. (2003): "La vía marítima en época antigua, agente de transformación en las tierras costeras entre el Oiasso y el Divae". *Itsas Memoria. Revista de estudios marítimos del País Vasco*, 4. San Sebastián: 13-40.
- ESTRADA GARCÍA, R. (1996): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Somiedo y Yermes y Tameza*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1997): *Inventario arqueológico del concejo de Grado*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (2000): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Teverga y Quirós*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- ESTRADA GARCÍA, R., JORDA PARDO, J.F., CHAO ARANA, F.J. y RÍOS GONZALEZ, S. (1995): *Inventario arqueológico del concejo de Parres*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1988): "Cronología y periodización del megalitismo en Galicia y Norte de Portugal". *Espacio, tiempo y forma. Prehistoria*, 1: 279-291.
- (1995): "La realidad funeraria en el noroeste del Neolítico a la Edad del Bronce". *Arqueoloxía da morte. Arqueoloxía da morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*. Xinzo de Limia: 97-119.
- FÁBREGAS VALCARCE, R., ALONSO FERNÁNDEZ, S., LAZUEN FERNÁNDEZ, T., DE LOMBERA HERMIDA, A., PÉREZ ALBERTI, A., RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, X.P., RODRÍGUEZ RELLÁN, C., TERRADILLOS BERNAL, M., SERNA GONZÁLEZ, M. R. y VAQUERO RODRÍGUEZ, M. (2008): "Aportacions ó estudo da prehistoria da cunca media do Miño. Os asentamentos en cova e ó aire libre". *Gallaecia*, 27: 63-88.

- FÁBREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GALVEZ, M. (1994): "Ámbitos funerario y doméstico en la prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica". *Zephyrus*, XLVI: 143-159.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. Y VILASECO VÁZQUEZ, X.I. (2006): "En torno al megalitismo gallego". *Arte megalítico en el Noroeste Peninsular. Conocimiento y conservación*. Santiago: 22-36.
- FANJUL MOSTEIRÍN, J.A. y VILLA VALDÉS, A. (2012): "Exploración arqueológica del recinto Norte del castro de Cabo Blanco (Valdeparés, El Franco)". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 2008-2012*. Oviedo: 239-243.
- FANJUL MOSTEIRÍN, J.A., VILLA VALDÉS, A. y MENENDEZ GRANDA, A. (2006): "El castro de Cabo Blanco (Valdeparés, El Franco): Informes sobre los trabajos de acondicionamiento y exploración arqueológica (2004-2007)". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2003-2006*: 255-264.
- FANJUL PERAZA, A. (2003a): *Aproximación al poblamiento castreño del valle del Trubia (Asturias)*. Trabajo de Tesina. Inédito. Universidad de Salamanca..
- (2003b): "Nuevos datos sobre el poblamiento castreño en los valles de alta montaña cantábrica". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 70-85.
- (2005): *Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*. Oviedo.
- (2011): "The valley conquest. New dates on the development of fortified settlements in the high mountain area of northern Spain". *Origini. Preistoria e protoistoria delle civiltà antiche*, XXXIII. Nuova Serie, V: 303-318.
- (2011b): "Las últimas cuevas. Observaciones en torno a la ocupación histórica de las cuevas astur-leonesas". *Arqueología y territorio medieval*, 18: 91-116.
- (2013a): "Social myths and landscape realities of the Asturian Iron Age hill forts". *Trébole. Boletín cultural de Asturias en USA*, 2: 2-12.
- (2013b): "Updating the *Ruina Montium* (wrecking of mountains). An Iron Age gold mining system". *Past, Newsletter of the Prehistoric Society*, 74: 11-12.
- (2013c): "Pinos I. Evolution of a Roman industrial complex in southern *Hispania*". *Arqueogazte*, 3: 185-200.
- (2015): *Los Astures y el poblamiento castreño en Asturias*. Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- FANJUL PERAZA, A. y BUZÓN ALARCÓN, M. (2013-2014): "Los Pinos I (Fuentes de Andalucía, Sevilla): Un gran centro productor del aceite Bético". *Romula*, 12-13: Universidad Pablo de Olavide: 125-154.
- FANJUL PERAZA, A., FLÓREZ DE LA SIERRA, D. y GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A. (2005): "El castro de Tremáu Carbachu (Cangas del Narcea)". *Asturies*, 19: 14-23.
- FANJUL PERAZA, A., ALVAREZ PEÑA, A., HIERRO GARATE, J. M. y SERNA GANCEDO, A. (2010): "El santuario en cueva astur-romano del Ferrán (Piloña)". *Asturies*, 29: 16-23.
- FANJUL PERAZA, A., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C., LÓPEZ PÉREZ, M.C. y ÁLVAREZ PEÑA, A. (2007): "Excavaciones en el castro de la Garba (Teverga), Asturias. Primeros trazos arqueológicos del poblamiento castreño en la alta montaña". *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga, Asturias*. Salamanca: 49-76.
- FANJUL PERAZA, A., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C., LÓPEZ PÉREZ, M. C. y ÁLVAREZ PEÑA, A. (2009): "Excavaciones en los castros de la Cogollina y la Garba (Teverga). Pautas del poblamiento castreño en un valle de montaña".

- Excavaciones Arqueológicas en Asturias, (2003-2006)*. Oviedo: 225-235.
- FANJUL PERAZA, A., FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, S. C., PIS MILLÁN, J. A., ÁLVAREZ GARCÍA, R., M^a ÁNGELES FERNÁNDEZ CASADO, M.A., NAVA FERNÁNDEZ, H.S., BUENO SÁNCHEZ, A., ALONSO FELPETE, J.I., & DÍAZ HERRERO, M. (2017): "Las Vallinas (Teverga, Asturias). History of an Iron Age & roman farm". *III encuentro sobre la evolución de los espacios urbanos y sus territorios en el Noroeste de la Península Ibérica*. Astioga.
- FANJUL PERAZA, A. y MARÍN SUÁREZ, C. (2006): "La minería de hierro en la Asturias castreña. Nuevos datos y estado de la cuestión". *Trabajos de Prehistoria*, 63: 113-131.
- FANJUL PERAZA, A. y MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (2004): *El complejo castreño de los astures transmontanos*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (2008): "Antiguas y canales. El complejo minero romano de les Mueches-Ablaneda (Salas, Asturias). *Nivel Cero*, 11: 79-94.
- FANJUL PERAZA, A., MENÉNDEZ BUEYES, L. R. y ALVAREZ PEÑA, A. (2005): "La fortaleza de Alesga (Teverga, Asturias): Una posible *Turris* de control altoimperial". *Gallaecia*, 24: 181-191.
- FAUDUET, I. (1993): *Les temples de tradition celtique en Gaule romaine*. Paris.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J. (2009): "Una contribución a la lectura crítica de determinadas fuentes de información arqueológicas mediante la utilización de los SIG: Los castros del valle del Trubia". *Territorio, sociedad y poder*, 4: 5-46.
- FERNÁNDEZ y FERNÁNDEZ, M. (1898): *El Franco y su concejo*. Oviedo.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, J. (2006): El verano: L'Erba, la coyía del pan y otras cuestiones etnográficas en el conceyu d'Ayer". *Asturies*, 21: 48-62.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, G. (1996): "La virola de Fon Pedrín, Quirós". *Asturies*, 2: 103.
- (2012): "Don Pelayo primer rey de los astures. Testimonios de una saga escaecida. La hermana de Don Pelayo". *Asturies*, 32: 56-63
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, G. y ÁLVAREZ PEÑA, A. (2013): "La caza del bardión asturiano". *Asturies*, 33: 28-39.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: El utillaje metálico*. Soria.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y NEIRA CAMPOS, A. (2008): "Bronces prehistóricos en el municipio de Carrocera (León). Su interpretación desde la arqueología del paisaje". *Lancia*, 7: 145-156.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. FERNÁNDEZ POSSE, M^a. D. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (1999): "La cueva de las Tres Ventanas (Corullón) y los inicios de la Edad de los Metales en el Bierzo". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 65: 99-131.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media: arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. *Asturiensia Medievalia*, 8. Oviedo.
- FERNÁNDEZ MIER, M y QUIRÓS CASTILLO, J.A. (2015): "El aprovechamiento de los espacios comunales en el Noroeste de la Península Ibérica entre el periodo romano y medieval". *Il capitale culturale*, XII: 689-717.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y MORILLO CERDÁN, A. (1994): *De Brigantium a Oiasso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cantábricos en época romana*. Madrid.
- (1999): *La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturias*. Gijón.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., GIL SENDINO, F., SALIDO DOMINGUEZ, J. y ZARZALEJOS

- PRIETO, M. (2012): *El horreum de la villa romana de Veranes (Gijón, Asturias). Primer testimonio material de los hórreos de Asturias*. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a.D. (2000): "Las comunidades castreñas astures en época prerromana". *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León: 21-37.
- (2001): *El castro romano del Castrelín de San Juan de Paluezas*. León.
- (2002): "Tiempos y espacio en la cultura castreña". *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 81-95.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D., MONTERO, I., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. y ROVIRA, S. (1993): "Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la zona arqueológica de las Médulas". *Trabajos de Prehistoria*, 50: 197-220.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1998): "Las comunidades campesinas en la cultura castreña". *Trabajos de Prehistoria*, 55: 127-150.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (1996): "La ganadería y caza desde la Edad del Hierro hasta los inicios de la Edad Media en el Noroeste". *Fervedes*, 3: 201-216.
- (2000): *Los macromamíferos en los yacimientos arqueológicos del Noroeste Peninsular. Un estudio económico*. Tesis doctoral de la Universidad de Santiago.
- (2003): *Ganadería, caza y animales de compañía en la Galicia romana. Estudio arqueozoológico*. Brigantium, 15. La Coruña.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. y FUERTES PRIETO, N. (2007): "La romanización del Noroeste de la Península Ibérica y las modificaciones en la presencia, uso y consumo de mamíferos". *Actas do IV congreso de arqueología peninsular*: Oporto: 207-217.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. y PÉREZ ORTÍZ, L. (2007): "Caza y domesticación en el Noroeste de la Península Ibérica durante la Prehistoria. Datos arqueozoológicos". *Actas do IV congreso de arqueología peninsular*. Oporto: 165-176.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. y VILLAR QUINTEIRO, R. (2003): "Prospección y excavación de cuevas en la cuenca del Sil (Rubiá, Ourense), La Pala da Vella". *Brigantium*, 14: 13-22.
- FERNANDEZ SUAREZ, A. (1992): *Teverga, un concejo de la montaña asturiana en la Edad Media*. Oviedo.
- FICHTL, S. (2000): *Le ville celtique. Les oppida de 150 av. J-C á 15 ap. J-C*. Paris.
- FIGUEIRAL, I. (2008): "Castro de Palheiros (Murça, Portugal). A exploração dos recursos vegetais durante o III milenio / inicios do II milenio a.C. e entre o I milenio e o séc. II d.C". *O castro de Palheiros (Fragada do Castro, Murça-Portugal)*. Murça.
- FONTE, J., LEMOS, F.S., CRUZ, G., y CARVALHO, C. (2008): "Segunda Idade do Ferro em Tras-os-Montes Ocidental". *Fervedes*, 5: 309-317.
- FREAN CAMPO, A. (2014): "Persistencia en la tradición cultural en el Noroeste Peninsular. Una explotación del imaginario de la muerte hacia el pasado". *Gallaecia*, 33. 159-188.
- (2016): "Castros colindantes en la transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro. El pensamiento simbólico como clave explicativa". *III Jornadas internacionales. Evolución de los espacios urbanos y sus territorios en el Noroeste de la Península Ibérica*. Astorga. En prensa.
- FUERTES ACEVEDO, M. (1884): *Mineralogía Asturiana. Catalogo descriptivo de las sustancias así metálicas como lápices de la provincia de Asturias*. Oviedo.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942a): "El castro de Coaña (Asturias). Nuevas aportaciones". *Archivo Español de Arqueología*, 15: 288-307.

- (1942b): "El castro de Pendia". *Archivo Español de Arqueología*, 15: 216-244.
- (1961): "El exercitus hispanicus desde Augusto a Vespasiano". *Archivo Español de Arqueología*, 34: 114-160.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. (2002): "El yacimiento de Coaña y Antonio García y Bellido". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica*. Navia: 40-46.
- GARCÍA DÍAZ, P. (1995): "Poblamiento castreño en el territorio praviano: concejos de Pravia y Muros del Nalón (Asturias)". *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Vol. 5. Oporto: 233-252.
- GARCÍA GÓMEZ, E., PEREIRA SIESO, J., TARDÍO PATO, F.J., y PARDO DE SANTAYANA, M. (2013): "Historia, consumo y elaboración del pan de bellota en España". *www.pastryrevolution.es*: 1-8.
- GARCÍA MARCOS, V., y VIDAL ENCINAS, J.M. (1996): "Astúrica Augusta. De asentamiento militar a urbs magnífica". *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico*. Lugo: 911-944.
- GARCIA MARTINEZ, A. (1996): *Las brañas somedanas. Proyecto life de recuperación integrada y sostenible de brañas en el parque natural de Somiedo*. Oviedo.
- GARCÍA QUINTELA, M. (1999): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Madrid.
- GARCÍA VUELTA, O. (2017): "La orfebrería castreña del entorno de Villamayor (Piloña, Asturias) a la luz de la nueva documentación". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 36: 169-190.
- GOMEZ MORENO, M. (1927): *Catálogo monumental de la provincia de España. Provincia de Zamora*. Madrid.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. y CHAPA BRUNET, T. (1993): "Meterse en la boca del lobo. Una aproximación a la figura del 'carnassier' en la cultura ibérica". *Complutum*, 4: 169-174.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2009): "Aportaciones de la etnoarqueología al estudio de la Edad del Hierro en el Occidente Cantábrico". *Arqueología castreña en Asturias*. Entemu, XVI. Gijón: 65-85.
- (2011): "Vías romanas de montaña entre Asturias y León. La integración de la Asturia transmontana en la red viaria de Hispania". *Zephyrus*, 67: 171-192.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1969): *Los Cantabros*. Santander.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M.L., y VIDAL ENCINAS, J.M. (2005): "Recientes hallazgos sobre el campamento de la *Legio VII Gemina* en León. La situación de los *principia* y la configuración de los *latera praetorii*". *BSAA Arqueología*, LXXI: 161-184.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES, J.M. (1976): *Miscelánea histórica asturiana*. Oviedo.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F.J. (2007): "La guerra en la *Gallaecia* antigua. Del guerrero tribal al guerrero imperial". *Semata*, 19: 21-64.
- GONZÁLEZ GÓMEZ DE AGÜERO, E., MUÑOZ VILLAREJO, F. y BEJEGA GARCÍA, V. (2016): "Las actividades productivas durante la Edad del Hierro en la Peña del Castro (La Ercina, León). Los restos metálicos". *Nailos*, 3: 17-44.
- GONZALEZ RODRIGUEZ, M^a. C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. Anejos de Veleia. Vitoria.
- (1995): "La organización social astur". *Astures*. Gijón: 129-140.
- (1997): *Los astures y los Cantabros Vadinienses*. Vitoria.
- GONZALEZ RUIBAL, A. (2006-2007): *Galaicos: poder y comunidad en el noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.)*. *Brigantium*. Vol. I y II. La Coruña.
- GONZALEZ-TABLAS SASTRE, F.J. (1989): "Los niveles superiores de Sanchorreja. La primera Edad

- del Hierro en el borde meridional de la Meseta". *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.
- GORDON CHILDE, V. (1958): *The prehistory of European society*. London.
- GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2008): "Los castros de la Gallaecia interior. Arqueología, poblamiento y sociedad". *Herakleion*, 1: 85-119.
- GRAÑA GARCÍA, A. (1983): "El conjunto tumular de la Carreiriga de los Gallegos (Sierra de Carondio, Allande)". *Astura. Nuevos cartafueyos d'Asturies*, 1: 21-34.
- (1985): *La tornería en el occidente asturiano*. Grandas de Salime.
- GRAÑA A. y LÓPEZ, J. (1987): *Arte y artistas populares en los hórreos y paneras de Asturias. Hórreos con decoración tallada estilo Villaviciosa*. Bilbao.
- (2007): *Los teitos en Asturias. Un estudio sobre la arquitectura con cubierta vegetal*. Gijón.
- GRUEL, K. (1989): *La monnaie chez les Gaulois*. Paris.
- GUERRERO AYUSO, V. (2009): "Las naves de Kerne II. Navegando por el Atlántico durante la Protohistoria y la antigüedad". *Los fenicios y el Atlántico. IV coloquio del centro de estudios fenicios y púnicos*. Madrid: 69-142.
- GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GARATE, J.A. (2001): "La guerra cantábrica. De ficción historiográfica a realidad arqueológica". *Nivel Cero*, 9: 71-96.
- (2010/2012): "Nuevas evidencias sobre el uso de las cuevas en Cantabria entre la tardoantigüedad y la Alta Edad Media. Primeros resultados del proyecto Mauranus". *Sautuola*, XVI-XVII: 263-280.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A. (1985): *Poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa*. Diputación provincial de León. León.
- GUTIERREZ MORILLO, A. (2004): "Una fecha altomedieval de C14 en el monumento megalítico de 'Los Lagos I'. Campoo de Suso, Cantabria." *Sautuola*, X: 297-305.
- HANSON, W.S. (2002): "Zones of interaction: Roman and natives in Scotland". *Antiquity*, 76: 834-840.
- HERNÁNDEZ GUERRA, L. (2007): *El tejido urbano de época romana en la Meseta Septentrional*. Salamanca.
- HIERRO GARATE, J.A. (2002): "Arqueología de la tardoantigüedad en Cantabria: yacimientos y hallazgos en cueva". *Nivel Cero*, 10: 113-128.
- JIMENO, A. (2004): *La necrópolis celtibérica de Numancia*. Arqueología en Castilla y León, 12. Valladolid.
- JOHNSON, S. (1979): *The Roman forts of the Saxon shore*. London
- JORDÁ CERDA, F. (1977): "La cultura de los castros y la tardía romanización de Asturias". *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*. Lugo: 29-49.
- (1983): *Nueva guía del castro de Coaña (Asturias)*. Oviedo.
- (1984): "Notas sobre la cultura castreña en el norte Peninsular". *Memorias de Historia Antigua*, VI: 7-14.
- JORDÁ PARDO, J. F., MARÍN SUÁREZ, C. y MOLINA SALIDO, J. (2014): "El castro de San Chuis (San Martín de Beduledo, Allande, Asturias): cincuenta y dos años de investigación arqueológica". *Nailos*, 2: 135-175.
- JOVELLANOS, M.G. de (1915): *Diarios 1790-1801*. Madrid.
- KOCH, M. (2005): "El santuario dedicado a Berobreo en el Monte do Facho (Cangas, Galicia)". *Acta Palaeohispánica*, IX: 823-836.
- KRISTIANSEN, K. (1999): "The emergence of warrior aristocracies in Later European Prehistory and their long term History". *Ancient warfare*: 175-189.

- KRÜGER, F. (1927): *Fotografías de un trabajo de campo en Asturias*. Ignasi Ros Fontana (ed). Museu del Pueblu d'Asturies. Gijón.
- LLANO ROZA, A. de (1919): *El libro de Caravia*. Oviedo.
- (1928): *Bellezas de Asturias*. Oviedo.
- LECOUTEUX, C. (1999): *Demonios y genios comarcales en la Edad Media*. Palma de Mallorca.
- LEVY REPRESAS, J. (2013): "I Idade do Ferro. Existe uma I Idade do Ferro em Tras-Os-Montes Oriental? O exemplo da Fraga dos Corvos (Vilar do Monte, Macedo do Cavaleiros)". *Terras Quentes*, 2: 123-128.
- LINARES GARCIA, F. (2004): *La arquitectura de las brañas somedanas*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- LLINARES GARCÍA, M. (2016): "La religión en la cultura castreña. Estado de la cuestión". *Cuadernos de estudios gallegos*, LXIII, 129: 65-90.
- LOMAS SALMONTE, F. (1989): *Asturias prerromana y altoimperial*. Gijón.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. (1954): "La Edad del Hierro en el Noroeste (la cultura de los castros)". *IV Congreso Internacional de ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Zaragoza: 5-15.
- LÓPEZ GÓMEZ, P. (2012): "Ganadería de alta montaña en la Edad Media: El caso de Cangas del Narcea, Asturias". *Arqueología y territorio*, 9: 183-197.
- LOPEZ GONZALEZ, L.F., ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ MARCOS, M.A. (2010): "Pervivencias e innovaciones en el castro minero de Santa María de Cervantes (Cervantes, Lugo): La ordenación del espacio doméstico". *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Homenaje a M^a Dolores Fernández Posse*: 397-410.
- LORRIO, A.J. (1993): "El armamento de los Celtas hispanos". *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 285-326.
- (2007): "El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio. Fortificaciones y paisaje fortificado de un espacio de frontera". *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia. Madrid: 213-236.
- LUENGO MARTÍNEZ, J.M. (1999): *Estudios arqueológicos en Astorga*. Zamora.
- LUÍS, E. (2013): "Fraga dos Corvos habitat site. Sector A. (Macedo de Cavaleiros, Portugal). The ceramic industry in the context of Portugal's Bronze Age". *Arqueología en el valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad Tardía. Nuevas perspectivas*. Actas de las primeras jornadas de jóvenes investigadores en el valle del Duero. Madrid. 67-76.
- LUÍS, E., REPRESAS, J. y MENDES, C. (2013): "A actividade arqueológica no concelho do Macedo de Cavaleiros. Uma retrospectiva do século XX". *Terra Quentes*: 61-74.
- LUÍS, E., REPRESAS, J. y SENNA MARTÍNEZ, J.C. (2012): "A Fraga dos Corvos (Vilar do Monte, Macedo do Cavaleiros). A Campanha 9 (2011). Primeira análise dos sectores A e M. I Idade do Bronze / Bronze Final?". *Terras Quentes*, 9:15-53.
- LUIS MARIÑO, S. de (2014): "Aproximación al uso ritual de las cuevas en la Edad del Hierro: El caso del cantábrico centro-oriental (Península Ibérica)". *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 65: 137-156.
- LUZÓN NOGUÉ, J.M., SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J. (1980): *El Caurel*. Excavaciones arqueológicas en España, 100. Madrid.
- MACNEILL, M. (1962): *The festival of Lughnasa*. Oxford.

- MALRAIN, F., MATTERNE, V. y MENIEL, P. (2000): *Les Paysans Gaulois (III siècle-52 av. J-C.)*. Paris.
- MALLO VIESCA, C. y PÉREZ PÉREZ, M. (1971): "Pinturas rupestres esquemáticas de Fresnedo (Teverga)". *Zephyrus*, XXI-XXII: 105-138.
- MANGAS MANJARRÉS, J. (2015): "Divinidades prerromanas de Hispania". *Sacrum nexum. Alianzas entre el poder político y el poder religioso en el mundo romano*. Madrid: 31-54.
- MAÑANES, T. (1981): *El Bierzo prerromano y romano*. León.
- (1988): *Arqueología de la cuenca leonesa del río Sil (Laceana, Bierzo, Cabrera)*. Serie arte y arqueología, 6. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- (1990): "Protohistoria y romanización en la provincia de León". *Portugalia*, 23: 153-175.
- MARCO SIMÓN, F. (1994): "Heroización y tránsito acuático. Sobre las diademas de Moñes (Piloña, Asturias)". *Homenaje a José María Blázquez*, Vol. II. Madrid: 319-348.
- (1999): "Sacrificios humanos en la céltica antigua. Entre el estereotipo literario y la evidencia interna". *Arg*, 1: 1-15.
- MARCOS CASQUERO, M.A. (2006): "Peculiaridades nupciales romanas y su proyección medieval" *Minerva*, 19: 247-283.
- MARIEZKURRENA, K. (1990): "Caza y domesticación durante el Neolítico y Edad de los Metales en el País Vasco". *Munibe (Antropología-arqueología)*, 42: 241-252.
- MARIN SUÁREZ, C. (2007): "Los materiales del castro de San L.luis (Allande, Asturias)". *Complutum*, 18: 131-160.
- (2011): *De nómadas a castreños. El primer milenio antes de la Era en el sector centro-occidental de la cordillera cantábrica*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
- (2012): "La cerámica de la Edad del Hierro en el sector centro-occidental cantábrico". *Munibe. Antropología-Arkeología*, 63: 165-198.
- MARIN SUÁREZ, C. y GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2011): "La romanización del occidente cantábrico: de la violencia física a la violencia simbólica". *Actas del II congreso de arqueología Internacional de Vilalba. Julio 2011. Fervedes*, 7: 197-206.
- MARÍN SUÁREZ, C. y JORDÁ PARDO, J.F. (2007): "Las cerámicas indígenas del castro de San L.luis (Allande, Asturias)". *Estudios varios de arqueología castreña. A propósito de las excavaciones de los castros de Teverga (Asturias)*. Santander: 135-142.
- MARTÍN BAÑÓN, A. y VIRSEDA SANZ, L. (2005): "Espacios domésticos y de almacenaje en la confluencia de los ríos Jarama y Manzanares". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre el Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 177-196.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975-1982): "Hallazgos arqueológicos de la provincia de Zamora". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XL-XLI: 445-476.
- (1975b): "Problemas en torno a la Edad del Hierro en el sector Occidental de la Meseta Norte". *XIII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 545-550.
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. (2002): "Génesis y evolución de la cultura celtibérica". *Complutum* 2-3: 259-279.
- MARTINS, M. (1993-1994): "Continuidade e mudança no I milenio a.C. no Noroeste Português. Os diferentes cenários de representação do discurso arqueológico". *Cadernos de Arqueología*, serie II, 10-11: 41-64.
- (1998): *O povoado fortificado de Lago, Amares*. Cadernos de Arqueología, 1. Monografias. Braga.
- MARTINEZ HOMBRE, E. (1964): *Vindius. El lado septentrional clásico de España*. Madrid.

- MARTINO GARCÍA, D. (1998): "La inscripción a Mitra de San Juan de la Isla (Colunga) y el límite entre astures transmontanos y cántabros en época romana". *Nuestro museo*, 2: 241-252.
- (2004): *Las ciudades romanas de la Meseta Norte de la Península Ibérica. Identificación, estatuto jurídico y oligarquías (ss. I-III d.C.)*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- (2015): "Apuntes sobre *Brigaecium* de los astures. Hacia un modelo de ciudad hispanorromana de la cuenca media del Duero". *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 11: 79-97.
- MATÍAS, R. (2008): "El agua en la ingeniería de la explotación aurífera de las Medulas". *Lancia*, 7: 17-112.
- (2016): "Las Médulas (León, España). Revisión e incógnitas sobre la tecnología minera romana de la mayor explotación del mundo Antiguo". *Actas del XI congreso internacional de historia de la minería*: 235-244.
- MAUNE, S. (1998): *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX-III s. Av. J-C)*. Protohistoire européenne, 2. Montagnac.
- MAYA GONZÁLEZ J.L. (1983): "La cultura castreña asturiana. De los orígenes a la romanización". *Indigenismo y romanización en el Conventos Asturum*. León: 11-44.
- (1987/88): *La cultura material de los castros asturianos*. Monográficos de Estudios de la Antigüedad, 4/5. Bellaterra.
- (1989): *Los castros en Asturias*. Oviedo.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y BLAS CORTINA, M.A. de (1974): "El molino del castro de la Picona y notas sobre la introducción de los tipos giratorios en Asturias". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 80: 717-721.
- (1983): "El castro de Larón". *Noticiero Arqueológico Hispano*, 15: 152-192.
- MAYA, J.L. y CUESTA, F. (1995b): "La cultura mobiliaria de los astures", *Astures. Pueblos y Culturas en la Frontera del Imperio Romano*. Gijón: 66-75.
- (2001): *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*. Gijón.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y MESTRES, J.S. (1998): "Dataciones prerromanas del Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo)". *Revista de Arqueología*, 211: 6-11.
- MEDEROS MARTÍN, A. y HARRISON, R.J. (1996): "Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica". *Pyrenae*, 27: 31-52.
- MENÉNDEZ BLANCO, A., GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. y JIMÉNEZ CHAPARRO, J.I. (2011): "Nuevas evidencias de la presencia militar romana en el extremo occidental de la cordillera cantábrica". *Gallaecia*, 30: 145-165.
- MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (2001): *Reflexiones críticas sobre el origen del reino de Asturias*. Acta Salmanticensia, estudios históricos y geográficos, 114. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (2006): "La geografía del poder en la Cantabria tardoantigua: desde el final del imperio romano a la conquista visigoda (siglos V-VIII)". *El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 27-44.
- (2013): *Medicina, enfermedad y muerte en la España tardoantigua. Un acercamiento histórico a las patologías de las poblaciones de la época tardorromana e hispanovisigoda (siglos IV-VIII)*. Acta Salmanticensia. Estudios históricos y geográficos, 153. Salamanca.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y BENÍTEZ GONZÁLEZ, C. (2002): "La ocupación romana en castros asturianos a través de su ajuar cerámico. Análisis historiográfico". *Los poblados fortificados del N.O. de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 279-299.

- MISIEGO TEJEDA, J.C., SANZ GARCÍA, F.J., MARCOS CONTRERAS, G.J., MARTÍN CARBAJO, M.A. (1999): "Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaajos (Santiago de Valduerna, León)". *Numantia*, 7: 43-65.
- MISIEGO TEJEDA, J.C., MARTÍN CARBAJO, M.A., MARCOS CONTRERAS, G.J., SANZ GARCÍA, F.J., PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., DOVAL MARTÍNEZ, M., VILLANUEVA MARTÍN, L.A., SANDOVAL RODRÍGUEZ, A.M., REDONDO MARTÍNEZ, R., OLLERO CUESTA, F.J., GARCÍA RIVERO, P.F., GARCÍA MARTÍNEZ, M.I. y SÁNCHEZ BONILLA, G. (2013): *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de "La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa). La Edad del Hierro y la época romana en el Norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León, 19. Valladolid.
- MISIEGO TEJEDA, J.C., SÁNZ GARCÍA, F.J., MARTÍN CARBAJO, M.A. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (2015): "El castro de las Labradas (Arrabalde, Zamora): Un ejemplo excepcional de la defensa de un territorio ante la amenaza de Roma". *Fortificaciones de la Edad del Hierro. Control de los recursos y el territorio*. Zamora: 479-498.
- MORÁN, C. (1956): "Excavaciones en castros de la provincia de León". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, V: 95-105.
- MORILLO CERDÁN, A. (2002): *Proyecto campamentos romanos en la Península Ibérica. Análisis arqueológico y arquitectónico*. Inédito.
- MOURINHO, A.M. (1993): *Cancioneiro tradicional e danças populares mirandesas*. Braganza.
- MUÑOZ VILLAREJO, F., CAMPOMANES ALVAREDO, E., CELIS SÁNCHEZ, J., SEVILLANO FUERTES, M^a. A. (2014): "El entorno de Astúrica Augusta desde la Protohistoria hasta la romanización". *Evolución de los espacios urbanos y sus territorios en el Noroeste de la Península Ibérica*. León: 39-61.
- MUÑOZ VILLAREJO, F., BEJEGA GARCÍA, V., GONZÁLEZ GÓMEZ DE AGÜERO, E. y CAMPOMANES ALVAREDO, E. (2015): "Avance de resultados de la primera intervención arqueológica en la Peña del Castro (La Ercina, León)". *Fortificaciones de la Edad del Hierro. Control de los recursos y el territorio*. Zamora: 81-90.
- MUSQUERA, X. (2000): "El Monsacro. Corazón de Asturias". *Asturies*, 10: 16-20.
- NAVEIRO LOPEZ, J.L. (1991): *El comercio antiguo en el N.W. peninsular. Lectura histórica del registro arqueológico*. A Coruña.
- NORES, C. y PIS MILLÁN, J.A. (2001): "Determinación de la escápula de ballena encontrada en la Campa Torres". *El castro de la Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: 349-354.
- OCEJO HERRERO, A. y PERALTA LABRADOR, E. (1995-1996): "El poblamiento en la Edad del Hierro en el sector central cantábrico". *La arqueología de los Cántabros. Actas de la primera reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*. Santander: 21-63.
- OCEJO HERRERO, A., BOLADO DEL CASTILLO, R., GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J.A. y CABRIA GUTIÉRREZ, J.C. (2012): *Cántabros. Origen de un pueblo*. Santander.
- OLIVARES PEDREÑO, J.C. (2000): *Divinidades indígenas de la Hispania romana*. Tesis doctoral Universidad de Alicante.
- (2000): *Los dioses de la Hispania céltica*. Madrid.
- ORONZO, G. (1995): *Religiosidad popular en la alta edad media*. Madrid.
- OTERO GRANDAL, L. (1986): "Torso do guerreiro de Santa Adegas (Readegos) e cabeza de anillos (5. Cristobal de Cea)". *Boletín Auriense*, XVI: 91-105.

- PACHECO RUIZ, R. (2010): *Re-evaluating Iron Age maritime societies. The North West Iberian Peninsula*. London.
- PARCERO OUBIÑA, C. (1997): *Documentación de un entorno castreño. Trabajos arqueológicos en el área de Cameixa*. Santiago de Compostela.
- (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Ortigueira.
- (2003): "Looking forward in anger: social and political transformations in the Iron Age of the North-western Iberian Peninsula". *European Journal of Archaeology*, 6,(3): 267-299.
- PAREDES, A. y GARCÍA MARTÍNEZ, A. (2006): *La casa tradicional asturiana*. Llanera.
- PAREDES, A., CUELI CANTO, D., Y ÁLVAREZ PEÑA, B. (2014): "Afayu d'una estela con decoración castreña n' Entrialgo (Piloña)". *Asturies*, 34: 32-41.
- PASTOR MUÑOZ, M. (1981): *La religión de los astures*. Granada.
- PAULI, L. (1991): "Les Alpes centrales et orientales á l'Âge du Fer". *Les Alpes a l'Age du Fer*. Revue Archéologique de Narbonnaise, Supplément 22, Paris: 291-311.
- PERALTA LABRADOR, E. (1990): "Cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua". *El basilisco*, 3: 49-66.
- (2000): *Los Cántabros antes de Roma*. Madrid.
- PEREIRA DINIS, A. y GONÇALVES, C.E. (2015): "O Castelo dos Mouros de Vilarhino dos Galegos (Vilarhino, Bragança). Objectivos e resultados dos trabalhos realizados em 2011 y 2012". *Fortificaciones de la Edad del Hierro. Recursos y territorio*. Zamora. 225-239.
- PEREIRA, S., SASTRE, J.C., GASPAS, R., ESPÍ, I., PEREIRA, J.A., MATEOS, R., LARRAZABAL, J., (2015): "O povoado da Quinta de Crestelos (Meirinhos, Mogadouro, Portugal): Fortificação e controlo de um territorio". *Fortificaciones de la Edad del Hierro. Recursos y territorio*. Zamora. 277-289.
- PEREIRA MENAUT, G. (1998): "Los galaicos" *Los pueblos prerromanos del Norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico*. Pamplona: 301-324.
- PEREA, A. (1995): "La orfebrería castreña asturiana". *Astures*. Gijón: 77-88.
- PEREA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1995): *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*. Oviedo.
- PÉREZ-CAMPOAMOR MIRAVED, E. (2000): "El diccionario Geográfico-Histórico de Asturias (1800-1818). Los yacimientos arqueológicos y sus materiales en la etapa castreña y romana. Primeras conclusiones". *Archaia*, 1: 73-87.
- PÉREZ LOSADA, F. (2000): *Poblamiento y ocupación rural romana en el Noroeste Peninsular*. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- PEYROUX, C. (1990): "Hullasa se niega a restituir unos hallazgos prehistóricos al patrimonio del concejo". *Diario la Nueva España*. 7-9-1990.
- PITILLAS SALAÑER, E. (2007): "Función integradora del ejército romano de ocupación en tierras del Norte y del Noroeste de Hispania durante la etapa de post-conquista". *Historia antigua*, XXXI: 111-126.
- PRIETO MARTÍNEZ, M.P. (2001): *La cultura material cerámica en la Prehistoria reciente de Galicia. Yacimientos al aire libre*. Trabajos en arqueología del paisaje, 20. Santiago de Compostela.
- (2011): "Vasos troncocónicos y cerveza en contextos campaniformes de Galicia. La cista de A Forxa como ejemplo". *Las comunidades campaniformes en Galicia. Cambios sociales en el III y II milenio BC en el Noroeste de la Península Ibérica*. Pontevedra: 119-125.

- PRIETO MOLINA, S. y LÓPEZ REVUELTA, V. M. (2000): "Fíbulas argénteas con escena figurada de la Península Ibérica". *Complutum*, 11: 41-62.
- QUESADA CARRASCO, M. (2014): *Una aproximació multidisciplinari al poblament prehistòric d'la alta muntanya. El cas del segón y el primer mil.lenni cal ANE als Pirineus axials meridionals (ca. 2300 - ca. 300 ANE)*. Treball de fi de llicenciatura. Universitat Autònoma de Barcelona.
- QUIJERA PÉREZ, J.A. (1993): "El tema mítico de la caza ritual en la Rioja". *Revista de Folklore*, 146: 64-69
- QUINTANAL PALICIO, J.M. (1991): *Nuevos lugares prehistóricos de Asturias descubiertos por los grupos de espeleología "Polifemo" y "Oviedo"*. Oviedo.
- QUIROS CASTILLO, J.A. (2006): "La génesis del paisaje medieval en Alava. La formación de la red aldeana". *Arqueología y territorio medieval*, 13 (1): 49-94.
- QUIROS CASTILLO, J.A. y BENGOETXEA REMENTERIA, B. (2006): *Arqueología postclásica*. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.
- RAMIL, P. (1993): "Paleoethnobotánica de yacimientos arqueológicos holocenos de Galicia (N.O. Cantábrico)". *Munibe*, 45: 165-174.
- RASILLA, M. de la (2003): "Galicia, Asturias y Cantabria". *250 años de arqueología y patrimonio*: 120-153.
- RASILLA, M. de la, y GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2000): *Comisión de antigüedades de la Real Academia de la Historia. Asturias y Galicia. Catálogo e índices*. Madrid.
- REVILLA CASADO, J. (2012): "Apuntes sobre molinos en la arqueología leonesa". *8º Congreso internacional de molinología*. Pontevedra: 1-11.
- REQUEJO PAGÉS, O. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. (2008): "Materiales arqueológicos procedentes de la villa de Priañes, Nora, Oviedo. Principado de Asturias". *Fervedes*, 5: 405-412.
- RIEDEL, A. y TECCHIATI, U. (1999): "Settlements and economy in the bronze and iron age in Trentino-South Tyrol. Notes for an archaeozoological model". *Preistoria Alpina*, 35: 105-113.
- RIOS GONZÁLEZ, S. y GARCÍA DE CASTRO, C. (1998): *Asturias castreña*. Gijón.
- (2013): "Consideraciones en torno a la ciudad romana de Gijón en época antigua". *F. Javier Fortéa Pérez. Universitatis ovetensis magister*. Oviedo. 515-532.
- RODAS, A. DE (1987): *El viaje de los argonautas*. Madrid.
- RODRIGUES, A.S.L., CHARPENTIER, A., BERNAL-CASASOLA, D., GARDEISEN, A., NORES, C., PIS MILLÁN, J.A., MCGRAFTH, K. y SPELLER, C.F. (2018): "Forgotten mediterranean calvin grounds of grey and North Atlantic right whales: Evidence from Roman archaeological records". *Proceedings Royal Society B*, 285: 20180961. <http://dx.doi.org/10.1098/rspb.2018.0961>
- RODRÍGUEZ DÍAZ, M. (1981): *Historia de la noble, muy leal, y benemérita ciudad de Astorga*. Astorga.
- RODRÍGUEZ MONTERRUBIO, O. y SASTRE BLANCO, J.C. (2013): "El poblamiento de la Edad del Hierro en la sierra de la Culebra. Fortificaciones y control de los recursos minerales". *Actas de las III jornadas de jóvenes investigadores del valle del Duero*. Valladolid. 205-220.
- RODRÍGUEZ PÉREZ, F.J. (2008): "La covada en el país de los Maragatos". *Orgutorio*, 20: 4-10.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, C., VÁSQUEZ VARELA, J.M. y CAMINO MAYOR, J. (2005): "Concheros castreños y romanos del cantábrico occidental". *Gallaecia*, 24: 61-73.

- ROHLFS, G. (1979): "Lengua y cultura. Estudios lingüísticos y folklóricos". *Estudios sobre el léxico románico*. Madrid.
- ROJAS RODRÍGUEZ MALO, J.M., GÓMEZ LAGUNA, A.J., CACERES GUTIERREZ, Y., y DE JUAN ARES, J. (2007): "Estructuras de ocupación del Bronce Final orientalizante, Hierro I y II Edad del Hierro localizadas en la autovía de los Viñedos cm. 400. Tramo Consuegra-Tomelloso (P.K. 0+000 A 74+600) Yacimientos de Varas del Palio, Palomar de Doña Leonides, Zona 4 de Lerma y Arrojachicos". *Actas de las II Jornadas de arqueología de Castilla la Mancha*. Toledo: 1-40.
- ROJO GUERRA, M.A., GARRIDO PENA, R. y GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. (2008): "No solo cerveza. Nuevos tipos de bebidas alcohólicas identificados en análisis de contenidos de cerámicas campaniformes del valle de Ambrona (Soria)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18: 91-105.
- ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1970-1971): "Fuentes antiguas sobre los astures". *Zephyrus*, XXI-XXII: 71-241.
- ROMERO MASIA, A. (1976): *El hábitat castreño*. Santiago de Compostela.
- ROMERO PERONA, D., BELRÁN ORTEGA, A., SÁNCHEZ PALENCIA, F.J., HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, L., LÓPEZ GONZÁLEZ, L.F., ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. (2015): "Estrategias de poblamiento entre la Edad del Hierro y el inicio del dominio romano a través de dos casos del occidente zamorano". *Fortificaciones de la Edad del Hierro. Control de recursos y el territorio*. Zamora. 520-533.
- ROVIRA LLORENS, S. (1993): "La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: Una síntesis introductoria". *Metalurgia en la Península Ibérica durante el Primer Milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Murcia: 45-70.
- ROYO GUILLÉN, J.I. y CAMPOS GÓMEZ, J.C. (2017): "Grabados protohistóricos e históricos en el entorno de Castro Colorado". *Argutorio*, 37: 1-15.
- RUANO POSADA, L. (2015): *Arqueología de la arquitectura aplicada a la protohistoria del Occidente de Asturias (ss. I a.C. - d.C.). El hábitat doméstico en Coaña y San Chuis*. Trabajo de fin de Máster. Inédito. Universidad Autónoma de Madrid.
- RUANO RUIZ, E. (2000): "Las cuentas de collar". *Joyas prerromanas de vidrio*. Cuenca: 8-36.
- RUBIO DÍEZ, R. y QUINTANA LÓPEZ, J. (2015): "El paisaje Protohistórico en el Alto Valle del Sil (León)". *Fortificaciones en la Edad del Hierro. Control de recursos y territorio*. Zamora. 91-108.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1986): "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce". *Trabajos de Prehistoria*, 43: 9-42.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1998): "Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente Peninsular". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria* tomo 1: 325-338.
- (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2003): "Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa templada". *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 13-34.
- SALGADO, M. (2015): "Da memoria á paisagem. Da paisagem á memoria. O castro do S. Joao das Arribas". *Fortificaciones de la Edad del Hierro. Control de recursos y el territorio*. Zamora: 209-224.
- SALIDO DOMÍNGUEZ, P.J. (2009): "Transformación y evolución de los sistemas de almacenamiento y conservación de los excedentes agrícolas desde la Edad del Hierro a la época romana en la Península Ibérica". *Sistemas de*

- almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares. Cuenca: 103-116.
- SALINAS DE FRIAS, M. (2006): *Los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*. Madrid.
- SALZMAN, P. C. (2002): "Pastoral nomads. Some general observations based on research on Iran". *Journal of Anthropological Research*, 58: 245-264.
- SANCHES, M. de J. (2008): O castro de Palheiros. Fraga do Castro (Murça, Portugal). Murça.
- SANCHES, M. de J., NUNES, S.A. y PINTO, D.B. (2007): "Trás-os-Montes (Norte de Portugal). As gentes e os ecossistemas do Neolítico á Idade do Ferro". *A concepção dos paisagens e dos espaços na arqueologia da Península Ibérica*. Actas do 4º Congresso Nacional da Arqueologia Peninsular. Algarve. 189-206.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1983): *La explotación del oro de Asturias y Gallaecia en la antigüedad*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
- (1995): "Minería y metalurgia de la región astur en la antigüedad". *Astures*. Gijón: 141-158.
- (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. Leon.
- SÁNCHEZ-PALENCIA F.J. y FERNÁNDEZ-POSSE M.D. (1985): *La Corona y el castro de Corporales (Truchas, León). Campañas de 1978 a 1981*. León.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J., FERNÁNDEZ POSSE M.D., FERNÁNDEZ MANZANO F.J., ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ GONZÁLEZ L.F. (1990): "La zona arqueológica de las Medulas (1988-1989)". *Archivo español de arqueología*, 63: 249-264.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J., BELTRÁN ORTEGA, A., ROMERO PERONA, D., ALONSO BURGOS, F., y CURRÁS REFOJOS, B.X. (2010): *La zona minera del Pino del Oro*. Zamora.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. y MANGAS, J. (2000): *El edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*. León.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. SASTRE, I. y OREJAS, A. (2002): "Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del Noroeste de la Península Ibérica". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 241-260.
- SANTOS, F.J.C. (2015): "Arquitecturas da II Idade do Ferro. A evulção do sistema defensivo do sitio fortificado do Castelinho (Cilhades, Felgar, Portugal)". *Las fortificaciones de la Edad del Hierro. Recursos y territorio*. Zamora. 242-276.
- SANTOS, F.J.C., SASTRE, J., SOARES DE FIGUEIREDO, S., ROCHA, F., PINHEIRO, E., DIAS, R. (2012): "El sitio fortificado de Castelinho (Felgar, Torre de Moncorvo, Portugal). Estudio preliminar de su diacronía y las plaquetas de piedra con grabados de la Edad del Hierro". *Complutum*, 23, 1: 165-179.
- SANTOS YANGUAS, N.V. (1984): "La arqueología castreña y el sector económico agropecuario". *Memorias de Historia Antigua*, 6: 43-66.
- (1987): "Poblamiento y minería romana del oro en Asturias". *Memorias de Historia Antigua*, 8: 17-52.
- (1992): "Astures y Cántabros. Estudio etnogeográfico". *Complutum*, 2-3: 417-430.
- (2004): "Lancia de los Astures: ubicación y significado histórico". *Memorias de Historia Antigua*, XXVIII: 71-86.
- (2006-2007): "Los recintos fortificados como marco de desarrollo de la cultura castreña en el Norte de la Península Ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma*, serie II. Historia Antigua, 19-20: 437-467.
- SANZ MINGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): "El vino en Pintia.

- Nuevos datos y lecturas". *IV simposio sobre celtíberos*: 595-612.
- SASTRE, J. (2013): "Da Idade do Ferro á romanizaçao da área de Crestelos". *I Encontro de arqueología de Mogadouro*. Mogadouro: 79-94.
- SASTRE PRATS, I. (1998): "Arqueología del paisaje y formas de explotación social: El caso del Noroeste Peninsular". *Arqueología Espacial*, 19-20: 323-333.
- (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Madrid.
- SCHULTEN, A. (1943): *Los cantabros y astures y su guerra con Roma*. Madrid.
- SEOANE NOVO, C. (2013): *A tecnoloxía da cerámica castrexa. Un estado da cuestión*. Trabajo inédito de fin de master. universidad de Santiago de Compostela. Santiago.
- (2016): "A cerámica no espello dos metais. Definición de criterios e metodoloxía de traballo a partir dos materiais do castro do Achadizo (Boiro, A Coruña)". *Estudo de arqueoloxía, Prehistoria e Historia Antiga. Achegas dos novos investigadores*. Lugo: 145-156.
- SERRANO LOZANO, D. (2012): "La construcción de identidades como forma de imperialismo. Análisis epigráfico del Noroeste de la Hispania romana". *Historia, identidad y alteridad*. Actas del III congreso interdisciplinar de jóvenes historiadores. Salamanca: 253-277.
- SERNA, A., VALLE, M.A. y MORLOTE, J. (1992): "Las cuevas con restos ocupacionales de la Edad del Hierro". *La arqueología de los cantabros*. Santander: 97-111.
- SERNA, A., VALLE, M.A. y HIERRO GARATE, J.A. (2006): "Broches de cinturón hispanovisigodos y otros materiales tardoantiguos de la cueva de las Penas (Mortera, Piélagos)". *Sautuola*, XI: 247-276.
- SEVILLA, A. (2001): *Les races autóctones del Principáu d'Asturies*. Uvieu.
- SEVILLANO CARBAJAL, V. (1978): *Testimonios arqueológicos de la provincia de Zamora*. Zamora.
- SEVILLANO FUERTES, M^a. A. (2001): "Excavaciones arqueológicas en la ciudad de Astorga". *Lancia*, 4: 211-220.
- (2013): "Un espacio público singular. La pórticus del ara conventual o el foro de Astúrica Augusta (Astorga, León)". *Las sedes de los ordine decuriorum en Hispania*. Madrid. 111-134.
- SILVA, A.C.D. da (1995): "Portuguese castros: the evolution of the habitat and the proto-urbanisation process". B. Cunliffe (de): *Urbanism in Iberia*. London: 263-289.
- (1996): "A Cultura Castreja no Norte de Portugal: Integraçao no mundo romano". *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Madrid: 49-55.
- SMITH, P (1985): "Restos de la Edad del Hierro en Matienzo (Santander)". *Altamira*, 45: 45-66.
- SMITH, P. y MUÑOZ, E. (2010): "Las cuevas de la Edad del Hierro en Cantabria". *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma*. Santander: 677-693.
- SORDO SOTRES, R. (1991): *Mitología de Asturias y Cantabria entre los ríos Sella y Nansa*. Gijón.
- SUÁREZ LÓPEZ, J. (2007): "La cervatina bendita y la serpiente maldita. La lucha mítica de la cierva y la serpiente y un conjuro asturiano contra la culebra". *Culturas populares*, 5: 27.
- (2016): *Fórmulas mágicas de la tradición oral asturiana*. Oviedo.
- SUÁREZ OTERO, J. (2015): "Monte do Facho. ¿Castro ou santuario?". *Portugalia*, 36: 295-312.
- TABOADA, J. (1946): "El castro de Florderei Vello (Villarderei) y sus interesantes hallazgos". *Boletín del Museo Provincial de Orense*. II: 37-43.
- (1948): "Esculturas de Verracos de Galicia". *Archivo Español de Arqueología*, 72: 291-294.

- (1955): "Carta arqueológica de la comarca de Verín". *III Congreso Nacional de Arqueología*: 333-352.
- (1959-1961): "Algunos aspectos de los castros Bíbalos". *VI Congreso Nacional de Arqueología*: 95-101.
- TEIRA BRIÓN, A. (2010): "Tierra, metal y semillas. Consideraciones en torno a la agricultura de la Edad del Hierro en Galicia". *Gallaecia*, 30: 133-148.
- TENREIRO BERMUDEZ, M. (2015): "Ritos, sacrificio y territorio na Hispania Céltica". *Conferencia Arcu Lliterariu*. Xixón.
- TERESO, J. P. (2008): "A regiao de Macedo de Cavaleiros na civitas zoelarum. Dados de investigaços recentes". *Férvedes*, 5. 431-448.
- (2012): *Environmental change, agriculture development and social trends in NW Iberia from the late Prehistory to the late Antiquity*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Oporto.
- TIZA, A. (2012): "Las danzas de palos y sus contextos festivos. Zamora y Braganza". *Jentilbaratz*, 14. 383-402.
- TORRES MARTÍNEZ, J.F. (2001-02): "Silvicultura, recursos forestales y paleoambiente en la economía de la Prehistoria final del norte Peninsular". *Kalathos*, 20-21: 138-158.
- (2005a): *La economía de los celtas de la Hispania Atlántica*, II. A Coruña.
- (2005b): *La economía de los celtas de la Hispania Atlántica*, I. A Coruña.
- TORRES MARTÍNEZ, J.F., MARTÍNEZ VELASCO, A. y DE LUIS MARIÑO, S. (2013): "Cuentas de pasta vítrea del oppidum de Monte Bernorio (Villarén, Palencia). Relaciones comerciales en el cantábrico en la Edad del Hierro". *Sautuola*, XVIII: 133-148.
- URÍA RÍU, J. (1976): *Los vaqueiros de alzada. De caza y etnografía*. Oviedo.
- VALLADARES ALVAREZ, J. A. (2005): *El brañeo en Asturias*. Oviedo.
- VAN ANDRINGA, W. (2002): *La religión en Gaule romaine*. Paris.
- VÁZQUEZ VARELA, J.M. (1974-1975): "Hallazgos de bellotas en el castro de Vixil. Reflexiones en torno a la agricultura castreña". *Boletín del Museo Provincial de Lugo*, IX, 81-197.
- VÁZQUEZ VARELA, J.M. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, C. (1997): "Nuevas perspectivas en el estudio del aprovechamiento de los recursos marinos: El castro de Borneiro (Cabana, La Coruña, Galicia)". *Lancia*, 2: 83-110.
- VICENTE GONZÁLEZ, J.L. (2008-2009): "*Bellum Asturicum*. Una hipótesis ajustada a la historiografía romana y al marco arqueológico y geográfico de la comarca de los valles de Benavente y su entorno". *Brigecio*, 18-19: 1-73.
- VIDAL ENCINAS, J.M. (2013): "Los roquedos fortificados en las sierras del Teleno y Cabrera". *Argutorio*, 31: 15-28.
- (2014): "Nuevos castros en la comarca del Bierzo (Folgozo de la Ribera, Torre del Bierzo y Molinaseca)". *Argutorio*, 32: 7-35.
- VILASECO VÁZQUEZ, X.I. (1999): "A problemática dos enterramentos en la cultura castrexa do Noroeste. Unha aproximación desde das culturas limítrofes". *Revista de Guimaraes*, II: 495-513.
- VILLA VALDÉS, A. (2001): "Aportaciones al estudio de la evolución del espacio urbano castreño en el Occidente de Asturias (siglos IV a.C.-II d.C.)". *Proto-Historia da Península Ibérica. Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*. Vila Real: 507-521.
- (2002): "Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 159-188.
- (2005): *El castro de Chao Samartín. Guía para su interpretación y visita*. Grandas de Salime.

- (2010-2012): "Grabados zoomorfos sobre pizarra y otros epígrafes inéditos de castros asturianos". *Sautuola XVI-XVII*: 97-112.
- VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L. (2003): "Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación". *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2): 143-151.
- VILLA VALDÉS, A. y MENÉNDEZ GRANDA, A. (2009): "Estudio cronoestratigráfico de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias)". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 173-174: 159-170.
- VILLAR LIÉBANA, F. (2004): "La lengua de los celtas y otros pueblos indoeuropeos de la Península". *Celtas y Vettones*. Ávila: 114-121.
- WHEELER, M., RICHARDSON, K.M. y COTTON, M.A. (1957): *Hill-forts in northern France*. London.
- WOOLF, G. (2002): "Generations of aristocracy. Continuities and discontinuities in the societies of the interior Gaul". *Archaeological dialogues*, 9 (1): 215.
- ZARZALEJOS PRIETO, M^a. DEL M. (1991): "Aproximación al panorama historiográfico de la cultura castreña en la provincia de Orense (y II)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18: 189-210.